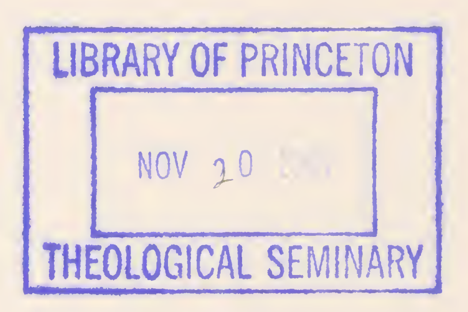






HISTORIA

DE LAS

MISIONES FRANCISCANAS

Y

NARRACION DE LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA EN EL ORIENTE DEL PERU

RELATOS ORIGINALES Y PRODUCCIONES EN LENGUAS INDIGENAS DE VARIOS MISIONEROS

POR EL

PADRE FRAY BERNARDINO IZAGUIRRE

De la Provincia de San Francisco Solano en el Perú, Misionero franciscano, Lector general de la Orden, ex-Ministro Provincial y Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima

1619--1921

LIMA
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA
1925

HISTORIA

DE LAS

Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el Oriente del Perú

1619-1921

TOMO UNDECIMO

1852 — 1897

MISION DE ZAMORA

ABIERTA DESDE LOJA (Ecuador)

PRIMERA PARTE

Antecedentes Históricos

SEGUNDA PARTE

Exploración desde Cuenca a Gualaquiza

por el Iltmo. Obispo de la Diócesis, Padre

MANUEL PLAZA 1852

TERCERA PARTE

Descripción epistolar de los padres

JOSE VIDAL Y LUIS TORRA

(1895--1897)


Longitud del meridiano de Quito
Carta Topografica de Zamora
Ruinas de Zamora
Indios Jivaros
LOJA
Carmen
Valladolid
Chito
Todos los Santos
Zumba
Camalotes
PUCARÁ
S. Ignacio
Chirinos
Pericos
JAEN
R. Zamora
R. Zamora
R. Yacuambi
R. Chicaña
R. Pachicusa
R. Chuchumbletsa
R. Bomboisa
R. Gualaquiza
GUALAQUIZA
R. Paute
R. Nangariza
R. Valladolid
R. Chito
R. Chirivacu
R. Chinchipe
R. Chinchipe
R. Namballe
R. Pucará
R. Logroño
R. Paracama
R. Yurumbusa
R. Yungusa
R. Iranasa
Rio Santiago
R. Morona
Ind. Jivaros
Ind.
Ind.
ZAMORA
LOGROÑOS
SANTIAGO
Pongo de Escurrebragas
Pongo de Huaracayo
Pongo de Manseriche
Pongo de Cumbinamá
RIO MARAÑON
L. Urinununo
L. Uchuc
L. Chalgua
L. Halancocha
R. Agua Salada
Escalas
Leguas geograficas de 20 al grado
5 10 15 20
Leguas métricas de 25 al grado
5 10 15 20 25
Signos Convencionales
Cap de provincia y Ig.
Pueblo
Casas de indios
Pongos
Lugar hasta donde es navegable el rio

PRIMERA PARTE

ANTECEDENTES HISTORICOS



PRIMERA PARTE

Antecedentes Históricos

I.—Intervención incáica en la zona del Santiago

Las referencias que vamos a consignar en estos párrafos introductorios se refieren a la comarca, que teniendo por centro la desaparecida población de Logroño, que estuvo sito en la confluencia del Paute con el Zamora, tiene como circunferencia occidental las poblaciones de Paute, Loja, Huancabamba y Jaén: comarca vastísima que se extiende desde el segundo grado de latitud sur hasta el sexto grado del mismo hemisferio.

El sistema hidrográfico que domina en esta región es el del Marañón con sus primeros contribuyentes del norte, señalándose el Santiago y el Chinchipe: el Santiago toma este nombre desde la confluencia del Paute con el Zamora.

Una reseña meritoria de esta comarca escribió en 1913 el señor Luis Ulloa, premiada por la Sociedad Geográfica de Lima y publicada en el Boletín de la misma, tomo XXIX: es trabajo de copiosa erudición, acompañada de criterio histórico robusto. En él se basa la parte más sustancial del extracto que ofrecemos a los lectores.

Y entrando a tratar la primera materia propuesta, decimos que la intervención armada de los incas se extendió en algún grado hasta dicha región, como lo com-

prueban varios nombres quechuas con que se designan algunos de sus ríos (1).

Mas conviene observar que en todas las zonas orientales las conquistas de los incas ni tuvieron mucha extensión ni quedaron afianzadas en condiciones durables; y al tenor de la descripción del cronista Cieza de León, príncipe de los narradores españoles de la conquista del Perú, Huainacapac, padre de Atahualpa, pretendió adueñarse de los Pacamurus, pero quedó derrotado de los mismos, y hubo de emprender la fuga. De suerte, que no llegó al río Zamora ni al Chinchipe, donde más tarde se fundó Valadolid, ni llevó la victoria a la cuenca de Santiago.

Es verdad que Huainacapac agregó a sus numerosas conquistas la de los Cañaris, donde fundó luego Tomebamba y dominó en la región del Paute. Es verdad también que no tardó en extenderse su imperio a comarcas inmensas, desde Quito hasta Chile, desde Chimú hasta Moyobamba, desde Arica hasta Cochabamba. Pero aún en esta época de su mayor grandeza y de verdadero esplendor del imperio, no fue posible alargar la dominación incáica a las llanuras orientales; y con acierto escribe Sebastián Lorente: "En realidad los Incas no fueron felices en la reducción de los salvajes de la montaña, más amantes de su independencia y en mejor situación para defenderla que los habitantes de la región descubierta (2).

---

(1). Entre los ejemplos aducidos por el señor Ulloa se halla Paca-murus (palabra de donde se ha originado Bracamoros), que según él significa hombres pintados de rojo; pero en quechua el color rojo se significa con la palabra *puca* y no *paca*.

(2). Historia del Perú. Cap. III, párrafo IV.

II.—La conquista colonial

Todas las conquistas españolas de América, se realizaron con tanta premura como firmeza, y el hecho se verificó en el Perú con esos mismos caracteres, aún en las comarcas lejanas a la costa.

Por lo que hace a la zona a que nos referimos en nuestra reseña, Alonso de Alvarado, el fundador de Chachapoyas, con acuerdo de Francisco Pizarro, avanzó en 1535 hasta el Paute. En 1538 Pedro de Vergara aseguraba la conquista de Jaén de Bracamoros, cuyos términos extendió más tarde a las regiones del Chinchipe y Santiago, subiendo hasta el Zamora y el Paute. Juan Porcel funda en 1546 en el Bajo Chinchipe la **Nueva Jerez de la Frontera.** En 1549 Diego Palomino funda San Leandro de Jaén.

Por este tiempo el capitán Hernando de Benavente explora el Bomboisa o Bajo-Zamora y da las primeras noticias históricas de los Jíbaros.

En 1546 el capitán Alonso de Mercadillo funda la ciudad de Loja. En 1550 Benavente y Mercadillo de común acuerdo fundan la villa de Zamora en las márgenes del río de su nombre.

Por mandado de Mercadillo, en 1553, el capitán Pedro de Ibarra explora de nuevo el Bajo-Zamora y la cuenca del Santiago, organizando la región conquistada, conocida más tarde con el nombre histórico de gobernación de Yaguarzongo.

En 1556 el capitán Juan de Salinas Loyola pacifica toda la zona del Chinchipe y Santiago; y en 1557 funda en las cabeceras del Chinchipe la ciudad de Valladolid; y atravesando luego un ramal de la cordillera en dirección al río Santiago, establece en 1558, en uno de sus afluentes llamado Jibarra y habitado por Jíbaros, la ciudad de Santiago de las Montañas. Más tarde trasladó la

mencionada ciudad a orillas del Santiago mismo, a distancia de diez leguas de su encuentro con el Marañón.

III.—Descubrimiento y primera exploración del Ucayali

Hecha la fundación de Santiago de las Montañas, emprendió Salinas en agosto de aquel año de 1558, un viaje de exploración, siguiendo las aguas del Santiago; llegó al afamado Pongo de Manseriche, punto en el cual las corrientes que vienen del Sur en el río Marañón saludan con estrépito a las aguas que se le agregan del Norte; lo atravesó valerosamente el explorador, siendo el primero de los conquistadores que lo realizaba. Siguiendo las corrientes del caudaloso Marañón, que luego se agiganta con el Morona y el Pastaza, llegó a las bocas del Huallaga, y continuando su denodada marcha, avanzó hasta el encuentro con el Ucayali. Recorre sin trepidar las aguas de este río hasta las bocas del Pachitea y Urubamba; siendo suya la gloria de haber navegado, antes que ningún otro civilizado, los más poderosos contribuyentes del Amazonas. Dejó Salinas de esta exploración descripciones muy estimables, mereciendo bien de la ciencia geográfica.

El intrépido explorador empleó en este viaje un año largo, después del cual volvió a Santiago y Valladolid, y de allí a Lima, donde obtuvo en 1560, del virrey marqués de Cañete, la concesión de la conquista de Yaguarzongo y Pacamoros, y por cinco años el gobierno de las ciudades de Piura, Jaén, Loja y Cuenca; con cuyas franquicias repobló en 1564 Valladolid y Santiago, que habían quedado yermos, y fundó la ciudad de Loyola en el valle de Cumbinama, y Santa María de Nieva en el río de su nombre.

En 1576 hizo fundar Loyola por el capitán Juan Villanueva Maldonado la ciudad de **Sevilla de Oro,** hoy Ma-

cas. Después el capitán Bernardo de Loyola, su sobrino, estableció cerca de la confluencia del Zamora con el Paute, en la margen izquierda de este río, la ciudad de Santa Ana de Logroño, denominada comunmente la **Ciudad del Oro.**

Todo este movimiento de exploraciones, conquistas, fundaciones de ciudades, y organismos de gobernaciones procedía de Lima, con algún apoyo que prestó la Audiencia de Quito.

La región a que nos referimos era eminentemente aurífera, y dió lugar al establecimiento de reales de minas, con numerosas reducciones de indígenas que suministraban la mayor parte de los braceros.

La prosperidad en materia de riqueza minera, obtenida de aluviones, depósitos y filones auríferos, llegó por aquellos años en Yaguarzongo a su más alto punto, y el nombre de Salinas Loyola a la cumbre de la gloria, asi ante el rey de España como ante las autoridades coloniales.

IV.—Levantamiento de los Jíbaros y destrucción de Logroño

Los indígenas de las comarcas del Chinchipe y Santiago a que nos referimos en estos apuntes, tienen puntos de contacto y semejanza con los Araucanos de la región chilena: los unos y los otros se ostentaron de espíritu alzado, de arrojado caracter, fornidos, despreciadores de la vida, tanto como amantes de su libertad e independencia, diestros en las armas, sagaces y calculadores en los estratagemas y asechanzas, de gran resolución en los ataques y vengadores sangrientos después de obtenida la victoria.

Estas características se hallaron más hondamente formadas en los Jíbaros propiamente dichos.

Las asonadas de levantamiento fueron no interrumpidas desde la conquista, en Valladolid, Loyola y Logroño, teniendo estas ciudades para su defensa y manutención el grave inconveniente de la gran distancia que las separaba.

Y por lo que hace a Logroño, resueltos los Jíbaros en 1599 a exterminar a los españoles de aquel centro minero se confederaron con los indios de las comarcas circunvecinas hasta el Morona, atacaron a la ciudad, mataron a los varones que no pudieron fugarse, robaron las mujeres e incendiaron la población, convirtiéndola en montón de ruínas.

Fué infructuoso el intento del capitán Francisco Pérez de Vivero de restaurarla en el mismo año, con el apoyo de los vecinos de Santiago de las Montañas; pues en aquella soledad no tuvo elementos suficientes de defensa contra el ingente número de Jíbaros que le hostilizaron sin darle tregua, obligándole a retirarse: con esto quedó la ciudad de Logroño perdida del todo. Con la ruina de aquella población llamada por antonomasia la **Ciudad del Oro**, se alejó también indefinidamente la civilización de la confluencia del Paute y Zamora, quedando cortadas las comunicaciones de Santiago con Loja y Cuenca, lo mismo que el medio más inmediato de comunicación oriental entre el Perú y el Ecuador.

Los moradores de la malograda ciudad que pudieron huir se refugiaron en Loja, Cuenca, Macas, Jaén, Piura y otros puntos.

Con la pérdida de Logroño la gobernación de Pacamuros y Yaguarzongo quedaba reducida a las ciudades de Valladolid, Loyola, Nieva y Santiago.

Logroño se había convertido en poco tiempo en centro vital de las poblaciones limítrofes, como emporio de la riqueza aurífera; las cuales, con el desastre mencio-

nado, no tardaron en llevar una existencia lánguida y decadente.

El no haberse reconquistado Logroño no se debe a incuria de los hombres del coloniaje, sino a la dificultad de la empresa. Pretendió su reconquista en 1611 don Alvaro Enriquez del Castillo; lo mismo que en 1618 don Diego Vaca de Vega, por concesión en Lima del Príncipe de Esquilache: y aunque Enriquez del Castillo no dejaba de ser hombre de garantía para el intento, como fundador de Borja cerca del Pongo de Manseriche, como explorador del Pastaza y Huallaga, como creador de la gobernación de Mainas; mas, no hizo cosa de provecho para la reconquista intentada. Los mismos fracasos se experimentaron en años posteriores.

V.—Las misiones entre Jíbaros

Los primeros misioneros que figuran entre los Jíbaros pertenecen a la Compañía de Jesús. Hacen su aparición en 1631 con el padre Rugi; y era justamente la época en que nuestros misioneros franciscanos emprendían su avance al Oriente peruano desde los orígenes del Huallaga, esto es, desde Santa María del Valle de Huánuco.

El padre Rugi exploró minuciosamente la cuenca del Zamora, acompañando al capitán Pedro de Lara.

Al padre Rugi siguen en años posteriores los misioneros jesuitas Cugía uno de los fundadores de las misiones de Mainas, Raimundo de Santa Cruz y Francisco de Figueroa, asociados a la célebre expedición de don Martín de la Rivera Herrera, Juan Lorenzo Lucero, que emprendió la catequización de los Jíbaros, y otros de cuyos hechos corre narración minuciosa en la obra **El Marañón Español**, del padre Chantre y Herrera.

De la misma narración se deduce que los Jíbaros de la antigua Logroño siguieron indómitos e indomables, a

pesar de la influencia que ejercía sobre ellos las misiones circunvecinas.

Lo que da justa idea de la dificultad de reducir a aquellos indios, es la expedición del padre jesuita Viva con don Jerónimo Vaca, capitán general de Mainas, que en 1692 avanza con grandes provisiones y con numerosa gente entre la cual se hallaban hasta Cunibos traídos de muy lejos, formando un total de 900 indios y cerca de 100 españoles armados: en cinco meses que duró la jornada, no lograron sino cautivar cierto número de Jíbaros, sin hacer nada estable y benéfico en la región visitada, exactamente como había acontecido en la expedición de Riva-Herrera (1).

Desde la fecha mencionada no se intentó establecimiento alguno de misiones en la zona Paute-Zamora; hasta que en el año de 1779, por gestiones de don Francisco Requena residente en Quito, hubo una real cédula que recomendaba al presidente de Quito y al gobierno de Cuenca la apertura de una comunicación entre Cuenca y Mainas por el Santiago. El obispo don José Carrión y Marfil se valió en 1788 de algunos párrocos, dada la supresión de los jesuítas, para llevar a cabo dos expediciones por el Zamora, ninguna de las cuales llegó a la confluencia con el Paute.

Como bien se ve, problema muy difícil ha sido durante algunos siglos el establecer la civilización de los Jíbaros, cosa que volvió a intentar nuevamente el celoso Francisco Requena, siendo gobernador de Mainas, pero sin lograr lo que deseaba.

Agrégase que las sub-tribus jíbaras, especialmente los Aguarunas, han ido entrando también progresivamente en una actividad febril contra los invasores de su te-

---

(1). Chantre y Herrera, L. VI, cap. XI.

rritorio, cerrando al tráfico oriental toda la cuenca del Santiago y aniquilando la antígua población de este nombre. Por allí ha perdido la vida en nuestros días, en 1903, el benemérito agustino, misionero y explorador, padre Bernardo Calle.

No dejaremos de apuntar que en el último período colonial tuvieron las regiones del Chinchipe y Marañón la visita de viajeros ilustres, La Condamine y Humboldt, de cuyas relaciones se deduce que aún existían, si bien en estado decadente, las antíguas poblaciones de Valladolid, Loyola, Santiago de las Montañas y Borja.

VI.—Lo que han sido y son los Jíbaros

De la sucinta narración que precede, se colige que los indios Jíbaros no fueron conquistados por las huestes de Huainacapac; que estos Jíbaros dieron un golpe mortal a la dominación española con la destrucción de Logroño, hecho que cerraba el camino a la cuenca del Santiago y dejaba en ancha libertad a los Jíbaros en una amplia comarca; que dichos Jíbaros frustraron también la intervención de los misioneros jesuítas, las veces que procedieron con el apoyo de fuerza armada.

Por lo demás, la conducta de los mencionados indios con los misioneros, así durante el coloniaje como después, con los jesuitas, franciscanos y demás sacerdotes que allí han intervenido, no ha sido de mayor hostilidad y mucho menos exterminadora; pero tampoco han mostrado los Jíbaros materia apta para abrazar el evangelio y conformar su conducta con las enseñanzas de Jesucristo.

Las condiciones de topografía y etnográficas que han favorecido a los Jívaros y que explican su fortuna en materia de hechos de armas, han sido consignadas con viveza de colorido por los exploradores, misioneros y

viajantes, y forman las páginas más típicas que en la materia se pueden leer.

Creemos ventajoso trascribir aquí la descripción elaborada hábilmente por don Luis Ulloa, apoyándose, como decimos, en las narraciones de exploradores y misioneros, y es como sigue:

"No es necesario un esfuerzo de imaginación para darse cuenta de que, estando cruzado por tantos ramales de la cordillera que dan origen a los tan conocidos pongos y malos pasos del Alto Marañón, el territorio del antíguo Yaguarzongo es muy accidentado, sobre todo en su parte alta."

"He aquí como el misionero jesuita P. Lucero describe la sección de aquel territorio más propiamente llamado de los Jíbaros, es decir, la comprendida entre la parte alta del rio Santiago (a partir de la quebrada de Zuririza) y las partes bajas del Zamora y del Paute (a partir del rio Bomboiza)."

"En altísimas cumbres, soberbios riscos y encum-
"brados picachos llenos de variedad de arcabucos fra-
"gosos, como en laberinto murado de muchos laberintos,
"buscó sitio la barbaridad de los jíbaros, inexpugnable
"por eso a tanto capitán como la ha acometido con inten-
"tos evangélicos."

"El ceño del horizonte, ordinariamente encapotado
"con negras nubes; lo mortificante del sol, que en lugar
"de calentar toca a fuego; la acrimonia de los **rodatores**
"(los **rodatores** son una especie de mosquitos), que en
"contínuos enjambres hieren sin resistencia a los hom-
"bres; las contínuas rebeliones de los hermanos rios Pau-
"te y Zamora; el terruño tan húmedo, que aún debajo
"de techo y humedad vierte agua, y los temblores de tie-
"ra tocan alarma, y còmo de reseña general, responden
"a un tiempo truenos, relámpagos, aguaceros, rayos y
"caja de Jíbaros..."

"En las bocas de cada quebrada... tienen los Jíba-
"ros sus estancias, no solo de recreación, sino también de
"sementeras para poder vivir; porque absolutamente
"aunque su ordinaria habitación es la cordillera, no les
"hace asistir en ella la comodidad, que no es posible ten-
"gan en tierra tan áspera y fragosa, donde apenas tienen
"qué comer, por ser de su naturaleza estéril, y ser más
"piedra que tierra; pero como la fragosidad y eminencia
"es tan grande, les sirve de común refugio, así contra el
"español como contra otras parcialidades: y por eso las
"quebradas sirven de caminos reales para quien las ha-
"bita, subiendo por ellas sin tocar a tierra, donde sin du-
"da hicieran rastro hasta dar en la cordillera, madre ge-
"neral de dichas quebradas y refugio de pecadores."

"Estas palabras, repito, se refieren a la región alta del Santiago, del Suririza para arriba, y fueron escritas cuando (1682), los Jíbaros no habían aún arrojado de Maquisinango a los pobladores de Santiago de las Montañas ni apoderádose de la parte baja del río."

"Los habitantes de todo el territorio que dejamos ligeramente descrito, los famosos Jíbaros, son el grupo amazónico que más ha llamado hasta ahora la atención de los antropólogos. Es que los Jíbaros exceden en inteligencia y valor a todas las tribus que habitan en la cuenca del gran rio."

"Lo que caracteriza sobre todo al Jíbaro, de cualquiera tribu que sea, es su soberbia, que solo corre pareja con su astucia y su desconfianza. Hernando de Benavente escribía en 1550 a la Audiencia de Lima, al referir su jornada a Macas: "Envié a ciertos soldados que
"viesen un camino, en el cual toparon con unos indios
"desnudos e cada uno con un dardo e con una rodela, de
"los cuales no pudieron tomar sino un indio e una india,
"los cuales me trajeron e traidos hablé con una lengua al
"indio que me dijese de la tierra e donde estaba su caci-

"que, el cual me respondió: ¿que para qué lo quería sa-"ber? e que su cacique era muy grande e que si me toma-"ba a mí e a los demás nos había de matar e beber con "nuestras cabezas e que de nuestros huesos había de sem-"brar los caminos, de manera que nunca me quiso con-"fiar la verdad de cosa ninguna. **Digo verdad a Vuestra "Alteza que es la gente más desvergonzada que he visto "en todo el tiempo que yo he andado en las Indias e sus "conquistas.** E visto el no querer confesar ni decir de lo "que preguntaba, le apremié para ver si con miedo me lo "decía, e tampoco aprovechó como de antes."

"Ciento diez años después (en 1682) escribía el padre Lucero: "Los Xíbaros (los de Alto-Santiago y Ba-"jo Paute) se hacen formidables a las primeras vistas, "por que lo membrudo, alto y bien repartido del cuerpo "hace muchas ventajas a muchas naciones del gran río "de las Amazonas; la pica y rodela no de hombres ordi-"narios sino de gigantes; el vestido muy alto y tan largo "que llegara a los pies a no ceñirle una pretina de un pal-"mo de ancho, muy bien texida de cabellos, con que ex-"tirada la camiseta da lugar a la rodilla para trepar "con ligereza sus cumbres, llevando en todo lo que le "sobra de cintura muchas piedras para cualquier aconte-"cimiento".

"La cabeza tienen ceñida de una faja carmesí en for-"ma de guirnalda, toda bordada de lentejuelas de con-"cha que hacen vistosa labor y agradable a la vista. Mu-"cha armonía causa ver muchos Xíbaros juntos, no des-"convimiendo a lo referido, antes simbolizando con todo, "su arrogante modo de hablar, que aunque no tuviera "otro arreo, su fiereza bastaba a darse a conocer por hi-"jo de tan soberbia cordillera... Las cuchillas afiladas con "que dan remate a sus picas, son de huesos sacados de "los hombres que mata su asechanza, presa entre ellos "de inestimable valor porque quien la trae da a la pro-

"vincia testimonio auténtico de matador, ó **Ayumba**, que "es lo mismo. Sus casas son grandes y todas en desierto, "porque cada familia vive aparte, siendo la causa de vi- "vir así el ser todos traidores y matarse sin remedio por "las mujeres, cuyo número aumenta solo la fuerza; y así "no guardan más ley que la que dice: viva quien vence, "y por eso nadie fía de otro que la experiencia, con tanto "suceso fatal, les ha enseñado que el que fía de su mejor "amigo muere sin remedio, y ya se da por hecho que las "mujeres del difunto son sin duda alguna del homicida, "sin que para su posesión necesite de más instrumento "que mostrar la sangre en la lanza y bailarle la cabeza "en concurso festivo de **Ayumbas**; en que el gasto corre "por cuenta de la yuca revuelta en fortísimo vino, de que "embriagados hacen nuevas expediciones de matar a ó- "tros; y como semejantes excesos se suceden unos a "otros y se continúa sin temor ni a príncipe ni a cacique. "(que no lo tienen) viven tan armados y con tal centine- "la que se tiene a milagro haga el español presa alguna "en sus casas; porque como viven en tan levantados pi- "cachos, quien sube a ellos, como es por gradas y con "trabajo, padece forzados registros de quien los mira "trepar, estando, como he dicho, de centinelas sobre to- "dos en tan levantadas estancias. Nace de lo dicho que "al primer rumor de español corre el bramo casi a un "tiempo en toda la provincia, y entonces hay perdón ge- "neral de Xíbaro a Xíbaro, teniendo por mayor enemigo "al cristiano, contra quien mancomunados y unidos en lo "más fragoso de sus caminos esperan de asechanza, "que quien no conoce su malicia muere sin remedio."

"En lo más angosto de la serranía y en lo más alto, "tienen piedras de buen porte sobre barbacoas de palo "fiadas de unos bejucos, que cortados los principales caen "como galgas por la bajada que tienen limpia y hacen sin "resistencia añicos a los que cojen; entonces los Xíbaros

"sin temor de hacerse pedazos o de caer en manos de sus "enemigos, bajan tras las piedras, de forma que parecen hijos de una madre en la carrera. Bajan, pues, de "apuesta sobre quien vuelve a ganar su cumbre cargado "de más cabezas: pero cuando los lados del callejón tie- "nen troncos gruesos, ha sucedido guarecerse de ellos los "cristianos, quedando tan libres que los Xíbaros que ba- "jaban ciegos, ansiosos de cabezas, se hallaron en ma- "nos de los que juzgaban muertos. Y cuando caen en ma- "nos de indios cristianos, no solo se hallan presos sino "también hechos pedazos, siendo cuidado del español "defenderlos de nuestros indios amigos, lo cual tiene el "indio tan conocido, que cuando cae en manos de españo- "les tiene por cierta la vida, y al contrario, cuando cae en "manos de indios amigos; y por eso el que puede apela a "voces del indio al español, diciendo repetidas veces: **"Apache,** que quiere decir español. ¿Quién no admira "que, sin embargo de esto, aborrezca tan mortalmente el "Xíbaro al español? Parece puede proceder tan radica- "da malicia de tres causas: sea la primera su gran capa- "cidad, tan constante a todos los vaquianos que no hay "quien la niegue... Por esta parte, mucha capacidad tiene "esta gente, en que sin comparación la debe exceder a to- "das las demás naciones del rio Amazonas... La expe- "riencia alcanzada del contínuo ejercicio de guerrearse "unas parcialidades con otras, matándose los unos a los "otros, puede ser la segunda de que dimana, como de "fuente, la radicada malicia del Xíbaro."

"Más de tres siglos y medio después de la expedición de Benavente, en nuestros días (1913), escribe un misionero italiano que ha visitado los jíbaros del río Gualaquiza:" Todos los jíbaros te dirán que son el pue- "blo más fuerte y más indómito de la tierra; que ignoran "si de las montañas de **Kassci,** donde duerme el sol, des- "cienden sus padres, o del gran Kamasa, o del **Ascigumi-**

"yumi (mar), donde el sol se despierta; pero que todos "eran fuertes como los árboles seculares de la floresta, "furiosos e invencibles como los abismos del Pongo, terri- "bles como los huracanes que arrancan los troncos del "bosque. Ellos te dirán: nuestros padres, al triste son del "tundú, reunían todas sus tribus desde el Caquetá al A- "mazonas, sus bosques se llenaban de fuertes guerreros "como las hormigas llenan sus hormigueros, y para nadie "faltaba yuca, banano y chicha. Te jurarán después, sa- "cudiendo sus largas y bien peinadas cabelleras, que "nunca en los tiempos pasados que ni siquiera uno de "ellos doblegó su frente al yugo extranjero; que los Sci- "ris o señores de Quito no pudieron dominarlos, aunque "ellos quizá por comunidad de orígen se llaman Scívora; "que los Incas, dueños de todo el Occidente, debieron re- "retroceder a su presencia. Con los ojos chispeantes de "cólera, golpeando la tierra con pié, y blandiendo la "terrible lanza, te señalarán el lugar donde se levanta- "ron antiguas ciudades...

"Nosotros no tememos a nadie, te dirán al fin, por- "que la venganza del jíbaro es cierta y terrible y nues- "tros bosques son una fortaleza inexpugnable."

"...Después del asalto y saqueo de Nazareth y Huavico por los Aguarunas en 1903, el Superior de las misiones de San León del Amazonas manifestó a nuestro Ministro de Justicia, con fecha 20 de junio de 1905, lo que sigue: "La impunidad absoluta en que han queda- "do los atroces desmanes cometidos por los Aguarunas, "ha hecho llegar hasta el delirio su ridícula pretensión "de creerse invencibles, y de ser la raza más intrépida y "esforzada del mundo, considerándose muy superiores a "los blancos, cuya civilización y costumbres miran con "olímpico desprecio. Los Aguarunas del Alto Marañón constituyen, sin embargo, con los jíbaros de las misio-

nes ecuatorianas de Gualaquiza, las tribus más dulcificadas de la familia jíbara."

"No se acabaría nunca si se quisiese citar aqui cuanto se ha escrito sobre el singular caracter y costumbres de la mencionada raza: por más que este hecho parezca sorprendente, puede decirse que la sicología del jíbaro es uno de los problemas de la etnología americana que más ha preocupado a los exploradores como también a ciertos antropólogos."

"Y es temible el jíbaro porque, entre todos los salvajes, es el que mejor ha sabido irse adaptando a las necesidades frente al hombre blanco, transformando sus medios de lucha sin variar en sus ideas ni en sus instintos. El gobernador de Mainas, don Jerónimo Vaca de Vega, admirábase ya en 1693 de la precisión y la habilidad con que los jíbaros, aleccionados en sus peleas contro dan Martín de la Riva Herrera y otros expedicionarios españoles, habían perfeccionado sus armas, yendo hasta poner, a la noticia de una nueva expedición, puntas de hierro a sus lanzas, hierro cogido acaso, según Vaca de Vega, entre las ruinas de Logroño, y el que empleaban en lugar de los antiguos huesos de hombre: habían también acortado sus lanzas para manejarlas como espadas o arrojarlas como dardos, según los casos, asi como trocado sus grandes escudos antiguos por broqueles ligeros y manejables y guarnecido sus cabezas con especies de morriones o celedas fortísimas tejidas de pitas y nervios. Pasados dos siglos vemos nosotros que el jíbaro ha adoptado el arma de fuego la misma que maneja admirablemente, sin renunciar por eso a todos sus antiguos medios de guerra, los cuales, dentro de su abrupto territorio, le prestan ventaja sobre el civilizado."

"En la cuenca del Santiago, donde su dominio data de tiempo inmemorial y donde él precedió al blanco, el jíbaro se siente dueño y señor del suelo y no está dispues-



Perspectiva actual de las misiones de Zamora

to a cederlo a nadie. Los tres siglos del Coloniaje en sus regiones no han sido otra cosa que la rebeldía tenaz de los jíbaros, quienes han tenido también su **epopeya de la reconquista.** Lo que hicieron Mercadillo y Juan de Salinas en 30 años, lo deshicieron ellos en tres centurias es cierto, pero lo deshicieron. Primero Logroño y su comarca, después Paracasa y la suya, después Cangaza, después Zamora, después Santiago de las Montañas, después el rio de Turumbaza, después el Pongo, lo cierto es que, en el primer tercio del siglo pasado, el jíbaro había recobrado todo el terreno de que fue desposeído en el siglo XVI. Su venganza no estaba, sin embargo, satisfecha: Borja, Santa Teresa, Barranca, La Peca, Copallín, saqueadas y aniquiladas hace 70 años, son testimonio evidente del rencor secular de esa extraña raza."

"Tal es, a grandes rasgos, el jíbaro, amo absoluto en la región Chinchipe Santiago, donde hoy, como en tiempo del Padre Lucero, su más hondo anhelo es vencer y humillar al civilizado, su más alta gloria ornar su cuello con un collar de **shachzas o cabezas reducidas** de sus vencidos o sus víctimas."

VII.—Hidrografía del Zamora por don Luis Ulloa, apoyado en Wolf.

"He aquí, como Wilf describe el nacimiento del Za-
"mora: "De las faldas de ambas cordilleras (occidental
"y oriental en el nudo de Cajanuma) y de los nudos (de
"Cajamarca y Huagranuma) bajan riachuelos; estos
"constituyen en la parte septentrional el río de San Lu-
"cas o de Juntas, que vien de norte a sur. En la parte me-
"ridional más ancha, nace el río Malacatos sobre el río
"de Cajanuma y el río de Zamora sobre la cordillera o-
"riental; ambos se reunen cerca de Loja y llevan de allí

"el nombre del último. En la hoya entra todavía del la-"do este el riachuelo de Jipira y del oeste el de Salapa. "En seguida corre el Zamora, siempre con rumbo S. N., "en una quebrada honda y angosta hasta encontrarse con "el río Juntas. Unido con él se dirije en ángulo recto al "este, y rompe el dique de la cordillera oriental, para vi-"rar luego al SE. Al otro lado de la cordillera oriental el "Zamora recibe varios tributarios de ambos lados: del "derecho entra el Huancapanto, los ríos de San Antonio y "San Francisco, el de Sabanilla y el de Bombuscasa. Los "ríos nombrados bajan de aquella parte de la cordillera "oriental que he llamado cordillera del Zamora, mien-"tras que los siguientes que entran del mismo lado dere-"cho, traen su origen de la cordillera del Cóndor (Chum-"binama) y son el Jamboé (Jambosé), Jumbara, Cum-"baraga, Nambija y otros que ya pertenecen a la baja "región oriental. Entre los muchos rios que engruesan el "Zamora del lado izquierdo, nombraremos el Tumbana, "unido con el Río Negro cuyas cabeceras se hallan en el "nudo de Acayana (Huagra Uma) y en la montaña de "Imbana. De un ramal largo de la cordillera bajan el río "Zurumbel, el río Janeiro, y muy abajo el río Yanazam-"bi, que parece ser uno de los tributarios más poderosos "del río Zamora."

"En cuanto al curso bajo de aquel río y de sus principales afluentes hasta su confluencia con el Paute, continúa Wolf: "El curso de este último (del Zamora) se "dirige desde la cordillera al S. E., al entrar en los llanos "al E., y más luego por un buen trecho, al norte, hasta "encontrarse con el río Gualaquiza, de cuya boca vira "otra vez al SE., para unirse otra vez con el Paute."

"Las aguas que bajan de la cordillera alta, entre los "sistemas de los ríos Paute y Zamora, forman el del "Gualaquiza, que es el tributario más grande del Zamo-"ra. Sus cabeceras se hallan en las faldas orientales del

"Natanga de la cordillera del Sigsip y son conocidos con "el nombre de río de San Doinisio, Río Blanco, Tigrepun- "go y otros. La hoya superior es sumamente escarpada y "encajonada entre cerros altos. El rumbo general que si- "gue el río y el valle es de N. O. a SE. Pasado el pueblo de "Rosario recibe el río, que en su curso superior se llama "comunmente del Rosario, un afluente considerable del "lado occidental, el río de San Isidro, y más luego del Es- "te el de San José. A la distancia de unas diez leguas de "la cordillera comienza el valle a esplayarse en la hoya "de Guaaquiza, que se puede considerar como el princi- "pio de las grandes llanuras orientales. La altura del "hoy (1891) destruído pueblo de Gualaquiza, sobre el "mar, no puede ser considerable, según los productos tro- "picales que se encuentran y según su temperatura, que "varía de 20º a 26º c. Unas dos leguas más abajo de Gua- "laquiza, el río de este nombre se junta con el Bomboisa, "que tal vez por su largura y por su caudal debería ser "considerado como el río madre de este sistema. Tiene su "orígen en la cordillera alta al este de Nabón, y creo que "su fuente más lejana es el río Shingata. Desde la boca "del Bomboisa habrá unas cinco leguas hasta la confluen- "cia del río con el Zamora y en este trayecto lo engrue- "sa todavía el Copiambiza, procedente también de la "cordillera oriental de los Andes".

"En fin, acerca del resto del curso del río Zamora hasta su confluencia con el Paute y formación del Santiago (asi como sobre el curso de este último), Wolf confiesa que nada sabe de cierto por la carencia de exploraciones modernas (él escribía en 1892), y porque los mapas antiguos de que disponía, diferirían mucho de esos puntos."

"Voy pues, gracias a los documentos de los siglos XVI y XVII, a hacer las siguientes correcciones y adiciones al texto del explorador y geólogo alemán."

"Diré, ante todo, que dividiendo el curso del Zamora en dos secciones, podemos llamar Alto-Zamora (término que ya empleé) a la sección que recibe afluentes nacidos directamente del macizo de la cordillera oriental (cordillera de Zamora y cordillera de Acayana) y Bajo-Zamora a la sección que recibe sus afluentes occidentales de los tramos de cordillera de Cóndor de Cumbinama, y sus afluentes orientales de los tramos de cordillera que siguen de Acayama. Es decir, que el Bajo-Zamora determina el principio de las llanuras orientales y comienza en las bocas del río Jamboé."

"El actual pueblecito ecuatoriano de Zamora, situado un poco antes de la desembocadura del Bombuscara, pues, está en el Alto-Zamora y es muy distinto de la antigua villa del mismo nombre, fundada por Benavente y Mercadillo, la cual estuvo en la parte baja del rio, en su margen izquierda, cerca a la desembocadura del **Yanazambi** y no fué trasladada a otro lugar sino en 1663."

"Por lo que toca a este último río, el Bomboisa, Wolf padece un error de concepto, originado en la censurable multiplicación de nombres con que en Sud América es costumbre designar a un mismo río."

"El Gualaquiza y el Bomboisa forman un río único, llamado antiguamente solo Bomboisa, y al que no se ha denominada Gualaquiza sino a partir de Villavicencio y otros escritores ecuatorianos. Gualaquiza era y debe ser la población formada junto a una quebrada de ese nombre, cerca de la confluencia del Bomboisa con el río Rosario, cuyo nombre antiguo (el de Rosario) era Sangurima. Concurre a formar el Bomboisa los ríos de Bereniza y de Sicohaza, y los importantes confluentes del Rosario, son el río de los Cuyes y el Cuchipampa, omitidos por Wolf. El San José que Wolf cita es el propiamente llamado en otro tiempo río de los Jíbaros."

"Todos estos tributarios del Bomboisa tienen sus

fuentes en las mesetas de Matanga. Afluente muy oriental del sistema es todavía el **Yeou** (salado) donde se proveen de sal Jívaros del Paute y del Zamora."

"Unas seis leguas abajo de su confluencia con el Bomboisa es engrosado el Zamora del lado derecho por el río Zipiza. En seguida, recibe por la izquierda, a pocas leguas uno de otro, el río Colagros o Colagrosa y el Tudanzas separados por el bajo cordón o ramal de **Mancha,** que se desprende de la cordillera oriental cerca de los cerros del **Pan** (norte del tramo de Matanga). Entre todos estos ríos corren algunas quebradas secundarias, hasta que a unas cinco leguas de la boca del Tudanza se reune el Zamora con el Paute."

"En todo este territorio, a más de la villa de Zamora, y bajo su jurisdicción, (que correspondió siempre al corregimiento de Loja) había en el siglo XVI las siguientes poblaciones o reducciones de indígenas encomendados a los vecinos españoles: Concogoroza, Yariza, Tontonaza y Apangaza en los alrededores de la ciudad; Turocapi, Yunchique, Gonzaval y Campolanga a S. O. entre los ríos Yambose (Teimbara) y otros secundarios; Chinoraza, Quirato, Nandoya, Ayurosa y Jimbamba en la comarca de Nambija; y Chungata, Paramaza, Jingajapan, Chimato y Surina al N. E., sobre el río Shungta y hacia el Bomboisa."

"En la pequeña cuenca del Bomboisa no existieron poblaciones verdaderamente estables en el siglo XVI. Es más bien en el siguiente que se consiguió dar cierta seguridad a las reducciones de Rosario, a orillas del río de este nombre, todavía en las faldas orientales del tramo de Matanga, a la de San José a orillas del río de los Jíbaros y a la de Gualaquiza, junto a la confluencia de la quebrada de ste nombre en el Rosario."

"Arrasadas a menudo estas poblaciones por Jíbaros, volvieron a levantarse en diversas épocas. Hoy Gua-

laquiza, según ya se vió, es una misión salesiana que no corresponde a la primitiva reducción, pues está ubicada en la confluencia del Rosario (falso Gualaquiza) con el Bomboisa."

VII.—Descripción de los Jívaros por el padre fray Antonio José Prieto, misionero de Ocopa y cura de Canelos.

El padre fray Antonio José Prieto, autor de un **Expediente sobre tentativas que hizo para descubrir por la vía de Gualaquiza la antigua ciudad de Logroño** (1816 a 1820) y autor asi mismo del **Diario** correspondiente, hace de los jívaros una descripción en armonía con lo que aquí vamos diciendo.

"Los Jívaros, dice, no tienen Religión alguna; no obstante, conocen que hay un Señor Supremo, dándole a Dios el nombre de **Cumbanama,** y otras veces el nombre de **Neche;** pero no le dan culto alguno ni especie de veneración. Conocen que hay un espíritu malo, que es el demonio, pero dicen que lo quieren, lo tienen siempre por amigo para que les sea propicio en sus guerras. Creen en la inmortalidad de las almas opinando de ellas, como algunos malos filósofos, la trasmigración, diciendo que si el Jívaro que muere ha sido hombre de espíritu y valor y que dió muerte a muchos de sus enemigos, su alma se convierte en algún animal valiente, como en león, tigre, oso u otro de esta clase; pero si el Jívaro que murió ha sido cobarde, de poco espíritu y que no ha hecho hazaña alguna, su alma se convierte en culebra, araña, sapo o en otro animal inmundo. Presciendiendo de esto, no dan culto a deidad alguna ni adoran a ídolos ni tienen otra especie de creencia más que la dicha.

"En sus tradiciones son muy exactos comunicando de padres a hijos todas las guerras, hazañas y acciones gloriosas de sus abuelos y progenitores, como se deja ver por las relaciones circunstanciadas de la perdida ciudad de Logroño y de la ciudad de la antígua Zamora. Para prueba de ello y para convencer ser sus tradiciones ciertas, se demuestra por la opinión que tienen del diluvio universal. Dicen, que una nuve cayó del cielo, y que se inundó la tierra de agua; que murieron todos los animales y que un Jívaro y una Jívara se huyeron a un gran cerro, en donde hallaron una cueva en la que se encerraron con todos los animales, y pasando las aguas, salieron todos, y principiaron a procrear en el mundo. Tienen así mismo, tradición confusa de la maldición que Noé dió a su hijo Cam. Dicen, que había un hombre rico que tenía algunos hijos buenos y uno muy malo, que separó de los otros, maldiciéndolo primero. De los hijos buenos descienden todos los apaches y blancos cristianos, por cuya causa tienen todo lo necesario para pasar la vida con mucha comodidad y abundancia de riquezas; pero que los Jívaros descienden del hijo malo, y por esta razón no tienen ellos hachas, machetes, que padecen innumerables necesidades, y por esta causa tienen una vida sumamente miserable."

"Se debe reputar a los Jívaros por los más crueles infieles de esta parte de América, aunque no por los más bárbaros idiotas, como son otras varias naciones de las montañas confinantes con la provincia de Mainas. Son sumamente vivos, inteligentes para todo, aprenden con facilidad todo cuanto se les enseña y aún cuanto ven. En llegando a tener satisfacción de la persona que tratan, son sumamente amables y obsequiosos, desprendiéndose, por esta razón de cualquier cosa que poseen. En ellos no se conoce la mentira, y mucho menos el robo, y si alguna vez (que es bien rara), acontece, es reputado el ladrón por

un perverso, aborrecido de todos y cubierto de una eterna infamia. Tampoco son los Jívaros borrachos, y miran con desprecio al ebrio; propiedad muy particular entre todos los indios de la América."

"No obstante estas virtudes morales, la inclinación que tienen a hacer una guerra cruel y feroz a sus semejantes los pervierte y oscurece todas sus buenas cualidades en tanto grado que los Jívaros pueden ser reputados por los más crueles enemigos del género humano. El andar de monte en monte, de selva en selva, de río en río, buscando otros infieles como ellos para quitarles las vidas y bailar con las cabezas de los muertos es lo que más les divierte, enajena y encanta. Para satisfacer esta feroz costumbre no perdonan trabajos, desnudez, caminos largos, hambre y cuanto se puede imaginar, como que no aspiran a otra glaria y a mayor felicidad que a merecer el nombre de **Cocarama** (1), como lo demuestran las contínuas guerras de que yo mismo tengo noticia; y aún ha sucedido en mi tiempo cuando estuve Cura-Doctrinero del pueblo y misión de Canelos, en los años anteriores que yo hubiese llegado a este curato, había sido degollado el pueblo de **Copataza,** y consecutivamente el pueblo de la **Palma** en tiempo del M. Rdo. P. Santiago Riofrio del Orden de Predicadores, mi antecesor en Canelos. En mi tiempo estos mismos Jívaros de Gualaquiza, Bomboisa y Zamora, unidos con los Jívaros que habitan en el río **Paute** a las inmediaciones de Macas, hicieron varias correrías a la otra banda del río Pastaza, en donde cometieron atrocidades, trayendo las cabezas de muchos infieles para bailar con ellas, lo que se hace de esta suerte: luego que han muerto al infeliz, le separan la ca-

---

(1). Los Jívaros llaman Cocarama a los valientes y a los que han dado musetra de su valor haciendo muchas muertes.

beza de los hombros, y le quitan lo interior, quedando solo el cuero, el cabello, narices y orejas; luego introducen piedras calientes, y así lo guardan veinte, treinta y más años en unas ollas, de donde quitan anualmente muchas cabezas para bailar con ellas y celebrar en quince días el aniversario de sus victorias, previniéndose antes con muchas comidas y chichas."

"Sus bailes son una horrorosa abominación, y causa temor el verlos, aún a los de mucho valor y espíritu. Hace pocos años que para este fin perverso sacrificaron a todos los cristianos de la nueva Zamora cerca de Loja. Entre ellos corrió igual suerte Don Julián Eguiguren, natural de España, que se hallaba en el pueblo de Zamora cuando fue a la revolución de los Jívaros. Dos meses antes que yo entrase a esta conquista se dió una horrorosa batalla entre los Jívaros **Nantipas,** que están en uno de los ríos coloterales de Zamora, y otros que habitan en las inmediaciones del pongo de **Manseriche;** igualmente otra entre estos y los **Pafocamas,** que están a las cabeceras del río Marañón, cerca de Jaén. En la actualidad los Jívaros de **Mayalico** y **Su'nde** se están previniendo para hacer una cruel guerra a los Jívaros del Gran **Achual,** cerca de Canelos."

"...El tigre es el animal más feroz que se conoce, pero los Jívaros los persiguen de un modo asombroso. Conociendo ellos que hay tigre en las inmediaciones, lo persiguen con lanza en mano, y no descansan días enteros hasta que le dan muerte. Es cosa célebre ver esta especie de cacería" (1).



(1). Padre Compte, Varones ilustres, T. II, pág. 63.

SEGUNDA PARTE

VIAJE A GUALAQUIZA

DEL ILTMO. PADRE PLAZA

1852

VIAJE

DE EXPLORACIÓN

Desde Cuenca a Gualaquiza

DEL ILMO. OBISPO DE LA DIÓCESIS

P. FR. MANUEL PLAZA

Año de 1852



De nuevo el Padre fray Manuel Plaza

En el tomo noveno hablamos del padre Plaza y de su actuación singularmente gloriosa en el río Ucayali, donde quedó solo en los angustiosos momentos en que las misiones orientales del Perú se vieron casi abandonadas por efecto de los hechos realizados al consumarse la independencia americana. En la narración incluída en aquel tomo nos contentamos con seguir de preferencia el hilo de los hechos, no otorgando sino escasos encomios personales a los venerables ministros del Evangelio, aunque ellos se ostentaban en el escenario de las misiones dignos de toda alabanza, activos, emprendedores, valerosos, incansables, llevando no pocas veces el valor hasta los términos de la audacia, casi rayana en temeridad.

Esta misma norma guardamos allí, más que con otros, con el padre Plaza, y las palabras de elogio consagradas al egregio misionero en aquel lugar no dan la medida de los grandes méritos contraídos por él ante la historia de la civilización de nuestro globo.

Visitado el padre Plaza en su solitaria mansión de Sarayacu por dos comisiones formadas por personas de preparación científica o técnica, como fueron las del teniente Smidth en 1834 y del conde de Castelnau en 1843 mereciendo bien el preclaro religioso de los ilustres visitantes, no pudo ocultarse a las miradas del mundo civilizado el renombre del abnegado misionero, cuyos merecimientos eran indiscutibles, puesto que permanecía medio siglo entre sus neófitos y había recorrido personalmente casi todos nuestros ríos orientales. Por los escritos que publicaron aquellos exploradores, tuvo resonancia

la fama del padre Plaza, no sólo en el Perú, Ecuador, Chile y demás repúblicas americanas, sino también en Europa, y especialmente en Francia, Inglaterra y España.

Elevado luego el padre Plaza a la silla episcopal de Cuenca, contándose entre los príncipes de la Iglesia del Ecuador, los encomios se hicieron más inevitables; y así durante su vida como después de su muerte contamos con una respetable serie de panegiristas del eximio prelado.

Merecidas alabanzas al Iltmo. Padre Plaza

El presidente del Ecuador don Vicente Rocafuerte, que presentó al padre Plaza para obispo de Cuenca, en el discurso pronunciado en el congreso de la nación, llamó al venerable misionero **Angel de los Desiertos.**

El padre franciscano fray Vicente Solano contemporáneo del padre Plaza, calificado por Borrero como el "más sabio de todos los doctores y de todos los maestros que ha habido en el Ecuador", dedicó un extraño elogio fúnefre a la memoria del celebrado misionero, cuyos hechos y virtudes aniliza y ensalza.

El señor Lorenzo de Saint-Cricq, agregado a la expedición de Castelnau, pasó algún tiempo en compañía del padre Plaza en Sarayacu, disfrutando de algunos desahogos del práctico misionero. Saint-Cricq estampó aquellas intimidades con el seudónimo de Paul Marcoy, en su extensa obra de **Viajes por Sud-América, el Oceano Pacífico y el Atlántico** (1). De su relato se colige que las misiones administradas por el padre Plaza se hallaban en estado excelente de moralidad, admirada un día por

(1). París, 1869. Don Antonio Raimondi llama fantástico a este escritor francés (Historia de la Geografía T. III pág. 41).

el visitador de las misiones, el padre Luis Colomer, como fruto sazonado de los afanes de un joven e incipiente misionero.

"Cincuenta y un años después de la visita del padre Colomer, dice Saint-Cricq, en la época que conocimos al Rdo. P. Plaza, ya no hacía un misterio del medio puesto en planta por él para pacificar los infieles del Ucayali, y obtener de los neófitos una obediencia pasiva..."

"Cuando vine a establecerme en Sarayacu, nos decía, la poligamia estaba aún de moda entre los neófitos. Entre ellos, algunos tenían hasta cinco mujeres. Por esta relajación de costumbres, ya puede juzgar cómo iría lo demás. Para remediarlo, al punto recurrí al látigo hecho de la vaca marina, a las manillas y grillos... Al cabo de un año de este régimen, mis indios se habían vuelto mansos como ovejas."

"...Siempre que nuestra conversación recaía sobre este argumento (y a menudo, sin que lo notara, la tragimos a ello), los ojos del anciano despedían rayos, un generoso ardor inflamaba su rostro, y, agitándose sobre su silla, hacía sonar sus dedos como castañuelas, en recuerdo del tiempo pasado (1)."

Raimondi escribe de nuestro religioso: "Uno de los más célebres misioneros y a quien debe el Perú no sólo la conservación de los pueblos del Ucayali sino también el descubrimiento de regiones desconocidas, la fundación de nuevos pueblos, la apertura de caminos y la exploración del río Tambo, es el eminente P. Plaza, que fué más tarde Obispo de Cuenca. Pocos hombres por cierto han poseído como el P. Plaza cualidades personales tan favorables para su ministerio entre los infieles: inteligencia, abnegación, afabilidad, tolerancia; y a la vez energía, ac-

(1). Tomo II, pág. 3 .

tividad y firmeza, todo se reunió en este distinguido misonero."

"Nació en Riobamba el primero de Enero de 1772, bajó al Perú por el río Napo a principios de este siglo (2). haciéndose cargo de las misiones del Ucayali que hizo florecer en muy poco tiempo. En 1806 recibió y auxilió al P. Fr. Ramón Bousquet, que había bajado al Ucayali por el río de Santa Ana desde las misiones de Cocabambilla del departamento del Cuzco. En 1811 y 1812 hizo varias exploraciones: entre ellas una al oriente del río Ucayali hacia el S. E. de Sarayacu en la que descubrió a los infieles Sensis y el orígen del río Huanacha o de San Francisco; y otra hacia el Norte, en la isla formada por el Ucayali, el Marañón y los caños de Pucati y Zapote, donde hallaron otra tribu de infieles enteramente desconocidos y muy sucios, a los que dieron el nombre de **Hotentotes.**"

El señor Raimondi describe luego por extenso la exploración que hizo el P. Plaza del río Tambo, combinando sus esfuerzos con los de los padres Carballo y Ruiz (3).

El presbítero don José Ignacio Víctor Eyzaguirre, que de los acontecimientos históricos ha deducido en sus numerosas obras muy hermosas consecuencias en pro de la causa católica, hace un elogio muy certero del padre Plaza, al consignar los siguientes párrafos: "Cuando la crónica moderna del Perú aparezca escrita por hombres imparciales, entonces una de sus más bellas páginas será la que contenga las proezas de aquellos célebres campeones de la civilización cristiana. ¿Cuáles rasgos hay más hermosos ni más heróicos que los del venerable P. Plaza, prefecto civil y misionero a un tiempo del distrito de Amazonas? El sólo civilizó mayor número de

(2). En 1796.

(3). Historia de la Geografía. T. III. Cap. 3.

indígenas que cuantos conocieron los jefes militares en aquellos mismos sitios: él penetró en lugares donde ningún otro hombre civilizado había llegado hasta entonces, y él solo conoció tribus, comarcas y dialectos desconocidos hasta aquella época a los españoles y a sus descendientes y sucesores en el gobierno del Perú. El fue instituído prefecto civil del territorio del Marañón y juntó de esa manera el poder político al religioso que le correspondía como prefecto de las misiones... Conoció las vastas regiones que baña el Marañón en los territorios del Ecuador y del Perú con tanta exactitud como pudiera conocer un señor las porciones de su pequeña propiedad. Viajaba solo y a pie por entre las selvas espesísimas y las rocas escarpadas de aquellos fragosos montes. Ni los ríos, ni los aluviones, ni las distancias, ni los precipicios le arredraron jamás en sus penosos y contínuos viajes. La enfermedad de un cristiano, el bautismo de un niño, los negocios de una tribu eran para el P. Plaza objetos sagrados que no demoraba por grandes que fuesen las dificultades que le estorbasen moverse con prontitud."

"En uno de esos viajes apostólicos que por lo regular hacía solo, pero otras veces acompañado de alguno de sus neófitos, fué arrestado por una partida de soldados que corría la campaña en persecución de los restos dispersos del ejército español.—Párese Ud., dijo el sargento al misionero.—¿Qué cosa manda? Contestó el padre sin inmutarse.—Venga conmigo donde está el capitán.—¿Qué hacía Ud., le dijo éste, en la montaña? Es Ud. acaso un capellán del ejército español?.—Soy misionero en el territorio del Marañón; hace quince días que camino y aún demoraré algunos más para llegar a Trujillo.—¿Por qué no toma Ud. un caballo?.—No le tengo, y poco me aprovecharía aún cuando le tuviese, porque las selvas y las cordilleras por donde necesito transitar no permiten andar sino a pie.—Le daré a Ud. una orden pa-

ra que no le molesten las partidas distribuídas por el camino, en caso de que le encuentren.—Agradezco infinitamente la atención que Ud. me dispensa, pero la orden que me ofrece es inútil, porque tomaré un camino por donde estoy seguro de no encontrar partida alguna."

"Así fue, en efecto; el P. Plaza obligado por las instancias del jefe a aceptar un caballo, montó en él y se retiró; pero lo devolvió un indígena a las pocas horas en nombre del misionero que, acostumbrado a andar a pie, no quiso aprovechar la cabalgadura que le proporcionó el jefe militar."

"El P. Plaza fue algunos años después instituído obispo de Cuenca en la república del Ecuador, cuando ya había permanecido casi medio siglo entre los indios del Marañón. Los hechos singulares de su vida que refieren aquellos, su incansable laboriosidad, su caridad a toda prueba grande, su celo siempre benéfico, y su genio fecundo para encontrar recursos aún en las necesidades más urgente, le grangearon entre los salvajes el renombre de Santo, que aún recuerdan en medio del entusiasmo más intenso".

"Algunos hombres emprendedores, impertérritos, celosos e infatigables, como éste, bastarían para convertir a la fe cristiana a todos los infieles del Marañón. ¡Quiera la Providencia concederlos en beneficio de aquella numerosa porción del género humano!" (1).

Cerraremos estos elogios con algunos que contiene la bula de su institución como obispo de Cuenca, dada en 1848, que dicen así: "Después de una deliberación atenta que hemos tenido con nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, para encomendar el cuidado de dicha iglesia a persona útil y de

(1). Los Intereses Católicos en América, Cap. XLI pág. 495 y ss.

provecho, hemos dirigido nuestra consideración a tí, de edad septuagenaria, que habiendo nacido de legítimos católicos y honrados padres en la diócesis de Quito, siendo llamado desde joven a la herencia del Señor, y acogido en el convento máximo de San Francisco entre los religiosos novicios de la Orden Seráfica, fuiste allí instruído en todo género de virtudes y en las facultades teológicas. Después, emitida la profesión solemne y elevado legítimamente al sacerdocio, ejerciste tu ministerio con honor en oir las sagradas confesiones de los cristianos de uno y otro sexo, y en la predicación del santo Evangelio con fruto y provecho de las almas. Pasado algún tiempo e inflamado en el celo apostólico te encargaste de las sagradas misiones de Mainas con tanta felicidad, que menospreciando grandes y prolongados trabajos y peligros, llevaste la fé católica casi hasta las extremidades del Perú, y perseverando por muchos años en esta misión evangélica, ganaste para el Señor un muy crecido número de almas infieles. Esta piedad, doctrina, prudencia, buenas costumbres, singular celo, caridad, experiencia y dedicación a las funciones eclesiásticas, se apoyan en testimonios fidedignos..."

El padre fray Manuel Plaza nació en la simpática ciudad de Riobamba, como se ha dicho, el primero de enero de 1772. Tal vez el panorama incomparable de esta ciudad haya influído para crear en su alma anhelos y aspiraciones no vulgares y propios de un espíritu superior.

De esta ciudad ha dicho Teodoro Wolf: "**La meseta de Riobamba es la única región** en esta gran hoya que merece el nombre de llanura o altiplanicie; se halla entre el río Chambo y los ríos Chibunga y de Guano, y podemos calcular su área en unas cuatro leguas cuadradas, sino somos demasiado rigurosos con el concepto de llanura. La

situación de la ciudad es libre y despejada y **presenta quizá el diorama más singular del globo,** como dice Mr. Boussingault. Desde ninguna otra ciudad del interior se divisan tantos y tan imponentes cerros y volcanes: al occidente se destacan el Chimborazo (6,310 m.) y el Carihuirazo, al oriente el Tunguragua (5.087 m.), el Altar (5.404 m.) **la obra maestra de la creación volcánica,** el Cubilin y otros. El vasto anfiteatro de nieve que circunscribe por donde quiera el horizonte de Riobamba, ofrece de continuo campo para las observaciones más variadas" (1).

El panorama de los contornos nevados de Riobamba excede en magnificencia y sublimidad a los paisajes similares que yo he llegado a conocer en Sud-América: al de Arequipa en el Perú, al pie del Misti (5.640 m.), bellísimo; al de La Paz en Bolivia, de donde se alcanza a ver la elevada cumbre del Illimani (más de 6.400 m.); y es comparable al espectáculo arrobador que ofrece el Huascarán (6.721 m.) en Yungay, acompañado de las relucientes cumbres de la Cordillera Blanca.

Otra circunstancia acompaña a las ciudades ecuatorianas de Quito, Riobamba, Cuenca y Loja, que son respectivamente la región donde se forman las primeras vertientes de los grandes y hermosos ríos, tributarios septentrionales del Marañón y Amazonas, como el Napo, el Tigre, el Morona, el Pastaza y el Santiago, (así como su parte navegable se halla adjudicada al Perú); circunstancia que fácilmente hace pensar en las regiones a donde se dirigen aquellas cristalinas aguas, originadas en blancas y níveas cumbres.

La juventud del padre Plaza se deslizó tranquila y serena, siguiendo la carrera y vocación religiosa y sa-

(1). El Ecuador: Cap. II, pág. 65.

cerdotal; pues en 1789 tomó el hábito franciscano, en 1795 fue ordenado de sacerdote y el año siguiente, en 1796 tomó las corrientes del Napo y se trasladó a las misiones orientales que en parte se hallaban confiadas a la provincia seráfica del Ecuador, por la supresión de los jesuítas.

El padre Plaza tenía entonces 24 años.

Cuando poco después, en 1802, se agregaban por Real Cédula al virreinato del Perú los territorios de Mainas y sus zonas adyacentes, y las misiones ubicadas allí se encargaban a la comunidad de Ocopa; el padre Plaza no trepidó en permanecer en dichas misiones, procediendo en esta coyuntura y después durante su larga carrera de misionero con laudable armonía con los padres de Ocopa, quienes ciertamente, sabían distinguir el mérito de los hombres y utilizar sus buenas cualidades.

Continuó sus labores en nuestro oriente por el espacio de 51 años, hasta su promoción al obispado de Cuenca, dignidad que aceptó en mayo de 1847.

Su larga permanencia en los bosques orientales le dió ocasión para realizar numerosos viajes, con tanta abnegación como prudencia y cautela.

Vimos en el tomo noveno que en 1828, hallándose achacoso, escaso de recursos y aislado, emprendió y realizó un viaje a Quito; tomó las corrientes del Ucayali, luego las del Amazonas hasta las bocas del Napo; anduvo cuarenta días aguas arriba de este río para llegar a Santa Rosa; llegó a Quito, habló con el obispo de la capital Laso de la Vega, con el libertador Simón Bolívar, con el canónigo Bernardo Plaza su hermano; y habiendo obtenido 1500 pesos, pasó a Riobamba, de ahí a Canelos, navegó el Bombonasa y el Pastasa, fue a Yurimaguas por el Marañón y el Huallaga, anduvo el Chipurana y el Santa Catalina, y se halló de nuevo con sus neófitos de Sarayacu. Así, con esta presteza y habilidad, recorría los bosques orientales el padre Plaza.

Cuando nuestro misionero se vió con la mitra de Cuenca, no por eso olvidó a los moradores de las selvas; más bien acogió con ardor el sueño dorado de tantos otros, es decir, la colonización de Gualaquiza, el restablecimiento de la pingüe y próspera Logroño de los Caballeros.

La forma en que llevó a término su empresa, aunque sin resultados beneficiosos, consta por los documentos que insertamos a continuación.



VIAJE DE EXPLORACION

DE CUENCA A GUALAQUIZA

Noviembre 25 de 1852

INFORME

DEL

ILTMO. SR. FR. MANUEL PLAZA

OBISPO DE CUENCA



INFORME

República del Ecuador. — Gobierno eclesiástico. — Cuenca, 9 de abril de 1853.

Al H. Sr. Ministro de Estado en el Despacho del Interior.

Mucho me he complacido al imponerme por la apreciable de US. de 19 del mes pasado, del decidido interés que toma el Supremo Gobierno por el fomento de las misiones orientales, que ofrecen muy señaladas ventajas a la provincia de Loja y a esta, cuya situación rentística es lamentable. Desde que ingresé a esta Diócesis, me propuse el objeto de colonizar Gualaquiza, convencido no sólo de que sería esto útil, por los frutos ricos y abundantes que podrían estraerse de estas montañas vírgenes; sino principalmente porque me proponía con esfuerzos extraordinarios y personales abrir comunicaciones para el comercio con el Brasil por Tabatinga, navegando el río Santiago, uno de los grandes tributarios del Amazonas.

Causas que creo inútiles expresar retardaron la realización de mis votos hasta el 25 de Noviembre proximo pasado. En esta fecha comprendí que la Divina Providencia me encargaba la grande empresa de la civilización religiosa y social de las tribus nómadas del Oriente; y en el momento en que oí la voz de Dios que me llamaba desde las selvas, empuñé el báculo del peregrino, y sin que me sirviera de obstáculo mi edad octogenaria, caminé con paso firme por sendas difícilmente transitables, hasta que vi con placer coronados mis deseos.

He dormido y comido con el infiel, tipo de su raza primitiva, fiera de su independencia, y que se presenta como el soberano del desierto. He examinado su carácter, su vida, sus costumbres y su religión; he observado sus ríos, sus montañas y sus playas. Convencido de que con el trascurso del tiempo pudiera mejorarse, con el roce y las necesidades, la índole de esas tribus salvajes, he procurado abrir vías de comunicación y comercio; y con este objeto he dirigido, desde el centro de las jivarías, cuatro comisiones, la una a Loja y las otras tres a Mainas, Macas y a la Barraca junto al Pongo. El Señor Gobernador de Loja correspondió a mis deseos con un celo digno de un magistrado que tiene interés en la ventura de su país. Ignoro hasta hoy el resultado de las otras tres misiones.

Habría hecho alguna cosa de muy señalada utilidad, si, oprimido por el invierno, no me hubiese visto en la necesidad de abandonar esos deliciosos lugares para mí; pero resuelto a regresar en el verano, he distribuído bastante herramienta de labranza entre los jívaros, quienes se me prestaron gustosos a cultivar los campos. US. H. no ignora que las misiones son una carga que pesa no solamente sobre la conciencia de los Obispos, sino también sobre la de los Gobiernos. Por mi parte he principiado ya mi tarea, según lo verá US. H. por la relación que sigue:

Desde el pueblo de **Sigsig,** que sirve de escala, emprendí mi marcha siguiendo la ruta, cuyo mapa tengo el honor de acompañar a US. H., en el cual van delineadas las vistas que sucesivamente se presentaban hasta el punto del embarcadero en el actual Zamora. Desde mi arribo a Granadillas, bajando la dilatada cuesta de la **Portada**, comencé a observar la imponderable fecundidad de esos terrenos, la vigorosa vegetación de estos bosques de tanta multitud de sustancias utilísimas, siendo la ca-

nela una de las primeras que llamó mi atención. Llegando a **Chigüinda,** admiré su feracidad en lo poquísimo que estaba desmontado. La falta de playas, la humedad del aire por las muchas lluvias, lo penoso del camino y, sobre todo, el torrentoso y difícil río, han concurrido sin duda a destruir algunos establecimientos en el punto llamado **Rosario,** en el cual existían más de cien habitantes, que al presente se han reducido a tres familias dispersas. Este río presenta algunas partículas de oro desprendidas, sin duda, de las alturas y arrastrados por las aguas. La misma observación se ofrecía en los demás ríos y sus ramificaciones. Tal vez un trabajo prolijo podría hacer útiles aquellos lavaderos.

Después de una travesía fragosísima, llegué a **Gualaquiza,** cuyos bosques encierran tantas riquezas de los reinos vegetal y animal, que su enumeración sería importuna. Bástame decir a US. H. que se hallan casi silvestres, magnífica **toquilla,** buen **algodón, tabaco** sin beneficio, **caña** esquisita de azúcar, **cacao, café, sahumerio almendrucado, vainilla** olorosa, varias especies de palmeras para distintos usos, **gomas, resinas,** diversos **bálsamos, cera** de abeja, yerbas y palos medicinales, entre otros, el famoso **palo de cruz,** maderas muy finas para ebanistería; aves singulares y muy raras, ya por su canto, ya por sus vistosos plumajes, ya por lo delicado y suculento de sus carnes. Los ríos tienen en abundancia diferentes pescados. Es de notar que, a pesar de las lluvias frecuentes y muchas veces fuertes, no se vea sino casualmente alguna culebra, sin duda por la mucha hierba del huano que se encuentra a cada paso. Una multitud de puercos zainos, osos y otros animales, que sirven de alimento a los indios que atraviesan esos bosques. Los indios denominados jívaros habitan en **Chuquipamba** y principalmente en las orillas del Zamora hasta más allá del **Chicani,** punto que sirve de embarcadero viniendo de

Loja, y que dista cinco jornadas de Gualaquiza, subiendo, y solas dos bajando. Los jívaros viven en aquella completa libertad natural, tan funesta al cuerpo como al alma, pues de ella proviene la poligamia, sin que la vigilancia y afanes de los Párrocos puedan bastar a contenerla, resultando de aquí la repugnancia a abrazar la Religión cristiana, y por consiguiente, el estado de esclavitud y abyección de las mujeres, víctimas del ocio, inconstancia y liviandad de los varones; pudiéndose afirmar que estas tres pasiones forman el carácter distintivo de estos infieles.

La habitación, que varían a lo más cada seis años, es exactamente elíptica; contiene diversas familias y cada una ocupa una especie de camarote hecho de guadua, en que se dejan ver una cervatana, una lanza, una rodela, algunos adornos de plumas, granos negros y cuatro a seis perros atraillados. Al rededor de esta casa hay un plantío de yucas, plátanos, algodón, toquilla y guayuza. La abandonan aún antes de los seis años, si muere un jívaro, cuyo cadáver sentado, con una lanza y rodela a sus lados y rodeado de viandas y bebidas, queda encerrado, sin que nadie vuelva jamás a habitarlo; lo que prueba, según ellos lo confiesan, la inmortalidad del alma y existencia de un Ser divino, Juez de las buenas acciones y de las malas, que castiga por medio de un genio malo que llaman **Ihuanchi.** Su idioma es pobre y suplido con muchas palabras del **Quichua;** su numeración solo alcanza hasta cuatro, y para expresar mayor cantidad se valen de los dedos de las manos y de los pies. Como descendientes de los antíguos sublevados de Logroño, etc., conservan la máxima de no pelear en cuerpo de nación sino dispersos entre los bosques, reduciéndose su táctica al asesinato. El vestido es un pedazo de manta que cubre desde el vientre hasta el muslo. Hay como cuarenta cuadras desmontadas entre Gualaquiza y **Yumasa,**

cultivadas por doce personas entre hombres y mujeres que han quedado no obstante el temor que los infieles les inspiran. Han existido bastantes familias; pero como no tenían seguridad en sus personas y bienes, a causa de no hallarse establecido el orden, de modo que pudiera ofrecerles una garantía positiva, abandonaron, con pesar esos lugares que les suministrabán recursos abundantes para la vida. Toca al Gobierno remediar este mal del modo que considere conveniente.

Deseoso de aprovechar de estos terrenos por otra vía, dirigí un comisionado hacia el Norte, y el informe que me dió a su regreso, me suministró fundadas esperanzas de un buen éxito. Me he puesto de acuerdo, sobre este nuevo camino, con el señor doctor Francisco Dávila, cuya filantropía y consagración al bien de esta provincia son laudables, y cualquiera que sea el resultado lo pondré en conocimiento del Supremo Gobierno.

Dados los pasos que llevo indicados, regresé a esta ciudad a mediados de Enero del presente año, con la resolución de trabajar lo posible en favor de estas tribus errantes, esperando la cooperación y apoyo del Gobierno.

Quiero aprovechar de esta oportunidad para llamar la atención del Gobierno sobre un acontecimiento que tiene relación con nuestras Misiones, y que lo considero de grave trascendencia. He leído un tratado de comercio y navegación fluvial, celebrado entre el Brasil y el Perú el día 23 de Octubre de 1851, y aprobado y ratificado por el Emperador del Brasil. en 18 de Marzo de 1852; y con sorpresa he visto que en el art. séptimo se ha estipulado que queden en favor del primero los terrenos que yacen al oriente de una línea tirada desde el Tabatinga hasta la embocadura del río **Apáporis**, en su confluencia con el **Yapura.** Por este tratado, Señor Ministro, se arrebata al Ecuador un territorio de casi dos mil leguas cuadadas cedidas al Brasil; y aún se da a entender que el te-

rritorio que queda al occidente de la línea, entre Tabatinga y el **Apóporis,** pertenecerá al Perú, lo que causaría al Ecuador una pérdida incalculable, porque no se sabe hasta donde se extenderán las pretensiones de esa República.

El principio que se ha invocado para arreglar los límites de las Repúblicas Sudamericanas ha sido el **Uti possidetis** del año 10; y observará US. H. que en los tratados de que hablo, se invoca el principio sin fijar la fecha. Esta reticencia prueba de un modo muy claro, que los Gobiernos del Brasil y el Perú no se consideran con un derecho perfecto sobre el territorio, materia de sus convenios; y quieren únicamente hacer valedera su actual posesión, aún más allá de los puntos que ambos Gobiernos nos han usurpado.

Hablo, Sr. Ministro, con conocimiento perfecto de causa, y quisiera que por honor del Gobierno Ecuatoriano, de quien es un deber constitucional conservar la integridad de la República, y por los futuros destinos del pueblo en cuyos intereses está retener esta parte de la más bella de estas tierras baldías, destinadas para el pago de la inmensa deuda extranjera, se tomarán las medidas necesarias para que se impida con tiempo un mal, que de realizarse, nos perjudicaría en estremo.

No soy yo quien debe trazar al Supremo Gobierno la conducta que le toca observar en la presente cuestión. Si he hecho las observaciones que preceden, es únicamente porque considero que nadie en el Ecuador posee un conocimiento práctico de esos terrenos mejor que yo, que he permanecido cincuenta años por allá. Hago hoy lo que en el año 29 hice con el Presidente de Colombia, General Simón Bolivar, y estoy cierto de que, si entonces se hubieran fijado los límites de las dos Repúblicas del Perú y Colombia, como se estipuló en los tratados que se celebraron después de la batalla de Tarqui, habrían sido

muy útiles los diversos datos que suministré al Libertador en aquella época.

He tocado esta cuestión muy de paso, para que S. E. el Presidente de la República, los hombres de Estado que le rodean, y generalmente todo ciudadano, en cuyo corazón no haya muerto el sentimiento nacional, la estudien y la ilustren, a fin de que se reconozcan cuanto antes los límites territoriales de nuestra República, tomando por base el **Uti possidettis** del año 10. Si esto se consigue, verá US. H. asegurado el porvenir de una gran parte del Ecuador, porque yo no veo la salvación de esos pueblos del interior del terrible pauperismo que les amenaza, sino en nuestra parte oriental, y principalmente en la navegación del Amazonas. Preciso es que el Gobierno, depositario de los futuros destinos del pueblo, consagre su patriotismo ilustrado a esta grande obra, que entraña la regeneración del país.—Fray José Manuel, Obispo de Cuenca (1).

Información del señor canónigo Bernardo Plaza, sobre la expedición de su Iltmo. Hermano

El Iltmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, habiendo perdido la esperanza que tenía para arreglar las misiones de

(1). Así procedía y así escribía lamentándose el padre Plaza en 1853, muy celoso de los intereses ecuatorianos, como buen hijo de su patria. Pero parece que no podía ignorar que a la sazón el Ecuador no dejaba de afanarse por tomar posesión de hecho de algunos pueblos pertenecientes al Perú, enumerados en el *Censo de la provincia de Mainas*, formado por su Obispo el Iltmo. Rangel y Fayas en 1814, y por tanto legítimamente agregados al virreynato de Lima desde el año de 1802. Véase el documento correspondiente en el apéndice de este tomo con las juiciosas palabras de don Antonio Raimondi.

Gualaquiza con la expulsión de los RR. PP. Jesuitas, se determinó, sin embargo de su avanzada edad (pues estaba al cumplir los 80 años), a ir a Gualaquiza venciendo cuanto obstáculo se le presentaba: no le arredró ni la pintura infernal que le hacían del camino, ni la falta de recursos; y deseoso de buscar a esos bárbaros, salió para la montaña el 25 de Noviembre del año pasado (1852). Logró internarse felizmente y llegó a Gualaquiza el día 7 de Diciembre, habiendo demorado en el pueblo de **Sigsig,** cuatro días por esperar se concluyera la herramienta que de antemano se había mandado trabajar, y también por adelantar gente que compusiera el camino.

A su llegada logró reunir a los jíveros de Cuchi-pamba, Bomboisa y Zamora, atrayéndolos por medio del halago de las dádivas, y pudo reducirlos a que se procurasen la comunicación con la provincia de Loja, Santiago, Macas y la Barranca, haciéndoles ver las ventajas que les reportaría, y de este modo consiguió arreglar las expediciones.

El 27 de Diciembre se presentaron dos canoas en el río de Zamora y mandó en ellas cuatro jívaros con un intérprete, llamado Diego Vuela, para Loja, llevando comunicaciones para el Señor Gobernador de aquella provincia, Sr. Cura y otros individuos, recomendando muy particularmente a los de la expedición, y dando orden al Sr. Manuel Carrión para que diese a Diego Vuela 25 pesos de gratificación para estimularle más a que acompañara a los jívaros, y que a estos se les diese vestuarios completos, a más de la paga que habían recibido. Con la misma fecha se equiparon otras dos canoas más con dirección a la Barranca al mando del jívaro práctico, llamado **Yo,** con cartas para Moyobamba, todo costeado por Su Señoría Ilustrísima.

La expedición sobre Loja llegó con felicidad según la contestación del Sr. Gobernador, que lo fué entonces

el Sr. Miguel Carrión, a quien Su Ilustrísima había invitado mandase con los expresados jívaros algunos hombres para que conociesen el camino: en efecto, mandó dicho Sr. Gobernador al ..... Sr. Cavero y cuatro hombres más con Diego Vuela y los Jívaros que condujeron las contestaciones de Loja.

Esto no es casualidad, ni ha sido obra del que aparece como descubridor espontáneo: por tanto, le he acompañado en dicha expedición, y corrido con los gastos de ella, no puedo menos que hacer ver al público la verdad del caso.—Bernardo Plaza (1).

El padre Plaza murió al año siguiente de haber iniciado esta expedición, en 1853, hallándose verificando la visita pastoral en la población de Deleg.

Su santa muerte acaeció el día 18 de setiembre.



---

(1). Véase la obra del P. Compte, *Varones ilustres*, T. II, págs. 293 y 376.

No es de admirar que el padre Plaza fracasase en su anhelo de poner en movimiento y a su servicio, a los jívaros hasta el río Santiago y pueblo de Barranca, y quisiera contar con el apoyo de las autoridades de Moyobamba. Por grande que fuera su influencia, aquel vasto plan excedía a los límites de lo realizable en aquella coyuntura, agregándose que como obispo ecuatoriano, no poseía derechos para comunicar valor oficial ni oportunidad a sus gestiones en territorios de Mainas.



TERCERA PARTE

DESCRIPCION EPISTOLAR DE LOS MISIONEROS

PADRE FR. JOSE VIDAL

y

PADRE FR. LUIS TORRA

1895–1897



ACLARACION

I.—El Ecuador de García Moreno (1).

La madre España de los siglos diez y seis, diez y siete y diez y ocho, dió a sus hijas de América una civilización estrechamente vinculada con la Religión católica; de suerte que la herencia propiamente monumental que América recibió de España, forma un solo cuerpo y una sola alma con la Religión, tal como se entendía y practicaba en aquellos siglos de fe esplendorosa en España. Esta unidad y compenetración existe en la legislación de Indias y en las instituciones públicas provenientes de aquella legislación; existe en el mecanismo orgánico de las universidades en el trabajo profesional de los misioneros que son agentes de la Religión y del Estado, predicadores, teólogos y geógrafos; existe en las obras de mérito artístico: en la pintura, escultura y arquitectura, encerradas generalmente en templos grandiosos y en claustros de conventos y catedrales. Otro tanto sucede en todo lo demás que merezca la mirada y estimación del observador inteligente.

Pero, en la independencia de la América española, en ese acontecimiento que debe llamarse con el nombre de epopeya o con otro nombre que indique su magnitud y sus consecuencias mundiales, no sucedió lo mismo: en

---

(1). Véanse en relación con este prólogo varios capítulos de la Biografía del Iltmo. Padre Fray José María Magiá Obispo de Loja, por el padre Fray Bernardino Izaguirre, 1904.

ese hecho tuvo mucha parte el **espíritu de secta,** en la forma característica en que actuaba a principios del siglo diez y nueve.

De estos dos hechos resulta en algunos Estados de la América española independiente, en materia religiosa y aún en la vida política, un estado de cosas por demás incoherente, a veces de una mezcla y enlazamiento antipático y repugnante.

No puede revocarse a duda que en las naciones a que aludimos, se han hecho sentir y aún se sienten corrientes definidamente masónicas, que han dimanado y dimanan todavía de las altas esferas del poder, con persistencia más o menos prolongada.

Este hecho ha dado margen a una lucha honda, que ha llegado a actuar en la sustancia misma de la vida social y religiosa, dando lugar al encuentro de las corrientes católicas tradicionales y de las corrientes masónicas artificialmente creadas.

Y desde luego, la victoria aparente, la victoria inmediata que obtiene la fuerza mayor, ha sido en este caso del sectarismo intemperante. Y de un modo señalado existe un punto en que el espíritu sectario no ha querido dormir ni descuidarse; este punto es el de la enseñanza, en cuyo predominio se ha ostentado indefectiblemente audaz e inexorable. Ha querido que el ramo de enseñanza se desvinculara de las llamadas trabas religiosas, para entrar en ciertos cauces doctrinarios estrechos, quedando más aherrojado en manos de la nueva secta, que lo estaba a la sombra de la religión. Siguiéndose de ahi, que las universidades americanas aunque de antigua fundación católica y española, no han formado de suyo una sola mentalidad netamente católica, después de su independencia de la madre España.

Mas, las victorias brutas del sectarismo dominante y la enseñanza laica de las universidades no han po-

dido destruir ni desarraigar la fe del pueblo; esa fe de antigua procedencia, que dice tan bien con la sinceridad y nobleza de la sangre española. Presentándose en consecuencia esa situación antitética de la sociedad americana española en algunas repúblicas: esto es, gobernantes sin fe dirigiendo a un pueblo creyente; maestros ateos a tontas y a locas, ante una sociedad que vive del dogma; una Iglesia de Jesucristo con vida robusta a toda prueba y un sistema gubernativo indiferente y pagano.

Las líneas generales que trazamos hablando de la América Latina, son aplicables sin atenuante alguno a la república del Ecuador: allí se encuentra una herencia monumental, recibida de España, suficiente para enorgullecer a cualquiera nación; allí se realiza la independencia nacional en diversas etapas con los caracteres típicos de todas las independencias Sud-Americanas; allí se palpan las corrientes masónicas de un modo inconfundible; allí se ha hecho todo esfuerzo para reducir a condición laica la alta enseñanza universitaria; allí la fuerza mayor va en derechura al logro de sus intentos; allí empero subsiste una sociedad y un pueblo creyente, que no cede ante la imposición bruta, y que al atento observador le hace el efecto de la humillada roca de la ribera, que va resistiendo al rudo combatir de las soberbias olas de un mar embravecido.

Lo que establecemos de la América Latina en general y de la república del Ecuador en particular, se ha realizado y se realiza así en los tiempos anteriores a García Moreno, como en la época que ha seguido a su muerte. En los precisos momentos en que aquel hombre superior actuó sobre su nación, podemos asegurar que el Ecuador se colocó en una situación lisonjera: cuando García Moreno pudo arrancar la tupida venda con que la universidad poco católica de Quito tapó su poderosa inteligen-

cia; cuando García Moreno, con un estudio profundo de la Religión y de la Iglesia Católica, pudo trazar un plan de gobierno perfectamente concordado con la Religión de Jesucristo; cuando logró encadenar las energías liberticidas y sectarias, para otorgar libertad a los buenos para el bien: en esos momentos especiales el Ecuador se hallaba en una situación que era fruto exclusivo de aquel genio creador, que pudo dar a su noble y generoso pueblo un nuevo ser y una vida nueva.

Manifestación del rejuvenecimiento que la nueva constitución católica y concordada con el derecho eclesiástico, en vez de la anterior liberal, cismática y regalista, produjo en el Ecuador, fue el reflorecimiento del clero, la integridad en la administración de justicia, el buen empleo de las rentas públicas, la severidad de la disciplina militar, el funcionamiento de la escuela politécnica con un hermoso desfile de ingenieros, agrimensores, arquitectos, mecánicos, fabricantes, químicos. etc. Manifestaciones de aquella vida fueron los colegios de enseñanza organizados en todas las poblaciones de la nación, dentro de la más estricta moralidad. Manifestación de aquella vida, el observatorio, los gabinetes, las clínicas, las obras de beneficencia, el embellecimiento de las ciudades, la mejora de los puertos, la apertura de caminos, la extensión de la industria, de la agricultura y del comercio, y como consecuencia, el levantamiento del crédito nacional.

La situación especial en que colocó al Ecuador la mano fuerte y poderosa inteligencia de García Moreno, prueba muy a las claras que es realizable el progreso de las naciones dentro del marco religioso y católico, y que dicho progreso no es herencia privativa de laicismo incrédulo o indiferente; más aún, que aquel progreso, en el profundo sentido de la palabra, no es realizable

sino bajo la sombra de la Religión y siguiendo sus prescripciones justas y santificadoras.

II.—El Ecuador de Flores

El Ecuador de García Moreno decayó después de su muerte, pues no hubo allí un hombre político que recibiese y conservase la herencia de aquel gran gobernante y legislador legaba a su pueblo.

Con Borrero se fueron marchitando todas las glorias ecuatorianas; con Veintimilla aquellas glorias macizas y acrisoladas se hundieron en un fangal ignominioso.

Sin embargo de ello, hombres hubo en el Ecuador, como Caamaño, Cordero y Flores que pudieron haber rehecho la herencia de García Moreno y dar a su nación días de ventura y gloria: pero, por desgracia, no se empeñaron en conseguirlo con verdadero tesón y firmeza; y por lo que hace a Don Antonio Flores, el Cánovas ecuatoriano, contentóse más de las buenas formas que de la sustancia de las cosas.

En la guarda de las formas fue político intachable: y para entrar en la materia que nos corresponde, daremos de ello una muestra, en la relación con las misiones del Oriente ecuatoriano, en oficio elevado a la Santa Sede, a lo que agregaremos la respuesta dada por su Santidad el Papa León XIII.

"A la Santidad del Señor León PP. XIII.—Antonio Flores, Presidente de la República del Ecuador.

Santísimo Padre:

Uno de los cuidados principales que siempre han preocupado al Gobierno del Ecuador, ha sido el de atender a la evangelización y cultura de las numerosas tribus

salvajes que habitan los apartados y extensos bosques del territorio amazónico, parte, por desgracia, todavía inculta de la República. Para lograr este fin tan benéfico como cristiano, nuestro escaso tesoro público no ha ahorrado gasto en el establecimiento de los Reverendos Padres Domínicos y Jesuitas y de las Hermanas del Buen Pastor en aquella región. Fruto de tan saludables esfuerzos son las misiones florecientes del Napo, Canelos y Macas, donde, merced a la predicación constante de los obreros de Cristo, y a las escuelas de niños de ambos sexos, va asentándose la civilización evangélica allí donde ahora han reinado la ignominia y la barbarie. La presente Administración desea, por su parte, contribuir con todas sus fuerzas y de la manera más eficaz a la pronta y universal difusión de nuestra santa fe católica en aquellas apartadas regiones. Y con este fin recurro a la benignidad de la Sede Pontificia, para que derrame una parte de sus apostólicas riquezas en aquellos hijos desheredados de la América, que esperamos serán en breve, súbditos dóciles de la Cruz. Ruego pues a V. Santidad, que conforme a la adjunta ley expedida por el último Congreso de nuestra República, se digne otorgarme las siguientes gracias: 1a. Que todo el territorio oriental del Ecuador se divida en los cuatro siguientes Vicariatos Apostólicos: 1o. del Napo, 2o. de Canelos y Macas, 3o. de Mendez y Gualaquiza y 4o. de Zamora: 2a: Que continuando los dos primeros a cargo de los RR. PP. Jesuitas y Domínicos como lo están al presente, el 3er. Vicariato de Mendez y Gualaquiza sea confiado a los Padres de la Pía Sociedad Salesiana de D. Bosco de feliz memoria, y el de Zamora a los Religiosos Franciscanos, establecidos últimamente en la ciudad de Loja: 3a: Que a excepción del Napo, encargado a la Compañía de Jesús, las tres Vicarías restantes queden inmediatamente dependientes de la Sagrada Congregación de Propaganda

Fide, y sujetas, en todo, a las benéficas y sabias leyes eclesiásticas que rigen las Misiones sujetas a tan alta protección: 4a. Por último, que el cargo de Vicarios Apostólicos de aquellas regiones, recaiga siempre en Misioneros investidos del carácter episcopal, que, indudablemente, por la plenitud de las gracias sacerdotales que goza, comunica al apostolado poder y ascendiente irresistible. Espero, sin vacilación, que Vuestra Santidad se dignará conceder en toda su amplitud las gracias solicitadas, pues de seguro no se negará la Sede Apostólica a extender al Ecuador esa incesante caridad con que en todos tiempos, y muy especialmente en los nuestros, abraza a todos en los esplendores de la fe y de la civilización."

"Con esta oportunidad, tengo la honrosa satisfacción de presentar a Vuestra Santidad el respetuoso homenaje de mi veneración y afectos personales, y la seguridad de que, como Magistrado católico de un pueblo que lo es sinceramente, no omitiré medio alguno para atestiguar mi filial adhesión a la Santa Iglesia Católica, y de la devoción con que, Santísimo Padre, tengo a honra y dicha ser de Vuestra Santidad muy obediente hijo.— **A. Flores.—Francisco J. Salazar.**—Palacio de Gobierno en Quito, a 6 de Octubre de 1888."

"Al Amado Hijo, noble e ilustre Varón Antonio Flores, Presidente de la República del Ecuador.

LEON P. P. XIII

Amado Hijo: Noble e Ilustre Varón, salud y Apostólica Bendición. La eximia piedad Vuestra y el vivo deseo en que ardéis por que la saludable eficacia de la Religión se extienda sobre aquéllos que habitan esa región que Gobernáis, maravillosamente resplandecían en la carta que a Nos dirigísteis con fecha 6 de Octubre. Ciertamente esa carta causónos suma complacencia y agrado tanto mayor, cuanto por ella entendimos que los senti-

mientos del ánimo y las peticiones en ella contenidas partían no solamente de Vos, sino también de entrambas respetables Cámaras en actual ejercicio del Poder Legislativo. Por lo cual Nos no podíamos menos de estar seguros de que en esa carta se expresaban los sentimientos, la voluntad y los votos de toda la Nación. Este común propósito de amplificar el reino de Cristo en la tierra, mediante el establecimiento de Vicariatos Apostólicos en las regiones Amazónicas, no es menos consolador para Nos, que para Vosotros honroso y laudable. Por que él descubre y patentiza la viva fé que florece en el pueblo, al mismo tempo que manifiesta en vos y en los demás que tiene parte en el gobierno de la cosa pública, la piedad religiosa unida a la prudencia que demandan la gravedad de vuestro cargo y el grado excelso del honor que habéis alcanzado. Nada en efecto más digno de varones cristianos y de sabios gobernantes de la sociedad, nada igualmente más útil para todas las Repúblicas, que el constante empeño en procurar que esa multitud ingente de hombres que viven próximos a vuestras ciudades y pueblos, disipadas las tinieblas de la ignorancia y depuesta la bárbara aspereza de costumbres, sean ilustrados con la luz de la doctrina evangélica, al mismo tiempo que atraídos a la humana civilización y cultura. Por esto no debéis dudar, Amado Hijo, ilustre Varón, de que Nos estimamos en muy alto grado, cual debemos, ese vuestro deseo; y de que las peticiones que nos hacéis han llamado en su favor nuestro particular interés y cuidado. Al efecto hemos ya ordenado que prudentes y escogidos varones, de cuya cooperación y consejo nos servimos en negocios de esta naturaleza, consagren su atención al examen del asunto, a fin d excogitar la mejor manera de proveer útil y convenientemente. Aliéntenos pues, la halagüeña esperanza de ver con feliz éxito coronados vuestros deseos y de que la empresa próspera y prudente-

mente dirigida, redundará en frutos copiosísimos de salvación. Y aún más, creemos que ni a Vos ni al pueblo que gobernais faltará el premio correspondiente al beneficio por vosotros hecho. Por que cuando esas tribus salvajes y su prosteridad hayan depuesto la antigua barbarie y fiereza, y recibido con la religión todas las artes de la humana cultura; ellos no podrán menos de dar gracias inmortales y de pedir a Dios, sumo Dispensador de los bienes, y alcanzar para vosotros la recompensa debida a tan grande beneficio. Nos, entretanto, Os felicitamos a Vos, Amado Hijo, Noble e Ilustre Varón, por que favoreciendo a la religión habéis tomado el camino que conduce a la verdadera sólida gloria; y Nos confirmamos en la confianza cierta de que Vos nunca Os desmentiréis a Vos mismo y de que Os mostraréis constantemente no menos hijo rendido de la Iglesia, que pronto auxiliar suyo en el cumplimiento de sus sagrados deberes. Por fin, como prenda de amor paterno, os damos de todo corazón la Bendición Apostólica a Vos, a las dos Cámarsa del Congreso y a todo el pueblo que gobernais.—Dado en Roma, en San Pedro, el día 30 de Enero de 1889, undécimo de Nuestro Pontificado.—**León PP. XIII.**

III.—El Iltmo. Padre Masiá y el Ecuador

Si por desgracia algunos gobiernos del Ecuador que siguieron al de García Moreno con caracter católico, tuvieron un criterio sobradamente acomodaticio y multifacial, cuyo supremo ideal no era sino guardar las formas y evitar conflictos; no sucedía lo mismo con el clero ecuatoriano, retemplado bajo la inspiración del presidente mártir, que supo sellar con su sangre su alta misión de restaurar el Ecuador por Jesucristo y por su Iglesia. Quien recogió la herencia de García Moreno en este sen-



Ilmo. Padre Masiá, Obispo de Loja (Ecuador).

tido fue el clero del Ecuador; aquel clero que contó en sus filas hombres cuyo distintivo era la fortaleza apostólica y que en varios casos tuvo por premio y corona el destierro y la muerte.

En aquel clero figuraba desde el 21 de Setiembre de 1876, el Iltmo. Padre Fray José María Masiá, Obispo de Loja por obra de García Moreno. Era el obispo del todo y en todo opuesto a los hombres formados en la escuela del liberalismo: estos afectan benevolencia, y el P. Masiá amaba la verdad; éstos cifran toda su virtud en la urbanidad política, el padre Masiá en la sincera caridad evangélica; éstos esperan todos sus éxitos del arte de engañar, el padre Masiá encomendaba sus asuntos a la divina Providencia que penetra lo recóndito de los corazo nes; éstos creen haberlo obtenido todo cuando se han salvado las apariencias, el padre Masiá no sosegaba hasta haber conseguido el bien en su meollo y sustancia.

Ya obispo de Loja nuestra Padre Masiá, no solo empleó su solicitud pastoral en bien de sus fieles, en el territorio civilizado; sino que extendió sus cuidados a las vecinas selvas de infieles, a donde quiso se llevase también la antorcha del Evangelio.

Felizmente sus miras fueron secundadas por el gobierno conservador del Dr. Antonio Flores y del congreso nacional, como se colige de los documentos que acabamos de insertar; y sus hermanos en religión, que en la fecha se hallaban gobernandos por un mismo comisario general en el Perú y el Ecuador, pudieron hacer efectivos los deseos del Obispo de Loja, los planes del gobierno y los designios de la Santa Sede.

IV.—Los padres Vidal y Torra y la misión de Zamora

A la sazón se hallaba al frente de los misioneros franciscanos del Perú y Ecuador un religioso caracteri-

zado por una prudencia consumada, sin detrimento del espíritu de empresa: era el padre fray José Vidal, nacido en Anglesola de Lérida, principado de Cataluña, el 8 de Mayo de 1848 y que ingresó en la Orden en el convento de Santa María de los Angeles de Lima en Setiembre de 1871.

El activo comisario general abrió la misión de Zamora y la puso en condiciones favorables, para que los misioneros pudieran dedicarse a la conversión de los Jíbaros de aquella zona.

Entre sus cooperadores para llevar a buen término esta empresa debe contarse el padre fray Luis Torra, también del principado de Cataluña, nacido en Manresa el 20 de noviembre de 1851, y que se contaba entre los misioneros de Lima desde el 22 de Octubre de 1868.

Nombrado prefecto de las misiones de Zamora a principios de agosto de 1892, desplegó el más ardoroso celo en bien de los infieles, como era de esperar de su acendrada piedad religiosa.

Deben contarse así mismo entre los buenos colaboradores de aquella misión los beneméritos religiosos padres fray Francisco Solano Pascual, fray Antonio Larrea, fray Antonio González, fray Pedro Echevarría, fray Francisco Cheesman, el hermano lego fray Martín Porras y otros.

El padre superior de la Misión fray Luis Torra, con la serenidad que formaba su carácter, describe la vida que llevaban los misioneros en la residencia de Zamora, dedicándose a la piedad durante las horas que no empleaban en la conversión de los infieles.

He aquí algunas líneas de una carta suya: "Verdaderamente vida monástica ha sido la nuestra todo el tiempo que en la Misión hemos permanecido".

"No vivíamos en la Montaña a nuestro antojo y libertad, sino que estábamos sujetos a un Reglamento que

poco se diferencia del que rige en el claustro, siempre lo hemos procurado observar. De cinco a siete decíamos las misas, y después del desayuno, casi siempre sin pan, nos ocupábamos quién en el estudio, quién en hacer escuela a los chicos, quién en el trabajo material, como yo que por la necesidad de construir nuestras viviendas en Zamora y Yacuambi, casi siempre me he visto precisado a las rudas tareas de los oficios mecánicos. A las 11 a. m., hemos rezado siempre las horas en Comunidad, lo mismo que el resto del Divino Oficio de 4 a 5 de la tarde. De 7 a 8 de la noche siempre hemos estado en la Capilla, rezando el Rosario y haciendo la lectura y meditación. Además, durante el curso del año hacíamos diferentes Novenas, el mes de María, una pequeña misión a los colonos, los ejercicios de ocho días en comunidad, los oficios solemnes de la Semana Santa y Navidad, etc.; vísperas y misa cantada en las principales festividades del año. Agruéguese a esto, que casi siempre por las contínues lluvias de Zamora a veces se nos pasaban meses enteros sin poder sacar un pie fuera de casa, y cuando el tiempo mejoraba el ámbito de nuestros esparcimientos no era de mucho tan extenso como el que tiene el convento de los Descalzos y otros de la Comisaría...."

Las dificultades y vicisitudes de esta misión, que duró tan pocos años, se irán viendo en la serie de cartas que en este volúmen publicaremos expresión fiel de lo acontecido.







MISION
DE Zamora
CUENCA
3°
3°
R. PAUTE
R. Bomboisa
R. YACUAMBI
S. ANTONIO
4°
4°
LOJA
R. ZAMORA
MISION DE ZAMORA
R. PERICUSA
R. YRANACA
R. YCUNOUSA
R. AGUA SALADA
R. SANTIAGO
R. Santiago
Borja
R. MORONA
Pongo de Manseriche
Valladolid
Zumba
Chota
Pucara
S. Ignacio
R. CHINCHIPE
Chirinos
MARAÑON
RIO MARAÑON
5°
5°
1°
0 Meridiano de Quito 1°

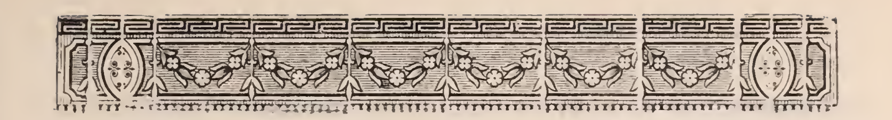
MISION DE ZAMORA

DESCRIPCION Y NARRACION EPISTOLAR

DEL P. FR. JOSE VIDAL

Comisario General en el Perú y Ecuador

1892–1897



ECOS

De las Misiones Franciscanas (Ecuador)
Misión de Zomora
Rdo. P. Director del "Eco Franciscano"

Loja, 26 de Junio de 1892 (1).

Carísimo P.:—En cumplimiento del compromiso que he contraído con V. R., voy a dar principio a una serie de cartas en las que manifestaré nuestros trabajos al inaugurar las misiones de Zamora, que el Supremo Gobierno de la República, de acuerdo con la Santa Sede, ha confiado a nuestra Seráfica Orden. En ellas le expondré, a más de los trabajos de instalación, las creencias, costumbres y modo de ser de los **Jíbaros,** que así se llaman los salvajes de Zamora.

De Loja a Zamora

La distancia de Loja hasta donde se encuentran los primeros salvajes será de unas trece leguas. Dos son los pasos que ofrece la cordillera para internarse en la región de Oriente: la vía llamada del **Cóndor** y la del río San Francisco. Esta, si bien es más larga, ofrece la ventaja de ser más segura y cómodo para poderse viajar por ella todo el año, y no por la otra, en la cual el viajero

---

(1). Esta correspondencia fue dirigida al P. Director de "El Eco Franciscano" y publicada en varios números de la misma revista.

compromete su vida en tiempo de **páramos**. Como yo deseaba hacer un minucioso estudio de los accidentes del terreno, a fin de abrir un camino por la vía de San Francisco, hice mi entrada en las regiones de Oriente por esta vía.

Día 19 de enero de 1892

El 19 de Enero, después de fortalecidos con unos ejercicios espirituales de nueve días emprendimos el viaje. La pequeña caravana se componía de los PP. Fr. Antonio Larrea, Fr. Francisco Pascual, Fr. Antonio González, el lego Fr. Francisco Carrera, (1) un hermano donado y el que suscribe; cinco mulas que cargaban lo indispensable para la travesía y diez peones que debían sustituir a las bestias, cuando éstas no pudieran seguir adelante. Se reunió con nosotros un joven español y dos naturales de Loja con el objeto de establecerse en aquella región. A las nueve de la mañana del referido día, recibida la bendición de Iltmo. Fr. José Masiá, obispo de Loja que vive en nuestro Colegio, despedidos de todos los religiosos de la Comunidad, que nos auguraban un feliz éxito en nuestra empresa emprendimos nuestro deseado viaje. Loja está sobre el nivel del mar a 2,150 metros, y en este día escalando la vertiente occidental del ramal de los Andes, nos elevamos sobre el plano de la ciudad 900 metros. A la una de la tarde nos hallamos en la arista de la cordillera, que doblamos en media hora, descen-

(1). En la fecha en que pasamos revista a estas páginas (mayo de 1921), han pasado a mejor vida asi el padre Vidal, siendo comisario General de la Provincia de Colombia, como también el padre Francisco Solano Pascual y Fr. Francisco Carrera; y sobreviven los padres Larrea y González.

diendo la vertiente oriental que arroja sus aguas al Atlántico. Habíamos recorrido dos leguas, las que hicimos montados en buenas cabalgaduras, y aquí fué preciso apearnos y continuar a pie toda la travesía. A las cinco y media llegamos a un lugar llamado la **Laguna,** a causa de un charco de agua que se forma en él en tiempo de lluvias, de modo que para hacer estas tres leguas de camino empleamos ocho horas, incluyendo una que destinamos al descanso, al doblar la cordillera. Tan pronto como llegamos a la **Laguna** registramos el Charco. Este contenía una pequeña cantidad de agua de un color morado, proveniente de la putrefacción de los despojos de los árboles que la lluvia acumula en su fondo. Al ver la mala calidad del agua consulté a los peones, si antes que oscureciese podíamos llegar a las orillas del río San Francisco, en donde no faltaría buena agua. La contestación fué que era imposible pasar más adelante sin exponernos nosotros y las bestias. Fué pues, preciso pernoctar allí y tomar el agua tal como era.

Mientras los peones preparaban lo necesario para dormir y cenar los PP. rezamos nuestro Breviario.

Día 20

Amanecimos envueltos en una densa niebla, la que se dispó a las nueve y media, hora en que tomábamos un ligero almuerzo: mientras éste se preparaba discutimos con los peones y arrieros sobre la posibilidad y conveniencia de llevar las bestias unas dos leguas y media más adelante. Aunque yo había contratado dichas bestias hasta el río San Francisco, distante de la **Laguna** una legua escasa, se resolvió que las cargas llegarían hasta **Camillón,** que dista del S. Francisco poco menos de dos leguas. La jornada de éste día fué sumamente pesada. Sa-

limos de la Laguna a las diez y media y llegamos a las orillas del S. Francisco cerca de las doce: descendimos por una rápida pendiente en que las caídas, tanto de los hombres como de las bestias fueron frecuentes, especialmente el joven español, que poco acostumbrado a descender por semejantes desfiladeros, no sólo caía, sino que a veces rodaba, y para desahogarse, (a más de español era catalán) prorrumpía en un **Batu a Reus**, que provocaba la hilaridad de nuestra gente. Del S. Francisco a **Camillón** empleamos toda la tarde. La marcha era muy lenta a causa de lo escabroso del camino y tener que tronzar algunos árboles caídos que interceptaban el paso de las bestias, Llegamos a **Camillón** a la puesta del sol; nos hallábamos en pleno bosque, y a una altura sobre el océano de 1.750 metros.

Día 21

El día amaneció con la encantadora belleza propia de esta latitud. Después de almorzar se dispuso la marcha. Nustra caravana se dividió en dos secciones. Los arrieros con las bestias se regresaron a Loja, los peones cargados con los víveres y equipajes, y proseguimos el viaje por la espesura del bosque, haciendo con frecuencia uso del machete para abrirnos paso. En este día, sin otro accidente, llegamos al caer de la tarde al borde de una quebrada (1) profunda, cuyas laderas son casi perpendiculares; para descender fué preciso sostenerse con los árboles, arbustos y raíces, y lo mismo para subir por

(1). También el padre Vidal. a usanza de estas regiones sudamericanas, da a la palabra quebrada el significado de cuenca de río, mayormente cuando es en estrechura y con profundidad.

el lado opuesto, y a pesar de todas las precauciones no pudimos evitar algunos resbalones.

Nuestro catalán, más resuelto y ejecutivo, juzgó más fácil dejarse rodar hasta el fondo, y sin darse cuenta se halló sentado en medio del arroyo. Este nuevo género de locomoción excitó la risa general, la que se avivó al verle salir del arroyo chorreando agua por todos lados. Tan pronto como ascendimos a la ladera opuesta, preparamos la nocesario para pasar la noche; se encendió una gran fogata para que nuestro hombre secara su ropa.

Día 22

Esta noche no llovió; empero como el termómetro marcaba 19º centígrados, no temimos el aguacero, que por otra parte duró poco. A la hora de costumbre proseguimos la marcha, esperando llegar cerca del lugar en que el **Sabanilla** junta sus aguas con el Zamora a la una de la tarde, y descansar lo restante del día, pues sólo nos faltaba recorrer dos leguas escasas. Nuestro proyecto no tuvo efecto. Algunos de los nuestros se hallaban cansados y necesitaban tomar alientos; de aquí que la caravana se dividiera en varios grupos, según las fuerzas de los individuos; al acercarnos a la quebrada llamada el **Destrozo,** los que íbamos delante nos demoramos dos horas para esperar que se reuniera toda la gente: una vez reunida fué preciso concederles media hora de descanso. Todos nos sentíamos desfallecidos por el cansancio, calor y la falta de alimento, pues no habíamos comido nada desde la mañana, y eran ya las dos y media de la tarde. Para reparar las fuerzas tomamos un buen vaso de **Máchica**, que se compone de agua, azúcar y harina de cebada tostada. Esta bebida tiene la ventaja de ser fresca y alimenticia. Al continuar la marcha procuramos llegar juntos hasta el **Destrozo** para prestarnos auxilio en caso

necesario. **El Destrozo** es una quebrada de un regular caudal de agua que se precipita con furor desde la altura de la cordillera. Para vadearla era preciso descender por un acantilado de unos 30 metros, sin más apoyo que las raíces que salen por las grietas y alguna arista o piedra saliente: el descanso debía hacerse lentamente tomando todas las precauciones, pues un pequeño descuido podría sernos fatal. Los que habíamos descendido primero contemplábamos el descenso de los demás entre temores y zozobras. Una vez vadeada la corriente, proseguimos con cierta satisfacción el viaje, con la esperanza de llegar sin nuevos peligros al lugar indicado para pernoctar. Sólo teníamos que recorrer media legua y por un terreno relativamente llano. Mas, quiso Dios que para ejercicio de nuestra paciencia y constancia, nos perdiésemos por dos veces; si bien pronto notamos el error, no era fácil orientarse con precisión en donde la espesura del monte no deja penetrar el más débil rayo de sol. Esto ocasionaba idas y venidas que aumentaban el cansacio y la fatiga, y obligaba a algunos a descansar para tomar nuevos bríos. De aquí que la caravana se dividiese otra vez en grupos. El empleo del machete era contínuo, y para ahorrar tiempo, sólo cortábamos lo necesario para pasar, aunque fuese medio encorvados. Por fin, poco antes de las seis de la tarde llegamos cerca de la confluencia del Sabanilla. Ya tiempo hacía que el sol se había ocultado tras la cordillera. Poco a poco fueron llegando los rezagados, y al cerrar completamente la noche notamos con pena que tres de los compañeros no podían reunirse con nosotros. Estos eran el paisano y los dos lojanos. Ir por ellos también era imposible a causa de las densísimas tinieblas que reinaban dentro de la espesura (1).

(1). Se suprime la data de la correspondencia conservando la fecha del suceso en lazado con la narración anterior.

Si bien el cansancio del día y lo benigno de la temperatura nos invitaba a un apacible descanso, éste no fué tan tranquilo como deseábamos, ya por la mortificación que nos causaba un enjambre de mosquitos microscópicos, llamados **manta blanca,** ya por la ausencia de los tres compañeros a quienes había sorprendido la noche en el bosque. Nuestra conversación versó sobre lo que podía sucederles: la visita importuna del oso, u otra fiera cuyas huellas vimos en nuestro tránsito, la mordedura de alguna culebra venenosa tan frecuente en estos lugares, la carencia de alimentos después del cansancio del día, la dificultad de encender lumbre por ser muy difícil hallar combustible en la oscuridad, etc., todo esto nos llenaba la imaginación de funestos presagios

Al tratar de enviar dos peones en busca de los tres compañeros, se discutían las probabilidades de un éxito favorable, probabilidades que resultaban nulas y por no exponernos a aumentar el número de los ausentes, y quizá con mayores peligros, se resolvió que nadie se separase del sitio en que nos hallábamos.

Día 23

Este día amaneció con buen tiempo, y después de desayunarnos con una taza de café, se dispuso que dos peones permaneciesen allí esperando los ausentes, con el encargo de ir por ellos si tardaban en llegar, y los demás descendimos 210 metros hasta la orilla del **Sabanilla** para disponer lo necesario, a fin de pasar a la orilla opuesta. **El Sabanilla** es un río de rápida corriente e imposible de ser vadeado aún por los mejores nadadores. Para pasarlo es preciso descender por medio de una escalera a un sitio, en donde utilizando enormes peñascos, es factible tender un puente de palos. Mientras unos cortaban árboles para el puente y otros preparaban la comida, nosotros

recitábamos nuestro Breviario. Serían como las ocho de la mañana cuando llegaron nuestros compañeros rezagados. Preguntados en donde habían pernoctado, nos dijeron que habiéndoles sorprendido la noche en una ladera pendiente, les fué imposible, sin exponerse a nuevos peligros, ir adelante ni atrás y resolvieron pasar la noche sentados. Aunque trataron de encender lumbre no pudieron conseguirlo, por no hallar a la mano combustible. Como el fuego es el mejor medio de defensa, especialmente de noche, para librarse de las visitas poco agradables de fieras y culebras, y este no pudieron obtenerlo; de aquí que pasaron la noche medio desvelados y con zozobras y temores. Por todo alimento tomaron un poco de harina de cebada tostada con azúcar. La satisfacción fué común al ver que habían llegado sin mayores desgracias.

Tan pronto como los palos estuvieron preparados, todos prestaron su contingente para tenderlos sobre las rocas. La operación era peligrosa por ser las rocas resbaladizas; por lo mismo a más de cierta intrepidez y audacia, se necesitaba ser fuerte de cabeza para no marearse al trabajar casi junto y por encima de la vertiginosa corriente. Una vez colocado el puente nos llamaron a comer, y comimos con buen apetito. Después nos descalzamos para pasar el río por el puente recién construído: algunos pasamos a pie y sin apoyo, otros necesitaban que alguien les tomara de la mano y unos cinco no fiándose de este medio de seguridad, prefirieron arrastrarse por encima de los palos. Serían las once cuando ya reunidos en la orilla opuesta, proseguimos la jornada.

El terreno que debíamos recorrer, siguiendo la orilla derecha del **Zamora** era relativamente llano, si bien no faltaban algunas subidas y bajadas que obligaban a no pocos a descansar. De aquí que la caravana se dividiera en tres o más grupos: empero como esta sección

del camino, por ser el que conduce a Loja por la vía del Cóndor, era bastante trillado, y por otra parte no ofrecía peligros, los que iban delante procuraban llegar pronto al **Carmen de Zamora,** término de nuestro viaje. Los primeros llegaron a las cuatro de la tarde, los últimos a las seis. La distancia de la confluencia del **Sabanilla** al **Carmen** es de unas tres leguas. Grande fué la satisfacción al vernos todos reunidos en una pequeña casa, sin otros accidentes que pequeños rasguños y algunas contusiones.

El Carmen (hoy Santa Ana) es un pequeño caserío de ocho chozas, algo diseminadas, habitadas por familias cristianas naturales de Loja, que hace algún tiempo se establecieron allí para atender a su subsistencia. Se halla situado en la margen derecha del **Zamora** y cerca de la confluencia del Bombuscaro (1). El lugar es pintoresco, bello, sano y fértil con una temperatura sumamente deliciosa. Durante mi permanencia allí (y era el invierno), el termómetro fluctuaba entre 17º y 26º centígrados. La altitud es cerca de 1.000 metros, latitud sur 4º 3º; y a pocos minutos al occidente del meridiano de Quito.

El día siguiente, que era domingo celebré en un altar que improvisamos, el Santo sacrificio de la misa al que asistieron a más de nuestros peones todos los cristianos del Carmen.

Grande fué su alegría al ver que nosotros nos establecíamos allí como centro y punto de partida para procurar la redención y conversión de los **Jíbaros,** que así se llaman los salvajes de **Zamora,** los que sólo distan una legua de este lugar.

Después de la Santa Misa nuestros peones se diseminaron para hacer provisiones de un exquisito fruto que

(1). Estos puntos se hallan consignados en el plano.

los naturales llaman **guaba**; y como para escoger los mejores y más sazonados algunos subieron a los árboles, uno de los peones, quizás poco diestro, tuvo la desgracia de caerse y como consecuencia del golpe, se dislocó un muslo, sufriendo al mismo tiempo una fuerte contracción de nervios que a todos nos puso en bastante cuidado. Se le curó lo mejor que pudimos; y si bien conseguimos mitigar sus dolores, no nos fué posible por falta de medios y conocimientos, curarlo en debida forma. De resultas de esta caída ha quedado inutilizado para dedicarse a los trabajos del campo. Esta desgracia nos contristó a todos, y particularmente a mí, pues dicho peón me había acompañado en algunas excursiones que había hcho para estudiar el lugar de la cordillera que ofrecía fácil acceso por la región de oriente. Tenía en él mucha confianza y me habría de prestar grandes servicios en lo futuro.

Día 24

El domingo después de almorzar y acomodar al enfermo lo mejor que las circunstancias permitían, y mientras algunos peones fueron a cazar y otros recorrían las chozas, visitando a sus moradores, nosotros atendíamos a las visitas de los cristianos y de dos jóvenes franceses. Estos dos hijos de la república de Francia hacía algunos días que se hallaban en este lugar, esperando a un compañero que debía venir de Loja. Advertidos por nosotros de que el compañero no vendría, regresaron este mismo día a Loja. El objeto que se proponían estos extranjeros, como luego manifestaré, parece era cruel y salvaje; y si hubiesen llevado a cabo su plan funesto, habría comprometido la misión en sus principios. En este día tratamos de lo que convendría hacer al día siguiente. Lo más urgente era instalarnos y ponernos en relación con los salvajes.

Día 25

El lunes se dió principio a la obra e instalación. Era preciso construir una casa y capilla, y también preparar una huerta; empero, para todo esto era necesario despejar el terreno del bosque que lo cubría: lo que se llevó a cabo con suma rapidez, porque teníamos buenas herramientas. Mientras los peones se ocupaban en esta faena, se nombró una comisión para que en canoa fuesen a dar aviso de nuestra llegada a los Jíbaros. Para el efecto partieron del Carmen el P. Antonio González y Angel Ordoñez, muy peritos en el manejo de la canoa, y otros cristianos, con órden de avistarse con los salvajes de la primera choza, que dista del Carmen una legua. Los salvajes recibieron al Padre y compañeros, y después de prometerles que darían aviso de su llegada a los demás jíbaros, los comisionados regresaron al Carmen. En un sólo día los peones hicieron el roce para el objeto que dejo indicado. Se señaló el lugar para la construcción de la choza y capilla, y después poco a poco se despejó de los árboles cortados lo que debía servir de huerta.

Los cristianos tomaron a su cargo la construcción de la casa y capilla, mientras yo con los peones me ocupaba en abrir la trocha para el camino que debía ponernos en fácil comunicación con Loja. Trazar la alineación de un camino por lugares despejados, en que pueden tomarse los puntos de vista a grandes distancias y observar los menores accidentes del terreno, es cosa muy fácil; pero trazarlos en medio de bosques espesísimos, en que no puede extenderse la vista a dos pasos de distancia, y sin poder examinar los accidentes del terreno, sino cuando uno se halla en ellos, y sin poder apreciar toda su amplitud sin recorrerlos poco a poco, es cosa muy difícil y laboriosa. Si bien en el viaje que dejo consignado anoté en mis apuntes los accidentes topográficos más notables, con

diferencia de nivel, según me permitía el cansancia y peripecias de tan difícil travesía, para dar al camino un promedio de 7 por ciento de declive; esto no obstante, al empezar la obra, ví que exigiría de mí sacrificios a que no estaba acostumbrado. Era necesario una resolución, y me resolví a hacer frente a todo.

Día 26

El martes, con sólo trece peones, empezamos la trocha para el camino, mientras los cristianos del Carmen internados en el bosque escogían los árboles de madera incorruptible que debían servir de sustentáculos de la casa. En pocos días se abrió una trocha de un largo de cinco kilómetros, por un ancho de seis a siete metros; en uno de estos días un accidente desgraciado vino a turbarnos. Al medio día, al retirarnos con los trabajadores para ir a comer, observé que cuatro se quedaban algo atrás, comiendo **guabas** de las que habían hecho gran provisión. Mientras los demás estábamos almorzando, se nos dió la noticia de que uno de los peones que cayó en la primera choza del Carmen, se moría. Al instante fué un Padre para asistirle. Al poco rato se nos avisa que no era uno sino cuatro los que morían y que los otros tres se hallaban tendidos en el camino. Esta noticia nos consternó a todos. ¿Qué había sucedido? Se habían envenenado. Por la mañana, al ir al trabajo, uno de ellos halló al pié del camino escondida en un arbusto una botella cuyo rótulo decía: **Puro de Málaga;** el contenido parecía aguardiente anisado, pero estaba envenenado; pues en el mismo rótulo estaba escrito con letra de mano la palabra **Poison.**

Esta palabra nos reveló la causa que tan funestos efectos producía. Era urgente un movimiento, se les suministró a cada uno, a falta de otra cosa, una buena dósis

de aceite y agua, y así conseguimos arrancarlos de una muerte inminente. Por los síntomas se dedujo que el envenenamiento había sido por estricnina. ¿De dónde procedía la fatal botella? ¿Quién la había ocultado? Sin duda los dos jóvenes franceses de que he hablado al principio de esta carta; pues uno de los cristianos del Carmen en cuya casa estuvieron alojados, la vió en poder de ellos. ¿Con qué fin habían preparado semejante tósigo? Según dijo el mismo cristiano que les sorprendió en una conversación, el fin que se proponían era ponerse de acuerdo con algún salvaje que tuviera enemigos, propinar a éstos una dósis del veneno que los infieles no habrían rehusado; y una vez muertos, cortarles las cabezas para reducirlas por medio de los enemigos de las víctimas, al volúmen de una naranja, y después venderlas en los mercados de Europa, que según tengo entendido se compran a buen precio. ¡Qué diferencia, Padre Director, de la misión de estos infelices hijos de la **gran nación,** que se gloría de llevar la civilización a todos los puntos más remotos, y la misión de unos pobres religiosos despreciados y perseguidos por los malos hijos de Francia! Aquellos se proponían matar a inocentes salvajes, mientras nosotros íbamos a salvarlos; aquellos impulsados de un negocio que la sóla razón reprueba, se proponían despertar odios amortiguados, para excitar venganzas sangrientas; y nosotros llevábamos una misión de paz y caridad; aquellos querían enseñar a los pobres salvajes el modo de deshacerse de un enemigo, y nosotros el de perdonarlos.

Felizmente para los salvajes y la misión llegamos a tiempo; pues nuestra presencia contrarió el proyecto de dichos jóvenes y al día siguiente de nuestro arribo, regresaron para no volver. Si llegan a efectuar su funesto plan, se habría verificado una especie de revolución entre los salvajes, que no dudo habría envuelto a sus pro-

motores y quizá a nosotros, ahogando la misión en su cuna.

Los cuatro peones que habían bebido el fatal tósigo en pocos días se restablecieron; pero uno de ellos con tanta lentitud, que es probable que los efectos del veneno le duren toda la vida.

Repuestos de este contratiempo, proseguimos nuestro trabajo. Al construir el camino sobre la trocha, tuve que rectificarlo dos o tres veces para conservar el declive medio del siete por ciento. Confiando en la promesa que hiciera el gobierno de Quito, y que él mismo había anunciado por la prensa, dí principio a esta empresa con los escasos recursos de la misión. Tenía ya una sección de seis kilómetros de trocha y sobre ella más de cuatro kilómetros de camino, de un ancho de cerca de dos metros. Se construyó un puente y al preparar los estribos de otro. me ví en la dolorosa necesidad de despedir a los trabajadores por falta de recursos, pues el gobierno, ocupado en las elecciones para la suprema magistratura de la República, no pudo cumplir con el compromiso contraído.

Si el gobierno me hubiera garantizado la permanencia constante de sesenta trabajadores, en los tres meses que permanecí en las misiotnes, hubiese llevado el camino hasta la cumbre de la cordillera, y el viaje de Loja a Zamora se podría hacer en un día, sin peligro y con comodidad. Esta empresa que es el ideal de los lojanos, se habría llevado a término con muy poco gasto; pues sólo exigía que el gobierno diera las herramientas y pagara el jornal de los trabajadores. Lo demás, como el cargo de ingeniero, sobreestante, etc., corría de nuestra cuenta; los trabajos, bajo nuestra dirección e inspección, se habrían realizado rápidamente, puesto que nuestro interés consistía en terminarlos pronto, ya que, por toda recom-

pensa debíamos sufrir las incomodidades y privaciones consiguientes a esta clase de trabajos, en un país de bosques espesísimos, despoblado y húmedo.

Las ventajas de esta obra eran incalculables. Con un buen camino, muchos de los naturales de Loja, que no disponen de una hectárea de terreno para atender a la subsistencia, podrían conseguir en Zamora el terreno que la ley concede a los nuevos colonos de la región de Oriente. Pronto se habría verificado una inmigración, de los hijos de la Provincia para explotar terrenos vírgenes y de una fceundidad prodigiosa en toda clase de producciones, especialmente de exportación, como el café, cacao, coca, etc., de que tanto consumo se hace en el Viejo Mundo.

Los hijos de la provincia de Loja son gente sencilla y naturalmente muy religiosa, y por lo mismo muy adicta a los Misioneros. Y una vez establecidos en el territorio de la misión, serían poderosos auxiliares a los Padres para la reducción de las tribus salvajes.

A los cuatro días de nuestro arribo al Carmen, vinieron los salvajes con sus mujeres e hijos. Uno de ellos llamado Chiura que habla algo el castellano y ya conocido mío, me manifestó que estaba muy contento. Lo primero que hicieron fué darnos la mano, diciendo al mismo tiempo:—**Bon días.** Luego, después de este saludo me dijo:—**Padre, aquí mucho bueno. Padre, mucho jíbaro querendo. Jíbaro mucho Padre, querendo.** Al ver tan buena disposición, le manifesté que deseaba que los jíbaros nos ayudaran a construir la casa y capilla, para que los Padres pudieran permanecer entre ellos. **Sí, me dijo, yo jíbaro decendo, Jíbaro venendo, jíbaro ayudando.** Después de darles de comer, obsequié a los dos hombres con una camisa y un sombrero de paja, que luego se lo pusieron. Las mujeres al ver a sus maridos vestidos con camisa y sombrero, rieron a más no poder. Fué para nosotros un

rato muy divertido. Luego se regaló a todos espejos, tijeras, y otras cositas de que ellos gustan y nos obsequiaron con **yuca y plátanos.**

Dos horas estuvieron con nosotros, y al despedirse me prometieron que volverían con otros jíbaros, para ayudarnos a la construcción de la casa y capilla.

Los cristianos habían ya preparado las vigas o troncos que debían servir de sustentáculos de la casa. Como las vigas eran largas, gruesas y pesadas, se necesitaban muchos hombres para trasladarlas, y los cristianos aptos para estos trabajos sólo eran cinco; era pues necesario el auxilio de los salvajes. A los seis días de nuestra primera entrevista, llegaron doce jíbaros jóvenes y robustos, con algunas mujeres e hijos. Les propuse que me trasladaran las vigas cortadas, a lo que se prestaron sin repugnancia. Uno de los cristianos los dirigía por entre la espesura, para indicarles el lugar donde se hallaban cortando. Tan luego como tenían colocada la viga sobre los hombros, la mitad gritaba: o......!!! y la otra mitad: u......!!! con tanta rapidez que apenas terminaba el grito de una vocal ya se oía la otra, y con un timbre de voz tan fuerte y tan salvaje, que causaba pavor a los que los oíamos de lejos. Quien hubiese ignorado de qué se trataba, habría creído que se libraba un combate feroz. Tal es la costumbre de estos pobres salvajes, que no hacen trabajo alguno en silencio. Habían ya transportado algunas vigas, cuando yo fuí para animarles. Al verme **Chiura** me dijo: **—Padre, mucho pesado, piedra gravejo.** Quería decir que pesaba como piedra. Yo le dije:—Jíbaro, mucho valiente. Se echaron a reir y prosiguieron su trabajo hasta el anochecer. Cada viaje que hacían, al cargar las vigas, las mujeres les daban un mate (1) lleno de masato. To-

(1). Escudilla de tutumo o calabaza pequeña.

dos bebían con el mismo **mate,** y si se concluía el contenido, la mujer volvía a llenarlo, del repuesto que quedaba en una olla grande de barro. El masato es tan necesario al salvaje como el pan al europeo.

Estos jíbaros sufrirán uno o más días la abstinencia de toda comida, pero no pasan un día sin el masato. Cuando describa las costumbres de estos salvajes, tendré ocasión de manifestar el modo cómo confeccionaban esta asquerosa bebida, que tiene la doble ventaja de ser fresca y nutritiva, y como todo licor fermentado, emborracha si se toma con exceso.

Al día siguiente llegaron unos doce jíbaros más, quienes prestaron los mismos servicios que los anteriores. Antes que regresaran a sus chozas, les manifesté por medio de **Chiura,** que era el intérprete, el objeto que se proponían los Padres al ir a vivir entre ellos. Chiura parece que explicó con bastante precisión mi pensamiento, pues todos estaban atentos a lo que él decía, y en general quedaron satisfechos. Luego les supliqué que se reunieran para cortar las hojas de **palma** para el techo de la casa y capilla, y también para abrir la trocha hasta el Sabanilla. Me prometieron avisar a los jíbaros que viven en las orillas de **Navigariza,** afluente de **Zamora,** y a los jíbaros, Logroños, que viven cerca del Marañón, y que dentro de media luna vendrían todos, para trabajar en el camino. Los obsequié con algunas cositas, y contentos regresaron a sus chozas.

En este momento y escrito ya la anterior, acabo de recibir un ejemplar del Mensaje que el Excmo. Sr. D. Antonio Flores, Presidente de la República, dirige al Congreso. En dicho Mensaje se lee el párrafo siguiente:— "La Misión de Zamora, confiada a los PP. Franciscanos, prosperaría con diez mil pesos para el camino de herradura que el R. P. Vidal, Visitador de la Misión, reputa indispensable; gasto que debéis autorizar."

Por carta particular se me comunica que el Congrese ha votado la cantidad de diez mil sucres (duros) para la construcción del camino de Loja a Zamora. Si esta disposición legisilativa no queda en letra muerta, pronto será un hecho lo que tanto me preocupa. Sólo falta ahora, una ley de colonización sabia y prudente. Las bases de esa ley las había yo propuesto y discutido con los Representantes de la Provincia de Loja, para que presentaran al Congreso un proyecto de ley de colonización en el sentido que habíamos convenido, y ellos me prometieron hacerlo; pero parece que todo quedó en promesas y buenas palabras.

Poco a poco se acumularon los materiales para la fábrica del Convento y Capilla; pues los cristianos, que eran los únicos que nos ayudaban a esta tarea, no podían desatender el cultivo de sus **chacras,** y para atender a ambas cosas se convino en destinar una semana a cada objeto. Como sólo se trataba de que ambos edificios fuesen provisionales, por ser urgentes, procuramos un techo en donde cobijarnos, y un lugar para celebrar con decencia: la construcción debía ser rudimentaria y primitiva. La semana destinada a la conducción de materiales fué animada y divertida; por cuanto todos los cristianos, hombres, mujeres y niños concurrían a esta labor, y se estimulaban mutuamente, en especial los niños, que remendando a los salvajes, imprimían al trabajo un carácter festivo y alegre, que no permitía sentir el cansancio. Lo más laborioso era la colección y conducción de las hojas de palma que debía sustituír a las tejas Aún cuando la **flora** de esta región tiene una gran variedad de palmas, no todas reunen las condiciones de solidez y duración; y de aquí el trabajo de penetrar machete en mano por el bosque, para escojer las que fuesen a propósito al

objeto a que se las destinaba. Los salvajes se prestaron a esta labor, y en breve tiempo se pudieron reunir y preparar las hojas necesarias para techar ambos edificios.

Al terminar un mes después de nuestro ingreso, ya pudimos instalarnos en nuestro domicilio. La casa convento tiene la forma de una gran jaula, con dos pisos; el aire y el sol penetran por todos lados, pues lo que podríamos llamar paredes del edificio estan hechas de troncos perpendiculares sin labrar, y los dos pisos de troncos de palma rajados longitudinalmente. El conjunto se sostiene por medio de bejucos y lianas que sustituyen perfectamente a las cuerdas y clavos. Esto no obstante nos hallamos muy satisfechos por disfrutar de una comodidad relativa. La capilla, de la misma forma de construcción, quedó terminada a mediados de la Cuaresma. La dedicamos a la Bienaventurada Santa Ana. Este es el nombre que he sustituído al del Carmen, con que era conocido el pequeño caserío. Esperamos que pronto se formará un pueblo que se llamará **Santa Ana de Zamora.**

Tan pronto como se terminó la capilla, dimos una misión de quince días para preparar los cristianos al cumplimiento del precepto pascual. Estos, que desde que se establecieron en esta región carecían de todo auxilio espiritual, asistían a las distribuciones (1) con gran satisfacción y alegría; y como son de un carácter sencillo y dócil y por otra parte tenían hambre de enseñanzas divinas, de aquí que todos correspondieran a los deseos de los Misioneros.

El Jueves Santo se hizo la comunión general, con aquella pobre y devota solemnidad que permitían las circunstancias.

---

(1). La palabra *distribución* se toma en el Perú en el sentido de función religiosa. . .

Llegada de los salvajes

A los pocos días de nuestro arribo, nos encontramos con los salvajes para que ayudasen al roce del camino, conviniéndonos que mientras los peones harían el camino en la trocha hecha, aquellos debían continuarla hasta el Sabanilla; para el efecto, prometieron reunirse a mediados de Febrero. Al llegar esta fecha ningún salvaje se dejó ver. Esperaron ocho días más, con el mismo resultado. Esto nos infundió algunos recelos, por no poder explicarnos el motivo de esta ausencia, tanto más notable cuanto que antes casi todos los días teníamos salvajes entre nosotros que venían a visitarnos. Para saber a que atenernos enviamos una comisión presidida por un Padre a la misma choza, a fin de tomar las noticias que podían interesarnos. Allí se supo que todos los jíbaros se habían reunido en la casa de uno de los que viven en las orillas del **Yacuambi** para celebrar sus **fiestas.** Estas, como diré después, son motivadas por pretextos supersticiosos y salvajes; y como en ellas se comunican sus impresiones, sospechamos en esa reunión se trataría de sus relaciones con nosotros. ¿El resultado sería adverso o favorable? Atendido el caracter desconfiado y receloso de los salvajes, no dejaba de inspirarnos algún recelo. Cuatro días pasamos con esta ansiedad, al cabo de los cuales, vino Chiura, salvaje que nos trataba con más frecuencia, y nos servía de intérprete. Este nos dijo que los jíbaros vendrían después de una luna, o sea a mediados de Marzo y fué preciso esperar un mes más, en la confianza de que no faltarían a su palabra según las indicaciones de Chiura.

En la víspera de San José llegaron unos treinta **jíbaros,** algunos con sus mujeres e hijos. Venían animosos y alegres. En la noche, acompañados de los cristianos,

encendieron una gran fogata en torno de la cual se hizo bastante bulla, dando ¡vivas! al Superior de la Misión. Casi todos durmieron en nuestra casa, y los que no cupieron se acomodaron en las de los cristianos.

Al día siguiente, fiesta de San José, llegaron algunos salvajes más, y en hora competente se preparó el altar portátil para celebrar la Santa Misa. Para llamar a los cristianos, a falta de campana, colgamos dos barretas en los extremos de una cuerda, y con una tercera golpeamos a las dos, produciendo un timbre bastante sonoro. Pronto se reunieron los cristianos, y también los salvajes que formaban un grupo aparte. Los más, o casi todos, no habían visto celebrar el Santo Sacrificio, y todo lo que veían les admiraba. A medida que me ponía los sagrados ornamentos aumentaba su admiración. Durante la Santa Misa era tal su atención a las ceremonias que, no perdían de vista ninguna de ellas. Cuando llegó el momento de la consagración, y alguien les dijo que como los cristianos, se arrodillasen, obedecieron unos pocos, otros se levantaron y quedaron en pié, y cuatro permanecieron sentados.

Concluída la misa rompieron el silencio, conversando entre sí y hablando de lo que tanto les llamó la atención. Curioso habría sido comprender lo que decían, si para el Misionero no hubiese sido un motivo de pena el ver que criaturas capaces de las luces de la fé y a pocas leguas de países civilizados, vivan en una ignorancia absoluta de la Religión cristiana, y que al hablar del augusto Misterio de nuestros altares habría de oir groserías en armonía con la ignorancia y brutales costumbres de estos pobres salvajes. Para que Vuestra Reverencia se forme una idea de lo que digo, voy a referirle el hecho siguiente:

Después de celebrar, dar gracias y desayunarme, salí a la huerta para gozar de los encantos de la naturaleza. Un joven salvaje, con quien había conversado otra

vez, vino a hacerme compañía, y sentándose a mi lado con bastante naturalidad, me preguntó:

—Tú bonito poniendo ¿qué haciendo?

—Misa celebrando, le contesté.

—Misa ¿qué sendo?

—Misa mucho bueno, repliqué.

—No, me dijo: mucho bueno, mucho comendo; poco bueno, poco comendo; tú poco comendo, poco bebendo.

Ante esta grosera materialidad con que había interpretado el gran Misterio del altar, me quedé asombrado, pues al parecer no le había llamado la atención la majestad de la ceremonia ni la devoción y recogimiento con que los Padres y cristianos asistían, para siquiera sospechar que algo más se hacía que comer y beber. ¿Cómo explicarle lo que la Misa es y significa, cuando la idea que tiene de Dios es tan vaga, que casi se acerca al ateísmo? Empero como no me era decoroso ni conveniente dejar de contestarle, acomodándome a su modo de hablar le repliqué: **Jíbaro mucho tonto; cristiano mucho sabiendo; Padre más sabiendo; Padre Jíbaro enseñando; jíbaro aprendiendo; misa mucho bueno, mucho grande.**

Bueno, bueno, me dijo; jíbaro Padre enseñando, mucho sabiendo, misa mucho bueno, mucho grande.

Por la tarde de este mismo día quisieron ir a dormir en el lugar en donde al día siguiente debían empezar el roce. Era un espectáculo pintoresco a la par que triste, el contemplar, cómo cuarenta salvajes, hombres, mujeres y niños, desfilaban en silencio por el nuevo camino, cargados de plátanos y yucas, llevando los hombres además sus larozas o cervatanas y las mujeres sus pequeños, todos casi desnudos, si se exceptúan los varones de menos de doce años que lo estaban completamente. El P. Antonio González y el que suscribe, los acompañamos hasta el sitio que escojieron para levantar sus tiendas de campaña, las que como muy prácticos y peritos, levantaron en bre-

ve tiempo, sirviéndose para ello de las hojas de palmera. En cuatro días rozaron las dos leguas que se les habían señalado.

Durante el trabajo no perdieron la ocasión de matar las aves y monos que se presentaban en las inmediaciones; así no les faltó carne, especialmente de mono. Como los monos casi nunca van solos, sino en grupos más o menos numerosos, pocos son los que escapan al certero tiro de sus cervatanas. Atendidas las condiciones venatorias de estos lugares, en los que es muy difícil perseguir la caza, a causa de la espesura del bosque, la cervatana ofrece algunas ventajas sobre el arma de fuego. Si bien ésta lanza el proyectil a mayor distancia, tiene el inconveniente de que, con la detonación ahuyenta la caza. No así la cervatana; el animal, sea volátil o cuadrúpedo, se siente herido sin saber de donde le viene el proyectil. Este consiste en una flecha en forma de aguja, de unos doce centímetros de largo por tres milímetros de diámetro en el centro. Cuando se trata de caza mayor, como son los monos y aves grandes, envenenan la punta y el veneno es tan activo que en menos de tres minutos muere el que ha sido herido. De este modo un solo salvaje puede matar varios cuadrumanos sin que estos salgan del mismo árbol.

Terminada la tarde del roce volvieron al Convento. Se dió a cada uno un machete a más de otro objeto, que cada cual pidió libremente, según su necesidad, y al día siguiente regresaron a sus chozas.

Poco antes del regreso de los salvajes a sus chozas se les manifestó la conveniencia de que se reunieran para formar un pueblo, en donde serían atendidos con más facilidad por los Padres. Se les explicó por medio de Chiura, nuestro intérprete, las ventajas de la vida civilizada y cristiana, y de que los Padres se harían cargo de los jibaritos, que se les vestiría y se les enseñaría a leer y escribir, cosa que al parecer todos desean. Chiura después de escuchar

con atención todo lo concerniente a este asunto, tomó la palabra y en su idioma explicó a los suyos todo lo que nosotros le propusimos.

Este acto que revestía alguna solemnidad tenía un no sé qué de cómico y grotesco. Los más de los salvajes se hallaban sentados, pocos en pié. Chiura, que también estaba sentado, empezó su relación gritando como si tuviera que hacerse oir de miles de personas, alguna vez se levantaba y volvía a sentarse y toda su gesticulación se reducía a extender el brazo derecho y arrimar los dedos a los labios. Al principio todos escuchaban en silencio y con mucha atención; luego alguno tomó la palabra, sin que Chiura dejara de hablar; poco a poco, y quizá sin advertirlo ellos mismos, todos tomaron parte en el debate, todos hablaban o por mejor decir, todos gritaban, formando una grotesca algarabía.

Parecía que uno se hallaba en medio de una reunion de energúmenos. Nosotros nada entendíamos de lo que se decía, ni creo hubiéramos comprendido aún cuando hubiesen hablado en castellano; pues la gritería era tal, que al parecer cada uno quería hacerse oír de los demás, sin atender a lo que los demás decían. Al presenciar semejante espectáculo recordé lo que con escándalosa frecuencia se verifica en los Congresos de los hombres que se llaman civilizados, y con la pretensión muy poco modesta de **civilizadores.** La ignominiosa Convención de París, en la que se trataba de la vida o muerte del infortunado Luis XVI, ¿no imitó con circunstancias mil veces más **salvajes** a estos moradores de los bosques? Nuestros Congresos modernos repetidas veces, ¿no reproducen el **salvajismo** de la famosa Convención de París? Se grita con furor y rabia, a impulsos de odio sectario, se insultan groseramente, y no pocas veces terminan sus **salvajadas** con otra todavía por su cinismo más salvaje con el florete o el revólver; ¡y se llaman regeneradores de la sociedad! Si estos

moradores de las selvas presenciaran algunas de esas escenas del salvajismo civilizado, creerían sin duda que los papeles estaban trocados, y que los Congresos civilizados tendrían mucho que aprender en las asambleas de los moradores de los bosques; pues si estos gritan lo hacen con una naturalidad admirable, sin ninguna alteración en el semblante; ninguna pasión les impulsa; es simplemente su moda inculta y salvaje, es cierto, pero que reviste cierta dignidad y naturalidad de que carecen muchas sesiones de nuestras civilizadas asambleas. Al ver que la discusión se prolongaba demasiado, intervine yo y al tomar la palabra, todos callaron. Pregunté a Chiura qué era lo que decían y resolvían. Este me hizo comprender que los más deseaban reunirse para fundar un pueblo y que nos confiarían a sus hijos para que los vistiéramos, instruyéramos y los bautizásemos. Preguntando el lugar en donde querían fundar el pueblo, me dijo que yo lo indicara, porque entre ellos había dos o tres pareceres y que se someterían a lo que yo resolviese: admití con gusto el arbitraje, y para resolver con acierto, necesitaba hacer una excursión para reconocer el terreno y elegir el lugar que reuniera las mejores condiciones que para el caso se requieren. Para el efecto fijamos el día, y se convino que Chiura se asociaría a nosotros al pasar por frente de su choza.

ESCURSION PARA FUNDAR UN PUEBLO

En el día prefijado, después de celebrada la santa Misa, preparamos lo necesario para la excursión. Los preparativos pronto se arreglaron. En estas soledades, en que sólo abunda la escasez de recursos, no se requiere mucho tiempo para disponerse para un viaje. Las provisiones consistían en una pequeña cantidad de café y azúcar y unos plátanos, algunas libras de harina de cebada tostada, a más de un lienzo que debía servirnos de toldo, y dos

escopetas que se utilizarán para la caza. Me acompañaban tres cristianos de Santa Ana, conocedores del terreno que íbamos a explorar. Arreglado lo necesario nos dirigimos al río para embarcarnos en la única canoa que había, propiedad de uno de los excursionistas, e instalados en ella la desamarramos y empezó a deslizarse suavemente, arrastrada por la corriente. Los Padres y demás cristianos que habían venido a presenciar nuestra salida, quedaban en tierra angustiados por el temor de que nos sucediese algún accidente desagradable. Los que nos hallábamos en la canoa, íbamos animosos, sin querer ver peligros; a pesar de que dos años antes en que hice el primer reconocimiento, con dos de los que ahora estaban conmigo por descuido de los mismos, sufrimos un naufragio, del que nos salvamos milagrosamente. Ese mismo recuerdo nos inspiró más confianza por el cuidado que ahora pondrían. siquiera hasta la choza de Chiura, para no lamentar algún percance.

Conviene advertir, para que se comprenda qué es navegar por esta sección del río, que el lugar en que nos embarcamos se halla sobre el océano a unos 1,000 metros de altura y a raíz de la vertiente oriental de los Andes. El río presenta a trechos algunos desniveles en los que el agua se precipita con suma rapidez, formando olas que hacen saltar a la canoa con peligro de zozobrar; pero la dirigen con una mano diestra y segura; además hay que conocer por el movimiento de las aguas las rocas o peñascos que se hallan en el fondo, a fin de evitar que la canoa se estrelle con el choque. Hay sitios en que existen fuertes remolinos, que se necesita destreza y práctica para pasarlos impunemente. Todos conocíamos estos peligros; empero confiados en la bondad de Dios y en la destreza de Chiura, cuya casa se halla antes de los sitios más peligrosos, esperábamos salir bien de nuestra empresa. Desde que me instalé en la canoa me dediqué a un

doble objeto: a observar los accidentes topográficos, para escojer el lugar en donde debía fundarse el pueblo: y a estudiar todos los accidentes del río: la brújula me indicaba no sólo la dirección general sino sus principales curvaturas: el barómetro la diferencia de altura, el termómetro la diferencia de temperatura; y aproximadamente por las diversas velocidades de la corriente calculaba la distancia recorrida en relación con el tiempo que se empleaba, para lo que me servía el reloj. Todo lo anotaba en el croquis, junto con las islas que el río tiene en su cauce, como también el lugar e importancia de sus afluentes. Este estudio, sumamente útil para los misioneros, hubiera querido practicarlo hasta la confluencia del **Paute,** casi tan caudaloso como el Zamora. Desde esta confluencia el Zamora toma el nombre de **Santiago** que conserva hasta desaguar en el **Marañón,** poco antes del pongo de **Manseriche;** empero el poco tiempo de que podía disponer no me permitió recorrer ese trayecto. No pierdo la esperanza de recorrerlo en tiempo no lejano, no sólo hasta el **Paute** sino hasta el **Marañón.** Esta empresa que naturalmene impone por los muchos sufrimientos, privaciones, sacrificios y aún peligros; se compensa por las ventajas que de ella reportarán los Misioneros, que en breve, Dios mediante, se verán precisados a recorrer para civilizar a las tribus que viven en las orillas del **Zamora-Santiago** y sus grandes afluentes. Si Dios me concede el poder realizar este estudio, tendré nueva oportunidad para poder escribir otra serie de cartas más interesantes para los lectores de **El Eco** que las presentes.

Una hora después de nuestra salida de Santa Ana llegamos frente a la choza de Chiura; varamos la canoa en la playa y fuimos a invitarle para que nos acompañase. Desupés de hacerse rogar un poco, accedió y la canoa al impulso de su mano surcaba admirablemente la corriente. Durante el trayecto a indicación de Chiura, ob-

servamos los sitios que se juzgaban aptos para la fundación del pueblo, reservando la elección hasta que hubiésemos recorrido toda la sección desde Santa Ana hasta más allá del **Yacuambi.** En esta vía matamos sin salir del río una **yamala** y una pava, que nos proporcionaron carne para dos días. Sólo visitamos una choza de salvajes en la que se habían reunido varios jíbaros para **celebrar** la cura de un enfermo, que habían traído de lejos para que lo curase el brujo de Zamora. Yo visité al enfermo, le tomé el pulso, y por medio del intérprete hice que me enseñase la lengua. Todos estaban atentos a mi diagnóstico, más al decirle que sacara un poco más la lengua, se provocó una risa general que hizo reír al mismo enfermo.

La diagnósis me reveló que el pobre diablo era víctima de una fuerte indigestión. Le prometí curarlo si lo conducían cerca de nuestra residencia; pues por haber curado a una jíbara de la fiebre, con tres dósis de sulfato de quiquina, y al esposo de la misma de una tos convulsiva con unas cuantas pastillas del **Dr. Andreu**, adquirí fama de **curandero;** esto no obstante, se resistieron a llevar al enfermo a donde les indiqué, por no perder la costumbre de presenciar un sainete, y vivir unos días a costa ajena. Me prometieron, sin embargo, verificar lo que les exigía, si no curaba después que el **brujo** hubiese extraído del cuerpo los objetos extraños que según ellos causaban la enfermedad. Al tratar de las costumbres de estos infelices, manifestaré el sistema original de curar las enfermedades y la rareza de los tres objetos que según sus preocupaciones siempre las producen.

Nuestro Chiura quería pernoctar en esta choza por ser un hrmano suyo el brujo que curaba al enfermo. Empero al ver mi insistencia en proseguir el viaje, se resolvió, si bien de mala gana, a seguir adelante. Serían cerca de las seis de la tarde cuando hallamos un sitio bellísimo para pasar la noche. En este sitio y cerca de nuestro cam-

pamento, llamó mi atención un árbol por el modo raro de dar su fruto. Este no se halla en las ramas sino en el tronco y antes de la bifurcación de aquellas, en forma de racimo, cuyos granos guardan el parecido de pequeñas manzanas, y a escasa distancia unos de otros cubren gran parte del tronco; según los peones es comestible, aunque por no estar en sazón, no me fué dado probarlo.

Esta noche apenas pudimos conciliar el sueño a causa de la lluvia, y sobre todo por el mortificante aleteo de vampiros que penetraban en el toldo. Tan luego como amaneció, proseguimos el viaje, aprovechando el fresco de la madrugada y prolongamos la exploración algo más allá de la confluencia del Yacuambi. Visitamos la única choza que allí existe, en la que vive una jíbara viuda con su hijo de dos años. Ambos estaban ausentes, y para llamarlos nuestro conductor dió un grito especial que repitió cuatro veces; al ver que no era correspondido, determinó entrar en la choza, a donde le seguimos. Sólo hallamos una gallina y dos bellísimos guacamayos, ave hermosa con que deseaba hacerme; mas como la dueña se hallaba ausente, no pude llevarlos; Chiura me prometió conseguirlos después de hablar con la viuda, que era parienta suya. Descansamos una hora en la choza, y viendo que la dueña no regresaba para pedirle una cabeza o racimo de plátanos, nos permitimos la libertad de tomarlos, con la intención de pagarle, por medio de Chiura; luego regresamos para recorrer el perímetro de la gran isla verdadero **delta** que el **Yacuambi** forma al unir sus aguas con el **Zamora.**

En esta confluencia, el paisaje es variado y muy pintoresco, y no habría desagradado a los jíbaros el que el nuevo pueblo se fundase en este lugar. Aquí comparamos los lugares anotados en el viaje, las condiciones de ventilación, salubridad, extensión, etc., y de común acuerdo resolvimos retroceder, para estudiar con más de-

tención una gran vega que los naturales llaman **Cumbarasa.**

Serían las cuatro de la tarde cuando emprendimos el viaje de regreso, pernoctando en el mismo sitio que en la noche anterior.

Al amanecer se presentaron frente a nuestra tienda dos canoas tripuladas por salvajes de los que viven en las márgenes del Yacuambi, quienes nos obsequiaron con dos enormes yucas y plátanos. Les manifestamos por medio de Chiura nuestra resolución de fundar un pueblo en Cumbarasa. Aprobaron nuestro proyecto. y después de tomar juntos una taza de café nos despedimos; regresando ellos al Yacuambi, y nosotros navegamos lentamente contra la corriente, llegamos al caer de la tarde al sitio, objeto de nuestro preferente estudio. Tendimos el toldo a pocos pasos de una choza de salvajes. Apenas amaneció, reuní a los hombrs de la choza para ir a explorar la vega. Un peón se quedó para preparar el almuerzo, otros dos, tres salvajes y yo nos embarcamos para recorrer la márgen de la vega que confina con el río. Luego penetramos en la espesura, con mucho trabajo y abriéndonos paso con el machete; recorrimos una gran extensión, y de acuerdo con los mismos salvajes fijamos el sitio. Se rozó una línea paralela al río, de 80 metros de largo por dos de ancha cortando sólo la malleza y pequeños arbustos. Esta línea será uno de los lados de la plaza del nuevo pueblo, en el que se señaló el lugar para la capilla, escuela y convento. Toda la sección de terreno comprendida entre la línea mencionada y el río, que será de dos hectáreas, se destina para las necesidades de la misión.

Resuelto el problema de esta expedición, proseguimos el viaje de regreso; y si bien deseábamos llegar a Santa Ana este mismo día, no fué posible, por ser muy difícil navegar contra la corriente. Pernoctamos, pues, ahora y media de dicho punto, notando durante la no-

che una gran tempestad en las alturas de la cordillera que nos hizo temer una creciente del río. En efecto, amanecimos envueltos por grande lluvia; observar el río fué nuestro primer cuidado, y con pena vimos que la fuerte creciente, nos imposibilitaba para utilizar la canoa. Esto nos puso en una alternativa angustiosa; o esperar que el río descendiera a su nivel ordinario, o ir a pié por entre la espesura y con una lluvia que no daba indicios de teminar. La primera idea fué rechazada por todos, a causa de escasear los víveres y, por temor de que la creciente durase algunos días; lo segundo era sumamente penoso, pues andar por entre la espesura medio encorvados, apartando ramas con las manos o cortándolas con el machete para abrirnos paso, cansa y fatiga en tiempo bueno; con la lluvia, y lluvia torrencial, nos colocaba en una situación fatigosa y desesperante. Esto no obstante, optamos por este extremo.

Dejamos encomendada a Chiura la canoa con todo lo que pudimos llevar, para que tan pronto como el río permitiera navegar contra la corriente, la condujera al fondeadero de Santa Ana, y convenidos en ello emprendimos el viaje a pié, serían las siete de la mañana. Después de una hora de penosa travesía, empapados en agua y barro, llegamos a la confluencia del **Tamboa** que creímos vadeable; empero estaba tan crecido que nos cortó el paso. ¿Qué hacer? Regresar después de una hora de sufrimientos nos parecía temerario. Felizmente al otro lado del Zamora había una choza de salvajes; sentaditos, pues, a la orilla del río, recibiendo directamente la lluvia, gritamos cuanto pudimos para llamar a los moradores de la choza, a fin de que con la canoa que ellos tenían nos pasaran a la orilla opuesta; más el ruido del río y de la lluvia impidió que nuestros gritos fuesen oídos. Así estuvimos hora y media, saliendo al fin la mujer para desalojar de la canoa el agua que había recibido.

Mientras se dedicaba a esta tarea gritamos con más fuerza, sin que se apercibiera de nosotros. Intentamos disparar las escopetas para llamar su atención; ¡vano intento! la pólvora y fulminantes estaban humedecidos. Dios quiso que al terminar, cuando iba a retirarse, se fijara en nosotros; le hicimos señas a que ella correspondió haciendo un signo con la mano, que dió consuelo y trajo la esperanza al corazón. Pasados veinte y cinco minutos, aparecieron la mujer y su esposo desamarrando la canoa para venir en nuestro auxilio.

En esta confluencia el río presenta un notable desnivel por el que la canoa, habilmente dirigida se precipitó con suma rapidez. Nos embarcamos un peón y yo. Los cuatro era imposible a causa de la fuerte corriente. Los dos salvajes hicieron esfuerzos heróicos para hacer subir la canoa, y cuando creíamos haber salido del mal paso o desnivel, uno de ellos flanqueó y la canoa fué arrastrada con vertiginosa rapidez por la corriente, siendo envuelta por el choque de las aguas del **Yamboa.** Si puedo narrar este percance lo debo a la protección de Dios y a la serenidad y sangre fría de los salvajes. Con mucho trabajo pudimos llegar al punto de partida, pues la canoa había sido arrastrada más abajo. El peón que se había embarcado conmigo fué sustituído por otro que conocía el manejo de la canoa. Este con los dos salvajes, después de muchos esfuerzos, consiguieron pasar a la orilla opuesta. Luego la canoa regresó para pasar a los otros dos, que con mucha dificultad consiguieron reunirse a nosotros.

Fuimos a descansar en la choza de nuestros hombres y esperar que el cielo se despejase, mientras comíamos la yuca que nos suministraron los dueños. Reforzados un poco con este alimento, y habiendo cesado un rato la lluvia, proseguimos a pié nuestro viaje, llegando a las dos de la mañana frente de Santa Ana. Como nos ha-

llábamos en la orilla opuesta fué preciso gritar para ser auxiliados. Oídos apenas corrieron a la orilla los Padres y demás moradores del pueblo, una mala y casi inservible canoa era el único medio de transporte que tenían a la mano; con ella, y uno a uno, pues su ruindad y la crecida del río no permitían otra cosa, conseguimos reunirnos a los nuestros.

Eran las tres cuando llegamos al convento rendidos de fatiga; mientras se preparaba la comida para todos, cada cual se fué a su choza para cambiarse la ropa.

Después de dos días de descanso partí para Loja con el objeto de adquirir algunas cosas para la misión y pasar al mismo tiempo la Semana Santa. Este viaje lo hice por la vía del **Cóndor,** que como dije al principio de mi correspondencia, es muy difícil y peligrosa en tiempo de **páramos.**

En este país entienden por **páramos** no tanto las mesetas y altiplanicies de los Andes en donde la vegetación es nula, y que en el Perú llaman **puna** y en el Ecuador **puna** o **páramo,** sino principalmente una lluvia menuda, fina y fría que muchas veces cae en forma de granizo muy diminuto. El modo vulgar de expresarse es: "en la cordillera **cae el páramo, paramca.**" Si las nubes se hallan muy movidas y agitadas por el viento, se dice: "la cordillera está **brava, el páramo es furioso".** Tratándose de la cordillera y nudo del Cóndor, cuando el **páramo** se arrastra por la cumbre, es como he dicho, sumamente peligroso el tránsito. Uno de los peones que me acompañaba me indicaba los sitios en donde se hallaban sepultados los que habían muerto sorprendidos por el **páramo.** El único medio para evitar la muerte, cuando uno se halla envuelto por este meteoro, es no pararse; hacer, como

vulgarmente se dice, de tripas corazón; andar, andar siempre, no obstante el cansancia y la fatiga, porque el parar o descansar, si uno se sienta o se echa es para no levantarse, pues el sistema nervioso se contrae, se paraliza, o como dicen los naturales **se engarrota**; el valor decae, el espíritu se rinde y el sujeto perece. Fenómeno es este que no me he podido explicar satisfactoriamente. ¿Es el frío lo que mata? El termómetro centígrado, en medio del páramo nunca llega a cero. ¿Será la altura que mide 3,400 metros? Yo he cruzado los Andes a mayor latitud y a una altura de 5,000 en iguales condiciones de páramo, sin peligro alguno y con una temperatura de 3º bajo cero. ¿Cuál es pues la verdadera causa de este fenómeno? En una de las excursiones que hice para estudiar el paso de la cordillera que ofreciera más seguridad, me fué preciso ascender a un sitio algo más al sur y más elevado que el Cóndor. Había sólo movimiento de nubes sin lluvia, y no obstante la fuerza de voluntad, tanto de los que me acompañaban como mía, no pudimos resistir por cinco minutos al choque de la nube sin ampararnos al abrigo de un cerro. El centígrado marcaba 6º. Si el arrojo y temeridad nos hubiesen impulsado a luchar contra el metéoro, probablemente habríamos sucumbido, y sucumbido de frío. En vista de lo expuesto, repito, que no sé como explicar los fatales resultados del fenómeno. Los meteorologistas cuando lo estudien se encargarán de hacerlo (1).

---

(1). Tal vez el padre Vidal omite en este lugar la mención de un elemento que entra sin duda como el más esencial en los fenómenos del páramo de las alturas del Ecuador: Este elemento es el viento, el cierzo frío y la brisa húmeda; y no parece que tengan lugar los fenómenos mencionados sin este elemento.

Entrado el viajero en la atmósfera de puna, saturada de vapores en movimiento, más o menos rápido, que penetra en el aparato res-

Si al viajar por esta vía puede evitarse el **páramo,** emprendiendo el viaje en tiempo sereno, no se puede evitar el cansancio y la fatiga, por ser las vertientes de la cordillera largas y empinadas. Al partir de Santa Ana para Loja se halla la famosa cuesta de **Mátala** que, como su nombre indica, rinde al más intrépido. Empieza en el **Sabanilla,** y desde el plano de este río hasta el punto culminante, al que es necesario ascender, forma un ángulo que se aproxima a los 50º, y con una altura sobre el referido plano de 1,610 metros. El camino, si así puede llamarse la senda por la que se viaja, es una serie de preci-

piratorio como un huesped importuno, el funcionamiento de este aparato es forzado, irregular y defectuoso; y por ende, queda también comprometido el corazón, cuya normalidad depende del buen estado de los organismos que le sirven de auxiliares.

Los viajeros colocados en esta situación desagradable, atentos a evitar cuanto pueden la penalidad propia, casi no pueden pensar en los compañeros de viaje: todos se arrebujan, se cubren, se defienden de la llovizna, y la caravana va revistiendo, grado por grado, un semblante mustio y casi funerario.

Si entre los caminantes se halla alguna persona hecha a la vida de salón que nunca pudo soñar con esta penalidad poco imaginable, es fácil que decaiga de ánimo y dé lugar a una escena dolorosa y trágica.

Hay páramos en el Ecuador que duran tres y cuatro horas de cabalgata, como sucede entre Loja y Cuenca: espacio de tiempo suficiente para rendir el ánimo más varonil.

El padre Vidal, en efecto, no halló este fenómeno que se realiza en las alturas del Ecuador, con las mismas características, en ningún otro punto de los que recorrió en Colombia y en el Perú en doce años que hubo de viajar, primero como secretario del Padre Leonardo Cortés, comisario general y visitador en las tres repúblicas, y luego como sucesor de dicho padre en el mismo alto cargo de comisario: ese fenómeno en su conjunto es propio del Ecuador. Sin embargo, las andadas por la zona del Cerro de Pasco, cuando sopla el viento frío, no ceden en penalidad a los páramos ecuatorianos, y con dificultad se resisten por tres horas a caballo en un día entoldado o tempestuoso.

picios y derrumbaderos. Ya en la cumbre del **Mátala,** es preciso subir y bajar nuevos cerros que se levantan en la cordillera, y que por su órden, partiendo de Santa Ana, denominan: **Pucará, Cóndor, Huagra y San Francisco.** Desde Mátala hasta descender la vertiente occidental del San Francisco hay la distancia de 5 leguas, y es el trayecto más peligroso en tiempo de **páramos;** y como éstos en ciertas épocas del año son muy frecuentes y duran algunos días, y por otra parte, aún cuando se emprenda el viaje en tiempo sereno, basta media hora para hallarse envuelto por el metéoro de que estoy hablando, como me ha sucedido a mí en dos de los tres viajes que hice por esta vía; de aquí la urgente necesidad de hallar un camino o paso más factible y seguro, y ese, como he dicho, es por el río **San Francisco;** pues si bien un poco más largo, se podrá, no obstante, viajar con seguridad todo el año.

Después de tres días de penosa marcha llegué a Loja. Era el Martes Santo, y el Lunes de Pascua resolví regresar a la misión para dar la última mano a la obra iniciada. Me acompañó el Padre Guardián del Colegio, Fr. Francisco Ercilla, que deseaba conocer el territorio de la Misión. Pernoctamos cerca de la falda del **Cóndor,** y como lloviera por la noche, el P. Ercilla fué atacado de un fuerte reumatismo en la pierna derecha que le impedía todo movimiento en la articulación de la rodilla. Así, con esta molestia, fué necesario proseguir el viaje, si bien con alguna lentitud, llegando a Santa Ana a los tres días de nuestra salida de **Loja.**

Terminadas algunas obras y restablecido el P. Ercilla del reumatismo, por la benignidad del clima, volví a Cumbarasa, para ver si los salvajes habían empezado los trabajos para la nueva fundación. Sólo fuimos el Padre Guardián y yo, Chiura y un peón; la canoa dirigida por éstos últimos, se deslizó con mucha seguridad por el **Zamora,** y llegamos a **Cumbarasa** sin accidente alguno. Tu-

ve la satisfacción de ver que los jíbaros habían rozado el ámbito de la plaza y preparaban el lugar para construir la casa y capilla para los Padres. Los salvajes me advirtieron que, para practicar el roce esperase hasta el verano, en que rara vez llueve, porque entonces en pocos días el roce se seca y puede quemarse; mientras que ahora es muy laborioso, a causa de las frecuentes lluvias, y aunque quieran no pueden dejar el terreno limpio. Accediendo a observación tan justa y fundada, les expliqué, sin embargo que a lo menos cortaran los árboles más corpulentos, y después el roce les sería más fácil; prometieron practicarlo así, y permanecimos un día entre ellos.

A las cuatro de la mañana del día siguiente vino Chiura a despertarnos con una sequedad poco acostumbrada en él. Sin preámbulo alguno nos dijo: **levantando, comendo, andando,** y se retiró. Nos levantamos, tomamos una taza de café, y reservando otra para Chiura que la tomó de muy mala gana, preparamos el equipaje en la canoa, y serían las seis cuando emprendimos el viaje de regreso. Al poco rato vimos una pava; ordené a Chiura hacer alto para matarla, y me contestó; **no andando.** Nuestro hombre estaba de mal humor. A las diez le dije que parase para comer; tampoco quiso y me contestó: **andando, andando.** Pasamos frente de su choza, y salieron a la orilla dos de sus mujeres con sus hijos, que lo llamaban; nuestro hombre ni siquiera se dignó mirarles. Entonces le dije: **tú mucho incomodado, mucho malo.— ¿Como conociendo, me replicó?** Le manifesté que estando en la orilla sus mujeres e hijos no les decía nada y no quería parar para comer.—**Yo mucho sabiendo,** me replicó: **tú no sabendo, andando.**

No pudiendo conocer la causa de tan extraño proceder, nos dejamos a su voluntad. El trabajaba como un desesperado, y esto nos quitó el temor de alguna celada. A las 4 llegamos al fondeadero de Santa Ana, y nuestro

hombre recuperó su jovialidad habitual. Le reconvine por que nos había tratado con tanta dureza, sin permitirnos comer. El, creyéndose en esta ocasión superior a nosotos nos dijo:—**Yo mucho sabendo; mira;** y me señaló el río, cuyas aguas se hinchaban por una fuerte avenida; en la noche él había observado una tempectad en la cumbre de la cordillera, y calculó con bastante precisión la hora en que debía engrosar el río, y de aquí el no querer perder un minuto para llegar a Santa Ana, antes que la creciente lo impidiera. Así son estos pobres salvajes: no pierden la ocasión, si se les presenta, de manifestar superioridad sobre los demás. A nosotros pertenece el aprovechar esta especie de orgullo para estimularlos a la adquisición de nuevos conocimientos.

Después de ultimar algunos asuntos con los Padres que debían quedar en la Misión y de dar las últimas disposiciones, llegó el momento muy fatal para mí; momento que veía acercarse con pena, la separación: separarme de los Padres que habían compartido conmigo los trabajos, sufrimientos y privaciones; de los colonos que con tanta abnegación nos auxiliaron; de los salvajes que eran el objeto de nuestros desvelos; de los lugares testigos de tantas penalidades, era para mí sumamente doloroso; y era preciso este paso que no podía demorarse por más tiempo ya que otros asuntos me llamaban a otra parte.

Acompañado del P. Guardián, del hermano Zenón Delgado y de algunos peones, salí de **Santa Ana**, y con la pena que es de suponer, me despedí de los que quedaban. Después de tres días de fatigosa marcha llegamos a Lo-

ja, donde permanecimos ocho días, partiendo después para mi residencia habitual (1).

Tales son R. P. los trabajos y sufrimientos por los que he pasado junto con mis compañeros, al implantar la nueva misión para reducir y convertir a los salvajes de **Zamora.** Quiera el cielo bendecir tantos esfuerzos y proteger el celo de los Misioneros que allí quedan. De nuestro colegio de Lima fué mandado el P. Luis Torra con el cargo de Superior de la misión, quien, atendidas sus buenas dotes, espero llevará a buen término la obra que se le ha encomendado.

Como complemento de lo referido hasta aquí voy a trascribir algunos párrafos de una larga carta que el P. Fr. Francisco Solano Pascual me remite, dándome razón de lo que se ha hecho desde mi salida. Dice así:

Carta del P. Fr. Francisco Solano Pascual

"Muy respetable y amado Padre: Acabo de recibir su muy apreciada del 30 de Enero y su lectura me ha llenado de gozo y entusiasmo para continuar trabajando en la misión que V. P. en feliz hora fundara, para gloria de Dios y bien de nuestros queridos **jibaritos,** los cuales saltan de júbilo cuantas veces les hacemos mención de su tan querido **P. Vedal,** como ellos dicen. Apenas salió de Santa Ana vuestra P. todo nuestro afán fué poner en práctica cuanto nos dejara ordenado."

Aquí la carta trata del aseo del pueblo y plantíos indispensables para atender a las subsistencias, no sólo de los Misioneros, sino también de los colonos y salvajes,

(1). Es sensible que el padre Vidal no consigne las fechas de sus viajes, en esta última parte. La carta en que anuncia su venida a Lima está fechada en Loja en marzo de 1893.



Rvmo. Padre Isasi con varios jívaros

que no siempre tienen lo necesario para la vida; y de otras obras importantes llevadas a cabo.

"Aprovechando unos días bonancibles hicimos un viaje de recreo hasta la casa del jíbaro **Cónda,** el cual llegó en una canoa en compañía de otros jíbaros. Invitamos a **Cónda** y su hijo (que parecía un fraile con el cerquillo que le habían hecho) a que subiera a **Santa Ana,** pero nos contestó: **Mucha vergüenza tenenedo:** ¿Y por qué?—le dijimos.—**Nada tenendo, quedando Padres.— No más mano dando.**—Otro día preguntándoles si tenía dos para vender, me contestó que no tenía sino dos **mujeres y diez muchachos:** llamando **mujeres** a las cerdas **y muchachos** a sus crías. Les suplicamos que nos vendiese **una mujer y algunos muchachos,** y con mucho candor nos contestó: **que él engordando muchachos para comendo, mujeres para más muchachos y más comendo muchachos.** Este modo de hablar nos divierte mucho.

"Durante el tiempo en que las lluvias eran más frecuentes venían al Convento de vez en cuando, con algunas mentirillas acerca de Cumbarasa, diciéndonos que estaban rozando, haciendo la casa, etc., todo con el fin de sacarnos alguno cosa; nosotros, aunque deseábamos, que fuese verdad, poco crédito les dábamos, si bien nos portábamos como si lo creyéramos. Apenas escampó nos resolvimos con el P. Larrea para ver la realidad. La única dificultad estaba en la canoa que era muy estrecha y larga, más a propósito para un museo que para navegar, sobre todo en esta sección del río, que como V. P. muy bien sabe, puede decirse de ella lo que un francés dijo del **Huallaga:** "que era navegable contra la voluntad de Dios".

"Emprendimos el viaje, y apenas empezó a moverse el **caballito** cuando principió a corcobear, y tanto que llegó a poner miedo en el corazón de Angel, que es mucho decir, por cuanto Angel Ordoñez nada tiene de co-

barde, y por otra parte es muy práctico en el manejo de la canoa. En esta ocasión hubiéramos naufragado varias veces si la bondad de Dios no se hubiese compadecido, especialmente de mí que sé nadar como el plomo."

"A las seis de la tarde tomamos piso sólido cerca de la casa de **Cuji.** Grande fué la alegría de este y de su familia cuando le manifestamos el objeto de nuestra llegada. Al punto nos dió cuanto tenía para cenar. Qué sentimientos tan buenos tiene el tal Cuji. Ojalá tuviera tan bueno y hermoso el cuerpo como tiene el alma. El pobre parece un leproso a causa de la sarna. Es el que más interés tiene para que bajemos a vivir en **Cumbarasa,** y el que más ha trabajado allí. Creo que él será el primero escogido por Dios para hacer de él un excelente cristiano. Para conseguir esto de buena gana llevaría yo la sarna."

"Aquí fuí con el jíbaro **Ojeata,** Angel y Camilo, a ver los trabajos que tanto nos habían ponderado. ¿Qué encontramos? Algunos perros en la casa de **Chirimbo,** muchas grandes hormigas en el roce, que a cada paso nos hacían dar un grito de dolor; por lo demás, poco habían adelantado desde que V. P. lo dejó. Impuesto de todo después de contemplar a mi gusto aquella tierra de promisión, de admirar la lozanía de la huerta de **Chirimbo,** sembrada toda de yuca, ver el hermoso fondeadero junto a nuestro roce, regresamos al toldo donde nos esperaba el P. Larrea, que no había podido acompañarnos por tener un pie muy hinchado. Le impusimos de todo y convenimos en que sin pérdida de tiempo era preciso invitar a los jíbaros para abrir un camino por tierra desde **Cumbarasa a Santa Ana**; de lo contrario nos expondríamos a peligros que a nada conducían, sino a retardar el progreso de la Misión. Ya que al día siguiente debían reunirse en la confluencia del **Jambue** para la pesca con **barbasco,** y era preciso aprovechar esta cir-

cunstancia favorable, nos dirigimos a dicho lugar".

"Pernoctamos en la orilla del río en frente de la casa **Amibucha.** Esta estaba llena de jíbaros que se habían reunido con ocasión de la pesca y también de visitar a un enfermo que había caido con fiebre. Apenas supieron nuestra llegada, bajaron a saludarnos, y todos nos dieron la mano con su célebre **¡cómo estando!** Al amanecer les devolvimos la visita, y nos encontramos con **Chiura,** que había pasado allí la noche para sacar al enfermo la **arañao,** por mejor decir algún cerdo o gallina. Luego tomamos la canoa y nos dirigimos a la choza de **Conda,** que nos recibió con su acostumbrada amabilidad. Después de almorzar el P. Larrea regresó a **Santa Ana,** dejándome con Camilo y Angel para presenciar la pesca con **barbasco,** e invitar a los jíbaros para el trabajo del nuevo camino proyectado."

"Al día siguiente apenas amaneció parecía el río un puerto de mucho tráfico y animación. Los gritos de los salvajes, sus carcajadas, los golpes que daban para majar el barbasco, junto con el ruido de las canoas, y la detonación de las escopetas, producía en esta tierra de silencio y soledad un efecto muy extraño. El río estaba lleno de canoas y las orillas de jibaritos que saltaban de gozo al ver que se acercaba la hora de la pesca. Apenas divisé a mis queridos Zamoranos, les hice seña para que pasasen a mi toldo, y con este fin les envié la canoa. Tan pronto como llegaron a mi lado, el gozo de unos y otros fué completo. Las mujeres prepararon un buen almuerzo con los patos y carne de cecina, y los hombres fuimos todos a ayudar a los jíbaros a moler el **barbasco,** a fin de que ganando su voluntad, nos hicieran participantes de la pesca."

"La pesca debía hacerse en las aguas del **Yambue.** En los dos brazos que forma en la confluencia se colocó una especie de parapeto o enramada, para detener a los

peces que narcotizados por el zumo del **barbasco,** flotaban en la superficie. Apenas estos empezaron a brillar en ella, todos los jibaritos de tres años arriba se arrojaron al río con grande alegría y algazara. Luego llegaron los hombres y auxiliaron a sus hijos. El tiempo que duró la pesca fué de lo más divertido y alegre. Me obsequiaron algunos peces de los mayores con muy buena voluntad".

"Después les propuse la conveniencia de abrir una trocha a fin de ir por tierra **de Santa Ana a Cumbarasa,** y se ofrecieron gustosos a este trabajo. Conseguido esto ya me parecía que la Misión tomaba un nuevo sesgo: con tan halagüeñas esperanzas nos encaminamos por tierra a nuestro convento, con los cristianos de **Santa Ana,** que participaban de la misma alegría: el entusiasmo en unos y otros era grande. La satisfacción de todos se completó con la noticia de que ya estaba en Loja el Superior de la Misión.

Al día siguiente fueron llegando los jíbaros para abrir la trocha hasta **Cumbarasa.** El P. Antonio González y Angel se encargaron de dirigir el trabajo. El entusiasmo de los jíbaros fué tal que hasta las mujeres tomaron parte en la obra: **Chiura** me dijo con mucho entusiasmo que quería ir a la jibería de Logroño e invitar a sus parientes y decirles:—**¡Qué hacendo así, que hacendo! ¿no venendo donde Padres? Vevendo sajino parejo. Vevendo con Padres, sabemos leer, escribir, todo tenendo.** Y como le dijese que si trabajaban en Cumbarasa haríamos un **Loja parejo;** le caía la baba de gusto, y me preguntó si **¿catedral tamben hacendo?** "Mejor que la de Loja" le contesté".

"Ya pues tenemos el camino de **Cumbarasa a Santa Ana** y se puede viajar sin pasar por los peligros del río. Poco a poco lo iremos mejorando: ya han construído en **Cumbarasa** una casa convento más grande que la de Santa Ana."

"El terreno que vuestra Paternidad señaló para huerta de la Misión, tiene un roce de 140 metros de largo por 110 de ancho; y actualmente estan plantándolo de plátanos, yuca, etc. Confiamos que la fundación de un pueblo de jíbaros en **Cumbarasa** pronto será un hecho".

Según los párrafos transcritos, parece que la Misión de Zamora presenta un aspecto consolador, y que el Misionero puede esperar que el fruto corresponderá a sus trabajos y desvelos, y que la semilla divina no caerá en tierra mala. Sin embargo el carácter altivo e independiente de los jíbaros será siempre un obstáculo para la rápida propagación del Evangelio. No pocas veces el Misionero tendrá que deplorar decepciones que pondrán a prueba su celo y constancia. Está previsto; y por lo mismo no será esto un motivo para que el Misionero desista, plegue velas y se retire. Es cuestión de tiempo, paciencia y sagacidad. Hasta ahora los jíbaros han manifestado bastante respeto a los Padres. Casi todos han ofrecido confiar sus hijos al Misionero para que los instruya y les enseñe a leer y escribir, cosa que muchos de los grandes desean con ansia aprender.

El jíbaro es naturalmente de inteligencia despejada y conoce la inferioridad de su modo de ser de los cristianos; ambiciona colocarse al nivel de estos, y se siente humillado al ver que no puede escribir para comunicar por cartas sus pensamientos. Quizá esto sea un factor poderoso que contribuya a su redención y conversión. Nuestros Misioneros que atentos observan estos nuevos sentimientos del jíbaro, tratan de fomentarlos exponiendo a su inteligencia nuevos horizontes que exciten en él la curiosidad y el estímulo para salir del estado de barbarie en que yace. Este método hasta ahora ha producido excelentes

resultados, mediante el auxilio divino es de esperar que poco a poco irán deponiendo sus brutales costumbres, para abrazar las nobles, pacíficas y santas prácticas de la Religión.

Religión y costumbres de la Jívaros

Antes de terminar la serie de **Correspondencias** relativas a la fundación de nuestras misiones entre los jíbaros de Zamora, daré algunas noticias sobre el carácter, religión y costumbres etc., de los salvajes, cuya reducción y conversión el Gobierno del Ecuador, de acuerdo con la Santa Sede, ha encargado a tres Ordenes Religiosas. Los RR. PP. Domínicos se hallan establecidos entre los jíbaros de Macas; y los ilustres hijos de Don Bosco en la jibaría de **Gualaquiza.**

Noción General de los Jíbaros

La familia jíbara es una de las más numerosas y dilatadas de infieles que existen en los bosquse orientales del Ecuador. Ocupan la sección de terreno comprendida desde el río **Chinchipe** al sur de Loja; la orilla izquierda del **Marañón** hasta el **Pastasa,** que nace en las vertientes de los volcanes Tunguragua y Cotopaxi, y las faldas orientales de los Andes comprendidas entre los orígenes del Chinchipe y Pastasa. La nación **Jíbara** está dividida en distintas tribus, que toman la denominación del río en cuyas orillas habitan. Las distancias que median entre las tribus son más o menos considerables, y para visitarlas necesitan emplear diez, veinte, y aún más días. Todos hablan el mismo idioma, que según he podido comprender es bastante expresivo, y sobre todo enérgico por razón, sin duda de su carácter independiente y belicoso. Si los jíbaros estuviesen todos bajo un sólo jefe, compondrían

una nación temible y terrible para los demás salvajes sus vecinos: empero como de tribu a tribu de la misma nación se hacen con frecuencia guerras de exterminio que engendran enemistades irreconciliables, de aquí que cuando se unen dos o más tribus para hacer la guerra a otra nación de salvajes, no causen toda la carnicería que intentaron por los recelos y rivalidades que existen entre ellos; pues mientras baten al enemigo debe cada uno estar alerta para no ser víctima de la venganza personal de alguno de los suyos. Si bien cada tribu jíbara tiene su cacique, hacen muy poco caso de su autoridad, sólo le obedecen en tiempo del peligro.

Las tribus no están agrupadas en pueblos, sino que cada familia particular se establece donde quiere y siempre distante de las chozas de las demás. Este modo de vivir es común a todos los salvajes de la América del Sur. Si entre los individuos de una misma tribu conservan ciertas relaciones indispensables para la común conservación, esto no obsta para que entre ellos se tomen sangrientas venganzas que siempre se ejecutan a traición. Cuando se hace la guerra de tribu a tribu, o contra una nación vecina, se convierten en fieras luchando cuerpo a cuerpo, si por medio de alguna celada el enemigo no ha sido sorprendido descuidado. Empero cuando se trata de una venganza particular, esta reviste los caracteres de la felonía. Es frecuente invitar a la víctima a comer a una partida de caza, a una visita; y cuando se halla más descuidada es atravesada por la lanza. A veces repite estas invitaciones sin que por el momento intente nada; sino al contrario, la obsequia y le manifiesta con hipocresía una deferencia que hace suponer una reconciliación, cuando sólo es para asegurar mejor el golpe y evadir las sospechas y responsabilidades. Otras veces, sin tantos cumplimientos aprovechan la primera oportunidad, cuidando de no ser visto por la misma víctima.

El espíritu de venganza está tan arraigado entre los jíbaros, que aunque se pasen años sin que lo puedan saciar por no presentarse la ocasión; siempre lo ejecutan por sí o por sus hijos. La primera lección que dan a estos es indicarles la víctima: **fulano mató a tu abuelo, hermano, tío, etc.**, y les imponen como un deber el vengarlos. No pierden la ocasión, cuando se ofrece, de iniciar a sus hijos de poca edad a no horrorizarse de la sangre y sufrimientos de la víctima. El padre procura hallar a esta desarmada o herirla a mansalva para desarmarla; y una vez con la lanza ensaye a matarla. Si el pequeño no acostumbrado a ese espectáculo y ante la sangre y lamentos de la víctima se conmueve, el padre es bastante feroz para colocar la lanza en manos de su hijo, tomarle las manos y hacer que la hiera y le dé muerte. Con estas lecciones tan feroces, es raro hallar un jíbaro que teniendo 20 años de edad no sea homicida. Por esto el jíbaro nunca vá desarmado. La lanza es su alhaja favorita e inseparable.

El jíbaro es en general de constitución robusta y proporcionada, su mirada viva y penetrante, la expresión de su semblante humilde o ferozmente siniestra, según las circunstancias; es inteligente y aprende con facilidad cuando se propone aprender, combina y prepara admirablemente sus celadas y planes de combate contra los demás salvajes de quienes son muy temidos. Es naturalmente ocioso, altivo, soberbio y muy amante de su independencia y esto será un gran obstáculo para su civilización y conversión, especialmente tratándose de adultos. Si bien se consideran humillados al tratar con los cristianos y personas civilizadas, por el mayor caudal de conocimientos y habilidades que estos poseen, empero no pierden la oportunidad de manifestar en alguna cosa su mayor conocimiento y destreza, cuando se presenta la ocasión; como por ejemplo en la presición con que predicen la creciente del río, si observan alguna tempestad en

las alturas de los Andes; en el manejo de la canoa, en el uso de la cervatana y lanza etc. En estas y semejantes ocasiones se complacen en hacer alarde de su superioridad.

Los jíbaros, como los demás salvajes de América, abandonados a su propia suerte, no aspiran más que a satifacer sus necesidades animales, sin preocuparse de lo demás; de modo que pasarían siglos sin que adelantaran un paso en el camino de su perfeccionamiento intelectual, moral y social.

II.—RELIGION

Tienen una idea muy vaga y oscura de Dios, y creen que ninguna intervención tiene con los sucesos del mundo. Si se les pregunta ¿quién ha hecho la tierra, sol, luna y estrellas? quedan sorprendidos y no saben qué contestar. Limitando todas sus aspiraciones a un positivismo sensual, creo que nunca se les ha ocurrido la idea de si la tierra, sol, etc., tiene o no principio. Sospechan la supervivencia del alma, sin poder explicar en qué consiste, ni cual es su destino. Cuando se les habla de Dios, de su Omnipotencia, Providencia, de los premios y castigos de la vida futura, y sobre todo de la resurrección, escuchan con asombro; si bien no comprenden por de pronto toda la importancia y trascendencia de estas verdades. La imagen del Crucifijo les llama la atención, y algunos por lo que han oído a los Padres y cristianos saben algo de Dios. Una vez estaba yo explicando los principios de la Religión a cuatro jíbaros, insistiendo de un modo particular sobre la Providencia. Los cuatro entendían regularmente el castellano: Chiura que era uno de los cuatro, señalando la imagen del Crucificado, me preguntó:

¿Cómo Dios sendo? Les expliqué lo mejor que pude,

acomodándome a sus groseras concepciones, la creación del mundo, del hombre, la redención, la necesidad de bautismo para ser cristiano y salvarse: y que los que no eran cristianos iban al infierno. Algo comprendieron; pues Chiura volvió a preguntarme:

—¿Jíbaro, infierno?

—Sí, jíbaro mucho malo; jíbaro matando, jíbaro infierno.

—Cristiano malo sendo, cristiano robando.

—Cristiano malo infierno, cristiano bueno cielo.

—Jíbaro bueno cielo.

—Nó, jíbaro bueno, no bautizado cielo no yendo.

—Mío muchacho (hijo) no matando, ¿cómo infierno?

—¿Soldado infierno yendo:

—Soldado malo infierno, soldado bueno cielo.

En otra ocasión en que el Padre Antonio González visitó a Bombachi, que se hallaba postrado en el lecho a causa de una fuerte fiebre, y es naturalmente sencillo y de buenos sentimientos, expresó con su candorosa sencillez el modo grosero como conciben sus relaciones con Dios, a pesar de lo que con frecuencia oyen de los Padres y cristianos. Durante la conversación **Bombachi** dijo: Pa**dre yo no morendo, mío corazón piedra parejo. ¿Acaso piedra grande morendo? No. Yo tampoco morendo. ¿Acaso taita Dios mío sangre dando para quitando?** Como el Padre le dijese que Dios no quería que los hombres viviesen siempre en este mundo, le contestó: **Yo infierno no yendo: yo arriba cielo; yo bueno sendo, jíbaro no matando.**

Lo cierto es que la idea del cielo e infierno va haciendo mella en sus duros corazones y ha despertado en algunos el remordimiento.

Muchos de los jíbaros que moran en la falda de la cordillera y en las márgenes del Marañón, han sido bau-

tizados en su infancia por algún Sacerdote o cristiano; empero como los más no han recibido ninguna instrucción, han quedado salvajes bautizados, sin distinguirse de los no bautizados, más que por el nombre; de manera que, al nombre de bautismo añaden como apellido el primitivo de jíbaro. Entre ellos usan siempre este nombre; cuando hablan con los Padres o cristianos emplean ambos nombres como por ejemplo: Antonio Chiura, Agustín Cuiji, Ramón Catipi, José Cirimbo, etc.

Si, como he dicho, tienen de Dios una idea muy vaga y oscura y creen que ninguna intervención tiene en los sucesos de este mundo; no así del diablo a quien llaman Yguanchi. A este temen y obedecen, y por lo mismo están persuadidos que interviene en algunas cosas. No he podido averiguar de un modo cierto, si realmente le dan culto externo y ceremonioso. Lo cierto es que le reconocen como un ser superior y le consultan cuando desean saber algo de importancia. Al ser invitado el jíbaro a la guerra, para saber como le irá, esto es, si morirá o no, consulta al **Iguanchi.** El jíbaro es muy supersticioso; siempre que sufre algún daño lo atribuye a otro, y para conocer quién se lo ha causado, consulta al **Iguanchi**; para el efecto prepara su **natema** y se dirige a una colina, donde forma su soñadero, esto es, una pequeña choza suficiente para poner el cuerpo al abrigo de la intemperie y de la lluvia; luego coloca delante y junto a la choza, tres pequeños palos iguales clavados en el suelo y señalando los ángulos de un triángulo equilátero, una de cuyas bases está al pie de la choza. Hecho esto toma el **natema,** narcótico que le priva completamente del uso de los sentidos por tres días; se tiende de espaldas tocando con sus pies en la base del triángulo. Tan pronto como el natema ha producido su efecto, dicen ellos que tienen sueños muy fantásticos, placenteros o terribles, y se aparece el **Iguanchi** en distintas formas, aunque la más or-

dinaria es la de un gran **huachi,** mono. Si el motivo de la consulta es el éxito que tendrá la guerra, y el diablo le predice que si vá a la pelea, morirá; el jíbaro que consulta, jamás acepta la invitación, y finge mil pretextos para excusarse. Pero si le anuncia que matará uno o más enemigos, acepta y con gran resolución vá al combate. No siempre el **Iguanchi** le predice el éxito que tendrá en el combate de un modo tan explícito, sino con ciertas vaguedades que dejan al iluso en duda; en este caso para determinarse se funda en los sueños que ha tenido en los tres días que ha vivido privado de los sentidos.

Si al consultar al diablo desea saber quien ha matado a un miembro de la familia, o ha causado daño en las sementeras o animales domésticos; en este caso el Iguanchi siempre determina un individuo que más o menos tarde es víctima del odio y venganza que ha hecho concebir la revelación del diablo. Como se comprenderá, en este y semejantes casos se sacrifica a inocentes que no han tenido la menor participación, en el hecho que la revelación diabólica les imputa.

Felizmente estas consultas son raras, porque el diablo, y esto no demuestra mucha astucia, les exige que antes de consultarse, estén tres días sin comer ni beber. Este riguroso ayuno no les es muy agradable, y por no sujetarse a él, no hacen las consultas sino cuando el asunto es para el jíbaro de mucha trascendencia.

III.—Motivos de las fiestas

Tres son los motivos principales de las fiestas de los jíbaros y los tres muy originales, supersticiosos y salvajes; el de las **Shanjas, tabaco y mujeres.**

Shanjas

Cuando desean concluir con un enemigo terrible y de importancia o matar algún **brujo** de mala catadura, se confabulan y conciertan seis o más jíbaros, y fijan el día en que deben ejecutarlo. Antes de esa fecha se someten los conjurados a un ayuno de algunos días, pues creen que no se puede asesinar a un enemigo temible sin que preceda el ayuno. Llegado el día prefijado, se reunen y van en busca de la víctima, que procuran, como simpre asaltar a traición. Si las circunstancias lo permiten atan los pies y brazos del infeliz, que hace esfuerzos desesperados para defenderse y escapar; pues no ignora lo que le va a suceder. Amarrada la víctima, la tienden en el suelo, y cada verdugo la hiere con la lanza sin darle la muerte. Parece que gozan al contemplar como la víctima se retuerce a impulsos de la rabia y desesperación. Satisfecho su instinto feroz, el último de los conjurados, le clava la lanza en el corazón; golpe de gracia, que pone fin a las horribles convulsiones de la víctima. He dicho si las circunstancias lo permiten, porque alguna vez el infeliz se apercibe del asalto, y entonces con su lanza se defiende como una fiera; empero siempre sucumbe ante el número. Luego le cortan la cabeza que han cuidado de no herir; inmediatamente la disecan, reduciéndola al volúmen de una naranja.

Para el efecto, parece que arrancan con mucho cuidado, toda la piel de su cabeza junto con el cabello, al modo con que lo verifican con los pájaros que les sirven para sus adornos; extienden la piel sobre una piedra incandescente del volúmen referido hasta que se seque y contraiga. No he podido averiguar los demás procedimientos que emplean en esta operación. Lo cierto es que la ejecutan con tanto primor y delicadeza, que la cabeza

así reducida conserva las facciones y fisonomía primitivas y se conoce a quien perteneció.

A esta cabeza humana reducida a tan pequeño volumen, la llaman **shanja** (1).

Fiesta de la Shanja

Es la principal y a la que dan más **solemnidad** que a las demás; es lo que podríamos llamar su **fiesta mayor.** Si han sido seis los ejecutores de la víctima, celebran seis fiestas, si bien alguna vez las reducen a una; en este caso los seis contribuyen a los gastos de la misma. Desde el día que han hecho shanja, los que han tomado parte se someten a una rigurosa abstinencia y ayuno, que dura hasta que termina la fiesta. Para que ésta sea lucida y a satisfacción de todos, es preciso e indispensable hacer gran acopio de víveres y **masato,** y como para esto se requiere tiempo, de aquí que la abstinencia y ayuno se prolonguen algunos meses, y a veces hasta un año, pues no siempre tienen en la chacra o huerta bastante cantidad de yuca y plátano en sazón, como para el caso se requiere.

Tan luego como juzgan poder acopiar los víveres necesarios para el convite, se avisa a todas las familias de la misma tribu y a los parientes de otras tribus, indicándoles el día del festín. Empero como el jíbaro se pinta como él sólo para comer y divertirse a expensas de otro, concurren a más de los invitados otros que se convidan por sí mismos. El que debe hacer la fiesta, unos siete días antes llama a los parientes más allegados, y se ocupan en la caza de cuadrúpedos, monos y aves y el último día en la pesca. Entre tanto las mujeres se dedi-

(1). Véase en el Apéndice una fotografía al caso y su explicación.

can a la recolección de la yuca y plátano y a la confección del masato.

El Masato

El masato es obra exclusiva de las mujeres, a quienes alguna vez ayudan tambien los niños. Para la confección de esta asquerosa bebida cuecen la yuca, luego la mascan hasta formar con la saliva una masa bastante disuelta que depositan en grandes ollas de **barro** destinadas **ad hoc,** que llenan hasta sus tres cuartas partes. La yuca así triturada y mezclada con la saliva, al poco tiempo fermenta y se produce una espuma, muy semejante a la de la cerveza. Esta es la bebida tan apetecible para los jíbaros como repugnante para los que no lo somos. Al tratarse de una fiesta, preparan de cincuenta a cien vasijas, según la importancia de la fiesta y número de los convidados.

Desde la víspera del día señalado van llegando los invitados, con sus respectivas familias y se reunen al rededor de la casa sin que ninguno penetre hasta ser llamado. Llegado el día y dispuesto todo, sale el dueño, y con un silbato, si lo tiene, o con gritos que todos comprenden, llama a los comensales, e inmediatamente una avalancha de salvajes se precipita en la sala del festín. El dueño señala el lugar que cada uno debe ocupar durante la fiesta.

La **Shanja** pintada y adornada se halla en el centro de la choza colgada de un palo engalanado con ramos y flores: una vez reunidos y cada uno en su lugar, empieza lo que podríamos llamar el servicio religioso. Todos están en silencio; el dueño pintado con rayas negras y coloradas en todas las partes desnudas del cuerpo, y puestos sus mejores aderezos, se coloca frente de la **Shanja:** la increpa, insulta, y le dice todos los disparates que se

le ocurren. Cansado de gritar y gesticular, se retira, y luego le sustituye en la ceremonia el más anciano, quien después de insultar a la Shanja, relata con gran entusiasmo las costumbres y tradiciones patrias.

Terminado el **oficio,** empieza el convite, distribuyendo la yuca, plátanos, carne y pescado, según la indicación del **anciano** que reemplazó al dueño de la casa en la dirección de la fiesta, y por **delicadeza** reserva para sí la mayor y mejor ración. Los hombres sentados en las **barbacoas** o sobre trozos de madera, son servidos por sus respectivas mujeres. Durante la comida hay mucha charla y gritería. La pobre mujer es la víctima en estas orgías. Mientras los hombres conversan, comen y beben, la mujer sigue cocinando y machacando yuca para la fermentación; luego se presenta delante de su marido con un plato de comida en una mano y un **mate de masato** en la otra; empero como la naturaleza no permite estar siempre comiendo y bebiendo, es muy frecuente que la pobre mujer esté parada delante de su esposo, ofreciéndole la comida y bebida, sin que éste, teniendo el estómago repleto, haga ningún caso de su mujer que, por otra parte no puede retirarse sin que el marido tome algo; de aquí que la infeliz esté en pié dos o más horas. La pobre mujer, al ver a su marido harto y muy ocupado en conversar, para que no se le haga tan dura la situación. deja el plato de comida en el suelo o en la **barbacoa y** se entretiene en revolver con la mano el **masato,** lamiéndose de cuando en cuando los dedos. Tan pronto como el marido ha tomado algo de lo que la mujer le ofrece, ésta se retira para tomar otra vez y persevera así hasta la noche.

A medida que el día adelanta, el **masato** va produciendo su efecto, y bajo los vapores de la bebida, los comensales se mueven, agitan y gritan; lo que da por re-

sultado la rotura de platos y ollas, que por ser de barro mal cocido fácilmente se quiebran.

Baile

Al llegar la noche se formaliza el baile. El dueño de casa toma del palo la **Shanja** y la coloca sobre su espalda; luego da la mano al anciano director de la fiesta; y si antes se ha nombrado una mujer para que cuide de las de su sexo, durante la fiesta tiene la dicha mujer el privilegio de colocarse entre los dos.

Todos los hombres enlazados de las manos forman un gran círculo, y así colocados, el círculo va dando vueltas al rededor del palo de que pendía la **Shanja** entre convulsiones, visajes y gritos, formando una batahola capaz de extremecer al mismo **Iguanchi.** Si las mujeres toman parte en el baile, que es casi siempre, estas forman un círculo interior y concéntrico. Dejo a la consideración del lector lo que será este género de baile entre salvajes medio borrachos. Algunos por el exceso de la bebida, caen arrastrando a otros, lo que motiva gran gritería, risotadas y confusión; los que pueden se levantan, retirando al que ya no puede estar en pié, y sigue la danza. Rendidos por tanto holgorio, colocan la Shanja en el palo y se echan en las **barbacoas** para dormir. Las infelices mujeres siguen cocinando y haciendo **masato** el resto de la noche, y apenas se les permite dormir un rato.

Al día siguiente se repite el mismo orden de ceremonia; y así los demás días que dura la orgía, que son de tres a cinco, según la provisión de víveres. El último día, el director de la fiesta distribuye a cada familia un pedazo de carne cruda, reservando para sí el triple. Con esto se da por terminada la fiesta y cada uno se retira a su choza.

Si los que han contribuído a la consecución de la

Shanja han convenido en celebrar por turno sus fiestas, los que faltan vuelven a observar con rigor la abstinencia y ayuno; y el que por turno le toca, debe respetar la fiesta pasada de una luna o más tiempo, haciendo el acopio de víveres para el caso; y así sucesivamente los demás ,por lo que el último debe guardar la abstinencia y ayuno por lo menos seis meses, si han sido seis los que han asesinado al infeliz que por su cabeza ha dado ocasión para que los demás se diviertan. La **Shanja** pasa de uno a otro, según el orden en que deben festejarla. Terminada la fiesta o fiestas se le abandona a un rincón para diversión de los muchachos o la venden si hallan quien la compre. Desgraciadamente no falta quien se dedica a este infame comercio; lo que da ocasión a que algunas tribus se ocupen en la confección de **Shanjas,** matando para el efecto a enemigos verdaderos o supuestos. La tribu que no está en relación con los comerciantes la vende a la tribu que lo esté por un **itipitarachi,** lanza o cervatana.

Los Misioneros ponen todo su empeño, no solo en desterrar semejante tráfico, sino en impedir que se persiga a los enemigos para matarlos y hacer **Shanjas.**

Fiesta del Tabaco

Los preparativos para esta extravagante fiesta se reducen, como en las de las **Shanjas** a hacer provisiones de víveres y **masato,** aun que no en tanta cantidad, por ser menor el número de invitados. Ordinariamente concurren los parientes y vecinos más inmediatos. Como en la anterior el más anciano es el que dirige la fiesta. Se come, se bebe, y baila como dejo referido en las de las Shanjas. **¿Por qué se llama fiesta del tabaco?** Por el modo raro y asqueroso y brutal de tomar el zumo de esta **solanácea**, y por la virtud que le atribuyen. Conocidas son las maneras de usar las hojas de esta planta, tanto

por los aficionados como por los que no lo son. Los jíbaros la emplean de un modo tan original, que no creo haya entre los lectores del **Eco** quien se atreva a imitarlos, aún cuando entre ellos se hallara el más excéntrico de los **yankees.**

El uso que los jíbaros hacen del tabaco, en la fiesta que describimos, es el siguiente: El más anciano, director de la fiesta, toma una pequeña vasija, en cuyo fondo, hasta la mitad, coloca fragmentos de hojas de tabaco; poco a poco va llenando la vasija de saliva, mientras que con los dedos y la mano revuelven aquel **totum,** formando un líquido asqueroso y repugnante. Interin nuestro hombre se ocupa en tan útil tarea, los demás observan atentos la **manipulación.** Los adultos con cierta gravedad, y los niños **con una de tres deus,** como dicen los catalanes; no hallo una expresión más apropiada para manifestar el desagrado con que los niños contemplan los preparativos del forzoso tormento que les espera. Tan luego como el director de la fiesta, a fuerza de comprimir y estrujar las hojas del tabaco, ha formado el misterioso preparativo, toma un tubito que llena del repugnante líquido, por medio de una suave absorción hecha con la boca; otro salvaje trae un niño mayor de siete años, que sostiene por la espalda, mientras que con fuerte soplo le introducen por la nariz el líquido contenido en el tubo. El pobre niño llora, patalea, estornuda; pero nuestro hombre impasible, repite la operación varias veces. Algunos niños llegan a sufrir vértigo, y entonces el que los sostiene muy satisfecho del éxito, exclama: **mucho bueno:** y luego toma otro. Terminados los niños, se verifica la misma operación con los adultos; si bien estos no dan muestras de debilidad como los niños, no pueden evitar ciertos extremecimientos y lágrimas involuntarias. Este brutal modo de tomar el tabaco se repite los tres días que dura esta fiesta.

Este raro uso del tabaco tiene, según ellos, grandes virtudes; una de las cuales motiva esta fiesta, y es la creencia o preocupación de que así no les morderá el **macanchi,** nombre común a toda culebra venenosa. Sí esto no obstante, el **macanchi,** irrespetuoso a las virtudes de la nicotina, muerde al jíbaro **nicotinizado,** se atribuye, no a la falta de virtud del tabaco, sino a la malevolencia de algún enemigo, que tarde o temprano sucumbirá a la venganza del paciente o de sus deudos.

Fiesta de las mujeres

Cuando un joven jíbaro desea por primera vez casarse y formar nueva familia, prepara o cultiva una huerta o **chacra;** al llegar los plantíos a cierto desarrollo toma la mujer, quien le ayuda en el cultivo de la huerta hasta la sazón de los frutos. Luego se hace la fiesta que tiene por objeto alcanzar el que la esposa sea trabajadodora, en virtud del zumo del tabaco. A esta fiesta concurren de ordinario los parientes de ambos esposos. En todo es igual a la anterior, con la diferencia de que la mayor porción del misterioso líquido proveniente de la trituración del tabaco, se reserva para la esposa, a quien el director de la fiesta hace un largo sermón, que se reduce a manifestarle sus nuevas obligaciones, y como éstas colocan a la infeliz en un estado de verdadera esclavitud, escucha resignada lo que se le dice, que puede reducirse a lo siguiente: "Que ha de cuidar a su esposo de manera que nada le falte; que siempre ha de tener comida y bebida preparadas, y se la ha de ofrecer aún cuando no la pida: que no ha de permitir que la yerba crezca en la huerta: que los animales domésticos estén gordos, etc., Esta es la única fiesta en que acostumbran bailar por parejas de hombre y mujer, separado uno de otro.

Tales son, las fiestas clásicas y el modo de celebrar-

las que tienen los jíbaros. Esto no impide que alguna vez hagan otras por motivos especiales, como por ejemplo; cuando un jíbaro tiene abundancia de víveres; cuando desea conseguir que sus **chacras** sean fértiles; que los animales domésticos se multipliquen y no enfermen, etc.

En el breve tiempo que he vivido entre ellos no he podido averiguar de un modo satisfactorio de quien solicitan la laboriosidad de la mujer, la multiplicación y sanidad de los animales domésticos, la fertilidad de la chacra, etc., pues en todas estas fiestas no se les ve ningún ídolo que represente alguna divinidad o poder superior. Si invocan la protección de algún ser superior, será sin duda, el diablo, con quien comunican; pues como he dicho, de Dios tienen una idea muy vaga y oscura, y creen que no interviene en los asuntos de este mundo.

Ayunos

Sorprende y choca hallar entre los jíbaros la práctica del ayuno, que observan con una fidelidad y escrupulosidad tal, que sería de desear en muchos cristianos que, por la fé, no ignoran lo que importa este acto de mortificación. Estos infelices hijos de las selvas ayunan sin saber tal vez por qué, y dan tanta importancia al ayuno que no se dispensan de él por ningún motivo.

Ya he manifestado al describir sus creencias que se someten a un ayuno absoluto de tres días cuando desean ponerse en comunicación con el **iguanchi** (diablo) para consultarle algún asunto de trascendencia. Quizá de aquí han inferido que cuando desean conseguir algo que les interesa, deben impetrarlo por medio del ayuno, como un medio suplicatorio; quizá sólo sea una práctica suplicatoria y rutinaria que han aprendido de sus mayores; en todo caso existe entre ellos una poderosa y viva preocupación que da mucha importancia a ésta práctica.

El único ayuno de una privación absoluta de todo alimento es el que dejo referido, que precede a las fiestas de las shanjas. Los demás son de dos clases: uno, en que sólo comen frutas y pescado; y otro, en que se permiten comer carne de animal que no sea muerto a saeta o lanza. En ambos se alimentan una sóla vez al día con escasa cantidad de viandas cocidas y sin condimento; y si durante el resto del día sienten mucha debilidad, se permiten tomar un fragmento de yuca o plátano.

A más de los motivos referidos se sirven del ayuno para conseguir que el hijo sea sano y robusto; que los animales no enfermen; que el perro sea buen cazador, etc. Se vé que en el fondo consideran el ayuno como un acto suplicatorio, y quizá también expiatorio, ya que a todo asesinato precede y sigue el ayuno. Se conoce al que ayuna por ciertas rayas negras con que se pintan algunas partes del cuerpo, y principalmente por una que pasando por el labio superior termina a raíz de ambas orejas. Los más fervorosos y confiados durante el ayuno andan sin lanza, y si bien no todos observan esto, los que la llevan es tan sólo como arma defensiva.

Nacimientos y Defunciones

Al nacer un jíbaro no practican ceremonia alguna, ni siquiera una fiesta de familia. Les parece tan natural que no dan importancia a éste suceso. El recién nacido viene a este mundo en estado salvaje; así crecerá y se desarrollará sin conocer apenas las caricias maternales, y mucho menos las paternales: tienen los padres solicitud para su hijo, lo cuidan para que viva, prodigándole aquellas atenciones que pide la infancia, ni más ni menos que los animales prestan a sus hijos, mientras no pueden valerse por sí mismos. El recién nacido queda tan al cuidado de la madre que es rarísimo que el padre tome

en sus brazos al pequeño, para hacerle una caricia o a-liviar a su esposa.

Tan pronto como la madre ha convalecido, continúa sus tareas domésticas como antes, sin que los nuevos cuidados de la maternidad la dispensen en nada; con el hijo irá a la huerta para la provisión de víveres, para arrancar la maleza; acompañará a su esposo, cargando junto con el niño los comestibles. Si al estar la madre en sus quehaceres domésticos el niño le estorba, lo deja en el suelo o en una barbacoa; y si el hijo llora, callará cuando se canse. He notado varias veces esa desatendencia de parte de los padres, que no se procupan de las lágrimas y llanto de sus hijos; también he observado que ha medida que el hijo crece, manifiesta menos amor a sus padres, y he visto niño de seis a siete años que pegaba a su madre como pudiera hacerlo a su hermanito; esto de pegar no se repite cuando llegan a los diez o doce años de edad. Advertiré aquí de paso, que los jíbaros, aún cuando existen entre ellos rivalidades, odios y rencores, nunca llegan a las manos, de modo que el pujilato es desconocido entre ellos.

Si el nacimiento fija poco la atención del jíbaro, casi pasa lo mismo con la muerte. De lo que dejo referido en otro lugar, se desprende que pocos llegan a viejos, por cuanto el modo más ordinario de morir es de muerte violenta; en este caso los asesinos se encargan de sepultar bajo tierra a la víctima y hacer desaparecer la huella del asesinato; empero, cuando la muerte es natural consecuencia de una enfermedad o por un accidente cualquiera, y muere el jíbaro en el seno de la familia, entonces se le da **sepultura** en conformidad a sus costumbres. Luego que ha fallecido un adulto envuelve el cadáver con una estera de hojas de palma, lo atan sentado o en pié al palo principal que sostiene la techumbre de la choza, colocan a su lado víveres y masato, cierran la puerta

y emigran a otra parte. A otros los atan al tronco de un árbol en la huerta o en el bosque; en este caso rodean el cadáver de una fuerte empalizada para defenderlo de las fieras: un pequeño cubierto de hojas de palma lo pone al abrigo de la lluvia, y así permanece hasta que la acción del tiempo y de los agentes atmosféricos lo destruyen y descomponen, quedando un montón de huesos al pié del árbol. Tal es el modo de sepultar a los adultos; si el que ha fallecido es un niño de poca edad, mientras el cuerpecito está caliente lo doblan, para meterlo en una vasija de barro que entierran en el suelo cerca de la casa. Si no tienen vasija o el cuerpo está tan desarrollado que no quepa en ella, lo envuelven con hojas de palma de plátano, y lo entierran en el suelo; ignoro el motivo de esa diferencia en sepultar a los pequeños y grandes.

La ceremonia del sepelio se reduce a algunos lloriqueos verdaderos o finjidos de las mujeres, esposa, madre o hermanas del difunto. Estos llantos no son la expresión natural del dolor, sino una canción lúgubre y llorosa que es de **rúbrica.** Se repite algunos días, durante los cuales en señal de luto las mujeres se despojan de sus adornos y se abstienen de pintarse el rostro y las demás partes del cuerpo.

Matrimonio

Entre los jíbaros el matrimonio no reviste carácter ni ceremonia religiosa. Es un contrato natural que se verifica por la simple entrega de la mujer a su pretendiente, mayormente si se trata de primeras nupcias en ambos esposos, especialmente de la mujer. Esta no es libre en elegir compañero; no se consulta su voluntad, sino que el padre de la niña dispone a su arbitrio de la suerte de su hija, la que resignada acepta el marido que el padre le impone.

Cuando son las primeras nupcias para ambos esposos, el joven pide con mucha anticipación la muchacha al padre de la niña. Este exige al novio que, para el día de la boda, tenga una chacra o huerta con todos los plantíos necesarios para sostener a la nueva familia. Interin el joven procura llenar las exigencias del padre de la novia, ésta cada vez que su prometido la visita debe servirle la comida y bebida, y el joven la obsequia con algunos dijes o bujerías que las mujeres acostumbran para sus adornos.

Tan luego como el pretendiente puede presentar a su futuro suegro una huerta en sazón, entonces se le hace entrega de la jóven, y por éste sólo hecho queda constituída en esposa. Es muy frecuente que la jóven sea una niña de ocho o nueve años. En este caso el marido la trata como a una hija o hermana; es decir que es una infeliz que está al cuidado de un hombre a quien debe servir como una esclava sirve a su señor; y sólo cuando llega a la pubertad se celebra la **boda.** Que se reduce a lo que he dicho al referir la **fiesta de la mujer.** Si al hacer la entrega la niña tiene la edad competente, en ese mismo día se celebre la fiesta.

Es muy raro entre los jíbaros hallar una jóven soltera de siete años de edad; y es frecuente el que una niña de menos de catorce años pase a ser esposa de un hombre de más de treinta. En este caso la infeliz pasa a ser un mueble en la casa del esposo, que ya tiene otra u otras mujeres. La poligamía es muy común entre los jíbaros. En algunos casos no proviene tanto de la sensualidad del varón, como de las exigencias de la mujer, que por tener quien la ayude a llevar la carga que le impone su estado, no vacila en compartir con otras el amor de su esposo. Pocas veces es el amor el principal factor del matrimonio, ya que no consideran a la mujer com a compañera, sino como a una esclava sujeta a todos los caprichos

del marido; empero cuando el amor es el que lo motiva, el varón sólo tiene una mujer a quien considera, porque le ama y la mujer por su parte se desvela para tener siempre contento a su esposo. He observado que los jíbaros más formales y juiciosos son los que se conforman con tener una sóla mujer.

Si la joven soltera no es libre de casarse cuando quiere, y con quien quiere, no sucede otro tanto a la viuda. Esta dispone a su voluntad de su suerte; puede permanecer en este estado, y si quiere contraer nuevas nupcias lo hace libremente y con el que ella elija entre los pretendientes. Si tiene padre, este respeta sus derechos y libertad.

Si como he dicho, entre los jíbaros es muy común la poligamía, en cambio la fidelidad conyugal en ambos esposos es tan respetada, que el adulterio es casi desconocido. El marido se ausentará de su choza por unos días y hasta meses, con la seguridad de que la mujer o mujeres que deja en ella no comprometerán la dignidad de esposa. Quizá esto no provenga tanto del pudor como de la severidad con que se castiga el adulterio, que es siempre con la pena de muerte.

Enfermedades.—Modo de curarlas

En general la salud de los jíbaros es excelente, debido a la sobriedad y al sistema de vida que llevan. Trabajan poco, madrugan mucho, se acuestan temprano, y duermen con los pies al calor de la lumbre. Comen las viandas sin más condimento que la sal. Si se exceptúan los días de orgía en las fiestas de que he hablado, rara vez abusan de la comida y bebida; por otra parte ayudan con frecuencia, y de aquí que rara vez enfermen. Empero cuando alguno cae gravemente enfermo y con los remedios caseros no obtienen la salud, entonces se re-

curre al **brujo.** Toda enfermedad grave creen los jíbaros que proviene de una piedra, espina o araña que dicen tener en el estómago, y el oficio del nuevo galeno se reduce a extraer estos extraños objetos. Cuando llega, pues, el caso, tratándose de adultos, en que deba recurrirse a la ciencia del brujo, se reunen varios salvajes con el pretexto de visitar al enfermo, pasan con él unos días, a fin de comer a expensas de la familia y al mismo tiempo asistir a un sainete tan salvaje como su autor. Para el efecto se espera la noche, pues la luz es hóstil a las farsas, aun cuando éstas sean entre salvajes. Llegada la noche se coloca al enfermo en una tarima o camita en un extremo de la choza, retirándose todos los demás al extremo opuesto. Luego se apagan las luces y se procura toda la obscuridad posible, y empieza el sainete.

El médico

El **médico** toma una bebida especial que le pone bastante alegre: luego grita, recita palabras que sólo él entiende, agita los brazos y hace mil contorsiones dando vueltas en torno del lecho. Todos los asistentes permanecen en profundo silencio. Después de algún tiempo que la pantomima ha entretenido a los **expectadores,** el brujo chupa el pecho y el estómago del pobre diablo, que tendido en el lecho sufre todas las majaderías del curandero. Estas absorciones en el pecho y estómago se repiten muchas veces, seguidas de visajes, contorsiones y palabras misteriosas. Cuando se halla cansado finge nauseas, llama a los demás que presurosos acuden con luz, y uno le presenta una pequeña vasija en la que el brujo vomita una piedra del tamaño de una nuez, que dice ha extraído del estómago del enfermo. Este persuadido de la realidad de la operación cree en una mejoría que sólo reside en su imaginación.

Si al día siguiente se halla el enfermo con la misma dolencia, o peor por haber pasado la noche sin dormir, y la enfermedad no urge, se le deja descansar una noche. Después se repite el mismo sainete para extraer una espina de chonta, de unos cinco centímetros de longitud.

Si no obstante, la enfermedad sigue su curso, se repite por tercera vez lo mismo, pero de un modo más cómico y solemne. En esta tercera y última farsa el brujo ya no grita, sino que aulla y ruge; los visajes y contorsiones indican una sobreexcitación enérgica. Este sainete feroz se prolonga hasta muy avanzada la noche. Los asistentes se llenan de una especie de pavor. Las absorciones sobre el estómago del paciente son fuertes y ruidosas; ya no se trata de extraer un cuerpo insensible sino un animal vivo que resiste a las chupadas del brujo. Cuando nuestro hombre, rendido de cansancio, cree llegado el momento del desenlace, dá un rujido especial que todos comprenden; y como en las noches anteriores rodean al brujo, que ante la estupefata concurrencia, saca de la boca una araña de regular tamaño e inofensiva, que luego deposita en la vasija que uno de los circunstantes presenta.

Tan luego como amanece, todos se informan del estado del enfermo, y le mortifican con preguntas. Comunmente dice que se halla mejor, aún cuando en realidad sea lo contrario. Si el enfermo mejora y cura, debe entregar al brujo el precio convenido, que es un animal doméstico, o herramienta, lanza, etc. Al contrario, si empeora y muere, la familia culpa al médico; este culpa a un jíbaro ausente, enemigo suyo o de la familia.

Esta fácilmente acepta las explicaciones que nuestro hombre da, pues se trata de un enemigo. Ante el cadáver todavía caliente se declara sacrificar al que siendo inocente se cree, por el dicho del brujo, ser el causante de la enfermedad y muerte, por haber introducido en el estómago del deudo los tres objetos que nuestro farsante finjió ha-

ber extraído. Tal es el modo singular y raro de curar a los adultos de ambos sexos.

Otras extravagantes costumbres de estos pobres salvajes deseaba describir con los apuntes que conservo. Empero, para dar lugar a las relaciones que me comunica el P. Luis Torra, Superior de la Misión, suspendo mi correspondencia. Los benévolos lectores del "Eco Franciscano" que hubiesen leído mis correspondencias y tengan interés y curiosidad de saber lo que omito, lo hallarán en las relaciones del Padre Torra y verán confirmadas algunas de las cosas por mí referidas.

Expedición a Gualaquiza realizada y descrita por el padre fray Luis Torra, Superior de la Misión incluída en la correspondencia del padre Vidal

.. Ya he manifestado que atendidas las costumbres, carácter, y modo de ser de los jíbaros, el Misionero tendrá que luchar con obstáculos que pondrán a prueba su celo y constancia, como se verá en las correspondencias que voy transcribiendo. Ante las ingratitudes, decepciones y sinsabores que el Misionero tendrá que soportar, le queda, como único estímulo, el consuelo de que el gran Padre de familia no mide la recompensa por el fruto, sino por el trabajo. Sin extenderme a otras consideraciones, transcribo lo que me comunica el P. Torra.

Dice así:

"Muy amado Padre: Comienzo a poner en práctica mi buen propósito, dándole cuenta según se lo ofrecí y es mi deber de la expedición al Gualaquiza y de su resultado. Para dar expediente a la comisión y encargo que me hizo Vuestra Paternidad en el último y reciente viaje a Lima,

salí de Santa Ana el 5 de Octubre, acompañado del R. P. Antonio González, cinco peones y dos jíbaros; sin ningún accidente digno de mención, llegamos el día 7 por la tarde a Nanguipa, en cuyas inmediaciones tiene su choza el jíbaro **Chirriapo.** Al día siguiente domingo, después de la Santa Misa y desayuno y acompañados de **Chirriapo** y otro jíbaro, proseguimos la marcha. Durante este día y todo el viaje de ida y parte de la vuelta, se redujo el número de los expedicionarios al siguiente personal: En una de las canoas iba el P. González, D. Angel Ordoñez, el jíbaro Conda con su hijo; y en la otra iban conmigo un peón cristiano, Chirriapo y su cuñado Santos. Como V. P. conoce personalmente a éstos jíbaros, por esto los determino con sus nombres, pues me consta que se complace con tales reminiscencias. Durante la marcha parábamos para que nuestros jíbaros pudieran conversar con los tripulantes de las diferentes canoas que encontrábamos a nuestro paso. El tono indescriptible de sus conversaciones, el objeto de las mismas y otras circunstancias lo referiré en mejor ocasión.

Después de la confluencia del **Chicaña** y cerca de la quebrada Muchinguin, se halla el paso más peligroso que el Zamora presenta desde **Bombuscaro al Bomboisa.** En este lugar forma el río una corva o recodo, terminando por la parte sur por un alto acantilado, del cual se han desprendido enormes piedras, sobre y entre las cuales se precipitan las aguas con estrépito y violencia vertiginosa. Para salvar paso tan difícil y peligroso, es necesario aligerar las canoas lo posible, saltando a tierra toda la gente; y entonces los jíbaros con una destreza y valor admirable, las hacen deslizar y serpentear entre los peñascos, cuidando de evitar choques para que no se estrellen.

Pasado el peligro nos embarcamos de nuevo, y a poco rato llegamos a la casa del jíbaro Vishu. Esta se halla situada en un hermoso lugar a la derecha del río y frente

a una isla que allí forman las aguas: para llegar a ella es preciso navegar por el brazo más pequeño. Como estos salvajes no saben pasar por ninguna choza de los suyos sin entrar a visitarlos, nos es preciso pararnos en todas las que se hallan en el paso. El objeto de estas visitas es cambiar noticias unos con otros y llenar sus insaciables estómagos con sendas vasijas de **masato** y con cuantas comidas se les presentan.

Los jíbaros a pesar de su natural salvaje, son bastante ceremoniosos en sus visitas. Antes de entrar en la casa arreglan sus largas cabelleras, sus **itipis** o sea el único vestido que llevan, que consiste en un trapo que, dando vuelta al cuerpo, ceñido en la cintura, les llega desde ésta hasta las rodillas, luego componen y arreglan las sartas de granos de todos colores, que llevan pendientes y cruzadas por el pecho y espalda: arreglada la **toillette**, desfilan unos tras otros, lanza en ristre, y con paso marcial penetran en la casa, en donde sin decir palabra, ni pedir permiso toman asiento.

Así sentados pasan un rato, más o menos largo en actitud seria y meditabunda preocupados en lo que han de decir. Sin que preceda ninguna indicación, uno de la casa se levanta, y tomando un pequeño taburete se sienta cerca y enfrente de uno de los recien llegados que ha escogido; los demás uno tras otro hacen lo mismo; y allí es Troya: se arma una pelotera de gritos y gesticulaciones del todo indescriptibles, pues parece en verdad, que van a tragarse unos a otros; sin embargo, el tema de sus conversaciones, es el más natural del mundo, ya que se reduce a preguntar cómo están por arriba, cómo van por abajo, qué novedad hay en las familias, si hay algún enfermo, si ha muerto alguno, a dónde van, con qué fin, etc., etc. Repito que todo eso lo dicen con un tono tal, con tales gestos y ademanes, y con una precipitación tan vertiginosa, que son capaces de asustar al más valiente que

no estuviera al corriente de etiquetas tan extrañas. Después de media hora de gritar, las mujeres de la casa les sirven la comida y bebida.

Otra de las ceremonias extrañas que tienen estos salvajes, y que la primera vez que la presenciamos no dejó de sorprendernos, y aún de azorarnos algo al principio, es la que emplean cuando por primera vez se dán a conocer a los forasteros. Todavía estaban nuestros oídos atronados con la confusa gritería de los interlocutores referidos, cuando uno de las circunstantes, salvaje de **Méndez,** se levanta de su sitio, enristra la lanza, y comienza como a provocar un desafío; se colocan en medio de la casa, y dando un paso hacia adelante y otro hacia atrás, golpeando cada vez el suelo con el pié derecho y blandiendo la lanza a cada paso, y pronunciando una expresión al parecer provocativa, a cada movimiento del cuerpo y de la lanza; siguió en ésta arrogante postura por un buen rato, sin que nadie le chistase. En ésto levántase derrepente uno de nuestros jíbaros, y lanza en mano colócase en frente del que a todos provocaba y le contesta en el mismo tono, con los mismos ademanes y ceremonias; en esta actitud dan un paso atrás y otro adelante, gritando como desaforados; ; y siguen así por algún tiempo, hasta que bajando la voz y conversando en un tono menos salvaje, queda hecha la presentación y la alianza ofensiva y defensiva. Luego siguen los demás salvajes, uno por uno, con las mismas ceremonias hasta que todos se han dado a conocer y han concertado la amistad.

Volviendo ya al interrumpido itinerario, digo que habiendo transcurrido algún tiempo después de nuestra llegada a la casa de Vishu, y habiéndonos enterado por una carta de un colono de **Gualaquiza** de que los Padres salesianos llegarían pronto de Cuenca, para reconocer el lugar de su misión; aunque era algo tarde, seguimos adelante en nuestra marcha y llegamos a un lugar **Cachai-**

ra, donde pasamos la noche. Siempre que era posible preferíamos dormir en medio del bosque o a la orilla del río, y no en las chozas de los salvajes. En éstas todo es gritería y confusión: el uno habla, el otro grita, cuando no hacen ambas cosas y todos a la vez; este canta, aquel silva, quién.... hace cosas peores, sin guardar consideración a nadie. Con esta baraunda no nos dejan rezar, comer ni dormir en paz; mientras que en el bosque o soledad, estamos más tranquilos y hasta podemos celebrar el Santo Sacrificio en nuestro altar portátil, cosa que hicimos todos los días.

Amaneció el día 9 de Octubre y a las siete proseguimos la marcha. Aún no hacía dos horas que las canoas se deslizaban por el Zamora, cuando se desató una tempestad de agua que nos hizo detener la marcha, después de habernos empapado como esponjas. Eran ya cerca de las tres, cuando abandonamos la guarida que nos suministró un corpulento y gigantesco árbol; pero como estábamos destilando agua por los cuatro costados, estimamos prudente quedarnos en casa de un salvaje llamado **Samareño**, a donde llegamos a la una y media de la tarde. Esta choza se halla sita a dos kilómetros de distancia del Zamora y cerca de la quebrada **Pachicusa.** Es la casa más grande y mejor construída que hemos conocido en toda la jibaría, aunque todas ellas son de tanta sencillez, que no pasan de la categoría de espaciosas cabañas. Como V. P. no ignora, todas las chozas o casas tienen la forma oval, cubiertas con un elevado techo de hojas de palma, circuídas de una pared de palos perpendiculares y clavados en el suelo, con una puerta en cada uno de las extremos del radio mayor. En el interior y arimada a la pared hay las tarimas o camas de caña gadúa, y al pié de cada una lo necesario para la lumbre. Lo largo de estas camas no corresponde al cuerpo de una persona adulta, por lo que frente de las mismas hay a la misma altura de ellas un

palo que descansa sobre dos horquillas clavadas en el suelo: el objeto de este apéndice de la cama es colocar los pies a fin de calentarlos al amor de la lumbre, que siempre tienen encendida, especiamente de noche. Las de las mujeres están separadas unas de otras, por un tabique hecho de la misma caña. En la casa de que estoy hablando había unas veinte camas, y aún eran escasas para la numerosa familia que tiene el jíbaro **Samareño,** quien semeja a un patriarca. Aquí como en todas partes donde llegábamos, se repitieron los furiosos diálogos ya referidos. Terminados los cuales, sirvieron la comida a los recién llegados.

Al día siguiente emprendimos la última jornada que por algunas restaba para llegar a **Gualaquiza.** Salimos de la casa de **Samareño** a las 8 y media de la mañana.

Tatnto en éste como en los días anteriores dejamos una porción de quebradas a uno y otro lado del Zamora, algunas de las cuales bien merecen ser colocadas en la categoría de ríos por el caudal de sus aguas que a porfía van aumentando las del referido Zamora. Este hermoso río, en el lugar de que voy hablando, es bastante ancho y caudaloso, digno por lo mismo, de ser contado entre los grandes tributarios del **Marañón o Amazonas.**

A las dos horas de marcha aportamos en casa de Tucupi, y a pesar de ser temprano nos quedamos allí para descansar y emprender al día siguiente la marcha a pié. **Tucupi** es un jíbaro alto, fornido, moreno, tuerto, y por lo mismo, de mala catadura, cuya casa es bastante espaciosa, y habitada por numerosa familia. Como la poligamía es general entre los jíbaros, no es extraño encontrar en sus guaridas, un batallón de personas grandes y chicas entre hijos, hijas, yernos, etc.; amén de una numerosa jauría de perros.

Por las inmediaciones de la casa de **Tucupí** corre el río Chuchumbleza, en cuyas orillas viven unos pocos jíba-

ros; nosotros abandonamos dicho lugar a las ocho del día siguiente, que era 11 de octubre, y a las nueve menos cuarto dejamos las canoas amarradas en un pequeño río llamado **Samuiquín** y proseguimos la marcha a pié.

Estos salvajes son muy ágiles, y diestros para andar por la espesura, y aunque jadeando y derritiéndose en sudor, tuvimos que seguirles so pena de pernoctar en medio del bosque, privados de todo socorro, pues ya no llevábamos fiambre; y haciendo las indispensables paradas para tomar aliento, llegamos a las tres de la tarde al **Bomboisa** que vadeamos en una mala canoa, y cerca de las cuatro, a la casa del indio Ramón, en las inmediaciones del Gualaquiza.

Si bien deseábamos llegar a **Gualaquiza,** término de nuestra expedición, en este mismo día, pues sólo distaba una legua; empero como tanto **Ramón** como su hermano **Nuninga,** se empeñasen en que nos quedásemos, tuvimos a bien acceder a su demanda. No vaya a creer V. P. que el empeño de los salvajes en detenernos naciese todo de sentimientos de hospitalidad. Como tan astutos, pensaron, y pensaron bien, que si nos alojaban en su casa, podrían más fácilmente obtener algunos regalos, y aún esconder lo que dejásemos malguardado. En efecto, no sólo obsequié a todos los individuos de aquella numerosa familia con algunos anzuelos, zarcillos, sortijas, etc., sino que el taimado Ramón no paró hasta que obtuvo un buen machete, y de noche nos ocultaron un cuchillo y la mitad de un tarro de pólvora, de cuya ratería no pudo sincerarse el bueno del jíbaro, por más protestas que hacía de probidad y honradez. Viendo nuestra generosidad, **Nuninga** se atrevió a pedir le obsequiásemos un rifle que llevábamos para defenderse de las fieras o al menos nuestra escopeta de caza; y como no le diésemos ni el uno ni la otra, nos amenazó con que al regreso no prestaría la canoa para pasar el **Bomboisa.** ¡Qué tal galantería la de éstos pobres jíba-

ros! Apesar de todo, notamos en ellos algo más de civilización que en los que viven en las márgenes del Zamora, debido sin duda, al mayor y más frecuente trato que tienen con los cristianos. Al llegar a la casa de uno de ellos nos dijo con mucho garbo: **Padre, descansen, sientarse.** En la casa de Ramón como fuese yo a comer un pedazo de yuca asada, me dijo: **espera, espera,** y sacó en seguida una botella de aguardiente de caña, y nos convidó con un traguito, que aceptamos por no hacer un desaire a tal galantería.

Al día siguiente, como me ofreciera **Ramón** que guardarían silencio y compostura, nos animamos a celebrar en su casa el Santo Sacrificio, terminado el cual y después de tomar el desayuno, proseguimos la marcha hácia **Gualaquiza.** Tuvo Ramón el buen acuerdo de anticipar un pro pio, dando aviso de nuestra llegada; así que, al poco rato nos encontramos con algunos cristianos que salieron a recibirnos con dos cabalgaduras, y en ellas seguimos montados hasta la casa de la hacienda de un señor **Vega,** en donde quedamos alojados.

A los dos días de nuestra llegada arribaron también un Padre Salesiano con un hermano, quienes por órden de sus superiores iban a reconocer la Misión a ellos confiada, y a explorar el terreno, a fin de pasar el correspondiente informe. Nos dijeron que sólo permanecerían allí un mes, y que después regresarían a Cuenca, y que según el resultado del informe, volverían al lugar de la misión con el personal suficiente y las demás cosas necesarias para establecer allí un **Patronato** o colonia agrícola. Dios les bendiga y haga prosperar sus trabajos. Tal vez sea este medio más apropósito para la reducción de los pocos salvajes que moran en **Gualaquiza.** Al ver estos infelices el ejemplo de los cristianos, y al palpar prácticamente las ventajas de la vida social y civilizada, tal vez, digo, dejen su vida nómada y salvaje y abracen el suave yugo del E-

vangelio y de la civilización cristiana. Difícil cosa es por cierto, atendido el carácter esencialmente altivo, libre e independiente de estos pobres salvajes infieles; pero para Dios no hay imposibles.

Pasamos unos días alegres y contentos con la amable compañía de los Salesianos y de los buenos cristianos de **Gualaquiza,** quienes celebraron grandemente la visita de los Sacerdotes de que habían carecido durante largos años. Bien hubiéramos querido acceder a las reiteradas instancias que a porfía nos hacían para que nos quedásemos algunos días más entre ellos; pero nuestro regreso a Santa Ana urgía por varios motivos; así que el día 18 resolvimos definitivamente emprender nuestro viaje. A media noche del indicado día abandonamos la casa del señor Vega, y emprendimos la caminata acompañados del hermano salesiano y de los tres cristianos del lugar, que guardaron con nosotros esta deferencia.

Ya casi al anochecer, llegamos a la orilla del **Bomboisa,** pero en lugar distinto de donde lo habíamos vadeado a la ida, y como lo encontrásemos muy crecido a causa de la incesante lluvia de los días anteriores, no tuvimos otro recurso que improvisar a la ligera una pequeña choza de follaje y quedarnos allí a pernoctar. Antes, empero, de tomar esta última resolución, que contrariaba nuestros planes, tratamos de llamar la atención de los jíbaros residentes en la orilla opuesta; pero todo fué inútil. Oyeron nuestros desaforados gritos, más se hicieron los sordos, y con razón, pues era más que temeridad vadear el río torrentoso como estaba, y a tales horas; al otro día sí, bien temprano, aparecieron dos jíbaros en su canoa, y con gran destreza y no menor peligro, nos fueron pasando uno a uno, toda vez que las diminutas dimensiones de la canoa no permitían mayor número de pasajeros.

Despedidos del hermano salesiano y de los tres cristianos de Gualaquiza, seguimos a los jíbaros que nos pasa-

ron, en cuya casa descansamos y comimos, y luego nos trasladamos a otra casa también de salvajes, en la cual el mal tiempo nos detuvo dos días prisioneros. Por fin el domingo 22 mejoró algo el temporal y salimos de nuestra forzada prisión, pero con tan mala fortuna que después de haber andado todo el día entre maleza de tupido monte y metidos en aguas pantanosas hasta la rodillas, advertimos con pena que estábamos completamente perdidos. No nos quedaba otro recurso que volver sobre nuestros pasos; pero como la noche se nos venía encima y estábamos empapados en agua y casi extenuados, pernoctamos en pleno monte. El peón que fué causa inconsciente de nuestro extravío, satisfizó plenamente su falta, pues al amanecer, no sólo halló el camino perdido sino que consiguió una canoa tripulada por tres jíbaros, quienes nos ofrecieron bajarnos hasta el Zamora por el río **Chuchumbleza.** A las cinco horas de surcar este peligrosísimo río llegamos a la choza del consabido tuerto **Tucupi.** Así evitamos repasar los pantanos, lodazales y zarzas que tanto nos lastimaron el día anterior. ¡Dios sea bendito por todo! En la casa de Tucupi pasaron dos días, pues así lo requerían el cansancio y la falta de víveres para seguir adelante. Al salir de **Gualaquiza** creíamos llevar suficientes vituallas, y con lo que cazásemos en las orillas del río y con algunos plátanos y yucas que nos obsequiasen o vendiesen los jíbaros del tránsito, bien podríamos llegar hasta Santa Ana. Mas como las forzosas paradas y contra marchas referidas no estaban previstas, resultó que nos hallamos sin víveres casi a principios del viaje. En casa de Tucupi hicimos provisiones para el resto de la travesía.

No puedo pasar en silencio lo que en casa de Tucupi presenciamos. Un nieto de éste jíbaro, criatura de pechos, estaba enfermo, y al llegar nos pidieron remedios. Como éstos no produjesen instantáneamente el efecto que esperaban, se dispusieron a curar al enfermito, con los medios

y remeidios supersticiosos y ridículos que ellos acostumbran. Para el efecto el mismo padre del chiquillo se **togó.** Adornó su cabeza con una corona de hermosas plumas, las partes desnudas del cuerpo con sartas de pepitas de distintos colores, de pajaritos disecados, cascabeles, etc., etc. Al anochecer comenzó la operación en esta forma: Sentóse en un taburete cerca de su cama, y allí apoyados los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, se puso a cantar con tono melancólico llamando a todos los diablos y fieras para que vinieran a curar a su hijo. Como nadie le hiciera caso, se lamentaba con frecuencia, y tambaleándose borracho por el exceso de zumo de tabaco que a cada paso aspiraba y bebía, dirigíase a la puerta de la casa, y exhalando lastimeros gemidos y gritos, invocaba no sé a qué duendes; y después de haber arrojado cuanto en su estómago tenía, volvíase a su asiento y seguía sin interrupción el lúgubre canto. Así pasó largo rato y, ya muy de noche, llamó a su mujer para que le trajera el hijo enfermo que puso sobre sus rodillas. Primero boca arriba y después boca abajo, y dando mil vueltas al infeliz niño, le fué chupando con fuerza uno por uno todos los miembros y articulaciones por todos los lados, desde la coronilla de la cabeza hasta las extremidades de los pies, y de paso, con un tubito que tomaba aplicaba a la infeliz criatura lavativas de zumo de tabaco. Es de advertir que cada vez que el brujo chupaba al pequeño enfermo, rezaba una como jaculatoria que siempre era la misma. Cansados nosotros de oir y ver tanta necedad, al fin nos quedamos dormidos en el suelo a dos pasos de donde se hacía la operación, que según presumo duró toda la noche, pues al despertarnos como a las cuatro de la madrugada, les encontramos en la misma tarea. Cuando el hombre se cansaba, le sustituía la mujer, repitiendo exactamente lo mismo. Figúrese como estarían al amanecer tanto los médicos, como la zarandeada criatura. Antes de

amanecer, y sin más luz que el pálido reflejo de tizones casi apagados, el padre del chico fué llamando por órden de parentesco y de edad a todos los jíbaros que allí habían, y cada uno tomando una pequeña vasija con zumo de tabaco, echaban con precaución algunas gotas contadas sobre el ombligo del paciente, que luego, después de las palabras de rito, chupaban alternándose el padre y la madre. Con esto acabóse la cura sin que el niño mejorara. Como yo no lo juzgase de gravedad lo dejé sin el bautismo, que en estos casos sólo administramos a los que vemos en el artículo o peligro de muerte.

El 22 salimos de la casa de Tucupi, prosiguiendo nuestra marcha sin otra cosa digna de mención, fuera del excesivo trabajo que requería el navegar contra la corriente, por estar el río crecido y las palancas con dificultades hallaban fondo donde afianzarse.

El 27 por la tarde fuimos sorprendidos por unos alaridos como llantos de mujer, que al poco rato divisamos una canoa que bajaba a todo remo. Cuando estuvimos al habla, y llamados por nuestros jíbaros, se acercaron. La canoa tripulada por dos salvajes conducía una mujer con un niño en los brazos. Preguntados dónde iban, y por qué lloraba la mujer, nos contestaron: que el chico estaba enfermo **embrujado,** y que iban donde estaba Tucupi, para que el brujo lo curase. Yo les afeé su necia incredulidad, y les persuadimos, no sin trabajo, a que se quedasen con nosotros aquella noche y veríamos modo de curarlo. Le dimos, en efecto, algún remedio; pero como al día siguiente les pareció seguía lo mismo, lo llevaron a casa de aquel pobre diablo.

Por la tarde del día siguiente llegamos a casa de Chirriape, compañero de viaje; en cuyo sitio, Dios mediante, pienso establecer una residencia. Sucedió aquí que, como nos hubiesen ofrecido algunas yucas y me dispusiese, para asar una de ellas, los jíbaros quedaron como escandali-

zados; y una mujer con precipitación me arrebató la yuca de la mano y me la pasó y restrejó con fuerza por la espalda, sin darme tiempo para impadírselo. Pregunté el motivo de tan extraña ceremonia; con mucha seriedad me contestaron que el yucal estaba tierno, y que si por desgracia se asaba alguna yuca tierna sin frortarla primero por la espalda, sucedía que el yucal ya no crecía más, sino que todas quedaban chicas y delgadas. En vano tratamos de desvanecer tan torpe creencia, pues replicaron que tenían experiencia del caso.

El 29 salimos de la casa de Chirriape, y después de haber descansado en la confluencia del Yacuambi y en la residencia de Cumbarasa, arribamos a Santa Ana el 31, dando fín a la expedición que se nos encomendara; que gracias a la bondad divina, resultó sin más accidentes que los referidos, no obstante los grandes peligros y muchos trabajos que ofrecen estas excursiones entre gentes y países tan salvajes.

Reservo para adelante el referirle lo acaecido después de nuestro regreso de Gualaquiza, entre cuyos sucesos ha de satisfacerle el modo inesperado como hemos conseguido nos dejaran algunos jibaritos.

Reasume la narración el padre Vidal

La comisión llevada a efecto por el P. Torra, tenía por objeto, a más de visitar a los salvajes, que todavía nos eran desconocidos, hacer un reconocimiento de la topografía del territorio y de la orientación del Bomboisa, para demarcar los límites de las misiones del Zamora y Gualaquiza.

El 20 (1) del pasado Diciembre (1894) en compañía

(1). El padre Vidal recibió en Lima, la narración epistolar del padre Torra; para fines del año 1891 hubo de ir el padre Vidal a pre-

del P. Prefecto Fray Luis Torra, tres peones y dos jíbaros salimos de esta ciudad a las once de la mañana, tomando la vía del Cóndor, que como no ignoran los que han leído mis anteriores correspondencias, es sumamente difícil y peligrosa. El camino hasta la cumbre de la cordillera lo hicimos parte montados y parte a pié, sin más novedad que el cansancio y fatiga, muy natural al trepar por tales alturas. Pernoctamos a la falda del cerro de San Francisco, a unos 3,200 metros sobre el nivel del mar. Pasamos la noche sin dormir, a causa del frío viento y por la incomodidad del toldo, que no podía convenientemente abrigar tantas personas. Al siguiente, muy de madrugada proseguimos la marcha con el fin de arribar cerca del Sabanilla, en donde la temperatura es cálida. El trayecto se hizo como el día anterior hasta la famosa pendiente de Mátala. Apenas empezamos el descenso cuando principió a llover, y como nos vimos precisados por lo peligroso del camino a hacerlo a pie, sufrimos mucho, especialmente yo, que por haberme extraído de la planta de los pies dos niguas (1) y habérseme inutilizado con el barro, piedras y agua las sandalias, tuve que andar enteramente descalzo. Como la extracción de la **nigua** deja una herida muy delicada y sensible, cada pisada que daba especialmente en lugares pedregosos, me hacía ver las estrellas como vulgarmente se dice. Esto motivó algunas caídas que hacían reir a un joven jíbaro que iba cerca de mí.

---

sidir el capítulo guardianal del Colegio Apostólico de Misioneros de Loja, en el que fué electo en superior el padre fray Francisco Solano Pascual; terminado este acto de su oficio de Comisario Visitador, el Padre Vidal emprendió viaje a Zamora, cuyas circunstancias empieza a narrar.

(1). La nigua, que en el Perú llaman también pique (*pulex penetrans*), penetra hasta la piel y pasa hasta la carne, donde anida y reproduce.

Ya cerrada la noche me habría sido imposible llegar a la pascana, si no me hubiera utilizado de una bestia en lo que restaba del camino y en donde se podía cabalgar sin evidente peligro.

La noche la pasamos muy mortificados por la lluvia que no cesó casi en toda ella, y penetraba el lienzo del toldo ya deteriorado.

A las ocho de la mañana proseguimos la jornada, y al llegar al Sabanilla quedé gratamentes sorprendido al ver el hermoso puente que los Padres habían construído. Este puente facilita el viaje a Zamora y viceversa. Antes que se construyera, ocurría con frecuencia el tener que demorarse en la orilla algunos días, esperando que el caudal de las aguas disminuyera, a fin de utilizar algunos peñascos del cauce y tender sobre ellas algunos palos para pasar a la orilla opuesta; las bestias pasaban a nado, y no pocas veces se perdían, arrastradas por la corriente; inconvenientes que desaparecen por el puente, que por el lugar en que se halla desafía a las más fuertes y altas avenidas. Con esto se ha dado ya un gran paso para facilitar la colonización de estas expléndidas regiones. El camino de Loja a Zamora que tanto ha preocupado a los Padres y a mí, espero que pronto será un hecho, pues el Supremo Gobierno ha destinado fondos para su construcción, y antes que termine este año no dudo que se podrá ir a Zamora en un día y con comodidad, y sin los peligros que ofrece la vía indicada arriba.

Unos cuantos kilómetros antes de llegar a Santa Ana se divisa el pueblo que ocupa un lugar pintoresco y ofrece un golpe de vista agradable. El contraste es bello: después de pasear por tanto tiempo bosques sombríos y caminos fragosos, el espíritu se dilata al contemplar la gran extensión del roce, la amenidad de los campos, y en medio el pueblo con su capilla y casa-misión, al lado de una espaciosa plaza circuída de las casas de los colonos. Tan pron-

to como el camino esté arreglado, el incremento de la colonización será rápido y lo que ahora no pasa de la modesta condición de un casería, pronto adquirirá mayor categoría en la población del Ecuador. Nuestro arribo a Santa Ana fué simpático; salieron a recibirnos los Padres y hermanos, acompañados de algunos jíbaros, y por medio de vistosos arcos y al son del repique de las dos campanas que posee la Misión, llegamos al convento a la hora de comer. La casa misión bajo la diligente y habil dirección del P. Prefecto ha sido construída con la elegancia y comodidad que permiten las circunstancias. En el primer plano se halla la escuela, a la que asisten los hijos de los colonos, junto con algunos niños salvajes. Estos útimos de ordinario son inconstantes por los motivos que después diré. La capilla si bien se halla con sencillez, está siempre muy aseada; el altar mayor presenta un golpe de vista severo y elegante. Para decirlo en una palabra, todo lo que el P. Torra ha hecho en mejorar lo que yo había llevado a cabo de un modo provisional, ha superado a mis esperanzas.

Permanecí en **Santa Ana, hasta** el ocho del presente. La festividad de Navidad, Circuncisión y Epifania las celebramos casi con la misma solemnidad acostumbrada en los Colegios. La capilla posee un regular armonium que toca el P. Torra y con este instrumento se amenizan las distribuciones (1) ordinarias y extraordinarias, a las que asisten todos los colonos y con frecuencia muchos jíbaros. Todos los días por la noche se reza con el pueblo el Santo Rosario con la Letanía cantada, si el P. Torra se halla en el lugar; los domingos y días festivos se canta además el Smo Trisagio. Para la exposición en las grandes festividades y en los retiros mensuales de la Venera-

(1). Funciones.

ble Orden Tercera he traído de Lima una hermosa custodia, del valor de 55 duros. Poco a poco se han conseguido los objetos necesarios para el culto, de modo que actualmente en Santa Ana poco o nada falta de lo que puede exigirse en una nueva Misión, para solemnizar las distribuciones religiosas. Los Padres, secundando el espíritu de nuestra orden, los deseos del Sumo Pontífice León XIII y del Rmo. Ministro General, han establecido entre los colonos la V. O. Tercera, la **Pía Unión** de San Antonio y el **Vía Crucis perpetuo.**

Durante mi permanencia en Santa Ana procuré enterarme de las disposiciones de los salvajes, de las relaciones que mantenían con los Padres y de las dificultades que oponían para entregar sus hijos a fin de que los Padres los educaran e instruyesen. Si bien la Misión había conseguido reunir algunos niños salvajes, estos no permanecían mucho tiempo; ya por un motivo ya por otro, conseguían volver a sus chozas. Algunos regresaban a la misión y aún permanecían algunos meses; después, o sus padres los llamaban o ellos finjían cualquier motivo, para regresar al seno de la familia.

A más del carácter independiente e inconstante de los jíbaros, influye en ésta volubilidad la distancia en que está situado el pueblo de Santa Ana al centro de la jibaría, que dije en otra ocasión, dista una legua escasa de la choza más inmediata. Para obviar estos inconvenientes discutimos con los Padres el medio que podría adoptarse para que la misión consiguiera su objeto.

El resultado fue establecer una residencia permanente en lugar central, arrostrando los trabajos y peligros que el aislamiento ofrece a los misioneros. Resuelto este punto, y mientras esperamos el ocho de enero para emprender la excursión, llgaron algunos jíbaros con malas noticias. Nos hicieron comprender que en Gualaquiza habían pasado sucesos poco tranquilizadores.

Un joven jíbaro residente en el territorio de la misión de Gualaquiza y **brujo de profesión,** había recibido una enferma para curarla. Conforme se ha indicado en otra correspondencia, la diagnosis entre los brujos jíbaros es siempre a **priori,** por cuanto toda enfermedad proviene, según ellos, de la introducción de cuerpos extraños en las vísceras del doliente, ocasionada por la acción o malicia de otro brujo: estos cuerpos son siempre o una piedra o una espina de chonta, o una araña o las tres cosas juntamente; de aquí que la terapéutica jíbara sea siempre la misma, esto es, gesticulaciones más o menos violentas o ridículas, cánticos tétricos, monótonos y misteriosos, y absorciones hechas con la boca en distintas partes del cuerpo del paciente. Como la enferma en cuestión adolecía de una enfermedad que nada tenía que ver con la diagnosis de nuestro brujo, el resultado fué que la mujer murió. La explicación que el supuesto Galeno dió a los deudos de la difunta no debió satisfacerlos, y resolvieron matarlo.

En una noche de los primeros días de diciembre del año pasado los parientes de la difunta penetraron en la choza del brujo, a quien mataron a lanzadas; no contentos con esto, quisieron también matar al padre de la víctima, el que recibió dos heridas no mortales, y aprovechándose del alboroto producido por los gritos y lamentos de las mujeres y niños logró, a favor de la oscuridad, salir de la choza y ocultarse en la espesura del bosque.

Hasta aqui nada hay de extraordinario y que sea capaz de infundirnos recelos. Lo que sí nos impresionó fueron las consecuencias de estos sucesos tales como nos las referían los jíbaros que venían a nuestra Casa-misión. Todos estaban acordes en manifestarnos que el salvaje herido fue a pedir protección y ayuda a los padres salesianos con el fin de matar a los matadores de su hijo, y que los padres salesianos se negaron a prestarles el

auxilio que pedían. Indignado el jíbaro por esta negativa, concibió el criminal proyecto de quemarles la casa-misión que hacía poco habían terminado. El incendio se verificó el 17 del mismo diciembre (1), sin que nada pudiera salvarse de cuanto la casa contenía.

Estas noticias que casi todos los días nos llegaban, y en vísperas de emprender nosotros una excursión para fundar una residencia en medio de la jibería, no dejaron de afligirnos. A ser verdad todo cuanto nos referían, se presentaba para la nueva residencia un porvenir preñado de peligros; por cuanto por este u otro pretexto debíamos temer iguales acontecimientos.

Esto no obstante, nuestra resolución siguió adelante, dejando a Dios el éxito del porvenir.

A primeros de enero, leíamos en un periódico de la República la relación del incendio referido, anunciando que había sido de un modo casual; esta noticia si bien nos tranquilizó algo, no pudo del todo desterrar la mala impresión que el testimonio unánime de los jíbaros nos causó, al afirmar que había sido intencional.

Resueltos a todo el 8 de enero (2), acompañados del Padre Prefecto, tres peones y dos salvajes, dimos principio a la excursión por el Zamora, a fin de hallar un lugar competente que fuese como el centro de la misión de la tribu que reside en el referido río y sus afluentes, reservando para más tarde atender a los que residen a las orillas del Marañón; este día llegamos a Cumbaza, en donde pernoctamos. Aquí tuve ocasión de inspeccionar la huerta de yuca y plátanos que los padres habían hecho plantar; y la casa que los jíbaros construyeron para la residencia e-

(1). De 1894.

(2). De 1895.

ventual de los misioneros. De la casa sólo quedaban un montón de cenizas, pues habiéndose derrumbado por razón de los agentes atmosféricos, el jíbaro que vivía en las inmediaciones puso fuego a las ruinas, evitando por este medio el que fuese una guarida de culebras.

La huerta llena de arbustos y malezas, apenas se distinguía del resto del bosque. Pena causó el ver que la indolencia de los jíbaros había dejado perder lo que con tanto trabajo y gastos se había hecho. Será necesario construir en este sitio una casa más sólida y con mayores garantías, que serviría de escala para los viajes que ya serán más frecuentes entre Santa Ana y la nueva residencia.

A las doce del siguiente día llegamos a la confluencia del Yacuambi, río casi tan caudaloso como el Zamora, y no habiendo en la confluencia un sitio apropósito para el establecimiento de un pueblo, surcamos el Yacuambi hasta la casa del jíbaro Tibi, distante una legua escasa del Zamora. Aquí hicimos alto, y al amanecer del dío 10 practicamos un reconocimiento para inspeccionar la topografía del lugar. Después de cerciorados de la aptitud y buenas condiciones del sitio para la fundación de un pueblo y cultivos en grande escala, resolvimos no pasar adelante, por dos motivos; primero, porque el lugar reunía las condiciones de una buena fundación; y segundo, porque al internarnos más nos separábamos demasiado de los jíbaros que residen en las márgenes del Zamora.

Una vez elegido el lugar debíamos principiar por construir una choza provisional, rozar el terreno para el plantío de la yuca y plátanos, víveres indispensables en estas regiones, y después construir la Casa-misión, capilla etc. En la construcción de la choza provisional, roce del terreno y plantío, debían invertirse a lo menos dos meses, y unos seis hasta que los Padres y trabajadores

pudieran utilizar los productos de la huerta necesarios para la subsistencia.

Estos trabajos preliminares, a mas del tiempo referido, nos habrían sujetado a grandes gastos y privaciones, mayormente si, como sucede con frecuencia, las lluvias y crecientes de los ríos hubiesen impedido la comunicación con Santa Ana, y por la incomunicación carecer de los recursos necesarios, toda vez que no podíamos fiar demasiado de la generosidad de los jíbaros que, atendido su carácter y egoísmo, no habrían dejado de explotar una situación extrema.

Pensando y discurriendo sobre estas eventualidades resolvimos arrostrarlas, confiando en la bondad de Dios y en la protección de San Antonio, cuya imagen llevábamos, y a quien pensamos consagrar la nueva fundación. Por el jíbaro que nos acompañaba llamado Conda, supimos que Tibi poseía tres chacras o huertas en estado de sazón, y que en una había una choza abandonada, y como esta se hallaba en el lugar por donde debíamos empezar nuestros trabajos, fuimos a inspeccionarla para ver si nos convendría hacernos con ella. Habiendo sido favorable el resultado de nuestra inspección, propusimos a Tibi la compra de la huerta y choza.

El buen jíbaro, que nada tenía de tonto, comprendió nuestra necesidad y no dejó perder la ocasión. Pidió cuanto quiso, no en dinero que para nada le sirve, sino en especies o útiles de los que necesitan. Empero, antes de hacer el pedido, celebró consejo con su familia, y luego muy formal y como hombre que entiende en el negocio, dió principio a una larga letanía de los objetos que sabía podíamos darle. Nosotros le ofrecimos más de lo que pidió, quedando con esto cerrado el contrato a satisfacción de ambas partes.

Ya en posesión de la huerta y choza, nuestro corazón se dilató, pues teníamos lo que de pronto más necesitábamos, alojamiento y víveres en abundancia. Sin pérdida de tiempo, tratamos de reconstruir la choza que amenazaba ruina. Cuando la habíamos asegurado con una solidez que nunca había tenido, nos viene Conda con la noticia de que Tibi rescinde el contrato, porque la mujer que tenía parte en la huerta no la quería vender. Esta noticia nos desconcertó. Quisimos ir a la casa de Tibi para reconvenirle por su informalidad y Conda nos hizo comprender que no se hallaba en casa por haberse ido a cazar. Temiendo nosotros que la ausencia era premeditada y que no miraba bien nuestra presencia en aquel sitio resolvimos y de hecho preparamos nuestro equipo para ir en busca de otro lugar.

Al ver Conda que nuestra resolución no eran simples palabras, desapareció, y al poco rato vuelve en compañía de Tibi. Este que ignoraba lo que pasaba. al contemplar los preparativos de nuestro viaje, se conmovió, y con mucha instancia nos suplicó que no nos fuéramos, que allí estaríamos bien; protestaba que **yo padre mucho queriendo,** que llamaría a sus parientes para ayudarnos y nos confiarían sus hijos, como él prometió hacerlo.

Para manifestar que sus promesas no eran en vano, inmediatamente mandó a sus hijos, mujeres, a Conda y otros salvajes presentes, que pusieran manos a la obra para ayudar a los Padres. La actividad que desplegaron fue tan asombrosa que en un día y medio quedó la ruinosa choza transformada en capilla. taller de carpintería, hospedería y con altos para los Padres: todo separado por tabiques al estilo jíbaro.

Habiendo conseguido en tres días aquello en que con mucho trabajo, sufrimientos y privaciones debíamos invertir a lo menos seis meses, esto es, una gran extensión de roce, casa provisional y víveres en abundancia, ya

nada nos quedaba que hacer sino regresar a Santa Ana, para contratar el personal con los útiles necesarios para la construcción formal de los edificios indispensables para la residencia.

El domingo 13, después de la Santa Misa, nos despedimos de los jíbaros que en número de veinte habían venido a visitarnos, a quienes obsequiamos con algunas niñerías, y dejándonos llevar por las suaves aguas del Yacuambi en breve llegamos al Zamora, que surcamos contra corriente, arribando al anochecer a Cumbaraza. Al día siguiente el río amaneció muy crecido, y no obstante que comprendíamos lo difícil de navegar en tal condición, lo intentamos; aún no habíamos andado un kilómetro, cuando nuestra canoa fue arrastrada con vertiginosa rapidez con peligro de zozobrar y ser envuelta por la corriente; comprendimos el peligro a que nos exponíamos si insistíamos en luchar con un pequeño esquife contra la impetuosidad del río. Nos vimos pues en la dura necesidad de amarrar la canoa a un árbol de la orilla, llevar sobre las espaldas el equipaje y andar a pie por entre la espesura del monte, las cinco leguas que restaban hasta Santa Ana.

A poca distancia del lugar donde habíamos dejado la canoa se halla el sepulcro del jíbaro Cuji, de algunos meses difunto.

Teníamos curiosidad de ver el modo como sepultaban al jefe de familia, pues Cují lo era. Para el efecto había que pasar la huerta, que hace unos tres años había visto yo en estado floreciente y limpia como acostumbran a tenerlas los jíbaros. Desde la muerte de Cuji estaba abandonada, y los arbustos y malezas habían crecido hasta el extremo de tener que hacer uso del machete para cortar las ramas que, a fin de abrirnos paso, no cedían a la presión de la mano. Al dirigirnos a satisfacer nuestra curiosidad, Conda parece que se indignó, pues con un

tono de voz que indicaba cierta cólera imponente nos gritó:—**¿dónde yendo?—A cazar mariposas,** le contesté (yo hacía una colección de esta clase de insectos).

Empero al observar que nos dirigíamos al **sepulcro: ¿dónde yendo? no yendo,** nos gritó, con cierto furor. Nosotros sin hacer caso de sus gritos y lamentos, seguimos adelante y en breve llegamos al sitio, objeto de nuestra curiosidad.

Ya dije en otra ocasión que las chozas de los jíbaros son espaciosas y de forma oval. Antes que Cuji muriese, faltaba cerrar uno de los dos extremos. Al morir Cuji amarraron el cadaver de pie al palo principal que sostiene la techumbre, luego lo envolvieron en hojas de palma y plátano, sobre todo colocaron las cañas de gadúa que le servían de cama, cerraron el extremo del óvalo que faltaba, y la familia fué a vivir a otro lugar distante. La **choza-sepulcro** era impenetrable a los hombres y a las fieras; para poder penetrar hubiera sido necesario arrancar las fajas de palmera de que estaba construída, lo que en sentido de los jíbaros habría sido una verdadera profanación: nos limitamos pues a observar el interior por las rendijas. La obserbación produjo en nosotros un sentimiento repulsivo mezclado de lástima. En el interior todo estaba en desórden: una semioscuridad, parecida a los últimos destellos del crepúsculo, iluminaba la estancia; en el centro y en torno del palo principal, un hacinamiento de hojas y cañas que abrigaban un cadáver en putrefacción, y en torno de la choza un monte crecido que aumentaba, si cabe, el sentimiento tétrico y repulsivo.

Satisfecha nuestra curiosidad, regresamos al lugar donde estaba la canoa con el equipaje, y allí se hallaba Conda con un humor insoportable. Para tranquilizarlo le manifestamos la costumbre de los cristianos en visitar a los muertos, y procuramos hacerle comprender que eso

no era malo. Algo al parecer se tranquilizó, pero rehusó acompañarnos y llevar un pequeño equipo que se le confiaba. Nosotros empleamos los medios de persuasión, para que nos acompañara y ayudase a llevar la carga, pero fué inútil. Uno de nuestros peones, al ver que los medios de persuasión no producían efecto, se le impuso con gritos y amanazas, y Conda cedió; nosotros con algún obsequio tratamos de halagarle y consolarle en la brusca arremetida de nuestro peón. Asi que empezamos la marcha, Conda tomaba la delantera, y el mismo peón le ordenó con un tono que no admitía réplica, que siguiese atrás, y Conda obedeció. Este mandato me llamó la atención, e investigando el por qué, me manifestó Angel Ordoñez, que asi se llamaba el peón, que si permitíamos que Conda se adelantara se vengaría de nosotros, quitando la única canoa que había cerca del Bombuscaro, sin la cual no era posible pasar a la orilla opuesta para ir a Santa Ana.

Proseguimos el viaje por entre la espesura del bosque, con las penalidades inherentes a esta clase de excursiones. Durante la travesía nuestro mal humorado Conda se manifestaba algo esquivo. Algunas veces se quedaba solo con el pretexto de descansar, y porque no se desviara y tomase la delantera, procurabamos no perderlo de vista, pues temíamos que adelantándose quitara la canoa que debíamos utilizar. Yo cuidaba de ir con él, le daba conversación para entretenerlo; él no rehusaba conversar conmigo, y aún me manifestaba cierta amabilidad; pero no siempre era factible, ir juntos, ni conversar a causa de la escabrosidad del camino.

Con estas zozobras de que Conda nos jugara una mala pasada, llegamos a su choza, en la que no encontramos a nadie, y dista una legua escasa de Santa Ana. En la choza descansamos un rato, mientras Angel Ordoñez

fué al fondeadero en donde se hallaba la canoa; al poco rato se le unió Conda, y ambos subieron contra corriente hasta el sitio en que debíamos pasar a la otra banda del río. Los demás íbamos a pie, yendo yo delante. Como a dos kilómetros de la casa de Conda quedó sorprendido por ciertos golpes y risas que se oían dentro del bosque; penetré por la espesura para ver de donde provenían, y hallé a la mujer de Conda con su hija de poca edad, muy afanada en rajar con una hacha un viejo tronco de palmera medio podrido, del que extraía gruesos gusanos blancos, que ellas devoraban con cierta fruición. Tan luego como la mujer me vió, cogió uno, el más grande, y con admirable naturalidad me lo ofreció para que lo comiese, manifestándome al mismo tiempo que era comida sabrosa. Y agradeciéndole lo rehusé, y lo dió a su hija, que al instante lo devoró. Me despedí de la buena mujer dejándola en su útil tarea.

Llegados al término de nuestro viaje a pie, pasamos con la canoa uno a uno a la orilla opuesta. Dos tiros de escopeta indicaron a los padres y moradores de Santa Ana nuestro arribo, los que pronto vinieron a recibirnos; y juntos nos dirigimos a la casa-misión, a donde arribamos a las tres y media de la tarde. Luego procuramos desenojar con obsequios y regalos todo el mal humor que Conda había reunido en su corazón, cosa fácil de conseguir por medio de dádivas y obsequios.

Permanecí dos días en Santa Ana, durante los cuales se formuló un reglamento para los misioneros y el plan que debía seguirse en la nueva residencia de Yacuambi. Respecto a este último resolvimos construir inmediatamente una capilla y casa-misión para los religiosos, una casa-colegio que sirva de dormitorio, escuela y comedor para los niños salvajes que concurran a ella; y además una hospedería para los transeuntes.

Respecto a la educación e instrucción de los niños

salvajes, consultando su carácter, hemos convenido en adoptar el siguiente método: por la mañana asistirán a Misa, durante la cual un Religioso les hará rezar en alta voz las oraciones del catecismo, terminando con algún cántico; por la noche asistirán al rosario y a alguna otra distribución que se hiciere. Por de pronto, se les dará una hora de clase por la mañana y otra por la tarde. El resto del tiempo se les ocupará en algún arte u oficio, en juegos que, en cuanto sea posible, al par que los entretengan, los instruyan. La misión se encarga de alimentartarlos, vestirlos y proporcionarles todo lo que necesiten. Si algún niño permanece en la misión hasta la edad núbil. los Padres cuidarán de casarlo, y como dote se les construirá en la nueva Residencia casa, se les proporcionará y arreglará el terreno y se les ayudará a sembrarlo de los productos del país; se les procurará algunos animales domésticos, herramientas etc., etc., a cuenta de la misión. Todo esto impondrá a los Padres gastos y sacrificios que, no obstante la escasez de recursos, la misión no vacilará en hacer, con tal de conseguir que estos infelices hijos de las selvas se acostumbren a vivir en población y dejar su vida nómada para abrazar los beneficios de la Religión cristiana. ¡Ojalá que tan bellos propósitos y halagüeñas perspectivas pasen a ser una realidad consoladora!

Cuando haya que administrar a los neófitos el Bautismo, Confirmación, primera Comunión, o el Matrimonio, se procurará dar a la ceremonia todo el esplendor y atractivo que permitan las circunstancias. La imaginación de los jíbaros es naturalmente viva e impresionable, y es preciso utlizar esta buena cualidad para hacerles comprender de algún modo la importancia y trascendencia del acto o ceremonia que con ellos se hace.

Con la educación e instrucción de los niños solo conseguiríamos dar un impulso parcial a la obra de su civilización, y el Misionero no debe olvidar la importancia

que tiene para este objeto la instrucción y educación de la mujer. Las jíbaras son naturalmente sumisas y de un carácter dócil y afable, que el despotismo de los jíbaros reduce a una verdadera esclavitud; circunstancias que, atendidas las preocupaciones que dominan en las tribus, hará difícil la educación e instrucción del sexo débil. Sin embargo, no por eso el Misionero desistirá de su empresa; para el efecto, tan luego como el edificio en construcción en Santa Ana, esté terminado, pasarán allí dos Hermanas Terciarias, quienes se harán cargo de educar e instruir a las niñas de los colonos, y se harán todos los esfuerzos que la prudencia y el celo inspiren, para que los jíbaros entreguen sus hijas a la solicitud maternal de las dichas Hermanas, corriendo a cargo de la Misión todos los gastos de comida, vestido etc.

Si conseguimos que algunas niñas salvajes, sean entregadas al cuidado de las Hermanas, no dudamos que el éxito de la misión compensará las privaciones, fatigas y desvelos de los Misioneros. Mientras las Hermanas tengan su colegio en Santa Ana, se temen los mismos inconvenientes que la experiencia ha enseñado respecto de los niños, como queda referido. La prudencia no permite por ahora llevar las Hermanas a la nueva residencia de San Antonio de Yacuambi, hasta que se establezcan allí con los Padres algunos colonos que impongan respeto a los jíbaros y sirvan de garantía y apoyo en el caso, no improbable, de algún asalto a la Misión por los jíbaros de las tribus vecinas.

Como se desprende de lo dicho, todo nuestro plan se reduce a formar el corazón de los niños, como quiera que de los adultos, habituados en su vida nómada y en costumbres recalcitrantes, poco o nada podremos conseguir en orden a su verdadera conversión a la fe. Mucho les deberemos si no oponen resistencia a los desvelos de los Misioneros. Los niños hasta el presente se han mani-

festado adictos y benévolos con los Padres; condición feliz que si fuera fomentada por sus progenitores, creo que dentro de poco conseguiría el fin que con tantos trabajos, sudores y fatigas el Misionero persigue.

Pero desgraciadamente el mayor obstáculo con que se tropezará serán las preocupaciones, costumbres bárbaras e instintos feroces, que los adultos imprimen en el tierno y blando corazón de sus hijos.

Si no podemos conseguir la realización completa del ideal que impulsa al Misionero a la obra de la regeneración social de los infieles jíbaros, no desconfiamos mediante el auxilio divino, de conseguirlo al menos en parte.

Llenado ya el objeto de mi excursión a Zamora, y no siéndome posible demorar por más tiempo en un lugar que para mi tiene tantos atractivos. me vi en el doloroso e imprescindible deber de regresar a esta ciudad, y de aquí seguir para mi habitual residencia de Lima, a fin de atender otros asuntos.

Actualmente se hallan en Zamora para evangelizar a los jíbaros, a más del Padre Prefecto Fr. Luis Torra, los PP. Fr. Antonio González, Fr. Luis Vega y Fr. Pedro Echevarría, con cuatro hermanos donados. Tan luego como las exigencias de la Misión lo requieran se mandará nuevos operarios.

Dios quiera que la revolución que al parecer amenaza al Ecuador, no venga a trastornar los buenos deseos de los actuales mandatarios e inutilice tantos gastos, sacrificios y trabajos como se han hecho en las cuatro misiones para la civilzación de las cuatro regiones de la República (1).

---

(1). Aquí termina la amena y juiciosa narración del padre Vidal, resultando ciertos sus temores de revolución en la república ecuatoriona prevista desde los primeros meses del año 1895.

MISION DE ZAMORA

DESCRIPCION Y NARRACION EPISTOLAR

DEL P. FR. LUIS TORRA

PREFECTO DE MISIONES

CONCLUSION DE ESTE TOMO

1892–1897



Misiones de Zamora (Loja Ecuador)

Muy R. P. Director de la "Revista Franciscana".

Barcelona.

El 6 de agosto de 1892 fuí nombrado Prefecto Apostólico de la Misión de Zamora por el M. R. P. Fr. José Vidal, Comisario General de los Celegios de Propaganda Fide del Perú, Ecuador y Colombia. Acababa de salir entonces de una grave enfermedad, y para convalecer de ella me dirigí a Guayaquil en el vapor **Maipo,** que nos desembarcó en aquel puerto el día 13 del mismo mes de Agosto. Allí permanecí hasta el 10 de Setiembre, día en que me embarqué en el "Olmedo" para el puerto de Santa Rosa. Aquí busqué cabalgadura, y acompañado de un hermano lego, llegamos a Loja el 17 del referido Setiembre, a las 10 de la mañana. Mientras descansaba de lsa fatigas del viaje, y me iba enterando de los pormenores de la Misión me comprometieron para una **célebre** expedición.

Sí; tal puede irónicamente llamarse la que hicimos por un lugar de la cordillera llamado Cajamuna, dos leguas al Sur de esta ciudad de Loja, en busca de un camino que con más facilidad y menos riesgo nos condujese al lugar de nuestra misión. Dos son las rutas que a ella encaminan: la de San Francisco, que puede llamarse de la montaña, y la del Cóndor o de la cordillera. Ambas por ahora ofrecen serias dificultades y peligros, pues ninguna de ellas está abierta, ni merece por tanto el nombre de camino. Los que no conocen la América y solo están a-

costumbrados a viajar por ferro-carriles, hermosas carreteras y buenos caminos de herradura, difícilmente podrán formarse una idea cabal de lo fragoso y quebrado de estos lugares, especialmente en la provincia de Loja, y por tanto de cuan terribles son aquí las vías de comunicación, aún los llamados caminos reales. Basta decir que en tiempos de aguas son estos completamente intransitables. Si esto pasa con los caminos reales ¡figúrese V. R., qué sucederá con las sendas abiertas, por decirlo así, por las dantas, osos y leones, y casi sólo por estas fieras trilladas!

La vía del Cóndor, fuera de ser sumamente escarpada, pues a una legua de Loja ya comienza la cuesta que tiene más de un día de camino, siempre por la cuchilla de los cerros, y en muchos trayectos con escalones de más de una vara de alto; ofrece otro gran inconveniente, y es, que una gran parte del año se halla cubierta de **páramos** y azotada de tan recios y tan glaciales vientos que ponen en inminente riesgo la vida de los pasajeros que por ella transitan (1). La vía de San Francisco, si bien está casi libre de fríos, vientos y páramos, pues en su mayor parte sigue por la montaña o terreno caliente, como aquí le llaman, sin embargo es más larga, se encuentra en ella más quebradas o ríos que vadear, y se halla cubierta de espeso monte, sembrada de troncos y árboles caídos y malezas que interceptan el paso a los transeuntes, y hacen no poco incómodo su viaje. Por este motivo no pueden pasar por allí bestias ni de silla ni de carga, mientras que por el Cóndor sí, aunque con mucho trabajo y exponiéndose a los susodichos peligros.

---

(1). Ya en la narración del padre Vidal se habló de los *páramos* del Ecuador: en este pasaje, el padre Torra hace mención, en debida forma, de los vientos que los acompañan.

Ambos caminos convergen a un río llamado Sabanilla, cuyo vado, distante unas tres leguas del pueblo de Zamora, centro de nuestra misión, ofrece tal vez el mayor riesgo de todo el trayecto. Fuera de que no pocas veces se halla el río tan crecido que es invadeable, y el pasajero tiene que parar allí hasta que mermen las aguas, expuesto a morirse de hambre por lo menos. Como no hay allí puente ninguno, es preciso colocar cada vez unos cuantos palos o vigas largas y delgadas, que lleguen de una a la otra parte, para pasar sobre ellas con precaución suma, pues el menor descuido bastaría para caer uno al agua y ser arrastrado por la impetuosa corriente y perecer ahogado. A las bestias de silla y carga y a otros animales los lacean, amarrándoles una soga bien larga al cuello y tirando de ella desde la parte opuesta, y así pasan a nado. Las monturas, cargas y demás se trasladan a hombros de una a otra orilla. Desde el Sabanilla al pueblo referido ya no se tropieza con mayor dificutad.

Por los motivos expuestos y con el propósito de encontrar un camino mejor para entrar y salir de la misión y conducir los víveres y demás cosas necesarias, organicé la **célebre expedición.** Advertiré de paso que la conducción de las cargas, hasta aquí las hacemos comunmente valiéndonos de los **Colombianos** (naturales de Colombia), quienes llevan sobre sus robustas espaldas dos, cuatro y hasta seis y más arrobas de peso. Por cada arroba nos cobran un sucre (duro) y hasta sucre y medio (1), fuera del fiambre para el camino; y lo peor es que nos exponemos muchas veces a perder la carga, pues saben

(1). El sucre ecuatoriano y el sol peruano son monedas equivalentes al duro español, pero su tipo de valor está reducido a medio duro, siendo diez sucres equivalente a una libra esterlina o 25 pesetas españolas.

robarla y hasta dejarla botada en el camino. Volviendo pues a seguir el hilo de la narración digo, que admitiendo como verídicos los datos que nos suministró un **chacarero** (labrador) de Cajamuna, asegurándonos que conocía un sendero que bien podía ser el camino que antíguamente conducía a la famosa ciudad de Zamora, destruída con otras varias ahora 200 años por los Jíbaros; y corroborados dichos datos con otras noticias que parecían ser sugeridas de buena fé, resolví marchar acompañado del siguiente personal: tres caballeros que se dignan honrarme con su amistad, cuatro **picadores** que machete en mano abriría la trocha, cortando las ramas, y cuatro Colombianos para cargar el fiambre, las **toldas** o tiendas de campaña y demás necesario.

El día de difuntos 2 de Noviembre, nos pusimos en marcha saliendo de Loja todos los mencionados, a las 4 de la tarde, por no haber podido conseguir las bestias de montar hasta dicha hora. Al anochecer llegamos a la falda de Cajamuna y pernoctamos en casa de un tal Valverde, cuñado del que nos comprometió para la exploración del nuevo camino. Comimos nuestra pobre cena y después de rezar el rosario a la Santísima Virgen, nos echamos a descansar en el **santo suelo,** el cual en adelante ya había de ser nuestro único lecho, mientras durase la campaña.

Extrañarán, tal vez los lectores de la Revista, que alojándonos en una casa y estando ella no muy distante de Loja, no tuviésemos siquiera una miserable camita donde dormir. Han de saber empero que las casas de estos paises, fuera de las poblaciones se entiende, no pasan en su mayor parte de la categoría de miserables ranchitos o mal forjadas cabañas, construídas de palos sin labrar, cubiertos, a veces, de barro sin enlucir ni blanquear. En dichas chozas no hay que buscar la menor comodidad ni aseo; allí todo está revuelto y barajado:

hombres y mujeres, grandes y chicos, perros y gatos, gallinas y **cuyes** (especie de rata-conejo) útiles de cocina, víveres, trapos etc., etc. Para pasar la noche cada cual busca su rincón, lo barre con las manos a falta de mejor escoba, tiende su **pellón** y demás apero de montar, y se echa; pero para poder dormir un rato se necesita o estar muy cansado o falto de sueño, pues la dureza de la cama, las muchas pulgas, el chillido incesante de los **cuyes**, el contínuo pasar y repasar de estos y otros bichos, se encargan de tenerle a uno en completa vigilia.

Al día siguiente, después de tomar nuestro café, proseguimos la marcha; y aún no habíamos andado unas dos horas por una muy pendiente y escabrosa cuesta, en medio de espeso monte, cuando una caída que de su mula se dió uno de los de la comitiva, felizmente sin otras consecuencias que el respectivo susto, nos hizo comprender que ya no era posible seguir montado. Seguimos pues a pié, y casi todo el día se nos pasó en andar poco más de dos leguas, tan malo era el camino; y serían las tres de la tarde cuando hicimos alto, y templamos las toldas en una pequeña meseta que se encuentra como a la mitad de la cuesta. Desde este día nos costó gran trabajo el preparar la comida; ya porque casi siempre nos llovía y no podíamos prender fuego, ya por la falta de agua, apesar de la que caía. Alguna vez recogimos ésta de la que por la tolda escurría; pero lo ordinario era cabar en tierra un hoyo y recoger la que se filtraba; la que luego colábamos en un roñoso sombrero de paja. Trabajo cuesta al principio acostumbrarse a tanto desaseo; pero como el hambre apremia, no hay más remedio que dejarse de melindres y tomar las cosas como se presentan.

A las ocho de la mañana del día siguiente los cuatro macheteros prosiguieron la **pica** del camino, y les faltaría aún una tercera parte de la cuesta para llegar a la cima de la cordillera, cuando desde nuestro campamento

observamos con disgusto que volvían atrás. Aguardamos con impaciencia saber el motivo de su regreso, y, al llegar donde nosotros, nos dijeron era imposible seguir adelante, sin **banquear** antes con pico o barreta, un mal paso que ofrecía riesgo de despeñarse algún expedicionario. No hubo pues más remedio que mandar a Loja en busca de la herramienta que faltaba, y esperar mientras tanto en el mismo campamento sin mover las tiendas. Resultado, que perdimos un día en completa inacción. Al otro día, 5 de Noviembre, nos pusimos todos en movimiento, y arreglado un poco el mal paso, llegamos por fin a la cumbre de la cordillera; pero he aquí que todas nuestras fatigas y trabajos sólo sirvieron para recibir el más solemne y cruel desengaño. El tiempo seguía lluvioso, la cordillera **emparamada** y de consiguiente el horizonte invisible, por la densa niebla que lo cubría. Aprovechamos un momento en que despejó algo para echar la visual; miramos con el anteojo, y todos a una resolvieron que el camino por aquel lado era impracticable, pues se divisaba infinidad de quebradas y cordilleras cruzándose en todas direcciones, que hacían poco menos que imposible el seguir por aquel laberinto. Quedó por tanto plenamente comprobado que nuestra credulidad había sido víctima de un torpe engaño, ya que los mismos que se habían comprometido para la expedición fueron los primeros en desanimarse y desanimarnos.

Aunque algunos de los que me acompañaban querían probar fortuna, buscando por otra ruta el camino deseado, no juzgué prudente acceder a sus deseos, ya porque el mal tiempo seguía persiguiéndonos, ya porque iban escaseando los víveres, y también alguno de la comitiva había comenzado a enfermarse.

Pasamos aquella noche en plena cordillera, y el día 6, siguiendo un senderito trillado solo por las **dantas,** aportamos como a las dos de la tarde a una cuchilla por

cuyo rápido descenso podíamos dirigirnos a Loja. Comenzamos a bajar, mas como la noche se iba aproximando y el cielo seguía bastante lluvioso, muertos de fatiga y ne-



El Padre Fray Luis Torra, Superior de la Misión

cesidad, pernoctamos en una faldita, al pié de una laguna que nos proporcionó agua para refrigerarnos y cocinar. Al amanecer del día 7 alzamos por última vez las toldas y siguiendo el descenso de la loma referida, cayendo y levantando, llegamos a la primera casita que por

aquel lado se encuentra, cuyo caritativo dueño nos brindó con algunos vasos de blanca leche recién ordeñada. Con tal refrigerio recorrimos con menos fatiga, aunque no sin trabajo, la última legua de camino, cubierta de ciénagas, que para llegar a Loja nos faltaba.

Tal fué el último descenlace de la que he llamado **célebre expedición,** fecunda en trabajos, como se ha visto, pero, como se ha visto, completamente estéril en resultados de utilidad práctica, si se exceptúa el desengaño adquirido de que el camino a Zamora por Cajamuna es impracticable, y que no nos queda otro remedio por ahora, que entrar en la misión por el **Cóndor o San Francisco,** hasta tanto que la Providencia nos depare mejor y menos peligroso sendero. También puede deducirse de lo dicho, para tapar la boca de la impiedad y de los eternos y gratuitos detractores de las Ordenes Religiosas, lo regalada que es la vida del misionero, quien por buscar almas o salvar, come mal, duerme peor, y ningunos sacrificios ni trabajos perdona por perseguir tan noble ideal, a imitación del Divino Maestro y Redentor del humano linaje, de quien sólo espera el premio y galardón. Me despido de V. R. hasta la siguiente, en la que Dios mediante le reseñaré mi definitiva entrada a Zamora y el estado en que se halla la misión. De V. P. afectísimo S. S. y hermano en Cristo q. s. m. b. Fray Luis Torra, Noviembre 10 de 1892.



CARTA 2a.

Zamora, Diciembre 4 de 1892.

Muy Rdo. Padre: Fracasada la **célebre expedición** por Cajanuma, según le dije en mi anterior, viendo ser poco menos que imposible la entrada a Zamora por aquella dirección, y viendo también que el tiempo favorable para viajar iba pasando, decidí entrar por fin por el temible Cóndor. Apronté al efecto lo necesario de víveres y cargadores y el 10 de Noviembre a las 4 p. m., y a los cuatro días cabales de mi llegada de Cajamuna, emprendí el viaje.

Debíamos haber salido más temprano para adelantar algo, pero no puede V. R. figurarse las grandes dificultades con que se encuentra uno siempre que intenta moverse: la gente no se presenta a la hora convenida y cuando vienen no es raro el que lo hagan en un estado de beodez repugnante e insufrible. Sin embargo no es posible prescindir de esas pobres gentes.

Casi al anochecer pues, y habiendo vadeado como unas 20 veces las orillas de dicho río. Cenamos parcamente y nos dispusimos para tomar el descanso necesario después de haber rezado el santo Rosario. Como la choza constaba de una sola habitación, fuera de la cocina, y en ella tenía que dormir un matrimonio con tres hijos, por más que me convidaron y aún me instaron para que me acomodara dentro de la revuelta pieza no quise y preferí dormir casi al sereno bajo el alár de la casa. Como el cielo amaneció brumoso esperamos que serenase un poco, y ya bien tarde proseguimos nuestra marcha, hasta que viendo que nos amenazaba por instantes la lluvia resolví quedarme en la mitad de una empinada loma y en el lugar llamado Garrapatas. Hicimos allí

un pequeño cobertizo o rancho de troncos y follaje, templé la insuficiente tolda que llevábamos, **soplamos candela**, cenamos algo, rezamos el Santo Rosario y nos tendimos a descansar sobre el húmedo y desnivelado suelo. Sopló toda la noche un viento fuerte y tan frío que nos acongojó bastante, no tanto por lo que nos mortificaba, cuanto porque temíamos fuese causa de que se nos **emparamase** la cordillera y nos interrumpiera el viaje, como así desgraciadamente sucedió. ¡Cuántas veces, tanto en aquellas como en otras varias ocasiones he pensado en mi interior: si comprendiesen los Jíbaros los costosos cuanto desinteresados sacrificios que hacemos por su bien, cómo podrían dejar de corresponder a nuestros tan ardientes deseos de convertirlos y salvarlos! Sin embargo, cuantos alientos nos infunde el pensamiento de lo mal correspondidos que fueron también por los judíos y son aún hoy día por la generalidad de los cristianos, los infinitos sacrificios del amorosísimo Salvador de los hombres. No puede el discípulo ser de mejor condición que el Maestro: y si a El le desatendieron ¿cómo podremos quejarnos de que hagan otro tanto con nosotros?

Al día siguiente, fiesta del humilde S. Diego, no obstante de que el temporal seguía nos animamos a pasar adelante; pero no nos fué posible pasar de una pequeña meseta llamada Hornillos, algún tanto resguardada y situada al pié del elevado cerro **San Francisco.** Como de costumbre paramos la tolda, cenamos y nos acostamos; pero nos fué imposible conciliar el sueño, porque el huracán fué tan violento que nos arrancó la tolda y parecía que iba a arrastrar con todos nosotros.

En vano esperamos todo el domingo y parte del lunes, día 14, que se compusiera el tiempo para poder atravesar el Cóndor. Viendo en fin que el temporal arreciaba más y más por momentos, y que era suma imprudencia arriesgarse a tan peligrosa travesía, volvimos

atrás, desandando aquel mismo día lo andado en los tres anteriores y al anochecer estábamos nuevamente en Loja. ¡Cuántos sufrimientos estériles y trabajos perdidos a los ojos del mundo! Pero nosotros sabemos que premia Dios, no tanto el buen resultado de las empresas cuanto la buena voluntad y recta intención con que se emprenden y principian. Verdaderamente que al ver fracasadas mis dos primeras tentativas para entrar a la misión de Zamora, llegué a sospechar fuese tal vez voluntad del Señor que desistiese de mi intento, y en consecuencia hasta llegué a escribir mi renuncia del cargo de Superior de las misiones. Con todo. aconsejado después, y recapacitando que las obras de Dios tienen que pasar indefectiblemente por el crisol de repetidas pruebas y contradicciones, resolví por tercera vez emprender la marcha.

En efecto, a los 4 días del fracaso, algún tanto repuesto de fatigas tantas, salí de Loja el 17 de Noviembre, a los dos meses cabales de haber llegado de Guayaquil. En la primera jornada sólo avanzamos hasta la referida chocita de Zamora-Guaycu. En la segunda, almorzamos en Hornillos y fuimos a pernoctar al pié del cerro Huagra a este costado del Cóndor. La tercera fué más difícil y larga que las anteriores; pero a pesar de que la tarde nos llovió, y que tuvimos que descender por la interminable cuesta llamada Mátala, con todo llegamos felizmente y a buena hora al costado izquierdo del torrentoso Sabanilla donde pasamos una noche placentera.

Al día siguiente, domingo, nos pusimos en movimiento bien temprano; y aunque procuré conservarme en ayunas para poder celebrar la santa Misa a nuestra llegada al pueblo, sin embargo para santificar de algún modo la fiesta rezamos el Rosario antes de amanecer. Desayunó la gente y descendimos la media legua que nos faltaba para llegar a la playa, bajada, por cierto, bastante difícil y peligrosa. Acto contínuo emprendimos la entre-

tenida tarea de colocar el puente sobre el río para pasar la gente y las cargas. Para el efecto se tienen guardados ocho o diez palos largos y delgados en ambas orillas del río, se colocan de una parte a otra unas piedras que sobresalen, se amarran con bejucos y comienza el **vadeo**. Los que no tienen la cabeza muy segura, como un servidor, pasan a **gatas,** para no verse en el gran peligro de caer y verse arrastrados por la corriente que es allí muy impetuosa. Pasadas las personas y cargas se **lacean** las bestias de silla y carga, atándolas con una soga la cuello, del cual tiran dos hombres, uno desde el puente y otro desde la ribera opuesta y así pasan las bestias a nado. Esta pesada operación tenemos que repetirla en todos los viajes, y no hay más remedio que seguir con ella hasta que nos sea posible construir un puente formal, trabajo difícil y muy costoso.

Vadeado el río y cargados nuevamente los **cabestrillos** y demás bestias y tomado **pinol** para refrescar, proseguimos la marcha sin perder tiempo. **Cabestrillo** llaman aquí al toro o novillo amansado para llevar carga a lomo, o para poder montar sobre él, cual si fuese caballo o mula de silla. En lugar de freno, le ponen **moquillo,** esto es, le taladran las narices y le pasan una correa por el agujero, así se deja dirigir fácilmente. Es el cabestrillo una excelente y muy segura cabalgadura para estos fragosos caminos. El **pinol** se prepara desliyendo en un jarro o plato unas cucharadas de harina de cebada tostada: se le endulza con un poco de azúcar o **raspadura** (chancaca) y forma una bebida sumamente refrescante, confortable y grata al paladar. Seguimos como decía, nuestra ruta y caminando por ciénagas y lodazales, subiendo, bajando y a veces rodando cuestas, vadeando quebradas y riachuelos, llegamos por fin a una altura pasada la quebrada de Limón, desde donde se divisan las pocas casitas o chozas de palos y paja que forman el pe-

queño pueblo de Santa Ana de Zamora. Disparamos algunos tiros de rifle para llamar la atención de los Padres y gente del pueblo, a fin de que saliesen a recibirnos. Oyeron efectivamente los disparos y los PP. Antonio Larrea y Francisco Solano Pascual salieron a mi encuentro a la distancia de una milla, por el trozo de excelente camino que el año pasado abrió el M. R. P. Comisario, Fray José Vidal. El P. Antonio González no salió por hallarse ausente en Cumbaraza y Fray Francisco Carreras se quedó para repicar la única esquila que tenemos y hacer algunas salvas.

Después de los saludos y abrazos de costumbre entre hermanos que por primera vez conocía, nos dirigimos al pueblo donde llegamos a las 12 y media p. m. Acto contínuo celebré la Santa Misa, dí gracias brevemente y comimos juntos celebrando con la parquedad aquí indispensable la felicidad de vernos por fin juntos los pocos religiosos que forman actualmente el personal de esta Misión. Por las noches los pocos vecinos del lugar, en unión de los peones que conmigo llegaron, y unos cuantos jíbaros que casualmente llegaron, festejaron con fogatas, descargas de escopetas, y atronadores vivas mi feliz arribo a Zamora y mi cumpleaños. Efectivamente dió la coincidencia que el 19 de Noviembre cumplí mis cuarenta y uno de edad. Sírvase el Señor darme algunos años más de vida, si han de aprovechar para su gloria, mi santificación y la conversión de estos pobres salvajes.

Bastará por hoy. Con el favor de Dios, espero en la siguiente hacerle la relación de mi expedición a Cumbarasa y Yacuambi. Concluyo esta repitiéndome siempre suyo afmo. S. S. y hermano en Jesucristo q. s. m.b.—Fray Luis Torra.

CARTA 3a.

Santa Rosa, Diciembre 20 de 1892.

M. R. P. Director de la "Revista Franciscana".

Respetado y querido hermano:

Me hallo de paso en este pueblo, esperando el vapor que debe conducirme a Guayaquil, a donde me dirijo para ver modos de tratar con el Gobierno algunos asuntos relativos a la Misión de Zamora. Aquí llegué el domingo bien temprano bajo la creencia de que en dicho día había de llegar el vapor y que saldría el lunes inmediato. Resulta empero que como el sábado no pudieron embarcar toda la carga que en Guayaquil había, y como el domingo no pueden trabajar porque prohibe que se profanen las fiestas, probablemente ayer cargarían, llegará hoy y mañana saldremos.

De Zamora, donde apenas permanecí dos semanas, salí el mismo día de la Purísima Concepción, o sea el día ocho del presente: después de haber celebrado el Santa Sacrificio de la Misa y almorzado, me despedí de mis dos compañeros que allí quedaban y emprendí la marcha. Extrañará tal vez alguno que en días de fiesta y sobre todo en fiestas tan solemnes, se emprendan viajes por quienes deben dar buen ejemplo de obediencia y piedad, como son los Misioneros. Para desvanecer empero tan justo escrúpulo, deben saber y advertir que en estos veleidosos climas se ha de viajar no cuando uno quiera, sino cuando se puede. Como llueve tanto, y se **emparama** la cordillera con tanta frecuencia, cuando urge un viaje hay que estar esperando que abonance y salir sin pérdida de tiempo al primer rato que escampe. Decía pues que salí el 8, y llevé un muchacho de día o peón, y se asociaron a nuestro viaje un joven que había entrado a aquella región, en busca de lavaderos de oro que abundan bastante, y otros dos hermanos entre sí, que entraron por otros asuntos. Todos

juntos caminamos a pié por falta de cabalgadura, y serían las cinco de la tarde cuando llegamos al Sabanilla y lo vadeamos del modo original y peligroso que los lectores de la Revista ya conocen. Volvimos a cargar dos cabestrillos y un viejo caballo que en nuestra caravana venían, y casi al oscurecer hicimos alto en el Tambo denominado Guayabo en donde cenamos y pasamos la noche.

Al día siguiente con el afán de caminar pronto y salir cuanto antes de la terrible cuesta de Mátala, antes que nos cogiese el sol o el agua, nos pusimos en marcha tomando una taza de café. Subimos los innumerables escalones de la referida cuesta, y cuando nos disponíamos a trepar la del Pucará, me sentí desfallecer, y nos fué preciso hacer alto y tomar un bocado de nuestro fiambre. Con tal refrigerio nos fué llevadero lo que de subida nos faltaba y así subiendo y bajando cerros avanzamos hasta el Santa Bárbara a donde llegamos a la caída de la tarde. Nos surtimos de agua en una cenagosa laguna que allí existe, templamos nuestra toldita, tendimos un pellón sobre el pantanoso suelo y habiéndonos encomendado a Dios y cenado, probamos si nos dejaría dormir el viento glacial que en aquellas alturas soplaba: felizmente calmó el temporal y quedamos adormecidos al rigor del cansancio. Despertamos, sin embargo, muy temprano, soplamos candela, desayunamos, bajamos la interminable cuesta del San Francisco, y a las dos de la tarde del sábado, hacíamos nuestra entrada en Loja. Sin pensarlo tuve la dicha de asistir a una Misa nueva que en aquel convento nuestro celebró al día siguiente uno de los tres coristas que pocos días antes había ordenado de sacerdote nuestro ilustre obispo F. José María Masiá.

Para el martes, día 13 conseguí fletar un par de malas bestias de carga y montados en ellas yo y el mencionado compañero que me servía de guía y cocinero, proseguimos nuestra marcha en dirección a Guayaquil. Per-

noctamos sucesivamente en **La Toma,** hacienda del valle Catamayo, en el Cisne, pueblo donde se venera una celebrada imágen de María que lleva el mismo nombre del pueblo, en Zamora, capital de Cantón muy rica en minas de oro, y en **La Avanzada,** en donde por la noche nos despellejaron unos mosquitos llamados **Manta blanca.** El domingo bien temprano pude llegar hasta puerto y celebrar el Santo Sacrificio, y como dejo apuntado. aquí estoy aguardando impaciente el vapor. Retrocediendo ahora en la narración paso a darle cuenta de mi expedición por los ríos Zamora, Cumbaraza y Yacuambi, expedición que motivó mi actual viaje a Guayaquil.

Le dije en mi anterior que llegué a Zamora por primera vez en 20 de Noviembre del corriente año. Se denomina Zamora la unión o confluencia de dos ríos el Sabanilla y otro que viene de Loja con dicho nombre que conserva. Más abajo de dicha confluencia y un poco antes de llegar al sitio donde el Bombuscaro rinde sus aguas al Zamora, está situado el lugar donde N. M. R. P. Comisario estableció nuestra residencia, pueblecito llamado desde entonces Santa Ana de Zamora. Los Jíbaros se hallan establecidos a derecha e izquierda del referido Zamora y de sus afluentes encontrándose la primera casa de los mismos como a una legua del lugar donde moramos. Me reservo para otra correspondencia y para cuando conozca mejor a estos salvajes, el hacerle una relación detallada de sus usos y costumbres, de sus fiestas, ritos y ceremonias, lenguaje y religión, caso de que tengan alguna sombra de ella, etc., etc.

Como superior de la Misión me interesaba y aún estaba obligado a conocer personalmente los jíbaros, e intentar todos los medios posibles para su pronta reducción. En consecuencia y también para escojer definitivamente el sitio más a propósito para la fundación del nuevo pueblo que se proyecta, emprendí la indicada expedi-



Jíbaros aprendiendo el catecismo

ción al Yacuambi. El referido P. Comisario al fundar la Misión señaló para la nueva población futura un lugar llamado Cumbaraza, nombre de una pequeña quebrada que allí tributa sus aguas al Zamora. Pero como los Padres mis compañeros y otras personas del lugar me asegurasen que dicho sitio no es el más aparente a la fundación, y que mejor fuera hacerla en la confluencia del Yacuambi, antes de resolver la cuestión quise enterarme bien de la misma. Los jíbaros por su parte habían empezado ya la construcción del conventillo en Cumbarasa y el rozo para la huerta: razón por la cual me costó mucho trabajo persuadir a Chiura, indio llamado **capitán** de aquellos infieles, que me acompañase en el viaje. Después de muchos ruegos y varias razones y sobre todo habiéndole ofrecido alguna herramienta y ropitas, que es esta la razón más convincente para gente tan material y grosera, se decidió por fin a entrar en la canoa y remar en unión de la Mamata, una de las tres mujeres que tiene para su servicio. Además, de los dos salvajes vinieron conmigo el R. P. Antonio González y un colono del lugar.

Habíamos concertado con Chiura que vendría por nosotros el día 27, pero no se presentó hasta el medio día del 29. Averiguada la causa de su tardanza resultó que habiendo venido a visitarle tres salvajes de la jurisdicción de Mendez se enfermó de la garganta uno de ellos antes de llegar a la casa del mencionado Chiura; y como este tiene fama de médico o brujo, le llamaron para que bajase a curarlo. Es escusado decir que el infeliz Mendeño murió el mismo día que le visitó el famoso facultativo, gracias tal vez a la eficacia de las pócimas que propinaría y a la virtud de sus diabólicas supercherías. En efecto estas infelices gentes atribuyen a brujería cuantas enfermedades padecen, y en consecuencia las pretende curar con remedios análogos, es decir, con bru-

jerías, mediante las cuales aseguran los mismos que extraen del cuerpo y miembro enfermo las arañas y espinas que el brujo maléfico les introdujera. Ya se ofrecerá ocasión de hablar más por extenso de semejantes necedades. El 29 pues, como dije, entramos en la canoa antes del medio día, y como llegásemos algo tarde a Timbara, arroyo que baña el solar y huerta de Chiura, hicimos alto para pasar allí la noche. Nos señalaron una de las asquerosas e incómodas barbacoas que a los salvajes les sirven de cama, y de mesa y de todo, y allí nos sirvieron una **pininga** (plato) de **camotes** (amoniatos) cocidos. Antes de acostarnos cantó una perdiz muy cerca de nuestra morada y uno de los salvajes me pidió la escopeta para matarla. En efecto, al poco rato la trajo muerta y no pudo excusarse de convidarnos una presa de la misma que nos sirvió para el puchero del día siguiente.

Al amanecer seguimos río abajo apeándonos en las casas de jíbaros que encontramos en el tránsito, y caída ya la tarde llegamos al Yacuambi, lugar de nuestra exploración. Desde luego ya no nos pareció aquel lugar a propósito para la fundación: no se veía en todo el contorno ninguna vega o planicie favorable para un pueblo, sino más bien cerros y más cerros, lomas y lomas que aunque de poca elevación se sucedían indefinidamente, sin solución de continuidad, quién sabe hasta dónde. Como era ya tarde, dejamos para el día siguiente el inspeccionar más detenidamente aquellos lugares y nos apresuramos a construir antes que cerrase la noche, una choza de ramas y follaje, donde poder pasar la noche en aquella pintoresca y deliciosa ribera. Rezamos, cenamos con apetencia y dormimos tranquilos. Nos despertó el fuerte rocío que semeja a un pequeño aguacero en estas montañas, y también llamó nuestra atención el canto de una hermosa pava montés, que providencialmente se sentó en un árbol sobre nuestra mísera choza. Levantóse el P. Gon-

zález, y con un certero disparo de escopeta la hizo rodar a nuestros pies, pagando así la incauta ave el saludo que nos hiciera. Gracias a Dios nos suministró la pava un almuerzo espléndido.

Ya nos pareció inútil detenernos por más tiempo en explorar un terreno que por muchas causas no creíamos ser conveniente para formar pueblo. y por tanto resolvimos regresar río arriba y fijarnos en Cumbarasa. Acabó de resolvernos a tomar este partido la repugnancia de Chiura en quedarse en Yacuambi, por estar demasiado distante de su casa y de la de los otros Jíbaros, y por tener ya comenzada en Cumbarasa, como dije, la casita y huerta para nosotros. **Tangana** o palanca en mano comenzamos a surcar de regreso el Zamora, trabajando todos como los antíguos condenados a galeras, y aún más, sobre todo en las diferentes correntadas que a menudo se encuentran y que requieren un gran esfuerzo de palanca y remo para poderlas vencer y hacer subir la canoa. Rendidos de cansancio, sofocados por el calor y devorados por millares de moscos y tábanos que mortifican sobre manera, arribamos a Cumbarasa, en donde nos pareció bien descansar y pasar aquella noche. A poco rato de nuestra llegada aportaron también allí varias embarcaciones de familias jíbaras, con su consabido cargamento de hijos, perros, aves, pescado, yuca, camotes y otros víveres que traían del Yacuambi, para tener bastimentos mientras durase allí el trabajo del conventillo, para el cual Chiura les había convidado.

Como la principal operación del salvaje, por no decir la única, consiste en comer, pues según ellos mismos dicen, comen antes de salir el sol, y después de haber salido, y durante toda su carrera y después de su ocaso y y aún cuando muy entrada la noche; comenzaron pues a devorar de cuanto habían traído. Algo nos convidaron y algo también comimos nosotros. Después convoqué a

una porción de muchachos jibaritos y comencé con ellos a cantar y rezar; pero como se resistiesen algunos a mi llamamiento e indicación, sus padres les hablaron y hicieron fuerza a que obedeciesen, cosa bien difícil entre salvajes, pues como he observado, los hijos desconocen completamente el respeto y obediencia que deben a sus mayores. No es esto extraño, dado el completo estado de salvajismo en que se hallan, y que les hace desconocer según parece aún los más obvios principios de la ley natural. Me han asegurado, y lo creo, que entre los adultos apenas se hallará uno que no sea asesino y no deba algunas muertes, y que si sus padres les riñen, les amenazan de pasarlos con la lanza. Para que vea, Padre mío, entre qué clase de gentes nos hallamos metidos, **sicut oves in medio luporum,** y cuánto nos ha de costar el triunfo sobre tan refinada barbarie: Dios nos ayude a ellos y a nosotros también.

Pasamos pues un rato divertido con aquellos infelices chicuelos y después nos acostamos en el duro suelo, rodeados de salvajes de toda clase. A media noche comenzó a llover con tanta violencia. que el agua corría por todas partes, y el sitio donde descansábamos se convirtió en una laguna, y no nos quedó más remedio que esperar sentados a que amaneciese. Apenas lo permitió el día, proseguimos la marcha, andando como una hora a pié entre barrales inmensos, hasta encontrar la canoa que el descomedido Chiura nos había llevado sin avisarnos siquiera. Nos embarcamos de nuevo y por fin el mismo día, 2 de Diciembre, llegamos a Zamora, ya muy entrada la noche. Los que quedaron en Cumbarasa se comprometieron, a los jíbaros se entiende, no solo a terminar la casa sino a mandar los chicos a la escuela. Pero como para ello hay que pagarles, y además de eso vestir a todos estos hijos de Adán y Eva, que andan como aquellos nuestros padres, de aquí mi viaje a Guayaquil para pro-

veerme de todo lo secesario, y para tratar también con el gobierno de algunos asuntos relativos a la Misión. El resultado de mis gestiones dará materia para la siguiente, que Dios mediante le escribirá su afmo. S. S. y hermano en Jesucristo.—Fray Luis Torra.

CARTA 4a.

Zamora, Febrero 20 de 1893.

M. R. P. Director de la Revista Franciscana.

Muy amado P. y hermano en Jesucristo:

En mi anterior le ofrecí hacer una relación del resultado de mi viaje a Guayaquil, y cumplo ahora con mi compromiso. Ya dejo descrita la expedición que a fines de Noviembre último hice hasta el Yacuambi, o sea hasta la confluencia de este con el Zamora, con el objeto de cerciorarme por mí mismo cual sería el lugar mejor para una nueva residencia. Dije también que el resultado del viaje fué escojer definitivamente para establecernos una vega o llanura bañada por el pequeño Cumbarasa. Contentos los jíbaros con nuestra resolución prosiguieron con fervor la construcción de la casa-choza que ya habían comenzado, y abrigo la esperanza de que no solo la habrán concluído ya, sino que tal vez habrán rozado también el terreno suficiente para labrar nuestras huertas, y quizás les habrá inspirado Dios que dén principio al trabajo de la capilla.

Sólo doce fueron las familias que encontramos radicadas en ambas orillas del Zamora, desde el Bombuscaro hasta las juntas o confluencia del Zamora con el Yacuambi, compuestas las doce familias jíbaras de un total de ciento y un individuos, entre hombres y mujeres, grandes y chicos. Mas, enterado por los mismos salvajes de que río abajo y en una región distante, habitan numerosos indios llamados Nangarizas, Logroños o Patucumas,

concebí el proyecto de visitarles, para conocer personalmente todas aquellas pobres ovejas sujetas a la jurisdicción de nuestra Misión. Obligación sagrada del Buen Pastor es conocer a sus ovejas para poder luego apacentarlas con pastos saludables y guiarlas por los rectos senderos que conducen a la eterna felicidad. Antes empero de emprender tal expedición era indispensable hacer provisiones de varias cosas indispensables de que la Misión carecía, y tratar con el Gobierno algunos asuntos referentes a la misma misión. Marché pues de Loja a Santa Rosa y habiendo esperado algunos días en este puerto la llegada del vapor fluvial, llegué en fin y nos condujo sin novedad al puerto y ciudad de Guayaquil a donde desembarcamos la antevíspera de la Natividad del Señor.

Sin pérdida de tiempo fuí a avistarme con el Sr. Gobernador de aquella ciudad y provincia, que lo es actualmente el dignísimo Dr. D. José María Plácido Caamaño, ex-Presidente de la República: le expuse el objeto de mi viaje, y no obstante ser dicho señor como el segundo Jefe de la Nación ya por el importante puesto que ocupa, el primero después de la Presidencia, ya por la gran aceptación que disfruta ante el actual Presidente, sin embargo juzgó sería mejor que pasara yo a la capital para entenderme directamente con el Supremo Gobierno.

El mismo señor Caamaño con una amabilidad que le honra se encargó de recabarme por el cable la autorización de mi Superior, residente en Lima, y los recursos necesarios para trasladarme a Quito. No tuve pues otro remedio que sacrificarme en aras del santo fin que me animaba, no obstante la repugnancia que sentía en emprender solo un camino para mí desconocido, con el temor además de que mi regreso a Zamora se haría muy difícil, pues el invierno con sus páramos contínuos y sus lluvias torrenciales se me venía encima.

Celebré la Noche Buena en la elegante capilla de

los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Guayaquil y al día siguiente de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo me embarqué para Babahoyos, alias Bodegas. Busqué en aquel puerto una pobre cabalgadura y sin otra compañía que la de mi Santo Angel de Guarda, seguí mi ruta hácia Quito, y al poco rato se me fueron desvaneciendo los temores que al principio concibiera, creyendo tendría que hacer largas jornadas en la más espantosa soledad. No fué así ciertamente, pues hallé que aquel camino no solo es bastante poblado, sino que también es alegre y acompañado por el contínuo flujo y reflujo del sin número de arrieros que van y vienen de la Capital. Una cosa me llamó la atención y me consternó bastante apesar de ser muy común en estas Américas; esto es el abandono en que se hallan los cristianos diseminados en el trayecto, pues casi se hallan totalmente privados de los auxilios de la Religión. Nacen, viven y mueren, no pocos de ellos, sin ver jamás un sacerdote que los consuele y reconcilie con Dios. Como por una parte los Misioneros del Señor son muy escasos y, por otra las parroquias muy extensas y diseminados los feligreses por lugares muy remotos, resulta que es casi física y moralmente imposible que sean debidamente atendidos. ¡Ojalá inspirase el Señor alguna alma privilegiada la fundación de una Sociedad de Sacerdotes ambulantes que se dedicasen a socorrer y ayudar a esas pobres ovejas por doquier diseminadas!

Mis jornadas desde Bodegas a Quito fueron por el órden siguiente: 1a.—A Balsapampa; 2a.—A San Miguel de Chimbo, a este lado del Chimborazo; 3a.—Avancé sólo media jornada hasta Huaramba, pues tuve que remudar bestia por haberse cansado la primera; 4a.—A Mocha y allende el Chimborazo; 5a.—Anduve media jornada hasta Ambato, donde esperé unos días el coche diligencia que vá hasta Quito; 6a.—A Latacunga; y 7a. a

Quito. Las jornadas de regreso fueron casi por el mismo orden hasta Guayaquil, Loja y Zamora, y tanto a la ida como a la vuelta me alojé casi siempre en casa de los Srs. Curas, menos Huaranda, que lo hice donde los Hnos. Cristianos, y Ambato y Latacunga donde nuestros Hermanos los Religiosos Domínicos, quienes, como acostumbran, me recibieron y trataron con verdadero cariño y caridad fraternal. Qué hermoso panorama el que se despliega a la vista a la salida de Latacunga en la hermosa explanada sembrada de enormes pedrones que con torrentes de lava ha vomitado el Cotopaxi en distintas épocas y sobre todo en 1877, ¡y rodeada de inaccesibles montañas o cerros, coronados de nieves perpétuas, que semejan gigantescas tumbas o mausoleos de un inmenso panteón! El Chimborazo, el Tunguragua, el Sangay, el Cotopaxi, presentan un golpe de vista el más sorprendente.

Pero sigamos adelate. Llegué a Quito, célebre capital del Ecuador, la antevíspera de la festividad de los Reyes. Aquellos orientales Reyes siguieron la estrella que los condujo a conocer y adorar al Niño de Belén; y yo iba en pos de otra estrella, si así puedo expresarme, con cuyos benéficos influjos pudiera hacer también conocer y adorar al mismo Niño, verdadero Dios y Salvador de todos los hombres, a los pobres y desgraciados salvajes que siguen sumidos en las más densas tinieblas y sombras de muerte. Esto es, iba a negociar con el Gobierno protección, auxilio y recursos para poder llevar a cabo la grande obra que nos han confiado; la civilización de los infieles de Zamora. Al día siguiente de mi llegada a Quito solicité y obtuve fácilmente una entrevista y conferencia con el Excelentísimo Señor Presidente y Señores Ministros de Estado, ante quienes expuse el objeto de mi largo y penoso viaje. Presenté la minuta de un proyecto de ley para las regiones de Zamora y sus colonias: leyóla el primer Ma-

gistrado de la Nación, el Dr. D. Luis Cordero, y después de haberle objetado artículo por artículo, me lo devolvió para que lo presentase para su examen y aprobación al próximo Congreso de la República. Entonces fuí indicando una por una las principales necesidades de la Misión y después de largo y pacífico debate conseguí del Gobierno la siguientes ofertas: 1a.—Que se instituyera una pequeña Guardia de Policía para Zamora, compuesta de un Comisario y doce Vigilantes, con su correspondiente sueldo de los fondos públicos, quienes sujetándose a las ordenanzas generales y a las particulares que en breve se dictarían por medio de un Reglamento para Zamora, sirviesen no tanto de salvo conducto a los Misioneros y cristianos, cuanto de brazos auxiliares en los trabajos de utilidad pública de la expresada misión, como construcción de caminos, capillas, conventillos, escuelas, etc., etc. 2a.—Que se pagasen mensualmente a la misión cien sucres (Duros) de la Tesorería de Guayaquil para el trabajo y conservación del camino desde Loja a Zamora; 3a.—Que se compraran a cuenta del Estado para servicio de los Misioneros, cuatro bestias, dos de silla y dos de carga con sus correspondientes monturas y aparejos; y 4a.—Que se me faciliten algunos cables y poleas para la colocación de puentes colgantes o **taravitas** en los principales ríos que tenemos que atravesar en la montaña.

Esto es lo que he conseguido del Supremo Gobierno de la Nación y espero fundadamente, dada la honorabilidad de los Magistrados que nos gobiernan, que no se quedarán sus promesas en meras palabras, sino que muy pronto serán una realidad. Mezquinas podrían parecer algunas de estas ofertas de todo un Gobierno y gobierno tal como el de una República Americana, que tan ricos los hace la fama: pero es preciso tener en cuenta la pobreza de esta Nación y lo exhausto que actualmente se halla el tesoro. Sea de esto lo que fuese, consignaré con gusto

en honor de la verdad que quedé sumamente complacido de mi conferencia con el Gobierno, tanto por la importancia de los socorros recabados, que han sido relativamente grandes, cuanto por las buenas palabras que escuché y las atenciones, cariño y fineza que tanto el Señor Presidente como los otros Ministros me prodigaron. Creo poder asegurar, sin temor de ser desmentido, que en el Ecuador tenemos un Gobierno plenamente católico, pues así lo acreditan sus hechos y el tesón conque por ahora defienden los derechos y fueros de la Iglesia. El Señor nos los conserve por muchos años.

Fuera de lo dicho, conseguí también algunas limosnas particulares, sobre todo en el Convento de nuestra Orden, en donde como es de suponer fuí muy bien recibido y finamente tratado durante los nueve días que tuve la suerte de vivir en compañía de tan buenos Hermanos. En dichos días visité alguos edificios y templos de la Capital, y algunos de estos los hallé tan suntuosos que son ciertamente un testimonio irrefutable de la fé, religión y piedad de nuestros antepasados que los edificaron. Basta fijarse en la grandiosidad y magnificencia de nusetro convento y en la riqueza y esplendidez de su contigua Iglecia para preguntar ¿a dónde se ha ido una fé que tales prodigios obraba? El día 12 muy temprano salí de Quito, despidiéndome de mis queridos hermanos los Religiosos, de quienes me separé con envidia, pues los dejaba practicando los Santos Ejercicios bajo la dirección del justamente célebre P. Aguirre, individuo del mismo convento, a quien honra con sus virtudes y talento. Como esta se vá haciendo algo larga, dejo la relación del regreso a Guayaquil, Loja y Zamora para otra correspondencia. Consérvese bueno y mande a su afmo. y hermano en Cristo. —Fray Luis Torra.

CARTA 5a.

Muy Rdo. P. Director de la "Revista Franciscana".

Zamora, Marzo 15 de 1893.

Muy amado Padre en el Señor:

Como dejo consignado en mi anterior, salí de Quito el día doce de Enero y emprendí la marcha de regreso para Guayaquil, Loja y Zamora; pues bien, a los ocho días cabales, es decir el 19 del mismo mes aporté nuevamente en el hermoso Guayas. Como mi intención era proseguir el viaje para Loja lo más pronto posible, hice los preparativos necesarios con la mayor premura. Recogí unos doscientos trajes o posturas de ropas para hombres y mujeres jíbaras, trajes que dejé encargados al pasar a Quito y que se dignaron cortar y coser las Hermanas Terciarias de aquel puerto. Compré varias piezas de género, algunas docenas de pañuelos de todas clases y colores, cuchillos, machetes, etc. etc.; recibí varios regalitos que diferentes personas piadosas me ofrecieron para los indios, fuí encajonando todos los efectos y con ellos llegué a formar 16 bultos de muy variada mercadería. ¡Qué contentos se ponen nuestros jíbaros cuando saben que los Padres vienen bien provistos de cuanto ellos pueden necesitar o apetecer! Desgraciados los Misioneros que se presentasen ante aquellos infieles sin otras armas que la Cruz y la persuasión; cuando menos perderían el tiempo inútilmente. Sí, sabido es que a esta clase de conquistas no se puede ir con las manos vacías, ya que los salvajes, materiales y groseros como son, no nos miran tanto a la cara como a las manos, esto es, a los regalos que de nosotros esperan conseguir. Inútilmente, repito, esperaría sacar algún partido de estos gentiles el

que no fuera a ellos con un buen contingente de lanzas, hachas, machetes, cuchillos, anzuelos, agujas, espejos, zarcillos, pañuelos, camisas, cascabeles, y otros mil avalorios que ellos tanto estiman y desean. Si piden Misioneros o si los toleran en sus tierras, no es ciertamente por el cariño que les tengan, o porque abrigan al menos deseo de instruirse en la fé y hacerse cristianos, cosas que miran con el más soberano desprecio; todas sus miras las ponen única y exclusivamente en la mezquindad de los objetos que de nosotros esperan alcanzar.

Embarcados pues los fardos de que acabo de hacer mención, me dirigí a bordo del vaporcito Olmedo que zarpó del puerto a las once de la noche del día 21 del referido mes. La travesía desde Guayaquil a Santa Rosa, puerto para ir a Loja, dura o tarda unas veces más otras menos, según el estado de las mareas y las escalas que el vapor hace pero casi nunca suele pasar de unas 18 a 20 horas. Esperábamos pues los pasajeros que a más tardar desembarcaríamos al caer la tarde del siguiente día; pero nadie contaba con el percance que muy en breve nos habría de acontecer. En efecto, aún no haría una hora que estábamos navegando, y en ocasión en que tomábamos el chocolate para ir a descansar, cuando nos sorprendió un recio golpe y el parar casi instantáneo de la máquina. Corrió el capitán a averiguar lo que había acontecido y volvió luego diciéndonos muy tranquilo: no es nada, señores, se ha roto el eje de la hélice y este ha caído al agua. Al momento echaron el ancla para que la corriente no nos arrastrara más lejos, y al bajar la marea, bajamos también nosotros y amanecimos de nuevo en Guyaquil. No tuvo pues el percance otros resultados que lamentar, fuera del indispensable retraso en nuestra marcha. A los tres días del suceso, repuesto ya el hélice, emprendimos otra vez el viaje, el cual fué feliz a pesar de los malos augurios de los que en su torpe fanatismo a-

seguraban, que no puede menos de ser fatal el viaje cuando se cuenta algún cura o fraile entre los pasajeros. Semejantes sandeces no merecen refutación. Ignoro si el naufragio del Victoria, con todas sus horrorosas consecuencias, sería debido a algún fraile que iba a bordo, o tal vez a algún **espíritu fuerte**, o amuchos de ellos y a muchos impíos y sectarios de Lutero, que irían en él empleados. Pero dejemos semejantes necedades y sigamos la narración.

Al siguiente día de la llegada a Santa Rosa pude fletar las bestias necesarias de silla y carga, así que sin dilación proseguí mi marcha a Loja, sin otra cosa particular digna de mención que el haberme completamente perdido en la penúltima jornada en las alturas del Cisne. El caso pasó de esta manera. Me adelanté algo aquel día del peón que me acompañaba, y estando frente al rereferido pueblo del Cisne, como quisiera seguir un sendero que, según me habían asegurado, endereza mucho para Loja, me equivoqué tomando un camino por otro, con la fatalidad de no haber advertido el error hasta después de haber andado gran trecho y de hallarse la noche encima. El tiempo estaba emparamado y el horizonte completamente cubierto de una espesa bruma que no dejaba distinguir los objetos a dos pasos de distancia y era por tanto imposible el orientarse. Cuando llegué a confirmarme de que andada extraviado, ya no tuve tiempo de reparar mi yerro, pues como dije iba ya oscureciendo; así que no tuve otro remedio que quedarme solo en aquella soledad espantosa sin recursos de ninguna clase. Por fortuna hallé una abandonada choza y aún llegué a acariciar la idea de que quizás a última hora aparecería en aquella montaña algún ser viviente que me suministraría algún alimento, de que tanto necesitaba y que me sacaría de aquel laberinto en que me hallaba. Comencé a gritar, a llamar y silvar para llamar la atención a algún

ser compasivo, pero todo fué en vano, pues nadie me oyó ni podía oirme, ya que nadie moraba en aquella soledad. Entonces me guarecí en la choza y felizmente pude encender fuego para espantar las fieras que pudieran haber en aquella montaña, recé el santo Rosario y me acosté cenando antes sólo dos hostias que me habían quedado. No obstante de hallarme bastante preocupado, dormí, sin embargo, algo, rendido como estaba del cansancio y al día siguiente bien temprano, con harto trabajo, salí de aquella emboscada, gracias a la protección de María a quien de corazón había llamado en aquella tribulación; encontré al paje, y juntos nos quedamos a descansar y pernoctar en una haciendo llamada La Toma sita en el valle Catamayo, a unas cuatro leguas de Loja. Salimos de La Toma en día de la Candelaria y el mismo día a las 4 p. m., me apée en nuestro Convento de Loja, después de dos meses menos algunos días de ausencia. Ansioso como estaba de llegar cuanto antes a este pueblo de Zamora, hice con premura los aprestos para el viaje y el 14, por no haber podido antes, salí de Loja y el 18 llegué felizmente y sin la menor novedad a nuestra residencia de la montaña. Durante mi ausencia el R. P. Fray Francisco S. Pascual quedó encargado de la apertura del camino, desde Loja hasta un lugar denominado Vega del Oso, que es poco más o menos la mitad del trayecto que hay hasta Zamora: al propio tiempo los dos P. P. Antonio Larrea y Antonio González debían procurar se trabajase la otra mitad desde Zamora a la referida Vega del Oso. Aquel debía valerse para dicho trabajo de peones contratados en Loja: mientras que estos habían de emplear a los colonos de este pueblo a quienes solo debían suministrar herramientas y comida. Después de mil dificultades puso por fin el P. Francisco Pascual manos a la obra y llegó a dejar casi espedito para el tráfico de bestias dicha sec-

ción de camino y colocado un hermoso puente, de palo se entiende, sobre el río San Francisco.

Bajaba yo con mi comitiva el día 17 la difícil y penosa cuesta del Mátala, que termina en el mismo vado del Sabanilla, muy desimaginado por cierto de hallar seres vivientes en aquellas vastas soledades, habitadas solo por los monos, las aves, y alguna que otra fiera, cuando el ladrido de un perro me llamó la atención y me hizo comprender que no estábamos tan solos como me había figurado. Efectivamente al poco rato tuve la agradable sorpresa de encontrarme con el P. Larrea, haldas en cinta y bordón en mano iba trepando aquellos momentos esdes capitaneando a los Zamoranos, quienes precísamente en aquellos momentos estaban cortando las últimas ramas de la trocha que habían abierto, desde la quebrada **El Destrozo** hasta el punto donde nos hallábamos, denominado Guayabo. Con esto sólo falta trochar como unas dos leguas de camino que hay desde **El Destrozo** a la **Vega del Oso;** de modo que con un poco de barreteo y **lampéo** en los peores pasos y la colocación del indispensable puente sobre el Sabanilla, ya tendremos un sendero o camino, malo sí, pero que al menos nos permitirá entrar bestias de carga a Zamora y aún entrar nosotros mismos montados por la vía de San Francisco, evitando siempre el peligroso paso del Cóndor. Temo empero y con fundamento que si nos escasean los recursos y no podemos proseguir oportunamente los trabajos comenzados, en poco tiempo quedará todo destruído y perdido el tiempo y el dinero. Es tan rápida la vegetación en estos lugares, que pronto queda cubierto de espeso monte lo que poco antes se rozara; y son tan frecuentes y copiosos los aguaceros, que al instante se forman derrumbes y caen árboles y palizadas que interceptan y malogran completamente los caminos,

sino se tiene el cuidado de repararlos contínuamente. ¡Quiera Dios no se realicen mis justos temores y presentimientos!

Dije más arriba que el 17 al caer de la tarde, me encontré con el P. Larrea, que con los peones venía del trabajo del camino. Descendimos juntos hasta el punto llamado **Guayabal**, donde hicimos alto para pasar aquella noche. Uno tras otro fueron arribando los trabajadores, hasta el número de 12, quienes con los padres, una familia que nos acompañaba, y un sujeto que se nos asoció en el camino, nos juntamos hasta 20 individuos. Cenamos todos lo que nos deparó la Divina Providencia y rezado el santo Rosario según nuestra invariable costumbre; nos acomodamos para descansar debajo de dos pequeñas tiendas de campaña y sobre el duro suelo. Al siguiente día apenas amaneció, rezamos de nuevo el Rosario y tomado el desayuno, vadeamos con felicidad el torrentoso Sabanilla, pasamos las bestias y cargas, y proseguimos nuestra ruta a Santa Ana de Zamora a donde llegamos sin novedad mucho después de medio día del 18, según tengo indicado. Aquí encontramos al R. P. González, quien capitaneando a los chicos de la escuela y a unos cuantos Jíbaros, había salido a nuestro encuentro, dejando colocados unos sencillos arcos de flores y follaje, en señal de regocijo por nuestra llegada. Después de los consabidos saludos y abrazos y bienvenida, el amable y servicial P. González ya mentado, nos sirvió una confortante merienda. Desde mi llegada casi ningún día han dejado de venir jíbaros, algunos de ellos nuevos o desconocidos de nosotros. Esta es su costumbre siempre que saben ha llegado algún misionero; le vienen a visitar, no para saludarlo u obedecerlo, sino para ver si sacan algo como siempre lo consiguen. Como los infelices son tan pobres, que casi de todo carecen, no dejan de tener razón en lo que hacen y nosotros nos alegramos de seme-

jante proceder; pues aprovechamos de la visita de los lenguaje, o enseñarles algo de nuestra hermosa habla castellana, y para darles buenos consejos e inculcarles jíbaros para aprender alguna palabra de su enrevesado buenos sentimientos, que harto lo necesitan los pobres salvajes. Haga el Padre de las luces que cuanto antes amanezca el día en que estos infieles oigan las voces con que son llamados a la fé y verdadera civilización. Esto es lo que con gran afán desea su afmo. S. S. y hermano en Cristo.—Fray Luis Torra.

CARTA 6a.

Zamora, (Loja) Marzo 8 de 1893.

M. R. P. Director de la Revista Franciscana.

Muy amado P. y hermano:

Aún cuando indiqué en mis anteriores mi intención y deseo de hacer un viaje a los Jíbaros de Logroño, no he podido efectuar aún dicho viaje. En tiempo de invierno, o sea tiempo de aguas, cual es este en la montaña, es muy difícil, por no decir casi imposible, hacer de esta clase de expediciones, pues crecen los ríos de tal manera y se forman torrentadas tan fuertes e impetuosas, que sería más que temeridad el exponerse a navegarlos en nuestras frágiles piraguas o canoas. Aún los mismos salvajes, no obstante su gran pericia en el manejo del remo y **tangana** (palanca) y a pesar de lo andariegos que son, sin embargo durante la estación actual economizan cuanto pueden sus viajes por agua. En el mismo verano ofrece el Zamora grandes peligros por sus impetuosas, largas

y repetidas torrentadas, como lo haré notar en el discurso de esta correspondencia, de modo que bien puede decirse de este río lo que dijo del Huallaga cierto extranjero: que los hombres lo hicieron navegable contra la voluntad de Dios.

Bien palparon esta verdad, por experiencia propia nuestro M. R. P. Comisario F. José Vidal y su compañero Fray Juan Cuende (1); pues ahora dos años en una expedición que hicieron, por un pequeño descuido de los remeros se les volcó la canoa, y no solo perdieron cuanto consigo llevaban, sino que estuvieron a pique de perecer ellos mismos.

No faltará empero material para borronear una epístola aún cuando prescindamos por ahora de Logroño y de sus jíbaros. A los pocos días de haber llegado a Zamora, después de mi regreso de Quito, juzgué conveniente hacer una visita a Cumbarasa, lugar designado para nuestra segunda residencia, como ya saben los lectores de la Revista. El móvil principal de esta visita no fué tanto por conocer el conventillo—choza—que allí nos han construído los salvajes, y al hacer sembrar plátanos, yucas y legumbres en la huerta que lo rodea; sino más bien para desvanecer las sospechas que los indios habían concebido de que les estábamos engañando, haciéndoles falsas promesas de que bajaríamos a Cumbaraza. Yo mismo había oido de su boca estas y otras semejantes expresiones **—yo pensando mi Padre engañando y Cumbaraza no yendo: den valde casa haciendo, den valde trabajando, yo pensando.** Para disipar semejantes temores y también

(1). El Padre Fray Juan Cuende pertenece a los sobrevivientes de aqellas memorables expediciones de Zamora, y se halla, abrumado de achaques, en la enfermería de este convento de Santa María de los Angeles de Lima (1921).

con los fines ya indicados, emprendí la marcha al lugar en cuestión: acompañado de cuatro peones salí de Zamora a las 2 p. m., del primer Domingo de Cuaresma, día 19 de febrero. Cargamos bien la canoa de troncos de yuca los cuales sirven de semilla para sembrar este tubérculo, y el P. González ya bastante diestro en el manejo de la embarcación, se acomidió para acompañarla hasta la primera casa de jíbaros con la esperanza de hallar allí un indio que nos ayudara.

Como las canoas son de poca capacidad, tres de los peones fueron por tierra siguiendo la trocha que hemos abierto hasta Cumbaraza por la orilla izquierda del Zamora. Llevaba el uno el altar portátil y cargaban los otros dos las herramientas y víveres necesarios. Arribamos juntos a la casa de un tal Conda que es la primera que se encuentra al salir de Zamora, y saltamos a tierra para encontrar a un peón remero que nos faltaba. Hallamos en efecto, a un hijo del referido salvaje: le rogamos, le suplicamos, le instamos nos acompañase ofreciendo pagarle su trabajo, pero todo fué en vano, pues a todo nos contestó con el frío y despreciativo **scha,** que nó quería. Viendo ya que inútilmente nos cansábamos y perdíamos el tiempo de balde, pues ni a buenas ni a malas, ni de balde, ni pagado quería bajar con nosotros el ingrato y ocioso **Tahuambo,** que así se llama el tal indio, me despedí del P. González y determiné bajar solo con un peón cristiano, confiando en que el Señor y la Virgen nos ayudarían. Así fué: ora con el remo, ora con la palanca fuimos bajando el torrentoso Zamora, salvamos una porción de malos pasos en que la embarcación casi se nos iba a pique, y por fin ya cerca del anochecer aportamos en Cumbaraza, término de nuestro viaje. Encontramos allí varios jíbaros a quien después de haber saludado, explicamos el objeto de nuestro viaje: nos alojaron en la ramada que nos han construído y a que llaman convento y mientras se cocina-

ba nuestro rancho, me entretuve en leerles la doctrina cristiana en jíbaro y en cantarles unas letrillas en el mismo raro idioma. Rezamos después el Santo Rosario, más como los jíbaros no saben aún una palabra de rezo, ni de castellano siquiera, y sin embargo seguía nuestro rezo con una especie de murmullo que terminaba siempre con la última sílaba de nuestro rezo, nos dieron bastante que hacer. Ciertamente harto trabajo me costó el dominar la risa viendo la simplicidad de aquella gente y oyendo su algarabía tonta y sin sentido.

Terminado el rezo y la cena fuimos a acostarnos en lo alto de la ramada en donde se encaramaron también los jíbaros, y como algunos de ellos eran forasteros, se empeñaron en dormir a nuestro lado y cobijarse con nuestras mantas, cosa bien repugnante por cierto, pues la mayor parte de ellos fuera de ser todos muy sucios, están llenos de una especie de sarna parecida a la lepra. En muchos casos no hay más que hacer sino de tripas corazón, como suele decirse y pasar por todo, con tal de ganarse poco a poco las simpatías de esta pobre gente y ver de reducirlos a buen camino. Casi no nos dejaron dormir con sus charlas contínuas, pero al fin amaneció y me preparé para celebrar el santo Sacrificio y fué sin duda aquella la primera misa que en aquel lugar se ha dicho desde que el mundo existe. Fué preciso llamar varias veces al órden a los salvajes, quienes perturbaban la celebración con sus cuchicheos y aún palabras en voz alta. ¡Pobrecillos! creerán que nuestro tremendo Sacrificio no es otra cosa que una simple ceremonia parecida a las ridiculeces que ellos practican. Después de celebrar me trajeron tres criaturas para que las bautizase: yo les hice comprender que no podía hacer tal cosa a no ser que después me las entregasen para poderlas instruir en la religión. Imposible que se convengan con semejante condición y así solo hice la simple ceremonia de ponerles

nombre cristiano, como lo tienen casi todos estos salvajes. Sin embargo como una de aquellas criaturas estuviera bastante enferma con calenturas la bauticé en debida forma, creyendo que se podía morir: después he sabido que vive aún y yo mismo la he visto más tarde sana y buena. ¡Infeliz! ¡qué suerte la espera si no llega a instruirse y a vivir como buena cristiana!

Sembramos en el rozo o huerta bastante yuca, desyerbamos la maleza que estaba harto crecida, y al tercer día, viendo que por entonces no había más que hacer, dispusimos el regreso a Santa Ana de Zamora. Como un jíbaro nos hubiese pedido la canoa para ir a otra casa distante unas dos leguas de camino, no nos quedó otro recurso que hacer a pié el viaje. Cargamos con todos los chismes y emprendimos la caminata: a las dos de la tarde sería que llegamos a Timbara, lugar donde reside el jíbaro Chiura, llamado el capitán. Allí encontramos la canoa y como estábamos bien cansados, proseguimos por agua nuestra marcha, ayudándonos en el manejo de la embarcación el simpático Guambaschu, uno de los salvajes más acomedidos y serviciables que conocemos. Sin otro percance que el haberme caído una vez al agua por haberle faltado el punto de apoyo a la palanca que yo manejaba, llegamos a nuestra residencia al anochecer del 21 de Febrero. Como quedaba aún en Cumbaraza buena porción de terreno para sembrar, pensé en mandar allá al P. González en compañía de algunos peones, para que terminasen la faena. En efecto, salió dicho P. el segundo Domingo de Cuaresma y a los tres o cuatro días ya estaba de vuelta, después de concluído de sembrar y desyerbar la huerta y de sembrar también un poco de arroz por vía de experimento.

Durante toda la Cuaresma hemos estado solo los dos Padres en la Misión: pues el R. P. Antonio Larrea regresó con licencia de los Superiores a su Colegio de A-

requipa y el R. P. Solano Pascual ha permanecido en Loja ayudando a esa Comunidad que por ahora está muy escasa de Sacerdotes expeditos para el Ministerio Sagrado. En efecto, dicho Padre durante el tiempo Santo de Cuaresma ha predicado varios cursos de Ejercicios, ya públicos, ya privados con abundantes frutos en las almas. También en Zamora hemos procurado santificar la Cuaresma del mejor modo posible; ya desde el principio de ella instalamos el Vía Crucis en nuestra capilla, y hemos venido practicando todos los viernes este Santo Ejercicio: hicimos así mismo el mes y novena del Santo Patriarca y el Setenario de Dolores. A todos estos actos de piedad, lo mismo que al Rosario por las noches, asisten casi todas las pocas personas que moran en el pueblo. El sábado de Pasión dimos principio a una pequeña misión que terminó el miércoles Santo: sirvió ella de preparación para que la gente cumpliese con el precepto Pascual; y en efecto el Juves Santo se acercaron a la Sagrada Mesa unos cincuenta adultos, esto es, todos los colonos. Las Misas de Jueves y Sábado Santo y Domingo de Resurrección fuéron cantadas: para el caso, yo al propio tiempo que oficio la misa, rasco el teclado de un pequeño melodium que allí tenemos, sacándole algunos acordes. El mismo Jueves Santo compré e hice matar una vaquita, cuya carne repartimos entre todas las familias para que celebrase la Pascua con mayor regocijo y alegría.

Si viese, Padre mío, la miseria de esta gente, se quedaría pasmado: casi nunca prueban la carne, a no ser que caiga en sus manos algún mono, oso o león: sus huertas aún no producen; por manera que todavía les durará la hambruna por algún tiempo, como ellos dicen.

El viernes Santo hicimos la Vía-Sacra, predicaba alternando las Pláticas con el P. González: al medio día hice cocinar en medio de la plaza una gran paila de comida que alcanzó para nosotros y para todo el pueblo. Después

de las doce predicamos alternando también, las Siete Palabras. Los oficios de la gran Semana no hemos podido por falta de personal y de los útiles necesarios. Aún carecemos de calderilla y acetre, de pilas para agua bendita y bautismal, de incensario, de depósitos para la Reserva, de sacristía, de coro, de confesonario, de púlpito, en una palabra, de todo. Parece que no estuviésemos en América, sino en la China o en Africa, en donde tanto se lamentan los Misioneros de falta de recursos. Es que la América de hoy no es la de los otros tiempos, en que todo abundaba: al fin llegan ha agotarse hasta los más ricos y abundantes veneros. Pero Dios proveerá, como lo esperamos de su amorosa e inagotable Providencia. Hasta la Tercera Orden hemos establecido en este rincón del Mundo: por de pronto tenemos seis Terciarias y dos Terciarios. Bueno es comenzar y echar los cimientos; después poco a poco iremos adelantando: a medida que aumente la población y se conviertan los salvajes, ya será otra cosa. Por hoy se despide su afmo. S. S. y hermano en Cristo.—Fray Luis Torra.

CARTA 7a.

Zamora, (Ecuador-Loja) Mayo 8 de 1893.

M. R. P. Director de la Revista Franciscana.

Muy amado P. y hermano:

Bien quisiera llamar la atencióón y excitar la curiosidad y entretener alegremente a los lectores de su excelente Revista; amenizando mis correspondencias, con curiosos relatos, anécdotas y rasgos edificantes de indios convertidos a la fé, etc. etc., como veo lo hacen los Mi-

sioneros que envían sus epístolas a los Anales de la Propagación de la Fé y a otras Religiosas Revistas. Pero, Padre mío, por ahora es preciso esperar que germine la bue na semilla que insensible y paulatinamente vamos arrojando en las tierras áridas de estos salvajes corazones, regándola con hartos sudores y no pequeños trabajos. ¡Qué más quisiéramos nosotros sino poder relatar desde luego maravillas de la misión que cultivamos! ¡Qué más quisiéramos sino ver pronto a los ojos el fruto de nuestros desvelos en numerosas conversiones de salvajes a la fé cristiana, en la nueva formación de pueblos o doctrinas, y en otros hechos que patentizaran los adelantos de nuestros campos! ¡Qué estímulo tan poderoso sería este para nuestro celo, y qué alientos cobraría nuestra flaqueza viendo que tantos afanes y sudores no eran del todo estériles! Sin embargo, no nos desanimamos por eso, tanto como porque la misión está aún en sus principios, y estos siempre son difíciles; cuanto por que la semilla no dá enseguida su fruto sino que por largo tiempo permanece escondida debajo de la tierra, hasta que se desarrolla, arraiga, germina, alza su tallo y abre su espiga que más tarde aún llega a sazonar. ¿Quién me negará que pasa una transformación semejante así oculta y lentamente en el campo espiritual de las almas de estos infieles? Tenemos con ellos frecuentes entrevistas y no despreciamos ocasión para arrojar la buena semilla en sus corazones con santos consejos, religiosas enseñanzas y buenos ejemplos: y ¿tan refractarios han de ser a la fé y civilización que tarde o temprano no caigan en la cuenta de lo que más les conviene y abracen la Religión y vengan a formar parte de un pueblo civilizado? Así lo esperamos de la infinita misericordia del Señor.

La historia nos pinta a los jíbaros como una nación o raza inteligente, sagáz, astuta, valiente e indómita; y la experiencia nos viene enseñando que no dejan de ser

verdaderos estos calificativos aplicados a estos salvajes. Además como muchos de ellos o casi todos descienden tal vez de padres apóstatas o renegados parece que pesara sobre ellos cierta especie de maldición que dificulta más y más su conversión. No está empero estrechada la mano de Dios, y es por tanto de esperar que nuestra constancia apoyada en las oraciones de las buenas almas y sobre todo en la omnipotente gracia del muy Alto, triunfará tarde o temprano de la dureza de estos bárbaros corazones, o mejor dicho de la apatía y suma indiferencia con que miran el asunto Religión. Por de pronto parece que fuéramos a cantar victoria contra una de sus más arraigadas preocupaciones, la que suele traer muy fatales consecuencias. Es creencia general entre todos los salvajes de esta América que todas sus desgracias y especialmente las enfermedades dimanan del daño o brujería que otro les hace. Sin duda el demonio es quien les ha sugerido esta ridícula superstición y les mantiene aferrados en ella por la gran ganancia que de ahí le resulta al común enemigo del humano linaje. ¡En cuantas aberraciones, ridiculeces y absurdas creencias incurren los pobres que están privados de la luz de la verdadera fe y civilización! ¿No palpamos por desgracia esta verdad aún en los pueblos civilizados, entre aquellos que negándose a creer lo que la Religión nos revela, por más que esté apoyado en los más sólidos fundamentos, y motivos de credibilidad, creen después a pié juntillas, como unos niños, en los más absurdos y extravagantes misterios que el demonio les propone? ¿No tienen en las sectas secretas el magnetismo, espiritismo, etc., etc., infinidad de prosélitos?

El **daño** o brujería en que creen los salvajes consiste en lo que ya digo: se persuaden que las personas que mal les quieren de un modo invisible, o con sólo la mirada y aún desde lugares distantes les introducen en el

cuerpo padezos de **chonta** (una especie de palma) (1), espinas o arañas, y que de esto proviene la enfermedad de que no podrán sanar hasta tanto que otro tunante no les haga una contra brujería. No faltan en las tribus y en cada una de sus parcialidades, algunos indios taimados que por sí y ante sí se gradúan de médicos, y estos son los llamados para extraer del cuerpo enfermo la espina o araña. Para ejecutar esta operación es requisito indispensable que se haga de noche y sin luz (¿?): el médico tiene de antemano preparadas las espinas o arañas, chupa con fuerza la parte o miembro enfermo del doliente y luego haciendo un esfuerzo hace como que vomita lo que ha extraído, y que nadie lo ve por supuesto. Al propio tiempo denuncia al causante del daño, al primero que se le ocurre y he aquí encendida la tea de la discordia, de la venganza y del odio mortal entre las familias del doliente y la supuesta del daño causado. Si muere el enfermo, lega como testamento a sus hijos o allegados la obligación en que están de perseguir y matar a fulano o fulana que dicen les ha ocasionado la muerte brujeándolos. No es raro tampoco que al morir el enfermo, las toman contra el brujo-médico que erró la cura y suelen perseguirle y aún matarle como a un nuevo brujo, quien en vez de curar ha matado o muerto al enfermo. ¡Qué cúmulo de aberraciones tan monstruosas!

Pues bien, como decía, vamos ganando terreno sobre este punto. Tenemos un pequeño botiquín y con él hacemos maravillas y nos las prometemos mucho mayores, con el favor de Dios. Como somos legos en medicina, tan

---

(1). Los bastones y varillas que se hacen de la palmera chonta (bactris ciliata) tienen dureza, peso y consistencia casi de metal, y los indios aprovechan estas cualidades en la punta dentada de sus flechas.



Una sección del Convento de Loja

sólo suministramos remedios sencillos, aquellos cuya eficacia es reconocida para determinadas dolencias e indisposiciones. Ya ha cundido la voz entre los jíbaros de la excelencia de nuestras drogas, y comienzan a venir con alguna frecuencia para que nosotros los curemos; lo que nos suministra no pocos ratos de diversión, por los curiosos diálogos que con tal motivo entablamos con ellos. Viene uno, por ejemplo, y nos dice:—**Patre, yo enfermo estando;—¿y que teniendo vos?** le contestamos en el mismo número y caso, como manda la gramática; **¿qué teniendo, qué doliendo?**—Ah, replica el indio: **mi mucho barica doliendo, mucho cacando, ah, mucho maro estando; mi remedio sudando.** Ahí vá pues una media docena de píldoras de Bristol o Brandelli, o dos onzas de sal de Inglaterra, o unas cuantas gotas de láudano en una copita de agua, o una copa de un licor admirable para toda indisposición de estómago, etc., etc., según las diferentes dolencias, complexión y edad lo requieren, y he aquí aliviado el enfermo. Otro viene y nos dice: **Mi carentura teniendo; sòlo ahí estando,** y señalan el cielo; **yo frío teniendo, ti, ti, ti, ti, haciendo: yo mañanita más carentura teniendo; ¿vos remedio hay carentura? mis sudando.** Bueno, pues; le purgamos primero y después unos cuantos granos de sulfato de quinina, o unas perlas de Bromidrato de idem, y fuera calenturas. Viene en fín otro con una herida, un corte, una ampolla o quemaduura: pues con dos o tres gotas de Lenimiento Veneciano que los hacen retorcer y gritar: **¡ananan, mucho fuerte!** ya los tenemos curados. De este modo vamos haciendo competencia a sus embaucadores médicos, haciéndoles ver que no hay tales espinas ni arañas, sino que las enfermedades vienen de Dios, y que sólo debemos curarlas con los remedios que Dios nos ha dado. Hasta ahora vamos acertando con la ayuda del Señor y vamos adquiriendo

fama de buenos brujos, y así dicen los jíbaros, **¡Oh, Patre mucho sapitura** (sabio) **siendo; jíbaro no sape.**

Otra superstición tienen los salvajes, no menos fatal que la primera, y que nos ha de costar mucho más el desarraigarla. Como desconocen completamente la fraternidad universal, no quiero decir la masónica que es una quimera, sino la cristiana que nos enseñó Jesucristo, que consiste en creer y confesar prácticamente que todos los hombres somos hermanos, hijos todos de Nuestro Padre que está en los cielos; y de ahí resulta que a los que no pertenecen a su raza o tribu, los consideran como a enemigos y como a tales los persiguen a muerte, ni más ni menos que si fuesen fieras. De ahí nacen pues las contínuas correrías que hacen contra las tribus vecinas, con el único objeto de exterminarlas, matando a todos los hombres de armas tomar y llevándose cautivas a las mujeres y niños, y esto solo porque no son de los suyos, sin más motivo ni pretexto.

Ahora precísamente nos hallamos en uno de estos conflictos, y no sé qué providencias podremos tomar para conjurarlos, caso que se realicen las sospechas y temores que nuestros jíbaros nos han hecho concebir. Aseguran éstos haber sorprendido huellas de salvajes no conocidos, que según sus cálculos deben estar radicados en las cabeceras del Yacuambi. Discurrimos nosotros, que esos salvajes, caso que existan, pueden ser los descendientes de unos indios cristianos que ahora siglos residían en el pueblo de San Lucas, distante unas siete leguas de Loja, quienes no pudiendo soportar el rigor con que se les trataba, se sublevaron, mataron a las autoridades y se internaron por las montañas, volviendo a la vida salvaje. Al parecer pues serán estos los que acosados sin duda de la necesidad han bajado con mucho sigilo Yacuambi abajo y han robado una que otra niñería de las que tienen los infieles en sus ranchos. Esto ha alarmado a nuestros jíbaros,

les ha puesto en guardia, y hecho concebir el sanguinario proyecto de perseguirlos y exterminarlos. Primero iremos a reconocer si son pocos o muchos, me decía hace poco el jíbaro Chirriapo, joven aguerrido, que según cuentan debe ya algunas muertes; si son muchos, convocaremos a los jíbaros todos del Yacuambi, Zamora, Suapaca, Pachicusa y aún los de Gualaquiza y Mendez, si fuese necesario, e iremos ha a acabar con ellos. Y ¿tú también irás? le pregunté yo al Chirriapo:— Sí, me contestó, **yo también yendo.** ¿Y por qué quieres matar gente? le replicamos; ¿saginos, jabalíes, o monos, para que los mates? **Y ¿por qué estonces robando casa jíbaro? ¿Acaso amico siendo? no amico, yo matando queriendo.**

Hay que advertir que una vez que toma el jíbaro una resolución, difícilmente vuelve pié atrás: ya le podéis rogar, aconsejar, amenazar u ofrecer dádivas, no desiste por nada. Nos decía pues el referido indio que tenían ya construídas tres canoas grandes y que al concluir la cuarta si se cercioraban bien del lugar donde viven esos jíbaros remontados, se pondrían en marcha para batirlos. Mientras tanto nosotros nos pondremos en guardia, iremos encomendando el negocio a Dios para que nos inspire la resolución que convenga tomar, caso que se realice el bárbaro plan de estos bárbaros infieles. Ya vé, Padre mío, entre qué clase de gente nos hallamos metidos: gente digo, y casi diría mejor fieras racionales. ¿Cuándo los veremos transformados de lobos en corderos, de infieles en cristianos y de salvajes en seres racionales y civilizados? ¿cuándo será? Quiera Dios no se dilate por mucho tiempo tan difícil conquista.

Siempre suyo afmo. S. S. y hermano en Cristo q. s. m. b.—Fray Luis Torra.

CARTA 8a.

Loja, (Ecuador) Junio 1o. de 1893.

Muy amado Padre:

Tranquilos nos hallábamos en nuestra tranquila residencia de Santa Ana de Zamora, disfrutando sin zozobra de la bondad de aquel clima, que podríamos llamar encantador, si no fuese tan húmedo por las incesantes lluvias, y devanándonos los sesos para idear medios como atraer y convertir aquellos indómitos salvajes, cuando dos hechos, a cual más grave e imprevisto, vinieron a turbar nuestra paz y a desalentarnos un poco. Fué el primero el ataque que los jíbaros de Nangariza y Logroño hicieron a sus rivales los de Zamora; el segundo fué una cuestión sobre límites entre nuestra Misión y la colindante de Gualaquiza. Tomo ocasión de estos dos hechos para borronear esta y alguna otra correspondencia. Antes empero de comenzar la presente, haré mención de las causas que motivaron mi viaje a esta ciudad de Loja.

Como es muy sabido por los que leen Revistas Religiosas, especialmente las que describen las relaciones de los Misioneros y los trabajos que hacen y sufren en sus misiones, uno de los principales obstáculosque experimentan y que entorpece no poco la actividad de su apostólico celo, es la escaséz en que se hallan de temporales recursos. ¡Oh si tuviesen en sus manos y pudiesen disponer de las fabulosas sumas con que cuentan los apóstoles del error y la mentira, otro gallo contaría, como dicen, y es fácil suponer que la verdad se abriría más fácilmente paso por dentro las densas sombras de la barbarie, superstición y paganismo! Pero desgraciadamente los hijos de las tinieblas siguen siendo aún más

activos y diligentes que los hijos de la luz! Sí, mientras los protestantes y demás sectarios cuentan por millares los recursos para favorecer a unos ciegos y materiales adeptos, el misionero católico carece muchas veces aún de lo más necesario para sí y para los demás a quienes evangeliza. También nosotros tropezamos con el indicado obstáculo, a pesar de hallarnos en plena América, país en otro tiempo sinónimo de abundancia y riqueza. Verdad es que el católico Gobierno de esta católica Nación nos favorece con una moderada renta; pero son tantas las atenciones que tenemos, tanto los trabajos por hacer, tantas y tan graves las necesidades que socorrer, que si no observáramos una prudente y harto estrecha economía, no nos quedaría ni para un bocado que meternos en la boca.

Caminos, puentes, construcción de casas y capillas, útiles y muebles para las mismas, plantíos y cultivos de huertas, socorros a cristianos y salvajes, manutención de una porción de chicuelos que comen y rasgan como el que más . . . . . todo corre a cargo de nosotros. Desafío al más ingenioso financista para que con el presupuesto anual de 1.500 sucres (duros) que nos paga el Estado, llene todos los indicados compromisos, dé buen expediente a las referidas obras, y mantenga además a media docena de religiosos, que aunque seamos **manos muertas,** como nos llaman aquellos que las tienen demasiado **vivas,** las bocas y estómagos los tenemos, gracias a Dios tan vivos, no sólo para alabar a su Majestad, sino también para comer un buen plato de habichuelas o cualquiera otra cosa que nos depare la divina Providencia. Gracias que ahora nos paga la Nación seis peones con el carácter de guardias, de lo contrario no sé cómo nos las arreglaríamos.

Desde que me hice cargo de la Misión, en unión de mis compañeros, y comencé a palpar la penuria que ha-

bía de recursos, comencé también a cavilar y excogitar medios para proporcionárnoslos: con este fin marché a Guayaquil y a Quito, como dejo explicado en mis anteriores, con este fin pedimos al Gobierno por mediación de nuestro Iltmo. P. Masiá, un subsidio para la apertura y conservación del camino de Loja a Zamora; y con este fin por último me propuse fundar la Pía Unión. Es esta una asociación de auxiliadores para la misión de Zamora, cuyo principal objeto consiste en que sus Socios contribuyan con sus oraciones y limosnas al sostén y progreso de la misión. No cabe duda que al autor de todo bien se debe la feliz inspiración de este buen pensamiento; por mi parte me confirmé plenamente en este sentido al ver la contradicción que dicha obra sufría, aún antes de palpar sus excelentes resultados. Por la calidad de los frutos, nos dice el celestial Maestro, conoceréis la naturaleza del árbol que los produce. Redacté pues un Reglamento apropiado al objeto, lo elevé al Superior para su aprobación y cuando me lo devolvieron no solo ya aprobado, sino indulgenciado e impreso, resolví marchar a Loja para instalar y organizar la Asociación en esta ciudad. Salí pues de Zamora a fines de Abril y el primero de Mayo en ausencia del M. R. P. Guardián de nuestro Colegio de ésta, convoqué a las dos Hermandades Terciarias que son aquí muy numerosas y ejemplares, les expuse el fín y objeto de la Pía Unión, hice el nombramiento de Presidenta y demás cargos entre las Socias que de antemano se habían comprometido, y después de haber levantado acta de todo, quedó definitivamente instalada la Asociación, quedando de Director de la misma uno de los Padres del Colegio señalado por el mismo P. Guardián.

Como en Loja tenía que evacuar algunos otros asuntos, demoré aquí algunos días, y esto me proporcionó el solaz de poder asistir a los simpáticos ejercicios del Mes

de María, que en nuestro Colegio celebran todos los años con bastante solemnidad. Durante mi ausencia de Zamora, en donde festejaban también a María en su mes, se comenzó a edificar, bajo la dirección del R. P. Solano Pascual, una casa convento, mientras que el R. P. Antonio González salió con el resto de los peones y colonos de Santa Ana a darle otro empuje al comenzado camino. ¡Lástima fué que tanto el mal tiempo como la escasez de gente y recursos no se le dejasen concluír! Pero al fin, algo se adelantó. El 21 del expresado Mayo, terminada ya mi misión en Loja, y arregladas las cargas de víveres y demás, en compañía de varios peones y otras personas, regresé a Zamora, a donde llegué sin novedad el 25 del mismo mes. Al día siguiente, como si de propósito hubiese esperado mi llegada para ello, nos diéron una seria alarma cuando menos lo esperábamos. Como a la una de la tarde llegaron al pueblo cuatro jíbaros de los conocidos, y después de haberse paseado por las chozas del pueblo, como acostumbran, se regresaron a la suya a eso de las 5 p. m. No había pasado media hora aún, cuando uno de ellos regresó de nuevo, acompañado de un tal Guambaschu también conocido, quien muy cansado, bañado en sudor y casi sin alientos nos pedía a grandes voces auxilio. Como hablan poco y mal el castellano, no le comprendíamos bien y creímos al principio que entre ellos se estaban matando; tantos y tales eran sus gritos y ademanes, de los que solo entendíamos—**jíbaro matando, matando jíbaro queriendo.** Bajamos, pues, precipitadamente para enterarnos de lo que pasaba y apaciguar sus querellas; entonces nos explicaron que los jíbaros de Nangariza coaligados con los feroces Logroños habían venido en gran número, **formica parejo,** como ellos se expresan para indicar muchedumbre, para matar a todos los que viven en Yacuambi y en las riberas del Zamora. Por de pronto no quisimos dar crédito a tales afirmaciones y creíamos que sería exa-

geraciones suyas, y algún ardid de los que acostumbran para llevar a los cristianos río abajo y hacerles alguna traición. Viendo empero que a todas nuestras réplicas y observaciones, el jíbaro Guambaschu solo contestaba:—**pronto, pronto, cristiano viniendo ayudando: ya pensando Lucas, Nayajú matando, Chamico matando, Tibi matando, tal vez todito matando, todos jíbaro Yacuambi matando; después otro jíbaro Zamora matando queriendo, cristiano matandos, Taita Padre matando queriendo yo pensando: pronto cristiano viniendo ayudando. Angero** (Angel Ordoñez) **ayudando, mucho escopita trayendo, rifle también trayendos.** Le dijimos entonces que esperase al siguiente día para que bajasen los cristianos a ayudarles.—**no, no,** insistió con viveza **ahora mismo, noche mismo tal vez jíbaro ya matando.**— Pareciéndonos pues que el indio hablaba con sinceridad, resolvimos por fín prestarle el auxilio que imploraba, y en un momento se aprestaron seis hombres armados con rifles, quienes se embarcaron en nuestra canoa, en compañía de los jíbaros que habían venido de propios. Por lo que pudiera acontecer y para prevenir cualquier desmán de parte de aquellos furiosos salvajes sedientos de venganza les acompañó el P. Gonzalez, quien se prestó voluntariamente a ir de Capellán de aquella pequeña expedición. Al principio no quise acceder a la demanda de dicho Padre, porque estaba algo enfermo; pero viendo sus reiteradas instancias y los servicios que podría prestar, accedí al fin. He aquí ahora la relación que hace el mismo Padre del desempeño de su comisión y resultado de la empresa. "Sin perder un momento, dice, ni siquiera para tomar un bocado, preparamos por único fiambre una talega de harina de cebada tostada y alguna otra cosita indispensable, y como una exhalación nos dirigimos al lugar de la embarcación, distante como un cuarto de legua del pueblo, dejando a los demás Padres y a los pocos habi-

tantes de Santa Ana, no poco consternados por la incertidumbre de cual podría ser el desenlace de aquel drama. Los jíbaros, no obstante su gran pericia en el manejo del remo, jamás navegan de noche por este río, pues aún a las doce del día más claro presenta mil dificultades y peligros por las frecuentes e impetuosas torrentadas y pedrones que a cada paso y en todas direcciones se encuentran. Sin embargo, como el asunto no admitía dilaciones confiando después de Dios en la destreza de los salvajes, nos embarcamos en dos canoas el jíbaro Conda con su mujer y dos hijos, Guambaschu, seis cristianos y yo, y nos dirigimos agua abajo: eran las seis y media de la noche que felizmente era de luna y muy clara. Ibamos todos animados al cumplimiento de un deber y obra de caridad, prescindiendo de las malas intenciones que tendrían los infieles. Serían las 7 cuando llegamos a la casa de Conda: los jíbaros tomaron sus togas y lanzas y proseguimos la marcha hasta la casa de Chiura, a donde aportamos a las 8 menos cuarto. Guambaschu nos obsequió un buen racimo de plátanos maduros, y después de haber empinado nuestros indios sendas **piningas** (jarros) de chicha, seguimos sin pérdida de tiempo hácia Cumbaraza, a donde arribamos muy cerca de las 10: allí y en la casa del brujo Chirimbo, creíamos encontrar a todos los jíbaros de Zamora, según noticia de Guambaschu, con quienes debíamos resolver esperar hasta el día siguiente o proseguir adelante. Al ruido de las canoas y del disparo de una escopeta salieron a la orilla un hombre y varias mujeres refugiadas, cuya confusa, animada y extraordinaria peroración oimos desde las canoas, y todo su vocerío se redujo a avisarnos que todos los jíbaros se habían marchado el día anterior y que nos esperaban en un remanso grande del río Yacuambi, distante un cuarto de legua de la confluencia de dicho río con el Zamora. Como no divisaba si había o no más hombres fuera

del que nos hablaba, les ordené que vinieran todos. **—Hombre no habiendo,** me contestó mi interlocutor, **todito yendo: yo solo aque quedando porque mucho enfermo estando.** Distaba el Yacuambi tres leguas por lo menos, en cuyo trayecto ofrece el Zamora no pocos peligros: tan tarde era ya que perdimos toda esperanza de cenar y aún de dormir aquella noche; y no era esto lo que más nos preocupaba, sino más bien el temor de una emboscada de parte de los contrarios, o la posibilidad de encontrarnos con ellos el momento menos pensado. Sin embargo seguimos adelante, manifestando los jíbaros mucho cuidado de que no se volcasen las canoas; se sacrificaron hasta el heroísmo, sufriendo hambre, frío y la lluvia, en los pasos difíciles se metían al agua hasta la cintura para que las canoas no se estrellasen contra algún peñasco, o las arrastrase la corriente. Con frecuencia nos hacían saltar a tierra para que no peligrasen nuestras vidas, o las armas que llevábamos, y sobre todo al llegar al sitio donde años atrás naufragó nuestro P. Comisario, me dijo Conda:**—Canoas saliendo pues cuanto aquí canoa volteando y hacha, escopita todo ahogando.** Yo me metía al agua vestido como estaba, así andando llegamos al Yacuambi a las doce de la noche.—Seguiré en el siguiente la misma relación pues por hacerse esta muy larga, pongo ya punto final. —suyo siempre.—Fray Luis Torra.

CARTA 9a.

Zamora (Loja, Ecuador) Junio 25 de 1893.

Muy amado Padre:

En mi anterior dejé iniciada la relación de la expedición de los cristianos y jíbaros, capitaneados en cierto modo por el R. P. González, que se dirigían al Yacuam-

bi, no para sembrar allí el terror y la muerte, como hacen los ejércitos civilizados, sino para ayudar a defender a aquellos pobres salvajes que injusta y repentinamente viéronse acometidos por los fieros Nangarizas y Logroños. Digo que no iban a sembrar la muerte y exterminio, aunque es indudable que si por desgracia hubiésemos llegado a las manos, y nadie hubiese contenido a nuestros jíbaros, cosa difícil por cierto, se habrían estos lanzado como leones sobre sus contrarios, y no habrían dejado uno con vida, tan furiosos estaban y tanta era su sed de venganza. Con motivos mucho menos potentes que el que ahora tenían, y aún por cosas las más insignificantes y a sangre fría, saben matar a sus verdaderos o supuestos enemigos y cortarles la cabeza para llevarlos después en triunfo cual si hubiesen hecho una grande hazaña que celebran después con infernales orgías. ¡Infelices! Por esto iba con ellos el referido P. González, para contener sus sanguinarios instintos y enseñarles amantenerse a la defensiva y a repeler la fuerza con la fuerza sólo en caso necesario. Repito empero que llegado el caso de un ataque no sé como se las habrían arreglado; porque son estos salvajes una gente que no entiende de razones, ni hace el menor caso de consejos: lo que él hace o piensa o ha pensado hacer, aquello es lo mejor. Querer persuadirles lo contrario es tiempo perdido. ¡Dios los ilumine! Pero dejemos ya a nuestro P. González que siga con su interesante relación, que como dije dejamos interrumpida en el Yacuambi.

"Es el Yacuambi, nos dice, un río afluente del Zamora por cuya orilla izquierda se le junta: su caudal de aguas es poco inferior al dicho Zamora, pero es mucho más manso que él y de consiguiente le gana en ventajas mil para la navegación. Sin embargo, atendida su altura sobre el nivel del mar, que calculé de unos 800 metros, se hace imposible la navegación contra corriente con sólo

los remos y es indispensable usar de la tangana o palanca. Entramos en el Yacuambi por un angosto canal, suficiente apenas para el paso de la canoa, desde cuyo punto nos fué preciso guardar el más profundo silencio, no solamente la gente, sino también las canoas, que habían de hacerles deslizar con la mayor suavidad posible. Efectivamente nos hallábamos ya en el campo enemigo, donde fácilmente podíamos ser sorprendidos, y así ordené también a los cristianos que cargasen los rifles y estuviesen alerta .Habíamos andado apenas unas diez cuadras, cuando oímos el rumor de unas canoas que seguían tras de las nuestras. Hicimos alto para averiguar quiénes fuésen, y aunque los indios de nuestras canoas nos aseguraban que debían ser de los nuestros, los cristianos se pusieron sobre las armas. En esta posición los esperamos dos o tres minutos, con profundo silencio de ambas partes hasta que se acercaron y vimos que realmente eran amigos nuestros. Eran los 13 combatientes que salieron de Cumbaraza antes de nuestra llegada, y que nos estuvieron esperando en un recodo del Yacuambi. Estaban todos ellos tan pintorreteados y vestían trajes tales que parecían unos diablillos. Grande fué su alegría al ver el refuerzo de cristianos que les había llegado, y más contentos se pusieron al ver la calidad de nuestras armas de fuego. Desde aquel momento nuestra escuadra parecía formidable (¿): cuatro canoas, cinco rifles, un revolver de seis tiros, cinco escopetas de un cañón, una de dos, diez y siete lanzas, casi como la de Goliat, veinte y tres combatientes entre moros y cristianos, y yo constituído en Capellán de ellos y en cierto sentido Capitán de ambos ejércitos. De los contrarios no teníamos más noticias, sino el ser ellos muchos en número (formica parejo), armados todos con escopetas y lanzas, que querían matar a todos los de Yacuambi y robarles las mujeres, canoas, niños, y demás cosas: que su feroz capitán los aguardaba

con otros en Suapaca, con el fin de juntarse allí todos y marchar sobre el Zamora, para matar a todos los jíbaros y también a los cristianos de Santa Ana. Proseguimos nosotros surcando el río con las cuatro canoas, una tras otra, con tal arte que no se notaba el menor ruido, y al llegar a un remanso del río, paramos allí unos minutos. Los jíbaros colocaron las canoas al lado izquierdo, paralelas unas con otras y empezaron a practicar evoluciones de guerra como si estuvieran en frente del enemigo. Les insinuamos que convenía llegar a la casa de Tibi, distante aún una media legua y así lo efectuaron; pero un poco antes de llegar a ella tropezamos con una gran balsa recientemente formada, la que nos hizo comprender que los asaltadores debían de ser numerosos, y que aquella misma noche habían vadeado el rio, y que estarian entonces perpetrando sus crueldades con los pobres jíbaros. Para cortarles la retirada, arrojamos la balsa río abajo, y a las doce y media saltamos en tierra y estuvimos en espectativa hasta las seis de la mañana. Pasaron tres horas y media de tormento, pues nos hallábamos en una ladera muy empinada, y en contínua vigilia, sin poder estirar el cuerpo ni cerrar los ojos y por añadidura con un fuerte aguacero que nos caía encima. Me embocé como pude con un poncho, y me recosté sirviéndome de almohada un perro que llevaba y así descansé un poco. Amanecimos empapados y nos reunimos en consejo: de la consulta resolvimos pasar a la casa del mencionado Tibi, para averiguar lo que había pasado. Nuestros jíbaros se desayunaron con chicha y serían las seis cuando de nuevo nos embarcamos. A la mitad del camino encontramos otra balsa grande y a la orilla opuesta vimos también una canoa. Por estos hallazgos comprendimos que todo estaría concluído y que los enemigos se habrían retirado por el mismo camino que habían seguido a su venida. Saltamos en tierra y a poco rato nos hallamos en casa de

Tibi, y a este salvaje que estaba allí con su familia. Comenzaron las conversaciones que fueron largas, muy animadas y furiosas, y también contrarias a la costumbre que tienen de hablar de dos en dos. Tibi dió principio a la explicación de cuanto había sucedido: la mujer de este tomaba parte con frecuencia en la conversación y explicaba sus impresiones con aire y bravura mujeril, y aún con aire de consumado retórico. De vez en cuando hacía oír su voz bastante débil el anciano padre de esta mujer: luego salía con voz de trueno alguno de nuestros jóvenes jíbaros y metía la cuchara en aquella indescriptible mazamorra. En fin todos hablaban a gritos, como si estuviesen matándose, y expresaban sus ideas con tales ademanes, gestos y contorsiones, que aún el más ignorante de su idioma podía barruntar de lo que se trataba. En resumen; de la conversación deducimos que los enemigos pasaron el día anterior por esa casa y que se dirigieron a sus tierras después de haber quemado la casa del brujo Chamico, robado 4 canoas y varios utensilios, y amenazando a las mujeres y muchachos que se hallaban a su paso (los hombres estaban escondidos) que volverían en mejor ocasión y en mayor número y con más secreto, y que entonces no dejarían ningún jíbaro, ni cristiano, ni Padre con vida, y que se llevarían cautivas a todas las mujeres y chicos. El número fijo de los asaltantes no lo pudimos averiguar, pero creo serán unos 30 hombres, fuera de los seis que quedaron más abajo. Casi todos ellos viven en las riberas del Nangariza, afluente del Zamora, que rinde a este sus aguas, a unas trece leguas de Santa Ana. Solo cuatro de ellos eran de las primeras casas de la jibaría de Logroño, según dicen los Zamoranos. A mí me parece que no son Logroños sino Santiagos, ya por que viven a la derecha del Zamora, en la posición en que Villavicencio lo coloca en su carta orográfica, ya por la sal que sacan que me hace creer que

viven cerca del río "Agua Salada" que entra al Santiago por la derecha, ya porque los Logroños viven al septentrión del Santiago entre los ríos Morona al Oriente, y Pauta al Occidente, ya finalmente porque me confirman en este sentir todos los datos que he tomado de los indios Zamoranos. Los moradores de Yacuambi, apenas tuvieron noticia de esta invasión, dejaron en número de 20 sus rancherías y se internaron en el monte hasta que pasó la tempestad. Si hubiesen sabido que sus contrarios eran tan pocos, estoy cierto que los habrían aguardado para batirse como leones y los habrían derrotado.

Terminado el furioso vocerío de que hice mención, mandaron un propio a otros jíbaros de aquellos contornos para que viniesen, a fin de determinar juntos la actitud que debían tomar. Llovía a cántaros. Los jíbaros almorzaron y nosotros nos desayunamos con un plátano; pero a las diez ya teníamos preparado un buen plato de caldo de pollo y un gran plato de yuca cocinada. Entre tanto se despejaba la atmósfera, secamos un poco nuestras ropitas y preparamos la marcha de regreso. **Esperando poquito,** nos dicen entonces los jíbaros, **esperando; Nayapi llegando.** Cerca de las once llega Catipí con otro salvaje, y con la punta de la lanza apoyada en el suelo comenzó a perorar con tal brío y fuerza como si tuviera que hacerse oír de un auditorio de unas veinte mil almas. Y este es modo ordinario de conversar cuando se comunican sus noticias o cambian sus impresiones: siempre forman una algazara verdaderamente infernal. A pesar de tanto alboroto, llegué a dormir un poco forzado por la necesidad. Al despertar, como viese que se nos hacía tarde para llegar a Cumbaraza, les insté nuevamente a que nos fuésemos, pero recibí la misma contestación de antes:—**Esperando, esperando, Nayapí llegando.** Me recosté otra vez, pero felizmente me digeron en seguida: vamos, vamos. Montamos en nuestros caballitos de

palo, los cuales corrieron tan lindamente río abajo, que en menos de una hora nos pusimos en la confluencia del Zamora, sin otro tropiezo que el haber encontrado al indio Zamoreño, con el cual entablaron su indispensable conversación infernal. Angel Ordoñez que formaba parte de la expedición, se quedó en Yacuambi al regresar yo al Cumbaraza; y me cuenta que a poco de haber yo salido llegó el dichoso **Nagapí,** con otros veinte jíbaros; y dice que aquello parecía un conjunto de energúmenos, tal era su desaforada gritería. Quisieron a todo trance perseguir para matarlos, a los Nangarizas, y harto nos costó disuadirlos de su vengativo propósito.

A las seis p. m. llegamos a Cumbaraza y nos apeamos en la pobre choza que allí nos edificaron los jíbaros. Preparamos nuestra cena y después de haber refocilado nuestros estómagos, nos echamos a dormir sin que la dureza y desigualdad de los palos que formaban nuestro lecho nos impidiese quedar profundameste dormidos hasta el amanecer del otro día en que nos despertaron los salvajes bien temprano. Logramos deshacernos de tan importuna visita y seguimos con morfeo hasta las ocho Nos levantamos, quisimos cocinar algo para desayunarnos, pero no había nada: entonces uno de los peones comenzó a gritar:—**soldado hambre tenendo, soldado hambre ya muriendo pensando.** Acudieron los jíbaros a averiguar la causa de tan desaforadas voces, y viendo que salían de estómagos vacíos se apresuraron en llenarlos, y al efecto nos trajeron yuca, plátanos y hasta un conejo montés que los salvajes no saben comer, pero que a nosotros nos vino muy bien, como podrá comprender cualquiera. Comimos y a pesar de lo crecido del río, por lo mucho que nos llovía, y no obstante las repetidas instoncias de los jíbaros para que nos quedásemos hasta el día siguiente, yo resolví marchar a pié y llegar a Santa Ana aunque tuviese que pasar el río nadando. De trecho

en trecho nos salían pequeños grupos de salvajes, ansiosos de saber de nuestros labios, cual había sido el resultado de nuestra arriesgada expedición; nosotros aquietamos a todos contándoles que los enemigos habían huído, y así llegamos a nuestro pueblo. Disparamos un tiro para llamar la atención de los Padres que estaban en Zamora, quienes al oirlo viniéron, nos pasaron con la canoa, nos dimos un abrazo de alegría y quedó terminada nuestra campaña naval-terrestre. Loado sea Dios infinitamente, que no permitió mayores desgracias." Así termina el P. González su minuciosa relación, y yo terminaré también poniendo punto final a la presente y suscribiéndome com siempre suyo afectísimo en Cristo, hermano y S. S. q. s. m. b.—Fray Luis Torra.

CARTA 10a.

Misiones de Zamora (Loja, Ecuador), Guayaquil Julio de 1893.

Muy amado Padre:

Como se desprende de mis dos anteriores correspondencias les sucedió a nuestros jíbaros aquello de ir por lana y salir trasquilado; es decir les salió el cuento al revés de como habían pensado. Intentaban como ya referiré en otra carta, perseguir para exterminarlos, a aquellos salvajes cuyas huellas, decían haber descubierto en el Yacuambi; y se distrajeron completamente de este reprobado intento con la venida de Naugarizas y Logroños, ávidos de cortar algunas cabezas jíbaras. Por de pronto estos tampoco lograron su intento, pues noticiados sin duda del refuerzo de cristianos que los indios Zamoranos contaban en su favor, y temerosos que les sal-

drían mal la cuenta, se replegaron prontamente hácia sus tierras, no sin ofrecer antes que volverían en mejor ocasión y mayor número. No cejaron pues del todo en sus proyectos sanguinarios; sólo aplazaron sus deseos, y como lo ofrecieron así lo cumplieron a los pocos días como luego veremos. En el interin, la pequeña tregua que nos diéron sirviónos a las mil maravillas para celebrar con la mayor solemnidad posible a un lugar como éste, donde no hay nada, las fiestas de Corpus, de San Antonio, y aún la de mi Santo Luis Gonzaga. Para la primera, adornamos nuestra capillita con varias telas de colores, de las que tenemos para regalar a estos ingratos jíbaros; cantamos vísperas que fuéron las primeras que aquí se han cantado después de la creación del mundo; oficiamos la Misa con melodium; se hicieron varios disparos de armas de fuego durante ella y la procesión, y por último dejamos colocado en nuestro pobrecito Sagrario al Rey de los Cielos, al Monarca soberano de los siglos, al Santísimo Sacramento del altar. Ahora sí que podemos decir **Dominus nobiscum:** ya está en nuestra compañía el Divino y celestial Huésped, y estando él con nosotros ¿quién en adelante podrá nada contra sosotros? Sírvase su Divina Majestad tenerme siempre en su gracia y atraer a su alrededor, como Pastor que es de las almas, a todas las de estos bárbaros, que están bajo las garras del lobo infernal. Nos despedimos del mes de María y dimos principio al del Sacratísimo Corazón de Jesús.

En el trascurso de esos días, varios jíbaros de los nuestros que vinieron a visitarnos nos manifestaro el temor que tenía de una nueva acometida. Nos dijeron que en casa de un tal Yacuma, de Nangariza, matador de cristianos, era donde se fraguaban los planes criminales de los enemigos. Que para frustrarlos e irles a acometer en su propia tierra, habían pedido refuerzo de gente en Pachicusa, Gualaquiza, etc. Nosotros por nuestra parte,

por prudente precaución, con la poca gente que quedó en el pueblo (varios se fueron por temor a los jíbaros) organizamos desde el principio de las novedades una pequeña guarnición, a la que armamos con escopetas y con media docena de rifles que teníamos: felizmente el día 15 del mismo Julio nos llegaron de Loja otras trece armas que nos prestó el Gobierno, de modo que nuestro armamento subió a la respetable suma de 20 fusiles, entre Remington y Píbodi. Por esos días pudimos también rescatar una regular campana que tiempo hacía se la habían encontrado los jíbaros del monte, y que guardaban con la esperanza de que la venderían muy cara. Por fín la vinieron a vender por dos perros de **mala muerte**, pero muy apreciados por los salvajes para sus compañeros en las cacerías.

El tiempo hasta entonces bonancible se descompuso, de suerte que la abundancia y frecuencia de los aguaceros nos tuvieron por varios días incomunicados con nuestros jíbaros, precísamente cuando más ávidos estábamos de noticias y de saber las malignas tramas que los enemigos urdían. El día 14 ya escampó un poco, y se nos presentó Chiura (el capitán) con otros de su partido; y tanto estos como otros que al día siguiente llegaron, nos declararon que temían fundadamente una nueva invasión de Naugarizas, que por cierto no se hizo mucho de esperar. En efecto el mismo día 15, como los jíbaros manifestaron deseos de regresar a sus casas, D. Angel Ordoñez se ofreció a bajar con ellos, ya con el fin de enterarse bien de lo que por abajo pasaba, ya también para hacer por allí algún negocio con los mismos salvajes. Marcháronse pues, todos juntos, y al llegar a Cumbarasa supieron de cierto que los Naugarizas, habían subido por segunda vez con los consabidos fines de matar y robar a cuantos pudiesen. Inmediatamente D. Angel nos mandó de propios a unos jíbaros participándonos la no-

ticia y pidiéndonos con urgencia refuerzos de gente y armas. Los propios llegaron a Santa Ana a las 7 de la noche del mismo 15, y como era tan tarde, dejamos para el otro día el mandarle los socorros que pedía y que consintieron en el señor Comisario del pueblo, más otros tres cristianos, todos bien armados y pertrechados. Llegan estos a Cumbaraza, se certifican del hecho y al instante el Comisario nos hace otro propio notificándonos que los jíbaros están muy furiosos, que quieren ir a todo trance al encuentro de los Naugarizas, y que en consecuencia le mande el resto de gente y armas que en Zamora habían quedado para marchar juntos con los jíbaros. Considerando nosotros los fatales resultados que de tal resolución se seguirían para el porvenir de la Misión, resolvimos que no se diera tal ataque, y al efecto escribí al Sr. Comisario que procurase persuadir a los indios nuestro parecer y resolución, avisándoles al mismo tiempo que habíamos hecho saber al Gobernador de Loja lo que aquí estaba pasando, para que el Gobierno dispusiese lo más conveniente para la seguridad y tranquilidad de cristianos y jíbaros.

Efectivamente al otro día, 17 de Julio despachamos un correo a Loja, con un oficio para el señor Gobernador en que le dábamos cuenta de nuestra crítica situación y de las repetidas alarmas que nos daban los Naugarizas y Logroños, indicándole que si estimaba conveniente nos mandase un piquete de tropa para poner miedo a los revoltosos, haciendo con ellos algún escarmiento si no dejaban su actividad guerrera y amenazadora. El día 18 regresó según mi indicación la gente que fué a Cumbaraza dejando a los jíbaros muy mal contentos, porque no quisieron acompañarlos al ataque que se habían propuesto. Supimos después que el 20 habían llegado al citado Cumbaraza como unos 20 salvajes de Gualaquiza para ayudar a los Zamoranos. algunos de ellos

fueron al pueblo a visitarnos. Celebramos la fiesta de San Luis con vísperas y misa cantada con los indispensables disparos de escopeta, cohetes, etc., etc. Por fín el 23 y a las 7 a. m., llegaron al pueblo 20 hombres de tropa al mando del mayor don Benigno López, quien por única órden traía la de ponerse a nuestra disposición para lo que juzgásemos conveniente. Felizmente no tuvimos necesidad de hacer uso de tal fuerza, pues si bien estuvieron un mes en Santa Ana, durante el cual los jíbaros Zamoranos se empeñaron varias veces en llevarlos para Naugariza matando todos, como decían; sin embargo no se movieron de allí y regresaron a Loja sin haber derramado una gota de sangre, después que toda la jibería poco a poco se había del todo apaciguado.

Viendo pues yo que ya no había peligro de que el órden se turbase, pues su conservación se hallaba suficientemente garantizada con la fuerza armada que he dicho, resolví hacer un viaje a Guayaquil y Lima. El objeto principal de este viaje, fuera de otros motivos también importantes fué el poner en conocimiento de los Superiores una cuestión sobre límites de nuestra Misión con la de los PP. Salesianos, que tarde o temprano se había de suscitar a causa de los linderos o límites que la Sagrada Congregación señaló a la referida Misión Salesiana. Llegó casualmente a nuestras manos uno de los números del periódico "El Republicano" de Quito, que es uno de los órganos semi-oficial del Gobierno de esta República, y leímos con no poca sorpresa que la Misión de los Salesianos extendía oficialmente sus límites por el Norte hasta la ribera del río Zamora. Ahora bien; fuéra de ser bastante escasos los salvajes que residían en nuestra jurisdicción, parece que la mayor parte de ellos, al menos los que hasta ahora conocemos, viven en la orilla izquierda del mencionado río, y por consiguiente pertenecen a la citada Misión, según decreto Pontificio

de 8 de Febrero de 1893. Sin duda alguna la Sagrada Congregación al fijar tales límites obraría en virtud de algunos datos equivocados que le fuéron suministrados sin tener en cuenta nuestra Misión de Zamora; de lo contrario no sé cómo explicar el hecho. Con el fin pues de esclarecer esta cuestión, antes que con el tiempo se sucitasen otras quizá más enojosas, y para ver modos de resolverla satisfactoriamente a favor nuestro, es que salí de Zamora para Lima el 26 de Julio. Como el día de mi marcha se encontrasen algunos jíbaros en el pueblo, les pregunté casi por juego si querían acompañarme a Guayaquil, y contra toda esperanza se ofrecieron cinco de ellos a venir conmigo. Acepté gustoso su oferta, tanto para que se vayan acostumbrando a ir en nuestra compañía, cuanto de una vez para siempre se les quitase la necia preocupación en que están todos estos jíbaros de que han de morir si van a Guayaquil. Hasta entonces siempre que les habíamos indicado semejante viaje, nos contestaban con energía:—**no yendo: Guayaquil yendo ya muriendo.** Salimos pues juntos con los cinco jíbaros ya dichos, y llegamos a Loja sin novedad; pero como me fuese indispensable antes de seguir adelante, permanecer unos cinco días en esa ciudad, se me escaparon todos los salvajes con el pretexto de que caminábamos despacio: uno me decía, **durmiendo y Guayaquil ya yendo: sino Zamora volviendo.**

Tuve que dormir cinco días en Loja y me quedé sin jíbaros, quienes regresaron por el mismo camino. Desembarazados de esos indios que comenzaban ya a darme mucho que hacer y cuyo viaje a Guayaquil habría podido comprometernos bastante, salí de Loja el 5 de Julio; el 13 llegué a Guayaquil y el 22 del mismo mes al Callao y Lima. Expuse al M. R. P. Comisario el objeto de mi viaje, inopinado para él. lo mismo hice ante el Excmo. Señor Delegado Monseñor Machi, y ambos tomando en

consideración mis razones me aseguraron que con la prontitud que el caso requería, examinarían la cuestión y verían de darle una solución satisfactoria, previa consulta a la Santa Sede. Durante los pocos días que estuve en Lima redactamos con el R. P. Comisario, un Reglamento para la Misión y Colonia de Zamora y lo remitimos para su examen y aprobación según él mismo lo había dispuesto. Evacuados dichos asuntos y hechas algunas compras de cosas útiles para la Misión, traté de regresar a mi destino, en donde los Padres que quedaron aguardaban impacientes el resultado de mis gestiones. Salí pues de Lima y Callao el primero de Agosto, acompañado del Hermano donado Andrés Miranda, que iba a Zamora para sustituír a fray Francisco Carreras, quien por motivos de salud tuvo que abandonar la Misión y quedarse en Guayaquil, hasta nueva órden del M. R. P. Comisario.

Hasta la fecha no tenemos más legos ni Hermanos fuéra del referido, y por cierto que hacen falta, pues ha habido ocasión en que yo he tenido que hacer la cocina.

El día cinco de Agosto llegamos a Guayaquil y no salimos hasta el 14: durante esos días corregí el Reglamento de la Pía Unión, e hice imprimir la 2a. edición, corregida y aumentada, con una novena de San Miguel, Patrón de la Asociación. También fundé la dicha Asociación en aquella ciudad, inaugurándola con un selecto concurso en la Capilla de la Tercera Orden, y recayendo los cargos de Presidenta y secretarias en personas distinguidas y de sólida piedad, como la señora Josefa S. Brune de Carbo, una hermana suya, la señorita Etelvina Carbo, la señorita Carmen Plata, etc., etc., de cuyo celo y actividad de todas ellas es de esperar con gran fundamento que aquella Asociación producirá muy en breve excelentes resultados para la misión. Como he dicho, salí de Guayaquil el 14 y llegué a Loja el 26: salí para Zamora el 12 de Setiembre y el 16 del mismo mes estaba nueva-

mente en nuestro pueblo de Santa Ana y en compañía de mis hermanos, a quienes, gracias a Dios, encontré buenos, y todos quedaron satisfechos del resultado de mis gestiones y todos esperamos que venga de Roma el arreglo definitivo, para según él tomar nuestra última resolución.

Hasta otra se despide de V. P. su más afmo. hijo y hermano en J. C.—Fray Luis Torra.

CARTA 11a.

Zamora (Loja, Ecuador) Octubre 4 de 1893.

Muy amado Padre:

Es indudable que la vida del Misionero Apostólico, y sobre todo del que trabaja en la reducción de tribus salvajes, es una vida de contínuos trabajos y afanes, de fatigas y sacrificios de todo género. Más si el campo de sus tareas es nuevo aún, es decir, si la viña que le ha señalado el Padre de familia, dueño de la heredad, Dios nuestro señor, está completamente inculta, y además es el terreno árido, pedregoso y lleno de malezas, entonces se centuplica el trabajo, y los sudores y afanes son mucho mayores; pues antes de abonar el terreno, antes de comenzar nuevas labores, es preciso desmontarlo, quemar las malezas, despejar el pedregal; so pena de perder después el tiempo infructuosamente y malbaratar la simiente. Tal es el campo que a nosotros nos ha cabido en suerte: hasta ahora nadie había pensado en cultivarlo, o si alguien lo había intentado, había retrocedido en vista de las casi insuperables dificultades que presentaba la labor. Es verdad que en siglos pasados no faltaron obreros evangélicos, que con un valor y heroismo que solo la verdadera religión sabe inspirar, habían hecho grandes adelantos, sembrando y cultivando la semi-

lla evangélica e introduciendo la civilización cristiana en estos lugares, llamados ahora Región salvaje de Oriente: vino empero el hombre enemigo, quien sembró la zizaña en medio del buen grano, con tan buena fortuna para él, que en poco tiempo quedó muerta la heredad poco ha tan lozana y floreciente. Díganlo si no las famosas poblaciones y ciudades que contaba el Oriente de esta Nación, como Zamora, Logroño, Valadolid, Sevilla del Oro y otras, que desde entonces y quizá para siempre, quedaron borradas del mapa del Ecuador sin que hasta el presente puedan hallarse ni siquiera sus vestigios. Nos cuenta la historia que algunas de estas poblaciones eran muy populosas y centros de gran comercio, construídas con sólidos y elegantes edificios; que en algunas existían monasterios de religiosos y religiosas. Pero llegó la hora funesta en que los indios jíbaros, demasiado hostilizados sin duda por los que sedientos de oro les ponían insoportables tributos, se sublevaron, levantándose como un solo hombre y acordándose de sus salvajes instintos no bien domados aún, y llevaron por todas partes el terror, la muerte y exterminio, incendiando ciudades, degollando a sus moradores y llevándose cautivas a las mujeres, sin exceptuarse a las Religiosas, a quienes cupo sin duda una suerte peor que la misma muerte.

¡A qué extremos conduce, y cuán fatales son las consecuencias de un sórdido interés!

De aquella horrorosa catástrofe y hecatombe data indudablemente el cruzamiento de razas que se observa entre los salvajes de estas jibarías; pues si bien algunos de ellos conservan aún el tipo indígena en toda su pureza, los más ostentan sensiblemente el europeo, que se deja traslucir a través de la bronceada piel y del desaliño y toscos modales del salvaje. Figúrese pues el lector, cómo quedarían y cómo estarán, habiendo trascurrido no años sino siglos, después del forzado abandono en que los

dejaron aquellos que con tanto desinterés los cultivaban!

Así como el terreno material, a causa de su asombrosa fecundidad no contenida ni perjudicada durante tanto tiempo, se ha nuevamente cubierto de una vegetación exuberante, que no desdice de la que hasta el presente aún no ha sido visitada ni hollada por planta humana; de igual modo el campo espiritual de las almas de estas fieras con figura de hombre, ha venido a ser como antes y aún peor si cabe, un erial de espinas y abrojos, sin resto de fé, ni de civilización, ni aún apenas de humanos instintos. Mentira parece que la raza humana, criada por Dios con tanta nobleza pudiera llegar a tal punto de degradación y vileza.

Se desprende pues de lo dicho que no es posible dormir, ni descansar si se quiere, aunque sea á la larga, conseguir algún fruto de tan ingrata tarea; y aún así en vano se esperará dicho fruto si Dios, que es quien dá el incremento, no abona profusamente con sus gracias y si no fecundiza con el celestial rocío de sus infinitas misericordias lo que nosotros sembramos y plantamos. De aquí se originan pues tantos viajes, tantas idas y venidas a una y otra parte, tantas vueltas y revueltas que se han dado y las que faltan aún. Sin embargo, esto es lo de menos: que no deben arredrar los trabajos, y el cansancio a los discípulos de aquel Soberano Maestro, Salvador de los hombres, que por salvar a tantos ingratos no hacía más que ir y volver, pasar y repasar una región trás otra, caminando sin cesar por aldeas, villas, ciudades; buscando en todas partes las ovejas extraviadas para formar con ellas el gran redil de sus hijos predilectos, los escogidos. Como a ovejas en medio de lobos mandaba a sus primeros discípulos y apóstoles; y como a ovejas entre lobos nos manda a nosotros también, enviándonos a estas misiones, pues no puede negarse que poco menos que fieras y lobos carniceros son estos desgraciados infieles, cuya reduc-

ción deseamos y procuramos con tanto empeño. Como las fieras de la montaña, sólo piensan en dormir y comer, en revolcarse en el inmundo fango de todos los vicios y torpezas y en matar y devorarse unos a otros recíprocamente.

Tan pronto son enemigos mortales entre sí, como amigos que se conjuran para ir a su vez a acechar para darles muerte a otros contrarios. Son contínuos juguetes del maligno espíritu, quien como sanguinario homicida que es desde el principio, los tiene siempre agitados en movimiento contínuo de una a otra parte, para en todas partes cometer el crimen. Siempre tienen alguna venganza pendiente; pues son muchos los motivos que a ella les impulsan. Como no hay enfermedad ni desgracia propia o de familia, ni muerte aunque sea de un perro sarnoso, o de una gallina, que no lo atribuyan a brujería o a maleficios, y como en cada uno de estos percances inculpan a alguno, al primero que se les antoja, como causante del mal, daño o brujería; de aquí es que ya la emprenden contra uno, ya contra otro, ya contra cristianos, ya contra los mismos salvajes, según donde sople el viento supersticioso y según se presenta la ocasión. Ya vimos en anteriores correspodencias como los Nangarizas y Logroños se conjuraron para venir a matar a los jíbaros de Zamora, después que estos habían ideado matar a los de una tribu desconocida y cuyas huellas habían descubierto. Entonces se frustraron planes repetidas veces intentados, y sin perjuicio de volver a ellos el día menos pensado, ahora por de pronto han tenido por conveniente hacer las paces entre Nangarizas y Zamoranos, como efectivamente las han hecho del modo más repentino e imprevisto, con el fin de ir juntos a dar una batida a otro tribu lejana, que bien desimaginada se halla de lo que le espera. Por manera que los que poco antes solo pensaban en matarse, son ya amigos íntimos que comen un mismo plato,

duermen en la misma cama y el lazo maligno de esta improvisada amistad la forma el común odio y el común deseo de venganza que tienen contra un común enemigo; ¿a quien mejor pues que a estos salvajes se les puede aplicar el dictado de lobos carniceros? A ellos pues hemos sido enviados para ver de transformar su fiera naturaleza en la de mansas ovejas. Difícil intento y cada día me voy convenciendo más, de que no lo lograremos sin un milagro de la gracia y Omnipotencia Divina.

Poco tiempo había que acababa de llegar de Lima, cuando ya comenzamos a hacer los aprestos necesarios de gente, víveres, etc., etc., para emprender otro viaje, si no tan largo como el anterior a Lima, al menos más difícil, trabajoso y peligroso cual era el de Zamora a Gualaquiza. No es lo mismo viajar entre gente civilizada y cristiana, que entre infieles y salvajes; verdad es que en cuanto a los caminos, poca es la diferencia, pues poco más o menos todos son peores, como acostumbran expresarse los indios: si malos son lo caminos de la montaña, malo son también por no decir peores, los que conducen a Guayaquil tanto los de la sierra, como los de la costa. Pero por lo menos sabe uno que en medio de los despoblados que son estos lugares, se encuentra a las cuatro, ocho o diez leguas alguna mala población en donde no falta una choza donde guarecerse, y alguna alma caritativa que quiere venderle un plato de comida y un tercio de pasto para las bestias; en la montaña ya es otra cosa: allí ya no hay que esperar pueblo ni gente civilizada, sino a lo más una que otra choza a las muchas leguas; por manera que la mayor parte de los días se pasan sin encontrar un ser humano, y la mayor parte de las noches hay que dormir o en la orilla del río, o en la espesura de la montaña: y si alguna vez le toca a uno pernoctar en la cabaña de esos indios nómadas, es con la incomodidad consiguiente a sus contínuas y desaforadas charlas y o-

tros mil inconvenientes, pues sabido es que a nadie guardan la menor consideración y respeto. Echese usted a dormir en el asqueroso suelo, en medio de aquella chusma de mujeres, chicos desnudos y una caterva de perros y animales, que están en un incesante ladrar; y se verá que es preferible a tanto baturrillo, la soledad del bosque, ora sea la orilla del río, cuyas bulliciosas aguas le arrullan a uno más agradablemente, ora bajo la frondosidad de la montaña cuya infinidad de hojas y ramajes, mecidos por el viento, le convida también al sueño y descanso. Por mi parte confieso francamente que siempre he preferido este hermoso hospedaje que con tanta generosidad nos brinda la naturaleza por do quiera, que el que aun cuando no nos lo niegan los jíbaros, no es sin embargo tan encantador y tranquilo como el primero, aunque el uno y el otro carecen repito de las comodidades y seguridad que poca o mucha se encuentra siempre entre gente civilizada y cristiana.

Volviendo ya al asunto, decía que apenas había llegado de Lima, cuando tuve que emprender otro viaje. Nuestro M. R. P. Comisario me encargó que hiciera una expedición a Gualaquiza, o al menos hasta el río Bomboisa, con el fin de explorar por mí mismo el río Zamora, con todos sus afluentes de derecha e izquierda hasta su confluencia con el referido Bomboisa, a fin de recoger todos los datos más exactos que posible fuese para enviarlos a la Santa Sede por medio del Excelentísimo Señor Delegado, para en vista de ellos se pudiese señalar oficialmente también a nuestra Misión los límites convenientes, rectificando en caso de ser necesario y posible los previamente señalados para la Misión de Gualaquiza.

Como según la órden recibida tenía que fijar la dirección de los ríos situados de los lugares y aún levantar un plano topográfico de los lugares recorridos, y como

para estos trabajos era indispensable algún instrumento, fué preciso que el R. P. Solano fuese a Loja a procurarse dichos instrumentos y algunas otras cosas que nos hacían falta que yo había olvidado en mis últimos viajes a aquella ciudad. Marcháronse pues dichos Padres y a los pocos días regresó a Zamora acompañado de un Hermano Corista Fray Francisco Cheesman (1), joven simpático e inteligente que venía a convalecer de sus achaques y que se quedó acompañando al mencionado P. Solano durante nuestra ausencia de Santa Ana. Provisto ya de lo más urgente, resolvimos emprender nuestra expedición y para ella señalamos definitivamente el día cinco de Octubre. Celebramos primero la fiesta de nuestro Seráfico Patriarca y después bajo sus auspicios y confiando en Dios, por cuya voluntad íbamos a exponernos a tantos peligros de toda especie, e invocando la protección de su Madre Santísima, Patrona nuestra y Abogada, nos embarcamos y proseguimos nuestra ruta con la felicidad y resultados que se verá en la siguiente correspondencia. Ya que es hora de poner punto final a la presente, suplicándole nos tenga presente en sus fervorosas oraciones y nos recomiende eficazmente a las de los demás religiosos, a fin de que nuestros trabajos y sacrificios no sean estériles, sino que redunden todos a mayor honra y gloria de su Majestad Divina, santificación de las almas de nuestros prójimos, conversión de los salvajes y aumento de nuestros méritos. Me repito como siempre su más afmo. S. S. q. s. m. b.—Fray Luis Torra

---

(1). El Padre Fray Francisco Cheesman mora en la actulidad en el Convento de San Francisco de Lima, cabeza de la Provincia de los XII Apóstoles: entre sus méritos debe enumerarse el pertenecer al directorio de la Sociedad Geográfica de Lima.



El Padre Fray Francisco Cheesman

Siguen aquí las tres cartas que le mandé a mi regreso de Gualaquiza y que son 12a., 13a. y 14a., de esta colección (1).

CARTA 15a.

Santa Ana de Zamora (Loja, Ecuador) Enero 7 de 1894.

Muy amado P. Comisario:

Dejé apuntado en una de mis anteriores que tal vez tendría ocasión de manifestar que estos jíbaros, cuya reducción nos ha sido encomendada, tan pronto son amigos como enemigos entre sí: hoy se reunen para batir una parcialidad, con lo cual se amistan al día siguiente para marchar puntos a exterminar a los de otras tierras. Para esto un sólo pretexto, aunque sea imaginario, les basta. Ahora mismo nos están dando una prueba evidente de su volubilidad, siempre feroz y sanguinaria. Alegres y relativamente satisfechos, nos hallábamos después de nuestro regreso de Gualaquiza al ver como íbamos conquistando algunos muchachos, y la facilidad conque se desprendían de lo que más amaban, esto es de sus largas y hermosas madejas de pelo que dejaban se las cortásemos, y como se dejaban vestir, **cristiano parejo,** como ellos dicen. Viendo una tan inesperada transformación, parecíonos que íbamos ya a cantar victoria, y que sucesivamente nos iban a presentar a todos los muchachos y muchachas de la jibaría, con los cuales seguramente podríamos formar una nueva generación con la que triunfaría-

(1). El contenido de estas tres cartas del padre Torra va incluído en la correspondencia, del padre Vidal con el epígrafe de Expedición a Gualaquiza.

mos sin duda del salvajismo de los viejos. ¡Nada se puede esperar de la generación actual, tan aferrada a su barbarie, necias creencias y ridículas supersticiones, como recalcitrante a la fé y civilización cristiana! Sólo los chicos nos mantienen un poco la esperanza. Llegué hasta a formar el proyecto de traer unas Hermanas Terciarias con el carácter de Maestras, para que ellas hicieran con las niñas lo que nosotros comenzabamos a hacer con los niños, a fin que trabajando a la par en la cultura de ambos sexos, llegásemos más pronto al fin apetecido, que es el de su regeneración. Diré de paso que esto de traer Maestros, sean Religiosos, sean seculares es del todo indispensable, como lo ha demostrado la experiencia, y si la Misión sigue adelante, tarde o temprano se tendrá que pensar seriamente y poner en práctica cosa tan necesaria como ordinaria en todas las Misiones, inclusive las nuestras. Las mujeres deben entenderse con las de su sexo, y nosotros con los del nuestro, a no ser que se quiera dejar abandonadas a esas criaturas que igualmente son hijas de Dios, con igual derecho y obligación de santificarse y salvarse; o que se pretenda se han de transformar solas, dejadas a su arbitrio. Sirva esto de contestación a los que, Dios sabe con que celo, se han opuesto a que vengan Maestras a Zamora, cuando había quien generosamente se ofrecía para este trabajo tan laudable y meritorio.

¡Mas, oh inconstancia de las cosas humanas, qué pronto se eclipsaron nuestras hermosas esperanzas, y con qué facilidad nuetro gozo se cambió en tristeza! un mes hace apenas que comenzamos a tener jibaritos en nuestra compañía, y no solo hemos palpado cuan reacios son para la educación cristiana y civil, no por falta de talento, sino de voluntad y aplicación, que hemos comprendido también que si los taimados jíbaros hacen el sacrificio de dejarnos por algunos dias a sus hijos, es tan solo por el

mezquino interés de las ropitas y alguna otra cosa que les damos, pues luego con cualquier pretexto o mentira se los llevan para no traerlos más, y si los traen será en un estado más bárbaro de lo que antes eran. No fué solo ésta la causa de nuestra pena y desaliento: sino que refiriéndome a lo que decía al principio, nos diéron pronto los jíbaros una prueba palmaria de su inconstancia en todas sus fases siempre sanguinaria. Creo que fué a principios de Diciembre cuando vinieron a este pueblo una turba de infieles Nangarizas acompañados de algunos de Zamora, a quienes aquellos días antes habían perseguido de muerte. Como nos extrañásemos de verlos juntos, nos dijeron que ya eran amigos, pero nos ocultaron sagazmente la verdadera causa de ésta improvisada amistad, que no era otra sino la ya antes indicada de que tramaban ir juntos a asediar a otra tribu distante. Con mucha astucia y ocultando siempre sus malvadas intenciones nos sacaron una escopeta y algunas municiones y se marcharon. Cual sería nuestra sorpresa cuando a los pocos días supimos que la mayor parte de los jíbaros de armas tomar habían partido en dirección a Canelos, Misión perteneciente a los PP. Domínicos, con el malvado fín de matar allí a no sé cuantos infieles. En cuanto tuvimos ocasión y por lo que pudiera aprovechar, dimos parte de esta cruel determinación de nuestros jíbaros al señor Gobernador de la Provincia, para que éste a su vez lo pusiera en conocimiento del gobierno, por si juzgase conveniente hacerlo saber a los PP. Domínicos, y mandarles alguna tropa para su defensa y a la de sus indios. Después supimos que el Gobierno aprovechando de la noticia que le dimos, mandó a Canelos algunos soldados de el arma de caballería y hasta la fecha ignoramos completmente lo que hya acontecido. Es muy posible, sin embargo, de que nada aprovechara el envío de tropas, pues los jíbaros de Gualaquiza están aguardando el regreso de

los expedicionarios para ejecutar en ellos no sé que atrasadas venganzas, por manera que bien puede suceder que sea ésta la segunda vez que habiendo ido por lana vuelvan trasquilados. Porque, como los Canelos o Mendeños estarán prevenidos para la defensa, los Zamoranos no habrán tenido otro recurso que volverse por el mismo camino, pues si han de atacar ha de ser a traición, y volviendo se hallarán entre dos pueblos, pues como acabo de decir, los Gualaquizas los aguardan con las mismas malas intenciones que ellos llevaron a Canelos, o a donde hayan ido. ¡Pobres gentes! Siempre juguetes del demonio que los lleva de una a otra parte al retortero.

Entre tanto sucedía lo que voy refiriéndo, se me ofreció necesidad de hacer otro viaje a Loja, para arreglar algunas dificultades que algunas personas malquerientes suscitaron a la Misión y sus colonos. Nunca faltan a las Misiones esta clase de contrariedades de parte de los cristianos, como si no fuesen bastantes las que oponen los infieles para su conversión. Cuando no se pensaba en fundar la Misión nadie se acordaba de que tenía aquí terrenos propios; pero desde que se fundó, han salido una porción de propietarios con títulos o sin ellos, que nos hacen no poco daño tal vez sin quererlo, y que nos disputan hasta el terreno donde está construído nuestro conventito y capilla. Es necesario que el gobierno aclare pronto esta cuestión, si no nada adelantaremos sobre tan malos cimientos. Nosotros no tenemos otro remedio que armarnos de paciencia y poner el ojo en el galardón que nos espera, y que será tanto mayor, cuanto mayores sean las cruces que por amor de Dios llevemos. Pero nada hay en este mundo que sea tan eterno, y al trabajo suele suceder el descanso, a las penas y dolores el refrigerio, y la alegría a la tristeza, después de los sinsabores referidos nos toca también gozar un poco. Arreglé del mejor modo que supe y pude los asuntos que me llevaron a Loja, y

como se acercaban las fiestas de Navidad, traté de regresar pronto a Zamora para tener el placer de celebrarlas en unión de mis amados compañeros de penas y trabajos. Para que el gozo fuése más cabal me conseguí un poco de pan para tener siquiera este pequeña regalo en una fiesta tan grande. Sí; regalo extraordinario es el pan en estos lugares, pues aunque en otras partes es el alimento ordinario aún de los más pobres, a quien no les falta un mendrugo, aquí es un acontecimiento el conseguirlo, de modo que le dá a uno ganas de recibirlo con un repique de campanas. Del vino nada diré, pues el poco que tenemos lo reservamos para el Santo Sacrificio de la Misa, y aún procuramos que la ración sea la puramente necesaria.

Llegó pues la festividad del Nacimiento del Niño Dios y celebramos la Noche Buena con todas las demostraciones de alegría que nos fué posible. Grandes fogatas que iluminaban la noche a larga distancia, algunos cohetes que culebreaban por los aires, asustando tal vez a los jíbaros que viven en las cercanías, y los **non plus ultra** desafinados acordes de una original orquesta, compuesta de una mal forjada zambomba, una guitarra toda rajada, unas flautas de carrizo y varios infantiles instrumentos, que era una gloria el ver la formalidad y gusto con que los pulsaban hombres ya barbudos inclusive nosotros; la serenata o retreta, no sé como llamarla, duró hasta las diez y media, hora en que comenzamos los Maitines que fuéron todos cantados: un coro lo formaban un Padre y un Hermano que destrozaba el latín a las mil maravillas; y el otro los dos Padres restantes; y el monumental (?) melódium estuvo a la disposición del corista Fr. Cheesman, que le hizo dar unas voces de lo que se podía esperar de sus pequeñas dimensiones; la del melódium se entiende. Alternamos los Nocturnos con algunos Villancicos al Niño Dios; durante el Te Deum, hi-

cimos la adoración del Divino Infante y acto contínuo cantamos la famosa Misa del Gallo. Al otro día a las ocho cantamos otra Misa. Lástima que no asistiésen los jíbaros a estas solemnidades: dió la casualidad de que solo dos jibaritos se hallaban entonces en Zamora, y aún estos se fuéron pronto a dormir, lo que no habrían hecho si en lugar de los Divinos Ofirios hubiésemos seguido en la charanga, cohetes y fogatas, pues esto les gusta mucho y saben estarse sin dormir, como en sus ridículas fiestas en las que pasan varias noches insómnes, con tal que no les falte la chicha, masato y buenas presas de mono o sagino.

Como los colonos de aquí son tan pobres, que rara vez prueban la carne ni fresca ni salada, a no ser que les compren a los jíbaros algún oso o león de los que ellos cazan, para que su alegría fuese más completa hicimos matar una ternerita y les repartimos un trozo de carne a cada familia con la que pudieron refocilarse un tanto sus debilitados estómagos. Las fiestas de Año nuevo y Reyes las solemnizaron igualmente de la manera sobre dicha, con Vísperas, Misa cantada, disparos, etc., etc. De este modo se alegran y entusiasman no poco nuestros ánimos abatidos de la monotonía a que nos tienen condenados estos indomables salvajes, quienes nos entretienen siempre con buenas esperanzas de convertirse, que siempre las defraudan con su nativa inconstancia. Los infelices no tienen otra ambición ni otras aspiraciones, ni piensan más que en sus lanzas, machetes, hachas, cuchillos, cervatanas, anzuelos, escopetas, pólvora, munición, fulminantes y otras cosas por el estilo; teniendo algunas de estas herramientas y pudiendo matar algunos monos, saginos y javalíes, y también siempre que se les presenta la ocasión, algún jíbaro rival para cortarle la cabeza y hacer fiesta con ella, ya están contentos y nada les preocupa. ¡Qué triste ambición! ¡Qué codicia tan salvaje! Y,

cómo se contristan nuestros ánimos al ver ese materialismo tas mezquino como desgarrador, esa estólida indiferencia para todo lo que se refiere al alma, a Dios, al cielo, al infierno y a cuanto se relaciona con su suerte futura, todo lo cual lo reputan como un mito! No hay que darle vueltas al asunto. Por ahora no quieren darnos el menor trabajo en que los bauticemos, confesemos, casemos y les enseñemos las verdades cristianas y las leyes de la civilización. Nos queda pues bastante tiempo para hojear nuestros libritos y para ocuparnos en diferentes trabajos, como carpintería, cultivo de huertas, etc., etc.

He aquí el reglamento que definitivamente hemos adoptado y que por la experiencia que desde Agosto último venimos haciendo de él, vemos que vá bien. Por la mañana nos despertamos a las 5 con el toque del Angelus, y en seguida se llama a Misa, que se dicen a las cinco y media, a las 6, y a las 6 y media respectivamente. En los Domingos y fiestas, la última Misa sale a las 7 en punto. Después de la Misa y tomado un ligero desayuno, nos entretenemos en estudiar, escribir o trabajar; a las 9 un Padre hace escuela durante una hora, a los chicos y chicas del pueblo, y a los jíbaros cuando los hay: a las 10 y media rezamos juntos las Horas menores del Oficio y acto contínuo almorzamos: sigue la recreación hasta las 12 en que vamos a la siesta después de rezado el Angelus. A la 1 p. m., tomamos el café y seguimos con la tarea de estudiar, escribir o trabajar: a las 3 otro Padre hace otra hora de escuela: a las 4 rezamos Vísperas y Completas, Maitines con Láudes y enseguida comemos, y sigue el recreo hasta la seis y media, hora en que se toca el Angelus y al Rosario con tres repiques. De seis y media a siete hacemos lectura y meditación, a las 7 Rosario con el pueblo; después del cual los Domingos rezamos y cantamos el Trisagio, los Lunes cantamos el **Responso Libera me** para las almas, los Martes el Responso a San Astonio, los

Miércoles el de San Francisco Solano, los Jueves un ejercicio al Smo. Sacramento, los Viérnes el Vía-Crucis y los Sábados la Salve cantada y el Tota pulchra . . . . Además todos los días cantamos la letanía con el Alabado o el Buenas Noches: los Domingos cantamos el Asperges y cuando hay humor y posibilidad también, Vísperas y Misa en las principales festividades.—De V. P. S. S.—Fray Luis Torra.

CARTA 16a.

Santa Ana de Zamora (Loja, Ecuador) Febrero 18 de 1894.

Muy amado P. Comisario:

Pasadas las fiestas de Navidad tuve que ir nuevamente a Loja para acompañar a Fr. Francisco Cheesman a quien se le había terminado el plazo de estar en Zamora y tenía que regresar a su Colegio para rendir exámen del segundo año de Moral y hacer los Santos Ejercicios con la Comunidad. Viaje fué este funesto bajo todos conceptos, no solo porque se frustró uno de los principales objetos de mi ida, sino por los percances que al regreso sufrimos, como luego diré. También tenía intención de hacer en Loja los Ejercicios, como dispuso nuestro P. Comisario que nos fuésemos turnando cada año para hacerlos; pero como el P. González que debía acompañarme se enfermó, y también por otros motivos que callo, determiné regresar a Zamora para hacerlos allí con mis compañeros. Salí pues de Loja el 2 de Enero en compañía de varias personas que iban a establecerse en el territorio de la Misión. La primera jornada fué corta y sin novedad: tampoco la segunda fué larga ni mala: no así la tercera que bajo todos conceptos fué fatal, no solo porque

nos llovió todo el día y llegamos empapados, sino porque al vadear el Sabanilla que crecía por momentos nos llevaron las aguas un hermoso macho, que era la mejor bestia que teníamos en la Misión. Extenuado de cansancio y pesaroso por el percance acontecido llegué a nuestro pueblo la víspera de Reyes, y por lo noche cantamos las Vísperas de la Epifanía y al día siguiente la Misa en acción de gracias, por no haber sido mayor como pudo serlo la desgracia de la antevíspera.

Como el tiempo siguiese algo regular, lo aprovechamos para hacer algunas siembras y nos fuimos desocupando de los quehaceres más urgentes, a fin de que toda la gente estuviese expedita para salir cuanto antes al trabajo del puente sobre el Sabanilla. Siempre habíamos creído que dicho puente era de primera necesidad y nos confirmamos en esta persuasión al ver la desgracia que habíamos sufrido; y aún cuando no nos hubiera impulsado este motivo, lo que posteriormente aconteció con la pérdida de otros animales, que los arrebató la corriente, nos había animado de sobra. El 26 pues salió la gente para dicho trabajo y les acompañó el R. P. Fr. Francisco S. Pascual con el Hermano Andrés: también fué con ellos el señor Comisario del pueblo con su esposa, que se dirigían a Loja en busca de víveres para los trabajadores del puente. En este viaje se les ahogó un hermoso toro **cabestrillo.** Todo fué poner manos a la obra y comenzar a llover, pero con tal insistencia, que el agua no les dejaba moverse de las tiendas, y el río creció tanto que en los seis días que estuvo allí la gente, no les dió paso para explorar el terreno del otro lado, para ver si era o no apropósito para levantar el estribo y seguir la obra. Viendo pues, el referido Padre que las aguas no calmaban y que allí no hacían sino perder el tiempo y consumir los pocos víveres que habían llevado, resolvió venirse con todos los trabajadores, como lo efectuaron el 1o. de

Febrero. Cuando estaban cerca de llegar aquí tropezaron con las pocas personas que en el pueblo habían quedado, quienes acompañábam a su última morada el cadáver de uno de los Vigilantes que el día anterior había fallecido. Este extrenó el cementerio que en Noviembre último habíamos hecho rozar a la orilla del camino y a la distancia de un kilómetro de la población.

Como en estos lugares acostumbran llover unos cuatro o seis días y luego escampa y hace otros tantos días buenos, creíamos que lo mismo sucedería ahora y que pronto los peones podrían volver a sus faenas apenas comenzadas. Pero esta vez nos llevamos un solemne chasco: hasta hoy no ha escampado ni mejorado el tiempo, y este sigue aún tan variable, que no presta mucha seguridad para el trabajo. Este es uno de los mayores inconvenientes que estas montañas presentan al querer emprender cualquier obra: los casi no interrumpidos aguaceros que enferman a la gente, mojan los víveres y no permiten hacer nada. Sin embargo, uno de estos días intentaremos volver al trabajo comenzado. El primer Domingo de Cuaresma llegaron aquí con el Comisario los que con él fueron a Loja por víveres; los cuales habiendo salido el Lunes anterior de aquella ciudad, les hizo tan mal tiempo, que tardaron tres días en llegar al Sabanilla y encontraron a este tan crecido, que les fué preciso otros tres para poderlo vadear: así llegaron gente y víveres maltratados y de estos se perdieron bastante. Fué preciso pues mandar más gente a Loja para que trajesen más vituallas y se encontraron sin poder pasar el río hasta hoy, que lo han efectuado por medio de un cable o maroma que templaron de una a otra orilla, y les sirvió de puente a los que esperaban de una y otra parte. A uno de los que iban nos lo han traído muy enfermo, a causa de las mojadas y otros trabajos que sufrió, esperando poder vadear el terrible Sabanilla: para que se vea

si es de imperiosa necesidad un puente para pasarlo y librarse uno de morir de hambre y de frío.

Estando escribiendo esto, hemos tenido noticia de los jíbaros que por Noviembre fuéron a Mendez a **caza** de otros jíbaros como ya dije. La expedición ha durado más de tres meses, y las venganzas han sido muy sangrientas y numerosas las víctimas. El domingo llegaron aquí los primeros que fuéron un tal Tsiré y un muchacho de Mendez: les preguntamos si habían matado a muchos y cuantas cabezas habían traído, y nos contestaron **—no matando, cabeza no habiendo.** Comprendimos que avergonzados tal vez de su cobarde fechoría y sabiendo que desaprobábamos nosotros sus monstruosos crímenes, nos lo querían ocultar. Les asediamos pues con diferentes preguntas y al fin vinieron en confesar de que sí habían matado a algunos y traído tres **zanjas** o cabezas disecadas y también a una mujer cautiva. Hoy en fin a venido al pueblo el famoso capitán Chiura, con su yerno Guambaschu y nos han confesado de plano y con una espantosa sangre fría, que han hecho unas 23 muertes, entre hombres y mujeres, grandes y chicos, que han traído tres cabezas humanas, y que han empezado ya los ayunos de preparación para celebrar las canibalescas fiestas llamadas de las Zanjas. Parece según lo dicho, que la crueldad de estos salvajes se vá refinando cada día, y que vá en aumento en lugar de ir disminuyendo como era natural. Antes tenían horror en matar a las mujeres y niños, y ahora según confiesan ellos mismos se han cebado también en esos seres indefensos, sin perdonar a la criaturas de pecho. A este paso no sé hasta donde llegaremos

Para que se vea entre qué clase de salvajes nos hallamos los que encuentran su mayor placer en atravesar de un lanzazo a un semejante suyo, y en cortar acto contínuo la cabeza a su víctima aún palpitante y disecarla después, reduciéndola por un habilísimo procedimien-

to a pequeñas dimensiones, sin alterar las facciones de la misma para llevarla después en triunfo, cual el mejor trofeo de su victoria que celebran luego con una gran fiesta. ¡Y qué victoria la de estas fieras; ¡mejor diría que cobardía la de estos feroces bárbaros! Se reunen una veintena o un centenar de ellos para ir a asaltar y matar, no de frente sino a traición, no de día sino de noche, a uno o dos inermes y desprevenidos, que a veces no son más que unas infelices mujeres. Lo peor es que no se sonrojan siquiera cuando les echamos en cara su crueldad y cobardía, ni parece les queda el menor remordimiento de tantas y tan horrorosas maldades. No pueden ciertamente ser llamadas valentías semejantes hazañas, sino cobardías en toda la extensión de la palabra. Es semejante el arrojo de nuestros jíbaros, al de esos tristemente anarquistas, la noticia de cuyas fechorías nos las vá trayendo el correo una tras otra. ¡Qué! ¿Si habrán salido de estas montañas y serán descendientes de estos salvajes los Ravachol y Vaillant, los Pallas y Salvador y otros héroes (?), cuyos nombres no recuerdo, que se han inmortalizado arrojando con suma valentía sus explosivos en los cafés y hoteles, en plazas y teatros, en el Congreso, y qué sé yo en cuantas otras partes, matando e hiriendo sin distinción, al pobre y al rico, al grande y al chico? Buen modo de regenerar a la sociedad comenzando por exterminarla. Francamente, al leer en los periódicos esos hechos de salvajismo a que se han entregado esos bárbaros llamados anarquistas, y al observar que los actuales Gobiernos con todos sus cañones y bayonetas son impotentes para contener la práctica de teorías que ellos mismos aceptan, o que al menos permiten que se propalen impunemente, prefiero digo permanecer en estas montañas, aún cuando supiese que a la larga tengo que ser víctima de la crueldad de estos jíbaros, y que tenían que hacer una **zanja** de mi pobre cabeza. Sí,

prefiero sucumbir a manos de esta barbarie y salvajismo claramente manifiesta, antes que a las de esos salvajes de nuevo cuño, que en medio de las focos más luminosos de la moderna civilización y en nombre del progreso, se entregan a tales crímenes que ni siquiera los han imaginado estos que han nacido y viven en la barbarie.

También hasta estos remotísimos lugares han repercutido los horrísonos écos de la explosión del "Cabo Machichaco" ¡Viva la dinamita! ¡Qué hecatombe tan horrorosa! ¡Qué infinidad de gentes de todo estado y condición han perdido la vida, cuando menos lo esperaban! ¡En cuántas familias ha quedado sembrado el llanto, la desolación y la muerte! ¡Cuántos viudos, cuantos huérfanos, cuantas criaturas abandonadas y en la miseria! Gracias que no faltan Prelados compasivos y generosos, cristianos desinteresados o mejor dicho interesados en las desgracias ajenas, PP. Llevaneras que movidos por entrañas de verdadera caridad, harán sacrificios sin cuento y cuanto les sea posible para aliviar la suerte de tantos desgraciados. Mientras tanto los modernos regeneradores del mundo, los partidarios de las bombas y dinamita, después de haber experimentado sin duda un satánico placer, al ver como volaban por los aires los miembros descuartizados de un sin número de víctimas, estarán ideando nuevos medios de destrucción para acabar de una vez con todos los que han quedado con vida. Terminada su tarea y cuando ya no puedan divertirse en hacer volar a los burgueses y otras víctimas predilectas, se volarán unos a otros entre sí, a la manera de las inmundas sabandijas, que después de haber devorado los cadáveres corrompidos, cuando ya no hallan en qué cebarse, se devoran mutuamente; o como sucedió en Francia, en la época del terror, que cuando los corifeos de aquella inaudita revolución hubieron guillotinado a cuantos nobles pudieron haber en sus garras, comenza-

ron a enviarse al cadalso los unos a los otros, sin duda para que la guillotina no estuviera ociosa. Así pudiéramos discurrir de tejas abajo, pero Dios sobre todo, y confiamos que cuando su Divivna Majestad, que en sus inescrutables designios permite que los partidarios del terror satisfagan en parte sus sanguinarios deseos; para castigar a los panegiristas de **las colosales conquistas del Progreso** y a esos Gobiernos ultra liberales que otorgan absoluta libertad a todo lo malo, entonces con un solo soplo reducirá a pavesas a esos locos y originales regeneradores de la humanidad corrompida.

Mientras tanto nosotros seguiremos impasibles en estas salvajes regiones y solo saldremos a los paises civilizados cuando los modernos civilizadores hayan acabado de refinar toda su barbarie y retrograden a aquellos tiempos tan sumamente ignorantes, oscurantistas y bárbaros en que Dios era reconocido, adorado y amado de reyes y vasallos, y que los hombres cometían la torpeza de respetarse unos a otros la vida e intereses, el honor y reputación, y esto ¡qué horror! porque no se había inventado aún eso que llaman libertad de conciencia, libertad de cultos, libertad de pensamiento, libertad de imprenta, y otras libertades mil que hacen al hombre esclavo vil de sus apetitos, de sus brutales pasiones, en una palabra, del cruel tirano que pone todo su afán en ver modos de esclavizarlos temporal y eternamente.

Y con esta larga digresión terminaré la presente epsítola y procuraré en la siguiente suministrarle nuevos detalles de la expedición de los jíbaros a Mendez y de todas sus anárquicas proezas.

Soy siempre afmo. S. Y S. S. q. b. l. m. de V. P.—
Fray Luis Torra.

CARTA 17a.

Santa Ana de Zamora (Loja, Ecuador) abril 15 de 1894.

Muy amado P. Comisario:

Si de algunas regiones puede decirse con propiedad, bien impropia por cierto, que llueve en ellas trece meses por año, creo que esta de Zamora es sin duda alguna la que se lleva la palma. Ya dije en otra que el 1o. de febrero tuvimos que abandonar el trabajo del puente, pues las incesantes aguas no dejaron lugar libre para seguir la obra. Pues bien, siguió todo el mes diluviando hasta sus últimos días, que levantó algo el tiempo, como aquí dicen, y aprovechamos esa pequeña tregua para proseguir nuestra interrumpida y tan necesaria faena. Yo salí para Sabanilla el 25 del expresado mes, y después de haber estado un par de días ayudando en lo que podía a los trabajadores dirigidos por el Padre Solano, seguí mi viaje a Loja en busca de un operario y de los útiles necesarios para volar unas peñas que estorbaban para el levantamiento de los estribos del puente. Hicimos la ruta a marchas forzadas, pues así lo requería la urgencia del caso, y el domingo siguiente a las ocho de la mañana ya estaba de regreso en la choza de Sabanilla, en donde celebré el Santo Sacrificio. Comenzamos a echar barrenos, se entiende al día siguiente, y a los pocos días ya quedaron los estribos preparados y pudimos dar principio a la difícil y peligrosa tarea de colocar los palos del puente. Digo difícil y peligrosa tarea, atendidos la escasez de medios conque contábamos para mover, alzar, pasar de una a otro parte del río y colocar en su debido lugar unos maderos de 22 varas de longitud, con su grueso correspondiente, y frescos por añadidura; pues estaban recién cortados y por tanto mucho más pesados.

Sin embargo con la protección de María a quien dedicamos el puente, bajo la advocación de la Candelaria, el 15 de Marzo dejamos colocado el último madero sin que tuviésemos que lamentar ninguna desgracia, a pesar de que, como digo, teníamos que manejar troncos tan disformes sobre el impetuoso Sabanilla y a la altura de unas 15 varas por lo menos, sobre el nivel de las aguas, que en aquel sitio tendrán otras tantas de profundidad. Habíamos pues, vencido la principal dificultad, tenida por poco menos que imposible; y en atención a que la gente que estaba cansada ya, que sus particulares labores se hallaban atrasadas, y viendo sobre todo que después de unas tres semanas de inesperado buen tiempo, se estaba preparando el cielo para llover con más ganas que nunca, levantamos tiendas y resolvimos regresar a Zamora, aplazando la conclusión del puente para unos 15 días más tarde y en el primer escampe que el cielo nos proporcionase.

No podía ser más acertada nuestra determinación de venirnos a Zamora en la mencionada fecha, pues desde el día siguiente comenzó a llover y ha seguido y sigue el temporal con tanta insistencia, que no sabemos de donde salen tantas aguas, ni cuando terminará esta especie de Zamorano diluvio. Séa lo que Dios quiera, sólo sentimos que tal vez se nos eche a perder el trabajo hecho, pues como el puente quedó descubierto, la carcoma y la humedad han de acabar con los maderos. Confiamos empero que nuestra Señora la Virgen de la Candelaria velará por su obra. Paso ya a cumplir lo que en mi anterior le ofrecí sobre suministrarle más detalles acerca de la sangrienta expedición de nuestros bárbaros jíbaros a Mendez y Canelos.

En mi último viaje a Loja, de que acabo de hacer referencia al comienzo de esta epístola, fuí a visitar al Señor Gobernador de la Provincia, y como era natural,

supuesta la noticia que ya tenía de la correría de los salvajes, me preguntó en qué había parado la guerra. Entonces le referí que los jíbaros Zamoranos habían regresado ya, después de haber hecho una porción de muertes. Acto contínuo el señor Gobernador comunicó estas noticias al Supremo Gobierno e inmediatamente recibió en contestación. la órden de que consultase con el Superior de la Misión sobre la conveniencia de hacer un ejemplar castigo con estos asesinos. Yo manifesté mi parecer de que juzgaba inoportuno el tal castigo, y que más bien lo creía contraproducente y funesto para la Misión. En efecto estos salvajes, en las fechorías que cometen no son tan criminales, como a primera vista parece, pues, en su supersticiosa ignorancia, las estiman como una justa represalia, y como una guerra justa entre ellos, y al castigarlos ahora, nos exponemos por de pronto, o que nos abandonen del todo, remontándose a los lugares más innaccesibles, o que irritados acaben de una vez con los Misioneros y cristianos aquí existentes. Al comunicar esta mi opinión al Excmo. Señor Presidente, le ofrecí suministrarle, por medio del referido Gobernador, más detalles sobre la correría de los jíbaros, y aún mandarle si fuese gustoso una de las cabezas disecadas, (zanjas), de las que los salvajes trajeron para que de una vez se convenciese bien de la realidad del hecho, del que parecía dudar por no haber recibido de él ninguna noticia directa por Cuenca.

He aquí la nota que con este motivo pasé al citado Gobernador:

Zamora, Marzo 6 de 1894.

El domingo por la mañana llegué sin novedad a Sabanilla y al lugar donde, como sabe V. S., estamos trabajando el puente, y, después de haber descansado dos días,

vine a esta donde acabo de llegar y acto contínuo tomo la pluma para satisfacer los deseos del Gobierno y cumplir con la palabra que le dí, el pasado viernes, de remitirle una relación detallada de la expedición que los jíbaros Zamoranos y Nangarizas hicieron a Canelos. Siento que al presente no haya aquí ninguno de los expedicionarios para poder ampliar los datos adquiridos; y así no tengo más remedio que refrescar la memoria acerca de lo que anteriormente nos han referido, que es como sigue:

El 19 de Febrero llegó aquí un tal Tsiri con otros jíbaros de Mendez, y nos contó que hacía pocos días que habían llegado de Canelos. Le preguntamos a cuántos habían muerto y cuantas cabezas habían traído; y nos contestó rotundamente. —**no matando, cabeza no trayendo.** Por más que le instábamos a que nos refiriera la verdad, se empeñaba en negárnoslo todo, por temor sin duda de que le riñéramos, hasta que rendido a nuestras importunaciones, confesó por fín que—**Tres matando, cabeza tres trayendo.** Ya unos días antes de la venida de Tsiri, otro jíbaro llamado Ambuscha. vecino de nosotros, nos refirió la llegada de los combatientes dándonos pormenores del siguiente detalle: Dijo que Niquinday, salvaje del Nangariza asaltó con otros compañeros, al canto del gallo, hora en que los jíbaros acostumbran levantarse para tomar una especie de vomitivo que llaman **guayusa,** asaltaron decía una casa de los Canelos en donde sólo había dos jíbaros que soplaban la lumbre y preparábanse para hilar un poco. Rodearon la referida choza, dispararon sus escopetas sobre aquellos infelices, les intimaron que salieran fuera asegurándoles, que nada les harían; pero viendo que no se movían por el temor fundado de la triste suerte que les esperaba, entonces prendieron fuego en la choza. Para escapar del incendio salieron los enjaulados, pero cayeron en manos

de aquellos tigres furiosos que los atravesaron con sus lanzas. El uno empero, aunque mal herido, merced a la oscuridad de la noche, logró escaparse y no pudiéron encontrarle por más que siguieron el rastro de sangre que manaba de su herida. Regresaron entonces a cortar la cabeza del que yacía cadáver, pero salieron otros jíbaros a impedirlo pretestando que el muerto era de su familia, de modo que los agresores tuviéron que escapar corriendo sin el apetecido botín de la zanja.

Estos fuéron los datos recogidos hasta la venida a esta del títulado capitán Chiura, uno de los expedicionarios. Este llegó aquí el día 20 acompañado de su yerno Huambaschu, de un Mendeño que no sé porque extraño motivo traía las trenzas cortadas y que venía de su lejana tierra a negociar tres pelotas de cera negra que cambió por dos cuchillitos y un espejo del referido Tsiri. Chiura nos devolvía también a dos hijitos suyos que nos había recomendado antes de marchar a la expedición y que hacía unos días se nos habían escapado. Todos los jíbaros indicados nos confesaron francamente todo lo acaecido. Según dan a entender, salieron a la correría a mediados de Noviembre y caminaron unos trece días hasta llegar al territorio del Mendez, o sea a las casas de aquellos salvajes que con anticipación habían venido a Zamora, a convidarlos para la matanza. Del Zamora y sus afluentes marcharon unos veintiún combatientes, y se les agregaron en Mendez una porción considerable, cuyo número y nombres no nos supieron precisar. Todos reunidos, que pasarían de cien guerreros, se dirigieron al lugar de las venganzas, que según dicen ellos, es territorio de Canelos, y tardaron en llegar otros trece o quince días. Total, cerca de un mes de viaje por las montañas, durante el cual dicen que vadearon cinco caudalosos ríos, uno de los cuales fué el Morona en cuyas inmediaciones cometieron sus crueldades. Ro-

dearon una por una las casas de las víctimas, y fuéron atravesando con sus lanzas a cuantos encontraron, que entre todos fuéron veintitres: ocho hombres, cinco mujeres y diez criaturas de menor edad, mitad varones y mitad hembras, incluso un niño de pechos. También se trajeron dos mujeres cautivas, una de las cuales logró evadirse en el camino y la otra fué arrebatada y muerta por un salvaje de Gualaquiza, cuando los expedicionarios pasaron por estos lugares de regreso a sus tierras, de los agresores quedaron cinco heridos con arma de fuego y uno de un lanzazo, quien según cuentan debe haber muerto ya, pues la herida dicen que fué gravísima.

Todo lo expuesto hasta aquí nos lo han referido con una sangre fría y con tan visibles muestras de satisfacción por el buen resultado de su empresa, que dán bien a entender y confirman lo que antes decía: que no comprenden la malicia y gravedad de semejantes crímenes sino que antes bien los miran como una legítima venganza o represalia de supuestos o verdaderos agravios recibidos de parte de sus contrarios. En prueba de ello al afearles nosotros su proceder criminal, nos contestan con mucha energía.— ¿Acaso Candusschis (los salvajes que mataron) acaso bueno siendo? nó: Candusschis mucho malo; cuanto ha mío hermano matando, mío tío matando, mío abuelo matando, etc., etc. Y cuando sobre todo les afeamos la vileza de haber muerto mujeres y niños indefensos replican que no quisiéron matarlos sino que los habían cogido para traerlos prisioneros, pero que los Mendeños se los arrebataron y lancearon y que también los Mendeños los que cargaron con la mayor parte del botín, de cabezas o zanjas, lanzas, loros y cuanto hallaron en las casas de los interfactos.

De V. S. atento S. S. y Capellán.—Fr. Luis Torra.

Esta fué la nota que mandé al señor Gobernador de Loja, para que la mandase al Gobierno, a fin de que se

enterase de todos los detalles ocurridos en la última expedición de nuestros salvajes. No alargaré más la presente y así pongo punto final, repitiéndome como siempre su muy afmo. S. S. y hermano en Jesucristo q. s. m. b.—Fray Luis Torra.

CARTA 18a.

Santa Ana de Zamora (Loja, Ecuador) Junio 15 de 1894.

Muy R. P. Fray José Vidal Comisario General.

Muy amado Padre:

En comprobación de lo que dejo sentado en el comienzo de mi anterior, esto es que aquí llueve más de lo que uno pudiera imaginarse sino lo viése y palpase, añadiré que a la fecha sigue aún diluviando y ha llovido hasta ahora casi todos los días sin interrupción. Estas benditas aguas con que Dios nos regala, casi no nos dejan hacer nada, pues ni movernos de casa nos dejan, y de consiguiente no podemos cosehar el maíz, ni los zapallos, ni deshierbar las huertas, ni menos sembrarlas, ni ver a nuestros queridos ingratos los jíbaros, pues por lo crecido de los ríos no pueden viajar para visitarnos: nada absolutamente nos deja hacer la lluvia.

Decía que ni siquiera sacar el pié de nuestra cabaña y temo que hasta lleguemos a enmohecernos, ya que no a apolillarnos, pues tanta es la humedad que todo se derrite y destila agua. La sal, el azúcar, la chancaca se derriten y deshacen, las ropas, los libros, los demás útiles se empapan y todo está tan impregnado de humor acuoso que creo que puesto en prensa chorrearía agua suficiente para mover un **ingenio.** Sin embargo la salud no

se resiente gran cosa que digamos, y así bendito sea el señor por todo y en todas las cosas. Algo escampó el tiempo, al menos, a fines de Mayo, e inquietos como estábamos porque no se nos malograse el tiempo y el trabajo del puente, resolvimos salir de nuestro escondrijo para dar la última mano a una obra de tanta necesidad.

Efectivamente, el día 30 del referido mes partieron para Sabanilla unos cuantos peones capitaneados por el R. P. Solano acompañado del hermano Andrés Miranda. Diéronse todos tanta prisa que en unos cuantos días en que las aguas diéron alguna tregua, dejaron terminada la obra, y el puente expedito hasta para el tránsito por él de bestias de carga. Primero acabaron de volar una peña que estorbaba la entrada por el lado de allá, cubrieron luego los maderos o vigas que forman el puente con una capa de palos delgados puesto al través y después con otras capas de paja, cascajo y arena; terminaron una senda y atajo a este lado del río, que partiendo desde el puente, endereza el camino y evita una de las malas cuestas llamada el Soñadero, y una vez terminados estos trabajos se regresaron todos al pueblo el domingo pasado, 10 del presente; muy satisfechos por supuesto, aunque tan mojados llegaron que daban lástima. Loado sea Dios que ya tenemos la vía expedita para Loja, sin el temor al menos por ahora, de que nos ataje el río como antes con frecuencia sucedía.

Poco a poco con el favor de Dios y si la Misión sigue adelante, iremos haciendo lo demás a fuerza de economías por supuesto, y de no pequeños sacrificios, penalidades y trabajos.

También la casa nueva está al concluirse, aunque ya hace algún tiempo que así inconclusa y todo, vivimos en ella y abandonamos el pequeño e incómodo rancho que V. P. hizo construir para morada provisional de los Misioneros. Tenemos actualmente un maestro carpinte-

ro venido de Loja, el cual nos hace puertas y ventanas, mesas y bancos y otras cosas necesarias: como no tiene oficiales ni aprendices, nosotros le ayudamos en calidad de tales, y a fuerza de práctica en escoplear, acepillar y aún aserrar, ya casi me glorío de haber salido medio oficial. Por supuesto que mientras tanto duermen para mí los libros, pues el mucho trabajo material en dicho oficio y en otros semejantes no me dejan tiempo libre para sacudirles el polvo y hojearlos.

Como en estos días he recibido la carta de V. R. en que por razón de los Capítulos Guardianales de Arequipa, Cuzco y Ocopa no podrá pasar a Quito tan pronto como habíamos acordado y convenía y me deja en libertad para que yo, si lo juzgo conveniente, me anticipe a marchar a aquella capital para lograr el tiempo del Congreso y agenciar ante el Parlamento de la Nación los asuntos referentes a nuestra Misión, he creído oportuno emprender mi viaje a mediados del entrante, si Dios permite concediéndome buen tiempo. Como el Congreso se ha abierto el 10 de este mes y dura más de dos meses, espero que llegaré a Quito en buena oportunidad. Aunque hubiese intentado salir antes, me hubiera sido imposible por el estado lamentable e intransitable de los caminos, puentes, ríos, etc., etc. Antes de marchar deseo se celebren aquí las fiestas de la Patrona del pueblo la gloriosa Santa Rosa, anticipándole algunos días, asi como en el año pasado le postergamos meses, y con dicha fiesta hacer las bendiciones, asi del puente como de la casa nueva y demás que se ofrezcan. Para mayor solemnidad de las mismas, hemos invitado al M. R. P. Guardián de Loja, quien previamente avisado aceptó gustoso el convite y hemos fijado el 8 del entrante Julio para la ceremonia religiosa. Quiera el Cielo que el Cóndor se muestre benigno al pasar por él dicho P. Guardián con la comitiva que traiga.

En estos días hemos recibido también una carta del R. P. Francisco Metana, sacerdote superior de la Misión Salesiana establecida en Gualaquiza: el portador del correo ha sido el andariego jíbaro Santiago Sando. En dicha carta nos manifiesta el Padre deseos de venir a pagarnos la visita que el año pasado les hicimos allá, y dice que tal vez venga a pasar con nosotros la fiesta de Santa Ana. Para el efecto nos pide datos sobre el camino que aquí conduce, los días que se tarda en recorrerlos etc., etc., y también que le mandemos gramática, diccionario y otros escritos sobre la lengua jíbara, si los tenemos. En cuanto al camino no hay cosa más fácil que decirle como han de hacerlo: basta meterse en una canoa, tripulada por tres o cuatro salvajes, ofreciéndoles pagarles un hacha y machete a cada uno, o lo que pidan, y luego surcar el río agua arriba y estarán en el viaje los días que plazca a los remeros, pues los jíbaros tienen la gracia de andar cuando quieren y pararse donde se les antoja, y si de repente se les mete en la cabeza decir —de aquí no páso—no hay santo que les haga mover y le dejan a uno plantado quedándose ellos tan frescos.

Respecto al diccionario jíbaro, gramática, etc., etc., ya es otra cuestión: en verdad que nos propusimos como era natural, hacer algún trabajo sobre este idioma estrafalario, y aún comenzamos el vocabulario, para bosquejar después un compendio de gramática, pero nuestros mejores deseos se estrellaron contra la indolencia inesplicable de estos salvajes.

Cuando se llegaba al pueblo alguno de aquellos que entienden mejor el español y que la chapurrean un poco, les preguntábamos algunos significados, pero nos los dicen de tan mala gana, se fastidian tan pronto de que les pregunten con el achaque de que les duele la cabeza, que no hay medio de seguir adelante en la faena. Llegué a pagarle a uno de ellos una camisa y pantalón

para que se quedase una semana en casa y nos enseñase algo de su idioma: aceptó el taimado el contrato, pero apenas se vió con las prendas de ropa, fuése para no volver. A este paso creo que tardaremos en aprender la lengua jíbara tanto por lo menos cuanto tardarán ellos en hacerse cristianos, cosa que según parece irá bastante despacio. No lo permita Dios.

Ya es hora de que le diga algo de sus tan queridos salvajes. ¡Ay Padre mío! Estos bestiales angelitos (¿cómo llamarlos pues?) nos llevan de desengaño en desengaño, casi a la total desconfianza de su conversión. Como V. P. habrá observado, nuestra presencia aquí en Zamora no les ha sido el menor obstáculo para que fuésen a sus nefandas correrías a hacer las matanzas y carnicerías de que le he hablado en mis anteriores. Y si no fuese más que esto todavía, paciencia. Lo peor del caso es que una vez se viéron enriquecidos con sus apetecidas **zanjas** o cabezas disecadas, objeto infame de sus fiestas y del más infame de los comercios, vinieron a inquietarnos a los jibaritos que estábamos educando con tanto anhelo, aunque con muy escaso fruto, y no pararon hasta llevárnoslos todos unos tras otros, para no mandarlos tal vez nunca más. Sí, ya hace más de dos meses que nos hemos quedado completamente huérfanos de salvajitos, quienes de fiesta en fiesta han estado y están hasta la fecha presenciando y tomando parte activa en los soeces escándalos de borracheras, glotonerías, bestialidades y otras mil salvajadas propias de esas bacanales del infierno. Ahora nos aseguran algunos que los chicos no valverán más, porque el perverso del viejo Bombachi les ha hecho creer que queríamos llevarles amarrados a Guayaquil. ¿Puede concebirse embuste más satánico? Además, unos cristianos que han tenido el necio placer de ir a presenciar las **lindas fiestas** de estos bárbaros, han venido con la noticia de que los jíbaros están bra-

vos contra nosotros, y que durante la orgía se les oía gritar:—**Padre no bueno; Angelo no bueno: Padre mentiroso; Angera, idem,** y así por el estilo nos iban prodigando otros piropos.

Ya vé pues Padre mío, cuanto por ahora nos quieren y adoran estos angelitos; es cosa que asombraría, si no fuese sabido, que el carácter como esencial del salvaje es la indiferencia, el desdén y la más negra ingratitud. Al mismito Chiura, de V. P. tan mimado, se le ha oído decir también:—**que se vayan los Padres, si quieren, que yo no atajando: de qué sirven los Padres etc., etc.** Ya vé V. P. si es o no pedir peras al olmo. Sin embargo, aquí nos tiene esperando que V. P. venga y vea o haga lo que mejor le parezca de nosotros y de la Misión ingrata que nos confiara. ¡Quién sabe si viniendo vuestra P. habrá aquí algún Chiura: **¿cuando Padre Vidaro viniendo?** Asi que es necesario hacer un esfuerzo para venir a visitar y pasar una temporadita en esta su conocida y tan querida montaña. Nos refirió también el citado salvaje que acababa de morir su hijo mayor Juan, y que **mucha pena teniendo** por él y que habían muerto también un chico de una de las mujeres que están con él, más un tal Invicti. Nosotros, en estas muertes inesperadas y tan frecuentes vemos un particular castigo de la Providencia por los asesinatos que acaban de perpetrar; ellos no ven más que brujerías, pues a la superstición atribuyen todas sus desgracias. Sabido es, entre los jíbaros se entiende que ellos son inmortales: mueren sí, como todo nacido de mujer, pero es por las malditas arañas o espinas que les meten en el cuerpo, o en el alma, que para ellos lo mismo dá, que si no . . . **piedra parejo,** es decir invulnerables como un peñasco que ni enferma ni muere. A propósito de esta torpe creencia, me decía el jíbaro Tibi, antes que se nos llevara dos simpáticos hijos que nos había confiado:—yo los voy a llevar para que tomen **huando,**

zumo de tabaco y no sé que otros brevajes, para que no se mueran como los cristianos. Y añadía: **yo mucho miedo teniendo si mío hijo cristiano siendo, porque cristiano muriendo, jíbaro no muriendo.** Y son tan torpes, que no ven que en todo el tiempo que aquí estamos sólo han muerto dos cristianos, mientras que jíbaros han muerto, Cuji, Mamata, Cataneo, Juan Chiura y otros que no recuerdo, más una porción de criaturas pequeñas. Pero, ¡vaya a tratar de convencerlos que no tienen razón! con decir **¡oh, jíbaro mucho sabiendo, mucho sapituro o mucho sape,** que todo quiere decir lo mismo, lo componen todo. Con que, Padre mío, o los jíbaros tarde o nunca se convertirán, **o poco o nada sabiendo,** su afmo. S. y S. S. hermano en J. C. q. s. m. b.—Fray Luis Torra.

Loja y Zamora (Ecuador) abril de 1896.

El pensamiento culminante de nuestros **jíbaros** es la guerra: su ocupación principal, después de procurarse el sustento preciso, consiste en tener sus lanzas bien afiladas para atacar a sus enemigos o defenderse de sus ataques. Rara vez cae de sus manos esta arma terrible, vayan a donde quieran, aunque no sea más que a seis metros de su casa o choza, siempre la llevan consigo, y siempre se ejercitan en su manejo, pues saben muy bien que a donde quieran y cuando menos piensen han de encontrarse con algún enemigo en acecho para quitarles la vida. Sus variadas y arriesgadas supersticiones son la causa del sobresalto en que viven y que de noche y de día estén sobre las armas. Se desencadena una tempestad...? ¿Las nubes electrizadas al despedir sus centellas dejan oir sus formidables truenos a manera de desaforados gritos...? ¡Pues bien...!; observa el **jíbaro** el lado por donde se forma la tormenta, y sin más concluye que los salvajes que moran en aquella dirección

están enemistados con ellos y traman alguna conspiración. ¿Se enferman o mueren los perros, las gallinas, los cerdos u otros animales...? Ya dan por cierto que tal o cual jíbaro se los **ha brujeado.** ¿Enferma o muere algún miembro de la familia, aunque sea de una desgracia casual, o de una edad avanzada...? ¡No importa: el fulano ha muerto de brujería, aunque un árbol lo haya aplastado, o una vívora lo haya mordido, o se haya ahogado en el río, o el peso de los años lo haya arrastrado al sepulcro.

Teniendo en cuenta ese cúmulo de supersticiones y vanas creencias, se comprenderá fácilmente el porque siempre vive receloso el uno del otro, de un modo especial a los que ejercen la profesión de **brujos,** y estos han sido la causa de los varios asaltos y sustos consiguientes que han dado por aqui los jíbaros de otras regiones o tribus. Hará cosa de un año que nuestros salvajes del Yacuambi estaban en el Zamora, río abajo, ocupados en la recolección del cacao de unos cuantos árboles, retoños sin duda de los que dejaron los antiguos españoles que moraban en estos parajes, cuando un taimado les dió el aviso de que venían los logroños a matarlos, no solo a ellos sino a los Padres y cristianos. Según después averiguamos esta noticia fué falsa y sólo dada con el objeto de impedirles siguiese cosechando el cacao. Sin embargo, los indios dieron fácilmente crédito a aquel embustero, tanto más, cuanto no era aquella la primera vez que les habían atacado sus contrarios, queriéndoles matar un famoso brujo de su familia. Era éste un tal Chamico, muy diestro, decían, en su profesión de sacar espinas y arañas hasta de las raíces de las muelas, y que ha muerto hace poco, sin que su ciencia y pericia le haya aprovechado a él mismo que ha fallecido a consecuencia de un asqueroso cáncer, que paulatinamente le devoró la carne, nariz, cuello y garganta.

Dejaron pues los Yacuambis su cosecha, y a todo correr vinieron a darnos la alarmante noticia. Como los vimos tan alborotados y que en un momento mandaron postas por todas partes reuniendo todos los **jíbaros** del contorno, y que peroraban con todo ardor, armándose al combate, nos infundieron algún temor y nos preparamos también, por lo que pudiera suceder. Yo me hallaba en aquel entonces en **Yacuambi**, trabajando en la casa convento que hace poco hemos concluído para nuestra residencia. Mandé una posta a la otra residencia de Santa Ana de Zamora, ordenando que sin pérdida de tiempo bajasen a nuestro auxilio todos los hombres de armas tomar, quedando solo los precisos para la defensa de Santa Ana y protejer nuestra retirada en caso de un fracaso. Bajaron al otro día cinco o seis hombres armados, acompañados del Padre González, quienes se encontraron con los indios salvajes de Yacuambi en la confluencia de este río con el Zamora, y allí juntos pasaron la noche sin novedad, y a otro día. enterados de la patraña que había causado aquella alarma, todos volvieron tranquilos a sus respeectivos hogares.

Estos movimientos bélicos, aunque motivados por falsos rumores, no dejan de producir buen efecto, ya que así se enteran los contrarios de que vivimos alerta y contamos con valor y recursos para hacer frente a cualquier ataque.

Al fin con la muerte del referido brujo **Chamico** se calmaron los ánimos de los logroños, y desde entonces comenzaron a llegar a nuestros oidos diferentes rumores de que dichos logroños ya no eran enemigos sino amigos y que querían venir a conocernos y entablar con nosotros buenas relaciones. Hace unos tres meses que se confirmaron esta noticias con la venida de los antes tan temidos salvajes. En número de doce capitaneados por su Cacique Antonio, anciano de 70 a 80 años, y guiados por un

salvaje del **Angaviza,** se presentaron en Zamora y se admiraron mucho al ver por primera vez a los Padres y cristianos. Pronto empero se familiarizaron con nosotros, y con mucha franqueza comenzaron sus peticiones.

¡Ah! decían ellos por medio del intérprete, **jibaro logroño mucho pobrecito, calzon no hay, camisa no hay, machete y cuchillo no hay; nada teniendo, mucho pobrecito siendo.** Sobre todo nos ponderaron el gran trabajo que les daba el encender el fuego y para mejor impresionarnos a su favor, nos enseñaron prácticamente su sistema, sin duda el primitivo. Cogieron un palito de unos 30 centímetros de largo, le redondearon en una de las extremidades, y aplicándolo a otro palo más grueso de madera fofa, en el que practicaron una pequeña hendidura. comenzaron la operación, frotándolo con ambas manos hasta que el contínuo roce llega a calentar los palos, pero no a inflamarlos. Con esta estratagema consiguieron les diésemos eslabón o mecheros y además calzón, camisa, cuchillo, machete, agujas, anzuelos, pañuelos, etc., etc., con lo cual quedaron contentos, aunque no satisfechos, porque esto es imposible.

Ya se sabe que en tales visitas no se olvidan de la barriga, y el jíbaro es exigente, pues aunque no entiende de salsas y delicadezas come todo el día como el puerco. Se despidieron, porque ya se agotaban nuestras provisiones de boca, y nos dijeron que avisarían a las tribus vecinas, que **Padres muy buenos siendo, camisa dando, machete dando, todo dando,** para que salgan también a visitarnos, para asediarnos otra vez con peticiones. ¡Que desgracia que no se trasluzca siquiera una señal de conversión, que es lo único que deseamos!

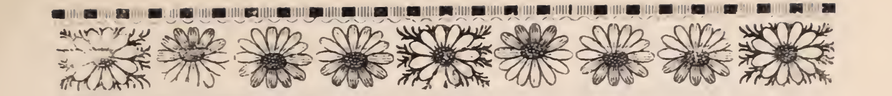




INFORME

Sobre la Misión de Zamora, que el Superior de la misma presenta al M. R. P. Comisario General con el objeto de que esta lo eleve a Roma.

1896



Informe sobre la Misión de Zamora, Noviembre 16 de 1896.

M. R. P. Fr. Bernardino González, Comisario General del Perú, Ecuador y Colombia.

Muy R. P. Comisario:

Por ser V. P. M. R. recientemente elevado al cargo de Comisario General de nuestros Colegios y Misiones, le es necesario para la buena dirección de los mismos tener soticias exactas de ellos. Por tanto, yo como Superior de la Misión de Zamora me creo en el deber de informarlo minuciosamente del estado actual en que ella se encuentra, de sus progresos desde su fundación y de las esperanzas de nuevos adelantos para el porvenir.

La Misión de Zamora, es decir el pueblo de Santa Ana en donde tenemos nuestra Residencia, se halla situada al oriente de la provincia de Loja en el Ecuador y a la distancia de más de tres jornadas de la capital de dicha provincia. La fundación de la referida Misión, o sea su adjudicación a los Religiosos de nuestra Orden y esta Comisaría, data de los últimos años del período en que fué Comisario el M. R. P. Fr. Leonardo Cortés, siendo Presidente de esta República el Excmo. Sr. Flores. Este Magistrado de la Nación había solicitado y conseguido de la Santa Sede que en la región oriental y salvaje de esta República, se establecieran cuatro Vicariatos Apostólicos: el de Napo, el de Macas y Canelos, el de Mendez y Gualaquiza y el de Zamora, adjudicados respectivamente a los PP. Jesuitas, Domínicos, Salesianos y Franciscanos. A nosotros pues nos tocó en suerte la Misión de Zamora.

La Sagrada Congregación de Propaganda en vista de los piadosos deseos del Excmo. Sr. Flores, se dirigió a nuestro Rmo. P. General para que viese si los Religiosos de su Orden en la Comisaría del Perú etc., podrían hacerse cargo de la mencionada Misión. El P. General se dirigía al M. R. P. Comisario Fr. Leonardo Cortés, para que este informase sobre el particular y pudiese así proceder, en negocio tan serio, con conocimiento de causa. El P. Cortés en cumplimiento de este superior mandato, comisionó al R. P. Fr. José Vidal, su secretario, para que se constituyese en el lugar en cuestión, explorase por sí mismo aquellas regiones, averiguase el estado y número de sus moradores, y recogiese en fín todos los datos necesarios, a fin de poder remitir a Roma un informe circunstanciado, según se pedía. Es de suponer de la pericia del referido Padre comisionado que procedería con la prudencia, cordura y diligencia que su encargo requería, y debe también darse por supuesto que su informe fué favorable, puesto que debía servir de base a nuestros Prelados para que aceptasen o rehusasen hacerse cargo de dicha Misión, Vicariato o Prefectura Apostólica.

Fué en efecto aceptada la Misión y al referido P. Vidal le tocó también el tomar posesión de la misma y establecerla definitivamente. Habiendo él sucedido al M. R. P. Cortés en el cargo de Comisario General fué uno de sus primeros pasos dirigidos a Zamora, con el personal necesario para dejarlo al frente de la Misión. Llevóse pues consigo a los P. P. Antonio Larrea, y Francisco S. Pascual procedente de Arequipa; y al P. Antonio González y al lego Fray Francisco Carrera, ambos de Quito. Llegaron a Zamora construyeron una casita y capilla provisionales, diéron principio al trabajo del camino hácia Loja, trabajo que se abandonó luego por falta de recursos. Después de haber morado el P. Comisa-

rio R. P. Vidal algunos meses con los P. P. mencionados y señalándoles la norma de conducta que habían de observar, les dejó de Superior Provincial al P. Larrea y regresó a Lima, a donde llegó el día de Pentecostés del año 1892.



P. Antonio Larrea



P. Francisco S. Pascual

En aquel entonces estaba yo recién llegado de España y me hallaba afiliado por segunda vez al Colegio de Lima. Suponiéndome el P. Comisario con alguna experiencia acerca de las Misiones de infieles, por haber estado una temporada por los años de 1881 y 1882 en las que los P. P. de Ocopa tienen en el Ucayali, y conociendo que yo no tendría repugnancia en consagrarme de nuevo y esta clase de trabajos Apostólicos, procediendo en conformidad con las facultades extraordinarias que para el caso le había conferido la Sagrada Congregación y el Rmo. P. General, se dignó honrarme con el cargo de Prefecto Apostólico de la Misión de Zamora. Advertiré de paso que transcurrido algún tiempo la Sagrada Congregación en la resolución de algunas consultas que el P. Comisario le había dirigido, decretó que hasta tanto que la Misión de Zamora no corriese a cargo

de algún Colegio de la Comisaría en conformidad con lo dispuesto en el **Breve Piano** "Apostólica Sedes" el Superior no tuviese el título de Prefecto, sino simplemente el de Superior; pero con todas las atribuciones, facultades y prerrogativas de que, según el citado Breve gozan los Prefectos.

Apenas recibí mi nombramiento, a principios de Agosto de 1892 emprendí mi viaje al Ecuador y a la Provincia de Loja, y de allí en la primera oportunidad entré en Zamora. No tardé en recibir mi primer desengaño acerca de las muchas ilusiones que me había formado. Se me había hecho creer que la misión estaba bien rentada por el Gobierno; pero al hacerme cargo de ella, no encontré ni fondos ni provisión alguna de los muchos objetos que se necesitan para la conquista de esta clase de salvajes. Por este motivo, poco después de mi arribo, me ví en la imperiosa necesidad de emprender el largo viaje a Quito, capital de esta Nación, para esponer ante el Gobierno nuestra situación angustiosa, las graves y urgentes necesidades de la Misión que demandaban pronto y eficaz remedio. Por fortuna mía tenía que tratar con un Gobierno católico y animado al parecer, de los mejores deseos en órden a apoyar y favorecer la buena obra iniciada por su antecesor. Fuí, pues, muy bien recibido, y ante el Sr. Presidente D. Luis Cordero y sus Ministros expuse el objeto de mi viaje. Se convino desde luego en remediar lo más urgente y para el objeto se me proporcionaron bestias de silla y de carga y se nombró un Comisario de Policía con doce Vigilantes, quienes ante el Gobernador de la Provincia de Loja tenían que firmar una contrata por la cual se comprometían el Comisario a servir de mayordomo y los Vigilantes de peones de la Misión. Esto era lo mejor, pues con semejantes auxiliares ya podríamos edificar casa y capillas, rozar terrenos, sembrar huertas, abrir trochas,

poner puentes, manda postas a Loja en busca de lo necesario, y hacer sucesivamente cuantos trabajos se ofreciésen. Con tales operarios, pagados por la Nación, con los tres mil soles anuales de renta que del producto de la venta de pólvora tenía que pagarnos el Gobierno, con los cien pesos mensuales que rinde el alquiler de una cobacha del Convento de San Francisco de Quito, producto asignado por el P. Comisario de la Misión y con el estipendio de las misas y algunas otras limosnas que yo había arbitrado, podía contar la Misión con una entrada anual de unos seis mil soles; base suficiente, sino para hacer prodigios, al menos para comenzar a trabajar con algún provecho. Pero no es lo mismo prometer que cumplir. Al poco tiempo la Guardia de Policía fué reducida a la mitad de su insignificante personal; después dejaron de pagar con regularidad a los Vigilantes que habían quedado, hasta que suspendieron del todo el pago y se deshizo la tal Guardia, luego la venta de la pólvora no produjo lo suficiente para cubrir el presupuesto de Misiones, y apenas si percibíamos la mitad de lo asignado; hasta que hace más de dos años que no nos dán un centavo: y en fin se ha dejado de cobrar también los del arriendo de las covachas de Quito; de modo que nuestra pretendida renta se ha visto reducida a la nada. Sin embargo esto no nos habría arredrado, pues la Providencia no está sujeta a la volubilidad humana y cuenta con infinitos recursos para socorrer a los que en ella confían; y así nos han venido como a las manos, auxilios de donde menos esperábamos. No ha sido por tanto la falta de fondos la causa ni única, ni principal de los pocos o ningún adelanto en nuestra labor, sino lo que ya páso a indicar.

Otro de los desengaños que experimenté y han experimentado conmigo cuantos han conocido la Misión de Zamora, es la gran escasez de salvajes que hay allí. Yo me había formado la ilusión de que en el territorio de

nuestra jurisdicción habría unos diez mil, o siquiera cinco mil jíbaros; más en los cinco años que estoy allí he adquirido la convicción de que hasta la última cifra es sumamente exagerada. Conocemos personalmente casi a todos los salvajes que viven en las riberas de Zamora y sus afluentes Yacuambi, Nangariza, hasta su confluencia con el Bomboisa, que es hasta donde por este lado y por decreto Pontificio, se extiende nuestra Misión y todos juntos forman muy escaso número de familias. Las tres primeras viven a una, dos y tres leguas distantes de nuestra residencia; la otra vive a unas cuatro leguas; siguen después unas cuatro o cinco familias establecidas en el río Yacuambi; espercidas en el trayecto de una larga jornada por dicho río, cuya confluencia con el Zamora dista unas diez leguas de nuestra vivienda. La boca del Nangariza distará por lo menos, otras diez leguas de la del Yacuambi, y en él tienen sus chozas otras cuatro o seis familias distantes una legua por lo menos, una de otra.

Surcando dos días el Nangariza se halla una trocha o estrecho sendero abierto por los indios, que conduce a a la tierra donde residen los jíbaros Logroños. Creo que es a las dos o tres jornadas que se halla su primera choza, y después y a considerable distancia, según costumbre de los salvajes, otra y otras hasta el número tal vez de diez o doce. De estos jíbaros Logroños dicen los del Zamora que son numerosos como las hormigas; pero ya hemos descifrado esta hipérbole. Como el salvaje sólo sabe contar hasta diez y esto no todos, cuando pasa de esta cantidad o de veinte, total de los dedos de manos y pies, ya dicen que son innumerables. Esta prueba la hemos confirmado repetidas veces pasada la embocadura de Yacuambi y siguiendo el Zamora, se encuentran a la distancia de muchas leguas, otras ocho familias muy separadas entre sí. Finalmente, habrán a lo sumo otras tantas en un lugar llamado Padicusa, no muy distante del

Bomboisa y Gualaquiza; Misión como dije al principio de los P. P. Salesianos. Resulta pues un total de cuarenta o cincuenta familias; y dando a cada una de ellas, por término medio el número de diez individuos, el doble del que se asigna a las familias civilizadas, una población de unos cuatrocientos o quinientos individuos, diseminados en una multitud de leguas de terreno.

No es esto todo. Quinientos individuos entre grandes y chicos, entre ancianos que ya están con un pié en el sepulcro y niñas que acaban de nacer, algo es, y en su conversión estaría bien empleado el celo sudores y fatigas y aún la vida, no digo de cuatro misioneros, sino de una docena y aún más. ¡Las almas costaron tanto al Divino Salvador que quinientas de ellas, y aún una sola no es de desperdiciar, por más que sea la de un salvaje!

Pero hic labor, hic dolor! Es tal el carácter del jíbaro, que al comprenderlo se me desvaneció mi postrera y más halagueña ilusión, esto es, la esperanza, de reducir, tarde o temprano, a la fé a aquellas pobres gentes. Hace más de trescientos años que se descubrieron y conquistaron estas tierras y sus salvajes, y desde entonces Dios sabe cuantos y cuán diversos Misioneros han intentado la reducción de los jíbaros, pero todo en vano como lo atestigua la historia. Sí, repito, es tal la condición del jíbaro, tanta es su indiferencia con respecto a Religión, (no conoce ninguna), son tantas, tan variadas y bárbaras sus supersticiones, y se hallan tan aferrados a ella, viven tan mancomunados y proceden tan de acuerdo en todas sus extraviadas determinaciones, que a no ser por un gran milagro de la Omnipotencia Divina, no creo llegue a convertirse ni uno, grande o chico. Hablo después de tres siglos de experiencia agena y más de cuatro años de propia.

Me resta referir a la lijera nuestros pequeños trabajos desde que se abrió la Misión, y los resortes que he-

mos tocado y los medios de que nos hemos valido, con el fín de lograr nuestro objeto. Durante algún tiempo y siempre que los jíbaros venían a visitarnos (y lo hacen con alguna frecuencia para pedirnos algo), no perdíamos ocasión de predicarles, aconsejarles y comunicarles se hicieran cristianos, explicándoles de mil maneras, que este era el único objeto de nuestra ida y permanencia entre ellos les pedíamos mil veces nos entregasen sus hijos para que nosotros pudiéramos, no solo instruirlos, sino también vestirlos y alimentarlos; y sobre todo lo que con más empeño les inculcamos es que formen pueblo o vengan a establecerse cerca de nosotros para que ellos les sea más fácil visitarnos y puedan mandarnos sus hijos a la escuela. Les amenazamos con retirarnos y abandonarlos del todo sino tratan de acceder a nuestros justos deseos y demandas, pero todo es en vano. Y es que no dejan de sentir nuestra separación cuando se realice, siquiera porque no tendrán entonces la oportunidad que tienen ahora, de proporcionarse herramientas para el trabajo, y otras cosas que necesitan, y carecerían de nuestra sombra que no deja de serles útil contra las contínuas amenazas de otros jíbaros sus contrarias; pero son capaces de sacrificar esto y mucho más antes que dejar sus costumbres salvajes y bárbaras; y sobre todo antes de preocuparse por abrazar alguna religión. ¡Qué empecinamiento tan desgarrador!

No obstante lo dicho, el 1o. de Noviembre de 1893 tuvimos el consuelo de que dos chicos se rindieran a nuestras reiteradas instancias y conviniesen en quedarse en nuestra casa-Misión. Les limpiamos la cabeza, los vestimos, y comenzamos con ellos nuestro ministerio. A los pocos días siguieron su ejemplo algunos otros que a la vuelta de un mes creo llegaron hasta doce. ¡Hermosa cuanto inesperada conquista! Mas cuán pronto nos habría de proporcionar otro y más cruel desengaño. En e-

fecto, presto se cansaron aquellos salvajitos de nuestras paternales caricias, y bajo los más frívolos pretextos fuéron uno tras otro desertando de nuestra casa, sin que jamás ni ellos ni otros hayan querido volver a nuestro lado para vivir con nosotros de un modo estable. Pensamos entonces (y antes también lo habíamos pensado). que si pudiéramos establecernos más cerca de ellos, de modo que nuestro contacto fuese más inmediato, y más contínuo nuestro trato, obtendríamos quizas mejores resultados. Mientras acariciábamos este nuevo plana, llegó el tiempo de la celebración del Capítulo Guardianal en el Colegio de Loja, y con este motivo pasó allí nuestro P. Comisario, y de Loja se trasladó a Zamora. Le expusimos nuestros intentos, y no solo los aprobó, sino que los pusimos inmediatamene en práctica. Estábamos en Diciembre de 1894. Nos pareció que Yacuambi era un punto relativamente céntrilo de la jibaría, y que estableciéndonos allí, no solo podríamos atender a los salvajes residentes en dicho río, si que también podrían con facilidad írsenos allegando los que moran en Cumbaraza, Suapasa, Nangariza, Pachicusa, etc., etc. Dirigimos pues la canoa hacia el lugar citado, y después de vencidas alguna dificultades, suscitadas por los mismos jíbaros les compramos una vieja choza y su huerta contigua, y establecimos definitivamente allí nuestros reales, sin dejar por eso la residencia de Zamora. Para esto contaba con el nuevo personal que el P. Comisario me había proporcionado: el R. P. Pedro Echevarría y los Hermanos Andrés Miranda y Cornelio Santa Cruz; fuéra del hermano Antonio León a quien yo vestí el hábito. El P. Larrea ya hacía dos años había sido nombrado Guardián del Colegio de Arequipa; y el P. Solano Pascual acababa de serlo del de Loja: en sustitución de aquel vino el P. Pedro; y el Padre Francisco Cheesman sustituyó al segundo. Eramos pues, cuatro Sacerdotes y otros tantos

Hermanos para dividirnos por mitad en ambas. Residencias. Arregladas así las cosas el P. Comisario regresó a Lima. Yo procedí inmediatamente a la apertura del camino de Zamora a Yacuambi, trayecto de unas ocho a diez leguas, y a la construcción de la casa, capilla, huertas, etc., etc., en la nueva residencia. Ya casi teníamos terminados dichos trabajos y hasta funcionaba allí una diminuta, abigarrada e intermitente escuela cuando las fiebres palúdicas que atacaron con fuerza a cristianos y jíbaros, nos hicieron abandonar con gran sentimiento los trabajos y sudores de un año y algunos meses. Nos obligó a tomar esta resolución, tanto lo insalubre del lugar, que iba poco a poco minando la salud de los Misioneros, cuanto que por la misma causa no asistían los jíbaros a la escuela, y aun nuestra vidas se hallaban amenazadas por la estúpida superstición de los indios que decían sin rebozo que nosotros habíamos introducido la enfermedad.

Nos faltaba aún emplear otro medio, que casi siempre suele dar buenos resultados, y era el de asociar a nuestro apostolado el de algunas Señoras respetables, que investidas con el hábito de Terciarias procurasen hacer entre las jibaritas, lo que nosotros intentábamos, en vano, con los varones. El P. Comisario en su última estada en Zamora aprobó este proyecto que yo enseguida traté de ponerlo por obra. Para el caso contaba con dos Señoras de Loja, ambas Terciarias Franciscanas de edad madura y virtud probada que, hacía tiempo ansiaban trabajar en la conversión de los salvajes. Las llamé pues y aunque a la una se le opuso su familia, la otra no titubeó en emprender el viaje acompañada de otra Señora en calidad de sirvienta. Les alisté una casa aparente y comenzamos a divulgar entre los jíbaros el objeto de haberse establecido allí aquellas Señoras. Tiempo y trabajo perdidos, y desengaño tras desengaño, pues en más

de catorce meses que permaneció en Zamora dicha Terciaria, no pudo ensayar su ceo ni con una jibarita siquiera. Si los Padres se resistieron a mandarnos sus hijos, hicieron, si cabe, más resistencia las madres en desprenderse de sus hijas. No tuve pues más remedio que devolver a Loja aquella Señora, para que no siguiese inútilmente sufriendo las privaciones y desamparo de la Montaña.

Tal es a grandes rasgos el resumen de nuestras labores en el desempeño de la Misión confiada a nuestros cuidados cuyo resultado es ver nuestras esperanzas fallidas. Apesar de cuanto llevo expuesto, sería de desear, que antes de elevar este mi rumilde informe a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, o al Rmo. General de la Orden, para que en su vista se provea lo más conveniente a nuestra Misión, sería de desear digo, aguardar brillen con más fulgor o se apaguen del todo los rayos de luz, que son como los últimos destellos de la moribunda esperanza que aún abrigamos, con relación a la espiritual conquista de los jíbaros.

Digo espiritual, porque la material ya la ha realizado hace tiempo la propia conveniencia de los mismos salvajes. Como ellos necesitan armas para su defensa y manutención, herramientas para sus trabajos, vestidos para cubrirse, etc., etc., y comprenden que estas cosas sólo se las podemos proporcionar nosotros y los cristianos que nos acompañan; y como saben también o temen al menos que si cometen alguna extorsión con nosotros el Gobierno puede mandar soldados para castigarlos; estos motivos los contienen y los hace sociables. En consecuencia, siempre que se le ofrece o antoja, viénen a nuestras casas, y a las de los cristianos, entran y salen como en la suya propias, cambian sus cosas o compran lo que pueden, piden cuanto se les ocurre, y en fín se ván o se quedan, según mejor les acomode. Nosotros también va-

mos a sus casas con la misma libertad aunque no con igual confianza a la de ellos. De modo que sin ceder en lo más mínimo acerca de sus creencias y costumbres, a la larga algo les quedará de las nuestras, no son tan insociables, ni sanguinarios o bárbaros como algunos se figuran, sino que tienen sus tratos y contratos con los blancos, y aún procuran aprender cuanto pueden de nuestra lengua para mejor darse a entender y hacer sus negocios.

Vamos a los dos rayos de luz y de esperanza que dejo apuntados. Es el primero, que hace cosa de un año que vinieron a visitarnos unos doce jíbaros de Logroño, enemigos antes de los Zamoranos, y como tuvieron buena acogida en nuestra casa y pueblo, y les obsequiamos con cuanto pudimos, nos ofrecieron volver en mayor número con el fín, creo que exclusivo, de recibir nuevos regalos. Ya he dicho que de esto hace como un año y no han vuelto a aparacer hasta ahora, algo puede excusarles lo muy lluvioso que ha sido el año. El otro rayo de luz y esperanza, algo más intenso que el pasado, es la actitud que han tomado los jíbaros de Yacuambi con ocasión de nuestra salida de allí, y con el temor que les hemas infundido de que pronto saldremos todos de la Montaña, por la esterilidad de nuestros trabajos. Desde entonces han venido comisiones de los dichos y nos han suplicado no los abandonemos, ofreciéndonos que vendrán todos a establecerse cerca de nosotros y aún llamarán a sus parientes que tienen por Mendez y Macas, que enviarán sus hijos a la escuela, etc., etc. Esto es lo que dicen, pero ya sabemos lo que valen las promesas de estos salvajes: no sería empero de más esperar el último desengaño, antes de dar el último paso, en órden al definitivo abandono de nuestra ingrata Misión.

Quizás no será inoficioso aunque no sea más que para dejar constancia de ello indicar aquí un plan que pa-

ra la eficaz reducción de los jíbaros tengo concebido, el cual me parece ser fruto de la larga experiencia que hemos adquirido sobre el carácter de estos salvajes, causa de su obstinación, motivos que le favorecen para persistir en ella, e ineficacia de los medios hasta ahora empleados para vencerlos y convertirlos a la verdadera civilización.

Ante todo es indispensable contar con un Gobierno emprendedor, paternal, y católico que tome con empeño sacar de la barbarie a estas tribus salvajes, residentes en territorio de la Nación, para ser de ellos no solo hombres civilizados, sino principalmente buenos cristianos. Y no digo esto porque presuma, y mucho menos, que el Gobierno o sea la fuerza bruta solo pueda lograr este doble objeto, no: sino porque en nuestro caso concreto abrigo la convicción de que así como la fuerza no lograría nada sin el apoyo del Misionero, tampoco este conseguirá su anhelado objeto sin el auxilio de la fuerza. Combinados empero prudentemente estos dos factores, o yo me engaño mucho, o llegaríamos por último al fin deseado.

Esto supuesto, he aquí mi plan de campaña. Como ya es sabido, existen en el Oriente del Ecuador cuatro Prefecturas o Vicariatos Apostólicos. Es muy natural y justo suponer que todos los Religiosos de las diferentes órdenes que sirven en dichas Misiones han hecho cuanto han sabido y podido para obtener en sus tareas los mejores resultados, ¿Y cuáles son éstos? ¡Ay! aunque sensible decirlo, creo que todos los Misioneros, exceptuando a los dos PP. Jesuitas, y esto porque ellos no tienen que habérselas con jíbaros, si se les exigiera un informe de sus trabajos y adelantos tendrían que darlo, poco más o menos, muy parecido a este que ya acabo de emitir. ¿Por qué y qué prueba ésto? Prueba que al jíbaro no le basta la persuasión, el consejo, la palabra, sino que necesita el temor, de la amenaza, de la fuerza. No quiero de-

cir por esto que haya que imponerles la fe, la Religión cristiana y forzarlos a que la abracen; nada de esto. Sino que a la manera que de ciertos niños no se puede conseguir docilidad ni aplicacións sino por medio de la reprensión y el castigo; de igual modo todo salvaje, especialmente el jíbaro que tanto es más niño cuanto es más viejo, necesita de una autoridad revestida o apayada de un aparato de fuerza que le haga entrar en razón y le obligue a mirar por sus intereses temporales y eternos. La horrible violación que a diario e impunemente hace el jíbaro de los más obvios preceptos de la ley natural, es otro poderoso motivo que autoriza la intervención de la fuerza en su conquista. Establézcase pues, en un punto céntrico de cada una de las cuatro Misiones, una guarnición de unos 21 hombres el **mínimum:** que se les construya una casa o pequeño **fuerte** lo más seguro que sea posible. La instalación exigirá, por supuesto algunos gastos aunque no muchos; más después con un sueldo módico que dicha guardia disfrute, fácilmente se podrá obtener. La mitad de los individuos de cada guarnición tentendrán que estar sobre las armas y con centinela; y esto de día y noche y en todo tiempo para evitar cualquier sorpresa y tener en raya a los indios. La otra mitad se ocupará en rozar y sembrar huertas y en otros trabajos conducentes a su manutención y seguridad. Alternarán por meses o como mejor convenga, en este doble trabajo de hacer guardia y cultivar la tierra. Por supuesto que la guardia se ha de componer de gente escogida que esté perfectamente de acuerdo con los Padres.

Dado este paso, los Misioneros hacen comprender a los salvajes que son subditos de el Gobierno de la Nación y que tanto deben obedecer sus órdenes como todo ciudadano del Ecuador: que lo primero que exige de ellos el Gobierno es que se reunan formando pueblo, que se dediquen al trabajo, y sobre todo que manden los niños a

la escuela y que acudan también ellos para instruirse. Se resistirán tal vez y sin tal vez; entonces se les obligará a la fuerza, pero con el tino y prudencia que el caso requiere. Probablemente para eximirse de vivir en sociedad, cosa que aborrecen sobre manera por la repugnancia que tienen al trabajo, emigrarán a otra región, a Gualaquiza, a Mendez, a Canelos, a Macas, etc., etc.: pero como en todas partes se les intimará la misma obligación, que hallarán la misma fuerza armada, no tendrán otro remedio que rendirse y entrar de grado o por fuerza en las vías de la civilización. Si intentásen sublevarse, como su número es escaso, creo que fácilmente se les podría contener con tal que las guarniciones estuviesen siempre prevenidas, como dije. No me detengo en especificar otros detalles de mi plan, porque saltan a la vista.

Protesto ante Dios que cuanto llevo dicho en este informe, exceptuando la exactitud en el cálculo de las distancias y número de pobladores, es conforme a la verdad y que no vacilarían en suscribirlo todos mis compañeros. Siento mucho el que tal vez nos manden levantar la mano de la obra sin haber podido gozar del fruto de nuestros trabajos, ni poder disfrutar siquiera de los privilegios de que gozan los Prefectos que cumplen en las Misiones su servicio, del que solo año y medio me falta. Confío, empero, en que si esta puerta se nos cierra no dejará de abrirse otra, también en tierra de infieles, en donde el trabajo sea más productivo, para el cual me ofrezco desde ahora, pues me siento más inclinado, y al menos con mejor disposición para emplear mis escasas facultades entre infieles que entre gente civilizada.

De V. P. afmo. súbdito y S. S. q. s. m. b.—Fray Luis Torra.—Superior de la Misión.—Noviembre 17 de 1896.



Abandono de la Misión de Zamora por causas que expone el Padre Superior

FRAY LUIS TORRA

1896–1897





Zamora, Diciembre 24 de 1896.

M. R. P. Bernardino González, Comisario General

Lima.

M. R. P. Comisario:

HACE poco más de un mes que, por mandato de V. P. presenté un informe detallado sobre la Misión de Zamora, de mi cargo, en el que, después de exponerle la esterilidad de nuestros trabajos durante cinco años terminaba por suplicarle que, antes de dar el último paso acerca de el definitivo abandono de esta Misión, esperásemos se cumpliesen o frustrasen del todo los motivos de esperanza que aún abrigamos. Pues bien, M. R. P., hoy con no pequeño sentimiento, tengo que comunicarle que en el corto plazo transcurrido desde mi indicado informe, se han desvanecido nuestras esperanzas: los jíbaros Logroños aún no se han dejado ver por acá; si vienen, como algunos dicen, tengo la seguridad que será solo para saquearnos como la otra vez. En cuanto a los de Yacuambi, que con tanta formalidad nos ofrecieron venir a establecerse cerca de nosotros, no solo no han cumplido su promesa, sino que todos ellos han sido cómplices o encubridores del inícuo plan que paso a indicarle.

En las cabeceras del referido Yacuambi, y a la ribera de uno de sus pequeños afluentes llamado Quimi, residía una numerosa y temida familia de Mendez, que según hemos comprobado perfectamente, hace tiempo había concebido el salvaje proyecto de asesinarnos a todos, religiosos y cristianos, con el fín aún más salvaje de llevarse

cautivas a las mujeres, menos a dos que las querían también matar, por vieja a la una, y por inútil a la otra. Esto lo hemos sabido con certeza por la expontánea denuncia de un jibarito de unos ocho años, de otro ya joven, muy formal y amigo, y de otro de bastante edad, que es sin duda, el más racional de estos salvajes. Estaban sin duda, aquellos malvados espiando la más oportuna ocasión para llevar a cabo su traidora y sangrienta empresa, cuando se les presentó una, la más favorable que pudieron forjarse y aún imaginar.

Permitió Dios que se enfermasen simultáneamente el Jefe de dicha familia mendeña, una de sus mujeres y dos de sus hijos ya casados. Cansados de curarse según su supersticiosa costumbre (y para esto contaban con un famoso brujo de su misma familia) y viendo que nada adelantaban, resolvieron por fin venirse acá a Zamora, para hacerse curar de los Padres. Los dos viejos llegaron en gravísimo estado, sobre todo Firiatza, el jefe que casi estaba en agonía. Se les propinaron los remedios más oportunos, se les atendió con el mayor esmero pero todo en vano, a los dos días murió, y su mujer solo tardó quince días en seguirle al sepulcro. Supongo sabrá S. P. que cuando los jíbaros se hacen curar de un brujo o médico o lo que sea, si el enfermo muere, su muerte se atribuye por la familia del finado al médico o brujo que tuvo la fatalidad de compadecerse de tan torpes salvajes. Pues bien: consecuentes con esta invariable superstición, el fallecimiento de dichos jívaros lo achacaron sus hijos y deudos a mala voluntad de los Padres y decidieron poner por obra, cuanto antes, la matanza por tanto tiempo suspirada, y la hubieran sin duda llevado a cabo, si la Divina Providencia no hubiese impedido por medio de las oportunas denuncias ya indicadas.

La oportunidad no podía serles más favorable: se hallaban reunidos cinco hijos del finado, todos fornidos y

bien armados, y además otros jíbaros que, sin duda, les habían ayudado, y, por último, de todas partes afluían salvajes a una bárbara fiesta que estaba en vísperas de comenzarse en una casa distante de aquí solo media hora en canoa. Los cristianos, fuera de nosotros, no eran sino seis hombres de armas tomar, y estos débiles y enfermizos, y no contábamos más que con cinco malos rifles. Sin embargo, Dios les infundió tal valor, que no sólo se prepararon a la defensa, sino que tomaron la ofensiva y persiguieron a los jíbaros del complot, (quienes al verse descubiertos diéron a huir) alcanzaron a tres de ellos en la primera casa de salvajes, los trajeron al pueblo, los obligaron a que se azotasen unos a otros, y bien asustados los soltaron. Esta fué una heróica hazaña.

Pero qué importa esto, Padre mío, si los jíbaros se fuéron a su tierra enfurecidos y es casi cierto que están levantando gente y que la noche menos pensada ha de caernos aquí una numerosa manada de estas fieras y nos han de descuartizar. Con esta persuasión tan razonable y este temor tan fundado se apoderó de las mujeres y chicos de aquí un pánico tal, que todas las noches todos los moradores del lugar venían a dormir a nuestra casa, la única apropósito para alguna defensa y además, durante la Misa y el Rosario se ponían dos hombres armados en la puerta de la capilla, pues los salvajes habían convenido en sorprendernos en cualquiera de estas dos ocasiones. Siendo, pues la situación tan crítica se resolvió que Don Angel Ordoñez, Comisario del Lugar pasase a Loja a pedir auxilio, y, verguenza e indignación causa el decirlo, este le fué negado, y sólo a duras penas y con maneras positivamente **liberales** le diéron otros tres rifles (no de los mejores) y cien tiros, dejando a los religiosos y a los cristianos a merced de estos infieles salvajes.

A raíz de estos sucesos llegué yo a Loja el 13 de los corrientes, y esta fué la primera noticia que me comuni-

caron, que ya puede V. P. suponer la triste impresión que en mi ánimo produciría. Al momento pasé al señor Gobernador de la Provincia la nota cuya copia transcribí a V. P. por el correo pasado, y aún no he recibido contestación. En consecuencia no esperando nada bueno del actual Gobierno de esta República, y siéndonos imposible subsistir así por más tiempo, resolví buscar enseguida algunos hombres y venirme aquí, a donde no llegué hasta ayer por haber encontrado los ríos invadeables. Una vez constitudo en Zamora cumplí la amenaza que hice al Gobernador de Loja de abandonar la Misión, pues a los pocos cristianos que hay aquí los encontré resueltos a salir cuanto antes de tan eminente peligro, actualmente estoy empaquetando todos nuestros trastos, y si Dios y San Antonio nos ayudan, como esperamos, dentro de una semana ya habremos pasado la cordillera y puéstonos en salvo. Para conseguirlo hacemos la retirada con el mayor disimulo y cautela posibles.



Padre Fray Pedro Echevarría

Ahora, pues, M. R. P. teniendo V. P. en cuenta los cinco años de nuetro estéril trabajo, la desatendencia o

formal oposición de estos Gobiernos, la gran probabilidad de que el actual nos eche pronto de aquí, pues ya somos los únicos que quedamos, y, en fin, la difícil e insostenible situación en que ahora nos vemos; teniendo, repito, en cuenta todo esto, estoy seguro que V. P. aprobará mi resolución y proceder en el abandono de esta Misión, como no podrá menos de aprobarlo nuestro Rmo. P. General, y aún la Sagrada Congregación cuando se hagan cargo de los gravísimos motivos que a ello me han impulsado. Pienso, por tanto, pasar a Loja y de allí salir con el R. P. Echevarría y uno de estos Hermanos aún lugar de convalecencia para reparar un poco nuestra quebrantada salud. El P. Francisco Cheesman quedará en Loja con los otros dos hermanos de la Misión, aunque aquel desea afiliarse a alguna Misión, caso de que V. P. lleve a cabo el proyecto de abrirla, como me dijo en Trujillo. Espero que a vuelta de correo me mandará instrucciones para nuestro Gobierno, las que, con el favor de Dios, serán cumplidas con la mayor fidelidad.

De V. P. atento súbdito servidor q. s. m. b.— Fray Luis Torra, Superior de la Misión.—Es exacto cuanto refiere el Padre Superior de la Misión en la precedente carta, y también esperan órdenes de V. P. sus rendidos súbditos y SS. SS. Q. B. S. M.—Fray Pedro Echevarría. —Fray Francisco de J. M. Cheesman, Misioneros Apostólicos.

Loja, (Ecualor) febrero 10, de 1897.

La presente se reduce a manifestarle, R. P. Director del Eco Franciscano, los ruidosos sucesos realizados durante los últimos meses en la misión de mi cargo, la que en fuerza y según todas las apariencias, parece que toca ya a su término.

Entremos en materia. Con ocasión de haber sido

nombrado Comisario General de estos Colegios el Dignísimo M. R. P. Fray Bernardino González en sustitución del M. R. P. Fray José Vidal tuve que hacer un viaje al Perú para informarle del estado de nuestra misión de Zamora. Al llegar a Piura me encontré con el Ilustrísimo Obispo de Loja Fray José Masiá, quien me aseguró que nuestro P. Comisario se hallaba en Cajamarca y que podía hablarle o esperarle en Trujillo al regreso de aquella ciudad. Me dirigí, pues, a puerto de Salaverry y de allí pasé a Trujillo y efectivamente a los pocos días de mi arribo a dicha ciudad, llegó a ella el M. R. P. González. Redacté y le dejé, según me lo ordenó, un largo y minucioso informe sobre la misión de Zamora, para elevarlo a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, y dispuso después que desde allí regresase yo a mi Misión. El 8 de Octubre emprendí mi viaje de Zamora al Perú y el domisgo infra-octava de la Purísima 13 de diciembre ya estaba en Loja de regreso, habiendo demorado cerca de tres semanas en Trujillo. Apenas llegué a Loja me dieron la sensible noticia de que los salvajes de Zamora estaban alborotados; que tanto los religiosos existentes en la misión como los colonos cristianos de la misma corrían gran riesgo de ser asesinados por aquellos bárbaros. La causa de semejante desorden y peligro fué la que ya explico. Según costumbre que se iba generalizando entre los jíbaros dos de ellos, marido y mujer, fueron a nuestra residencia de Santa Ana para que los Padres los curasen de sus enfermedades. Cuando entre sus **brujos** no hallan el alivio que solicitan, entonces como en última instancia, acuden por nosotros por remedios, sin perjuicio de volver nuevamente a los brujos sino salen curados de nuestra casa. Si los enfermos sanan, entonces las medicinas quedan acreditadas sean las nuestras, hora las ridículas y supersticiosas de los salvajes: mas si por desgracia el doliente se agrava y muere, como no puede menos de suceder alguna

vez, entonces los médicos que están alerta, pues los deudos de finado han de atribuírles la tal muerte y han de jurar vengarla tarde o temprano. Tal fué el desenlace del caso que voy narrando. Los dos enfermos en cuestión era un matrimonio salvaje, natural de Mendéz pero residentes desde mucho tiempo en las riberas de la Yacuambi. Como para venir a Zamora tuvieron que andar dos jornadas llegaron los infelices en tal estado de postración que el hombre murió al día siguiente y la mujer sólo tardó cuatro días en seguirle al sepulcro, sin que ningún remedio pudiese contener los progresos del mal. Los hijos de los finados que habían acompañado a sus ancianos padres cuando vieron que estos habían fallecido, creyeron o afectaron creer, según sus supersticiones que nuestros remedios los habían brujeado o envenenado y resolvieron tomar venganza. Hacía ya algún tiempo que estos salvajes tenían concebido el inícuo plan de asesinar a todos los Religiosos y colonos de Zamora, para llevarse cautivas las mujeres de los cristianos; de modo que la muerte de los dos viejos ya indicados les sirvió a maravilla de pretexto para apresurar su criminal intento. Ya entre ellos estaban discutiendo cual sería la ocasión más oportuna de realizarlo, cuando la Providencia deshizo sus tramás haciendo que tres jíbaros, amigos nuestros, nos descubriesen el complot. Este aviso sirvió a los Padres y cristianos para vivir más prevenidos, y al efecto limpiaron las armas y mandaron pedir otras a Loja, y desde entonces procuraron que durante las Misas por la mañana y el Rosario de noche dos hombres armados estuviesen de guardia en la puerta de la Capilla.

Como ya dejo apuntado la noticia de estos sucesos los recibí yo aquí en Loja el mismo día e instante en que llegué de mi viaje al Perú. Al momento puse oficialmente en conocimiento del Señor Gobernador de la Pro-

vincia pidiéndole al mismo tiempo pusiese a mi disposición seis hombres armados para salvaguardia y defensa de los religiosos y colonos, pues de lo contrario, para evitar responsabilidades me vería obligado a salir de Zamora con todos ellos.

Transcurrían los días y el Gobernador no contestaba mi nota, aunque me daban esperanzas, pero viendo yo que el asunto no admitía dilación o que esta era muy peligrosa, busqué peones de confianza y con ellos entré en Zamora. Compulsé las noticias alarmantes y hallándolas exactas, sin pérdida de tiempo, y con todo el sigilo y prudencia posibles empaqueté todos los libros y demás útiles de la misión, y efectivamente me vine a Loja con toda la gente y cargas. Esto no implica el abandono efectivo de la misión de mi cargo pues no está en mis atribuciones el dejarla sino que corresponde a nuestros Prelados Superiores o más bien a la Sagrada Congregación de Propaganda. Sólo ha sido una medida prudente y aún necesaria para evitar quizás una hecatombe y estériles sacrificios, como estéril ha sido nuestra larga permanencia en aquellas montañas, al menos por lo que mira a los resultados obtenidos que han sido nulos. El Personal de la Misión sigue asilado en este nuestro Convento de Loja, esperando órdenes superiores sea para regresar a Zamora sea para entrar en otra misión o volver a nuestros respectivos Colegios.

Ahora sí que en vista del fracaso de la misión de Zamora dirá alguno que si con los salvajes jíbaros, hubiesen empleado el sistema de catequizarlos y civilizarlos por medio del **idioma Español** tiempo ha que tendríamos a todos convertidos. ¡Qué ilusión! por no decir qué absurdo! Sin detenerme en más rodeos, digo y afirmo que para enseñar el español a un jíbaro o a otro salvaje cualquiera es preciso que el Misionero aprenda primero el idioma de aquel salvaje. De lo contrario ¿cómo po-

drá hacerse entender de los salvajes? Al jíbaro como le explicará por ejempla **caya** llamamos nosotros piedra; y al **nunú** palo; y al **yumi**, agua; y al **ashmango,** hombre; y a la **núa,** mujer; y al **richichi,** muchacho; etc., etc., etc. Si primero no aprendemos nosotros como le llaman ello al muchacho, a la mujer, al hombre, al agua, a la piedra, etc., etc., etc. ¿Si yo tuviese que dar mi parecer en el asunto diría: bueno es que a los salvajes se les enseña el idioma del Misionero que los ha de catequizar; pero que aún es mucho mejor que el Misionero aprenda la lengua del salvaje, y que si pudiesen conseguirse ambas cosas entonces los resultados serían más seguros y más rápidos. No creo que los Apóstoles comienzen su predicación abriendo cátedras de idiomas, o enseñando el suyo propio a cada uno de los diferentes pueblos que fueron a evangelizar. Y no en vano comunicóles el Espíritu Santo así a ellos como a muchos de sus sucesores en el apostolado el dón de lenguas, sino para que pudiesen hacerse entender de las gentes sin necesidad de enseñarles antes su lengua. Pero como nosotros no tenemos la posesión de este dón de lenguas, por esto el Papa Pío IX en su Breve **Apostolica Sedes** manda que en nuestros Colegios enseñen los diferentes idiomas de los indios; no dice que les enseñemos a ellos el castellano. Y a la verdad mucho más fácil es que el Misionero aprenda un idioma extraño que hacer que lo aprendan una tribu indómita, gente torpe e ignorante y no acostumbrada a ejercitar como el Misionero, las facultades intelectuales.

Acaba de llegar correo y nos trae la desgarradora noticia de que el R. P. José Romaguera ha sido asesinado a flechazos por los salvajes campas. R. I. P.

Macas (Perú), Setiembre de 1897.

Ya en adelante no nos ocuparemos más de la misión de Zamora, pues podemos darla por muerta y sepultada, como se comprende de una carta que con fecha 31 de Mayo he recibido de nuestro Rvmo. P. General Fray Luis de Parma, que traducida del italiano dice así: "Rvo. Padre. He recbido la suya del 25 de Abril próximo pasado y quedo enterado de cuanto me dice en ella respecto de la Misión de Zamora y de la dificultad, por no decir, imposibilidad de convertir aquellos salvajes que nada quieren saber de Dios y del alma. Siguiendo así las cosas por lo que a mí toca no me atrevo obligar a V. P. ni a sus compañeros que vuelvan o sigan en aquella estéril misión: sino que lo referiré todo a la Sagrada Congregación en conformidad con los informes que V. P. me ha remitido. De todas maneras ante Dios tiene usted el mismo mérito que habría tenido si hubiese convertido aquellos salvajes, y por mi parte así lo repito y le doy las más expresivas gracias por cuanto ha trabajado en Zamora, y tengo la seguridad de que mucho más hará en donde vea correspondidas sus fatigas. Entre tanto le doy de corazón la bendición seráfica etc., etc. Después en una patente expedida a mi favor el 16 de Junio añade: "Aunque no has completado el sexenio de Prefecto Apostólico, como esto no ha dependido de tu voluntad..... sin embargo, para que no quedes privado de justa remuneración, en virtud de las presentes y usando de la facultad que nos ha otorgado la Sagrada Congregación de Propaganda Fide con fecha 14 de este Junio, No. 2,3847 te constituímos y declaramos en el número de los Padres que han sido Prefectos Apostólicos, con el mismo honor y grado, y con todos los privilegios y derechos que competen a los tales ex-Prefectos, según el Breve Piano **Apostólica Sedes**".

El primero de Enero de este año (1897) salimos de Zamora después de haber hecho desfilar hácia Loja a todos los colonos cristianos y de haber mandado todas las cargas por delante. Operación fué ésta bastante difícil y arriesgada; pero con el favor de Dios se hizo felizmente, y el 9 del mismo mes llegamos sin novedad a la referida ciudad de Loja.





CONCLUSION

Para decir la última palabra, tomaremos de la correspondencia del Padre Superior de la Misión aquellas frases: Formal oposición de estos Gobiernos, la gran probabilidad de que el actual nos eche pronto de aquí, pues ya somos los únicos que quedamos; y aquellas de otra carta que no hemos publicado: Padre mío, el Ecuador ya no está para vivir en él: aquí ya no quieren más que protestantes, masones e impíos''.

Para comprender el alcance de estas palabras, hay que recordar que en el año de 1895 triunfó la revolución de Alfaro que derrocó el régimen conservador.

De resultas de aquella revolución el Padre Masiá hubo de salir del Ecuador en el año siguiente de 1896 y y guarecerse en los Descalzos de Lima, donde terminó sus días.

Efecto del estado de cosas criado por aquel nuevo Gobierno fue la imposibilidad en que se hallaron nuestros misioneros de continuar en la conversión de Zamora.

El estado de cosas producido en 1896 y 97, continúa en el mismo pie en la República Ecuatoriana, de suerte que aún hoy en día es un problema de solución difícil para nuestra Provincia Franciscana del Ecuador, el reanudar sus labores en la antígua misión del Oriente, a pesar de los vehementes deseos de la Santa Sede, muchas veces manifestado (1).

---

(1). Así lo scribíamos a principios de 1921; pero ya es un hecho el establecimiento de los Padres Franciscanos de Loja en Za-

Nosotros creemos que mientras el Ecuador, por pura aversión a la acción católica, rehusa proteger a los



Actuales Misioneros de Zamora con un joven Jívaro convertido.

mora, habiendo recaído la elección de vice-Vicario Apostólico en el benemérito Padre Fr. Antonio María Isasi. De los actules misioneros hemos incluído en este tomo algunas fotografías. (Nota de 1925).

misioneros en el Oriente salvaje, se irroga un grave daño a su civilización y progreso y que con ello realiza labor antipatriótica, impidiendo al propio tiempo que el reino de Jesucristo se extienda a aquellas solitarias regiones.



APENDICE



Cabeza reducida de los Jíbaros

Es un poco mayor que el puño de la mano: la muestra pertenece a un asesino, de cabellera larga y copiosa, y los hilos que penden de su labio inferior corresponden al número de muertos ejecutados. (Revista **Ibérica,** 29 de junio de 1918).



APENDICE

Método de los Jíbaros para reducir la cabeza

Con un corte dado al nivel de las espaldas, cuanto más abajo mejor, por la parte posterior, y casi sobre el pecho por delante, separa el indio salvaje la cabeza del tronco de su víctima; luego por ley general, con una incisión posterior y media, que se extiende desde el occipuccio a la base del cuello, y raras por medio de una doble incisión lateral que llega a la región mastoidea, separa el indio poco a poco el cuero cabelludo y la piel de la cara, de los huesos, hasta extraer todo el esqueleto craneano y facial. Coloca inmediatamente esta piel en agua hirviendo, para impedir por asepsia, la putrefacción de los tejidos. Sin duda con el fin de aumentar el poder aséptico del agua hirviendo, añade determinadas hiervas de la selva.

Terminado este tratamiento, para evitar la fermentación pútrida, extiende la piel sobre uno como molde, que no es otra cosa que una piedra, la más redonda que ha encontrado, y calentada de antemano; esta piedra que hemos llamado molde, es sustituída por otra más pequeña y ésta por otras, cada vez menores, hasta llegar a la última que es del tamaño de una naranja, mientras con otra piedra también caliente, plancha la piel, como podría hacerlo con una plancha de hierro. Para evitar que la boca quede abierta, abre tres pequeños orificios en ambos labios de modo que se correspondan, y atravesando por ellos unos hilos o cordeles, los ata cuidadosamente. Operación semejante efec-

túa a veces con los párpados. Lentamente por la acción del calor, la piel se ha ido contrayendo, endureciendo y ennegreciendo...

Quitada la última piedra que emplea, cierra el indio cuidadosamente la incisión posterior y hace en el vértice de la cabeza un orificio para colocar en él un cordón de donde la suspende. En toda esta operación no emplea más de un día... (**Ibérica,** 29 de junio de 1981).





INDICE

Páginas

Indice de los mapas y fotograbados



